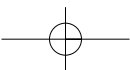
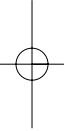
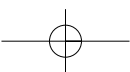
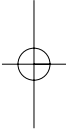
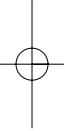
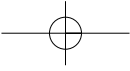
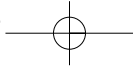


Eugène de Robiano

Dieciocho meses en América del Sur





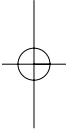
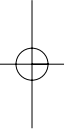


Eugène de Robiano

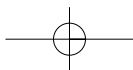
Dieciocho meses en América del Sur

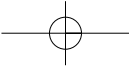
Traducción del francés, notas del traductor
y presentación por

Hernán Minder Pino



CoLibris





ROBIANO, EUGÈNE DE 1878/82. – *Dieciocho meses en América del Sur.* - Santiago de Chile: CoLibris, 2005, 255 p. - Traducción, notas del traductor y presentación por Hernán Minder Pino.

Edición original:

1ª parte: *Dix-huit mois dans l'Amérique du sud: Le Brésil, l'Uruguay, la République Argentine, les Pampas et le voyage au Chili par la Cordillère des Andes.* - Paris: Plon, 1878, 271 p.

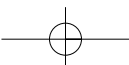
2ª parte: *Chili: Le Chili, l'Araucanie, le détroit de Magellan et retour par le Sénégal.* - Paris: Plon, 1882, 267 p.

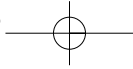
© CoLibris ediciones, Santiago de Chile, 2005

Todos los derechos reservados. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información y transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado –electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.– sin el permiso previo de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

ISBN: 956-8493-00-X

CoLibris ediciones
J.M. Infante 1155
Providencia, Santiago de Chile





Índice

Hernán Minder Pino	
Presentación a la presente edición	7
Primera parte	11
BRASIL	13
I – Río de Janeiro	13
II – Los brasileños	22
III – Alrededores de Río	30
IV – El interior y las plantaciones de café	36
V – La vida de <i>fazenda</i>	43
URUGUAY	53
VI – Montevideo	53
VII – Usos y costumbres en Montevideo	60
VIII – Corridas de toros	63
IX – Instituciones	69
X – Religión	73

LAS PAMPAS	75
XI – Aspecto general de las pampas	75
XII – Industria pastoral en la pampa	80
XIII – Los <i>gauchos</i>	85
XIV – Cazas en la pampa	93
XV – Las langostas	101
XVI – Los saladeros y la fábrica Liebig	104
DEL ATLÁNTICO AL PACÍFICO	109
XVII – Buenos Aires y la República Argentina	109
XVIII – Travesía de las pampas argentinas	115
XIX – Mendoza	125
XX – Pasaje de la Cordillera de los Andes	129
Segunda parte	147
CHILE	149
XXI – Estado geográfico	149
XXII – Valparaíso	155
XXIII – Santiago	164
XXIV – El interior del país	177
XXV – Una gran <i>hacienda</i>	185
XXVI – La Araucanía	191
XXVII – Tribus indias de la Araucanía	197
XXVIII – Excursión en Araucanía	208
XXIX – Cazas en las <i>haciendas</i>	224
XXX – Estrecho de Magallanes, Senegal	238
Sumario	251

Presentación a la presente edición

El siglo XIX vio desarrollarse una intensa actividad de viajeros europeos interesados en visitar los países del Nuevo Mundo. Serán los continuadores de los grandes viajes del siglo precedente, pero a escala más restringida o simplemente a título personal. La curiosidad por los aspectos pintorescos de nuestras costumbres y nuestros paisajes llama la atención y atrae observadores.

Al lado de los científicos, que iban apoyados por mandatos institucionales para levantar inventarios de la flora y de la fauna, había los geómetras encargados de hacer levantamientos topográficos, los mineralogistas y geólogos listos a interrogar el suelo y el subsuelo de estas comarcas para ellos lejanas, curiosas y desconocidas. Pero también viajeros privados amantes de la aventura.

La obra que el lector va a descubrir fue escrita por un joven aristócrata belga que, apasionado por la caza, formó el proyecto de visitar América del Sur para, además de cazar, ver lo que estos inmensos territorios recelaban de interesante. Dice él mismo que no tiene pretensiones ni competencias científicas y que sus escritos son simples notas de viaje sobre dominios de índole diversa. Tales notas podrían interesar historiadores, sociólogos o folkloristas.

Según la biografía que me comunicara en 1995 su descendiente colateral, el actual Conde Serge de Robiano, Eugène nació el 10 de marzo de 1848 en el dominio familiar, el Castillo de Marchin, cerca de

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

Huy en la provincia de Lieja. Siguió sus humanidades en un colegio de Namur tenido por los Jesuítas, y empezó sus estudios de derecho en la Universidad de Lovaina, estudios que al parecer no terminó.

A su regreso del periplo americano se inició en política en el bando católico con el objeto de oponerse a las ideas socialistas que ganaban terreno, creando círculos de obras y de concientización obreros para oponerse a las «ideas de revolución» en un cuadro democrático. Así, se le puede considerar como uno de los precursores del ideario demócrata cristiano en Bélgica.

Pero el campo donde alcanza cierta celebridad por su excelencia y virtuosismo es el de la caza, puesto que sentía una verdadera pasión por el deporte «noble». Participa en torneos internacionales en su país de origen, pero también en Gran Bretaña, Francia, Bosnia Herzegovina, Mónaco... En Francia, en el Bois de Boulogne, obtuvo una soberbia medalla de plata que pesaba 1 kilo y 200 gramos, que llevaba su efigie y que estaba grabada con su nombre.

Muere de una congestión en la vía pública, a pesar de los socorros médicos que se le dispensaron, en los alrededores de Bruselas el 27 de mayo de 1914¹.

Eugène de Robiano comenzó su viaje en 1875 a la edad de 27 años y cuenta con 30 cuando publica en París la primera parte de su obra que comprende especialmente las etapas de Brasil, Uruguay y Argentina. La segunda parte se edita, también en París, en 1882², pudiéndose decir que ella es exclusivamente dedicada a Chile. Esta parte es más densa y mucho mejor estructurada que la precedente; también de estilo más depurado y menos anecdótica.

La intención general de los relatos es despertar el interés de candidatos eventuales a visitar las regiones descritas, que por aquella época eran un polo de atracción que reunía dos condiciones esenciales: exotismo y seguridad. Por otro lado, los tejidos económicos en formación y la relativa solidez institucional, traían consigo la creación de infraestructuras que aproximaban estos lugares de la

1. Datos comunicados por el actual Conde Serge de Robiano en marzo de 1995.

2. Un artículo de *El Mercurio* de Antofagasta, firmado por *Archivero* y publicado el 28 de octubre de 1965, a propósito de la visita a Chile de los reyes de Bélgica, da cuenta de una edición que «veía la luz en París y en Santiago».

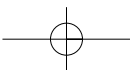
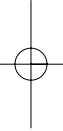
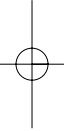
PRESENTACIÓN A LA PRESENTE EDICIÓN

visión —un poco abreviada, es cierto— que los viajeros del Viejo Mundo tenían de la «civilización».

Es pues una mirada curiosa que emana de esas notas de viaje. Todo es nuevo para el observador, y los lugares y las gentes, como también la transposición de las adquisiciones tecnológicas en boga en ese entonces o la persistencia de residuos culturales autóctonos. Justamente ahí reside el interés de estas notas, más que en las proezas del Nemrod que tira sobre todo lo que corre, vuela o nada, sean cabras en una isla, cóndores en la cordillera o peces en un río.

Por último, la lectura de esta narración tiene también un valor real simplemente en tanto que relato de aventuras o como comunicación de la atmósfera que reinaba en el continente americano a fines del siglo décimonono.

Hernán Minder Pino.



Primera parte

BRASIL, URUGUAY, REPÚBLICA ARGENTINA, LAS PAMPAS Y VIAJE A CHILE POR LA CORDILLERA DE LOS ANDES

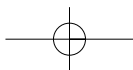
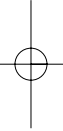
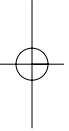
Mi intención —¿tengo necesidad de decirlo?— no es la de escribir una obra erudita.

Mi poca autoridad; un espíritu quizá más entusiasta que profundo, un criterio inclinado a menudo a considerar sólo el mejor aspecto de las cosas, son motivos suficientes para justificarme.

Sin embargo, deseoso de ocupar útilmente el tiempo libre de mi juventud, he viajado, he visto y he aprendido mucho; y ahora, empujado por amigos simpáticos, tengo la debilidad de creer que no me es permitido de todo olvidar, ¡entonces, escribo!

A mis amigos, a las personas que se interesan en mí o que no son indiferentes al relato simple y franco de un viajero, dedico esta serie de notas de viaje. ¡Que aquéllos a quienes va dirigida esta dedicatoria encuentren en ella un desagravio suficiente a la pena que se darán al leerlas!

Bruselas, 1º de enero de 1878.



BRASIL

I

Río de Janeiro

Llegada a Río de Janeiro.– Primeras impresiones.– Panorama.– Desembarco.– Aspecto de Río.– Origen del nombre Río de Janeiro.– Vista del conjunto de la Ciudad.– Vista en detalle: las casas, las calles.– Tílburies y tranvías.– Los hoteles, los teatros.– Artes, ciencias y letras.– Monumentos.– Jardines.– El *Paseo Público*¹.– Las afueras y sus quintas.– El jardín botánico.

Haber dejado Europa una mañana y encontrarse, luego de veintidós días de una travesía más que monótona, transportado sin transición notable y como por encanto bajo el cielo de los trópicos, al Sur de América, en medio de negros y de indios que viven en el seno de una civilización avanzada; descubrir de repente, entre el cielo, las rocas y el mar, la capital de un gran imperio, rodeada de altas montañas y engalanada con la vegetación más rica del mundo; en una palabra, penetrar por esta garganta estrecha, entre los macizos altos de más de mil pies y distantes de apenas dos millas en la célebre bahía de Río: Tal es la extraña situación del viajero que

1. Las transcripciones en cursiva están respectivamente en portugués o en castellano en el texto original (NdT).

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

como yo elige para desembarcar sobre el suelo de América la vía que va de Francia al Brasil.

Sería difícil, por no decir imposible, resumir aquí la impresión general que produce el momento de la llegada. La alegría de hollar de un momento a otro esta tierra donde todo es sorpresa e inmensidad; el deseo de dejar lo más pronto posible la estrecha y mortal prisión donde se cree haber sido sacudidos tantos siglos como duró en días el viaje; en fin, la imaginación a la obra y la curiosidad despierta se unen a los esplendores reales que golpean diversamente la mirada del viajero y que lo sumergen, a pesar de él, en el encanto.

Porque de hecho, nunca se vio cuadro más encantador, jamás espectáculo más grandioso no se ofreció a la admiración de los ojos. Una bahía cuyo contorno hace unas treinta leguas, con un aspecto a la vez risueño y severo, donde la ola marina, de ordinario tranquila, toma a veces al sol, a veces a la costa, otras a los objetos que la rodean los tonos más contrastados como los más diversos; aquí y allá todo un archipiélago de islas o de rocas coronadas de bosques, de habitaciones, de fuertes; entre ellas hay mil velas blancas, mil casas flotantes que duermen tranquilas en la superficie, en medio de otras que las cruzan o se detienen a su vez. Al fondo, extendiéndose en un vasto anfiteatro, Río y sus suburbios. Por último, para detener y como para fijar la mirada en estos climas donde la transparencia del aire reclama un fondo sobrio para los cuadros de la naturaleza, una inmensa cintra de montañas con tonos acentuados, con actitud salvaje, con crestas variadas y curiosas que, de la base a la cumbre, ofrecen como panorama un vasto telón de verdura.

Y qué decir de ese sol de invierno que brilla mucho más que calienta, en un cielo siempre sin nubes; de esos tibios efluvios que pasean sobre las aguas los perfumes de la costa, la fragancia de esta vegetación frondosa de los trópicos que vierten a manos llenas la palmera, el cocotero, el mango, el bambú y el banano. Es de preguntarse quién siembra en la selva estas lianas flexibles, estos incomparables parásitos, estos helechos arborescentes; quién produce por doquier estos macizos verdosos salpicados de racimos de flores que renacen sin cesar, alegros por el concierto gozoso de pájaros maravillosos, arcoiris alados de estos afortunados climas.

Sin embargo, al pisar tierra poniendo un pie todavía indeciso sobre los desechos que atestan los muelles, deslizándose entre la

multitud alborotada y olorosa de los negros, como luego al sufrir las molestias y la lentitud de la aduana, al atravesar las calles estrechas, tortuosas y mal adoquinadas de la ciudad baja, el recién desembarcado no tarda en reconocer que Río no es aún la ciudad encantadora por excelencia y que este sueño, si alguna vez lo hizo, lo engañó extrañamente.

En Río hay dos partes bien distintas que, difícil de creer al verlas tan diferentes, se tocan de tan cerca. Son: la ciudad y los suburbios; éstos, amplios y bien aireados, salpicados de palacios, de mansiones y sembrados de bonitos parques y paseos, hacen creer en la proximidad de una gran capital. Mientras que por el contrario, la ciudad con sus calles tortuosas y sus casitas desaseadas y mal dispuestas, recuerda más bien el campamento y la aldea. Y de hecho, ¿no sería por su propio origen que podría explicarse el carácter particular de esta ciudad tan extraña?

Porque estas habitaciones son del tipo de las que construye un pueblo conquistador y nómada, que cuando desembarca de súbito en una comarca rica, pero salvaje, inexplorada, malsana, echa las fundaciones de una ciudad diciendo: «¡jagarremos y vámonos!». ¿Quién sabe cuánto tiempo durará la conquista? ¿Sabe alguien qué obstáculos van quizá a encontrar? Por último, ¿quién sabe lo que les reserva la enfermedad, el clima, los indígenas? En consecuencia, ¿para qué construir palacios?

No hay duda que para hacer de Río una ciudad a la altura de su destino político, de su posición excepcional y de su título de capital de un vasto imperio, habría que demoler todo para tomar en Europa, con grandes gastos, la piocha legendaria del ex prefecto de La Sena¹. Que un día ello se haga, quizá en un futuro próximo, no lo dudo; pero parece que el momento no se ha presentado todavía, por lo que tendremos que contentarnos con ver y estudiar Río tal como es hoy día.

Una palabra sobre el origen del nombre de esta ciudad no estaría desprovisto de interés y encontraría aquí naturalmente su lugar. Pero

1. Mención al barón Georges Haussmann (1809-1891), Prefecto de La Sena (1853-1870), que dirigió los grandes trabajos que transformaron París (NdT).

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

primero quiero prevenir al lector que, no siendo etimólogo¹, no invento, sino repito. *Río*, en la lengua del imperio significa «corriente de agua»; *Janeiro*, quiere decir «enero». Conducidos de la mano por un destino feliz, los portugueses, propensos a los descubrimientos, cayeron un buen día en esta inmensa bahía que en su parte nor-este se termina en una ciénaga alargada que al estrecharse va a morir a cerca de tres millas tierra adentro. Maravillados y llenos de embeleso, sin creer en esta broma de la naturaleza, en esta obra maestra del mar, creyeron encontrarse en la desembocadura de un río, el que pensaron explorar más tarde; mientras que, juzgando el lugar propicio a sus proyectos, echaron, sin verificar esta impresión, las fundaciones de una ciudad que bautizaron Río, agregando la palabra *Janeiro* para significar el momento de este hermoso descubrimiento (enero de 1556)². Sin embargo, ningún río riega estos parajes.

Es sorprendente que aún hoy esta apelación, fruto de un error susceptible de ser rectificado fácilmente y que en el fondo es fruto de la ignorancia de sus autores, haya sido religiosamente conservado por ellos mismos. Más aún: este error se encuentra además ratificado en la lengua corriente por la palabra *fluminense* (de fluvial), calificativo casi gemelo de todo lo que es natural de Río, o mejor, ciudadano, y a lo cual los autóctonos parecen dar mucha importancia. Por ejemplo, asistí a buen número de fiestas dadas en los salones del *Casino Fluminense*; iba a ellas en vehículos de gala de la *Compañía Fluminense*, etc.

Hemos dicho bastante sobre el nombre; volvamos a la cosa. Río, lo hemos dicho, se divide en dos partes bien distintas y que la ciudad desentona con los suburbios. Ocupémonos primero de ella.

Sólidamente instalada sobre las rocas que rodean la bahía, formando anfiteatro en el espacio comprendido entre ella y las montañas, cubriendo incluso los pequeños cerros comprendidos en la zona en que se instala con sus construcciones y sus monumentos, es un conjunto gracioso y coqueto. Pero no resiste al análisis y decepciona

1. La *toponimia* no era todavía conocida (NdT).

2. Fue en 1565 que se fundó la ciudad de São Sebastião de Rio de Janeiro. El descubrimiento de la bahía por A. Gonçalves remonta al 1º de enero de 1502 (NdT).

cuando se la recorre. Las casas, de ordinario de un solo piso, son pequeñas y apretadas unas contra otras, lo que es extraño en un lugar donde el terreno no tenía ningún valor. Las calles son angostas, mal empedradas o llenas de guijarros del mar; una zanja las atraviesa a menudo de lado a lado; las veredas casi no existen, y si llega a haber baldosas, instaladas a ras del adoquinado, ellas suavizan poco la marcha del peatón, sin jamás proteger su persona contra la increíble audacia de los cocheros negros. Por último, el mantenimiento de la vía pública deja mucho que desear, no siendo raro tropezar con trapos, escombros e incluso animales muertos.

A falta de cifras exactas (cito cifras sólo a ciencia cierta), si se quiere tener una idea de la estrechez de las calles, mostraré la más central y la más animada: es la rua do Ouvidor, la más célebre de todas, calle de almacenes, del lujo, de la ostentación. Es el Corso de Roma, el Boulevard des Italiens en París, la Regent Street de Londres... ¡Y bien!, aquí los vehículos circulan en una sola dirección y a partir de las seis de la tarde la entrada a la calle les está prohibida. Pero por otro lado, ¡cuánta animación! Es justamente aquí que se comprueba la justeza del gran, del eterno proverbio de las ciudades de América: *Time is money*. Aquí no se anda, se corre; los raros paseantes deben resignarse y soportar con humor el tropel de trescientos mil pares de codos de los cuales dispone el Río del comercio y de los negocios. Por supuesto que los transportes en estas calles estrechas, accidentadas y casi todas surcadas por tranvías, cuentan bastante en las dificultades de la circulación. Se componen en su mayor parte de inmensas carretas y de camiones con ruedas delgadas, pero gigantes, provistas de cubos cuya utilidad comprendemos mal¹; de calesas pesadas que recuerdan la prehistoria de la carretería; por último, pequeños carros descubiertos y curiosos, especie de tálburis que ofrecen sólo un lugar al lado del cochero; el conjunto es tirado por mulas, puesto que el caballo es

1. El *Dictionnaire général de la langue française du commencement du XVII^e siècle à nos jours*, de los profesores Adolphe Hatzfeld y Arsène Darmesteter (8^e ed., París: Delagrave, 1926), dice: «1.- Camion // 1^o Vehículo bajo para el transporte de paquetes.// Carruaje bajo sobre el cual los obreros arrastran las piedras labradas en las obras de construcción» (NdT).

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

un artículo de lujo en el Brasil, donde la arena lo engeuece, el empedrado lo destruye y el clima lo mata.

El vehículo tipo en Río, el más común, es el *cab*¹ de dos ruedas o el pequeño tílburí del cual acabo de hablar: uno se instala al lado del cochero que frecuentemente es el dueño, a veces un negro y siempre sin tarifa. Le corresponde a usted, forastero, de discutir con él el precio, ¡y en portugués! Pero no es todo: modelos de suspensión, estos pequeños vehículos no conocen obstáculos y no moderan nunca el paso; atraviesan los rieles de los tranvías en todas direcciones, no respetan las veredas y a menudo ni siquiera los peatones, sacudiéndolos a su gusto. Si hay una acequia o una interrupción en el empedrado de las calles, el conductor adopta un gran aire de importancia, recoge las riendas, lo mira a usted, ahuyenta su mula, que toma el galope... y el carro pasa a la buena de Dios, cayendo cara o sello, pero casi siempre cara. No hay nada más entretenido, pero es demasiado peligroso. Por fortuna, se puede prescindir fácilmente de este medio de locomoción, puesto que el Brasil es verdaderamente la patria de los tranvías: se les encuentra en todas partes. Circulan con una perfecta regularidad y hay que felicitar la administración por la manera de regularlos. Primero Río, luego Buenos Aires y Nueva York, son en el mundo las tres ciudades donde más se les ve. Estos vehículos son tirados por robustas mulas maniobradas por negros y mulatos con una destreza admirable. Graciosamente concebidos y contruídos, abiertos, cerrados, para fumadores, siguiéndose sin intervalo importante, corren sobre doble vía por todas partes y a menudo toda la noche. Estaban destinados a tener un éxito inmenso en una ciudad donde el calor y el empedrado hacen la marcha penosa, y donde el habitante, naturalmente flojo, tiene horror de la más mínima fatiga.

Por éso estos omnibuses van llenos de muestras de todas las clases de la sociedad. Ahí se codea uno con negras como con embajadores. Pero que la gente ecónoma y ordenada no tenga la ocurrencia de subir si el recorrido no vale la pena, porque el sistema adoptado es el

1. Vehículo inglés llamado *cab* y que en el hecho es una abreviación del francés *cabriolet* (NdT).

del precio único, aunque ínfimo, por todo el recorrido que a veces se extiende por ocho o hasta diez kilómetros. ¿Es este sistema el mejor? Lo ignoro; pero los empresarios de los tranvías de Río hacen negocios brillantes. Así, las primeras acciones de la principal sección, emitidas a quinientos francos, valen hoy dos mil quinientos y dan un interés medio de 168% a sus felices, pero escasos, poseedores.

Aunque estas cifras sean bastante elocuentes por sí mismas, dispensándome de citar otras, a aquéllos que se interesarían por los beneficios que hacen, a cincuenta centavos por asiento algunas de estas líneas, diré que esta misma sociedad que explota tres de ellas, beneficia cada día de un término medio de siete a ocho mil francos, mientras que domingos y festivos aportan entre doce y trece mil.

Los hoteles de Río son numerosos, pero pequeños, caros y raramente confortables. La falta de buenos jefes de cocina se hace sentir aquí bastante; también, a cada comida, hay que disputar con legiones de moscas los platos que le sirven; mientras que en la noche, a despecho de las más finas precauciones, cucarachas roedoras y mosquitos voraces logran hacerle olvidar la existencia, constatada y evidente, de insectos más comunes. Después de todo, sólo es el estado habitual de los inconvenientes de este género; pero hay otros más extraordinarios y a veces tan extraños, que quizá no se me crea, como el que me ocurrió cuando acababa de desembarcar, al cabo de ocho días, en que tuve que matar a golpes de fusta una verdadera serpiente que encontré en mi pieza del hotel. Por éso, si no creyera deber al *Hotel de Paris* y al *Hotel de Europa* una mención más lisonjera, alinearía en el mismo nivel todos los hoteles de este tipo y ni siquiera hablaría; pero a cada cual lo que se merece: En esos dos, por lo menos los «*Chefs*» son serios y los establecimientos están bien tenidos.

La vida de café no se practica allá sino en muy pequeña escala; también hay algo que a primera vista parece completamente contrario a la idea que nos hacemos de las costumbres americanas: el brasileño no tiene ni círculo ni club. En Río la vida cesa luego de la salida de los teatros; éstos son felizmente numerosos y por lo demás bastante bien concebidos. Pero se creería que el Alcázar y la ópera francesa hacen ahí furor día y noche, mientras que la Ópera, de instalación reciente, logra imponerse apenas.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

La música sin embargo, es muy apreciada en la clase alta. Se hace buena música en numerosos salones y los conciertos de música clásica reúnen cada vez un gran número de gente elegida, a la cabeza de la cual jamás falta el Emperador, quien comprende, protege y sostiene todas las artes. Desgraciadamente, aquí su campo es restringido, porque si bien se cuentan en Río algunos virtuosos aficionados, algunos artistas de talento, se buscaría en vano un buen museo de pintura o de escultura nacional. Las ciencias y las letras están más avanzadas y estas ramas, que en suma son la base esencial y como el espejo de la civilización de los pueblos, hacen aquí cada día nuevos e importantes progresos.

Como se ve, según la descripción severa, pero fiel que queda hecha, la capital del imperio no ofrece por sí misma todos los recursos ni todos los atractivos que estaríamos en derecho de esperar de ella. Se ven sin duda algunas escasas obras y varias hermosas iglesias, pero, aparte de algunos antiguos conventos, estos monumentos, ni en su conjunto ni en sus líneas, nada tienen que atraiga particularmente la mirada o que cautive especialmente la atención.

Por otro lado al contrario, donde quiera que el arquitecto confió a la naturaleza pródiga y al suelo generoso la realización de sus planes, las construcciones más pequeñas se vuelven obras maestras, no pudiéndose evitar una real admiración frente a aquéllas en que la vegetación juega el papel principal. Entre las plazas y los jardines, por lo demás bastante escasos en el perímetro mismo de la ciudad, se encuentra un parque de solamente una decena de hectáreas que, bajo el modesto nombre de *Passeio publico* se ha hecho, y con razón, una gran reputación. En toda su extensión no es otra cosa que un inmenso invernadero a cielo abierto, donde se reúnen con un orden perfecto, tanto los más ricos como los más raros productos de la vegetación tropical. El parque está dibujado a la inglesa, adornado con céspedes, fuentes, puentes y canales y provisto de buenos senderos cubiertos de arena que van a dar a una terraza, frente al mar. El palmito, la palmera abanico y mil otras plantas autóctonas forman sobre los prados los ramos más exquisitos; y como si no fuera suficiente en esta ojeada encantadora, avestruces, casoares y otros animales extraños, pero confiantes, erran con curiosidad al lado del visitante; parecen caminantes que comparten con usted la embriaguez del gran espacio y de la libertad.

Es también esta vegetación frondosa la que constituye el principal encanto de los arrabales y de las afueras de Río. Aquí las avenidas están bordeadas de palmeras, de mangos, naranjos, bananos. Ahí los bambúes forman graciosos ramilletes. Quintas rodeadas por hermosos marcos constituídos de flores y de plantas de mil especies, entre las cuales se distingue en primer lugar la hoja roja llamada *lingua de papagaio* (lengua de papagayo).

¿Y qué decir del lugar que parece resumir por sí solo todas estas maravillas, exponiéndolas sobre una vasta superficie en uno de los sitios más notables de los alrededores: el Jardín Botánico? Para llegar a él se sigue un recorrido delicioso que por valles profundos, pasando por la bahía, van a dar al mar. Este jardín tan celebrado, por lo demás cuidadosamente mantenido, ofrece a la mirada, en primer lugar, dos grandes avenidas de palmeras que se atraviesan en ángulo recto. Plantadas cada diez metros, estas doscientas columnas inmensas, que se diría talladas al cincel, miden más de cien pies de alto cada una, sin que nada venga a contrariar su perfecta regularidad. Su aspecto es imponente, grandioso aunque quizá un poco frío, pero según creo, único en el mundo. Hablemos además de una avenida de árboles, cuyo nombre se me escapa, pero que se parecen a grandes limoneros y que, a algunos metros del suelo, muestran al aire sus raíces¹. Nada más curioso que ver estas últimas, en calado o en espiral, soportar el árbol suspendido sobre ellas. Existe también el laberinto de los bananos, planta muy pródiga en frutos, cuya hoja es suficiente para esconder un hombre de pie; y las grandes gavillas de bambú, de sesenta pies de alto, que bajo el soplo de los vientos producen una música peculiar y salvaje. Por último, otras especies combinadas completan el conjunto del parque y hacen de él un lugar de paseo tan encantador como instructivo.

1. Se trata sin duda del mangle (NdT).

II

Los brasileños

Detalles de costumbres, escenas íntimas.— Llegada de un vapor a la rada de Río.— El cable transatlántico.— Un gran baile en el Casino.— Visita a S.M. don Pedro II.— El palacio de San Cristóbal.— Estilo de vida del Emperador, su simplicidad.— La religión católica en el Brasil.— Una gran ceremonia religiosa en Río.— Algunas palabras sobre la raza negra.

Describí en algunas palabras los recursos que la ciudad pone al servicio del extranjero que se encuentra de paso. Pero como el único medio de hacerse una idea de una sociedad es el de ser admitido y de vivir en su seno, no descuidé las ocasiones de penetrar en ella. A primera vista, la cosa parece fácil, considerando la gran reputación de hospitalidad que se atribuye a los pueblos de América del Sur, la que, con algunas reservas, se merecen. Porque, para citar sólo los brasileños en el caso que nos ocupa, no creo equivocarme al decir que son poco inclinados a recibir al extranjero en sus casas de la ciudad; sin embargo lo acogen con largueza en el seno de sus inmensas plantaciones. Cualesquiera sean los motivos (creo haber comprendido algunos), el hecho existe y pienso que durará. Para aquél que su buena estrella lo llevó a franquear el obstáculo, tiene una excelente razón de felicitarse y de estar agradecido con respecto de los que, por su influencia o su alta posición lo llevaron hacia la vida de capilla y de intimidad. Una vez admitido en una familia, en lo sucesivo se forma parte de ella. Se encontrará en su seno el abandono y la cordialidad sincera de estos buenos plantadores, que al recibir tan bien en sus propiedades, jamás se les deja sin tristeza. La charla, la danza o el té, más frecuentemente la música, hacen el gasto ordinario de estas reuniones íntimas, encontrándose en ellas mil ocasiones de constatar el carácter, un poco vanidoso quizá, pero en general bonachón, de lo que compone la sociedad de Río propiamente dicha.

Es evidente que según ellos, los brasileños no se consideran en absoluto en retraso con respecto a Europa. Es un hecho que, por lo

menos en las apariencias, comienzan a adoptar de manera loca las modas y las costumbres europeas. Ahí se encuentra la primera víctima de esta tendencia: la redingote negra y el sombrero de seda, que se ponen a cualquier hora del día o de la noche, a pesar del sol, del polvo y del clima. Da pena de ver así cómo cada país pierde su sello propio, hasta en los más mínimos detalles, en provecho exclusivo de la absurda ley del nivelamiento universal. Del mismo modo, el paraguas se ha hecho el accesorio obligado de todo hombre que se respete; aunque muy pocas veces podrá protegerlo de la lluvia, le será constantemente útil contra el sol. Entonces, ¿por qué dejar a los negros el uso del bonito quitasol que se llevaba antaño? Pero quién sabe si mi disgusto no está provocado por un sentimiento egoísta; puesto que yo, que había imaginado tener un éxito inmenso con mi encantadora sombrilla de seda verde y amarilla, es decir, los colores del Brasil, que había inteligentemente tomado a mi partida y que después de todo me prestó algunos servicios durante la travesía, tuve que dársela al primer negro que pusieron a mi servicio. Por lo menos tuve el gusto de constatar que fue todavía más de su gusto que del mío. Sin gastos suplementarios me hice así de un amigo, que desde entonces se puso a decir, cosa siempre conmovedora, hay que reconocerlo: «El amo es bueno; negrito fiel dar gustoso su vida por él».

Acabo de hacer alusión a la dificultad de penetrar en la intimidad del brasileño; pues bien, en la calle, en el teatro o en el hotel no hay nadie más comunicativo que él, al punto de entrar muy naturalmente en una serie de presentaciones, de cumplidos y apretones de mano. Por lo demás América es pródiga en apretones de mano, los que no se pueden rechazar, cualquiera sea el rango al que pertenece el que los prodiga. Hay que acostumbrarse a estos usos, que sin duda son agradables.

Por fortuna el extranjero escapa al abrazo, el que es exclusivamente brasileño y que se da tanto en la calle como en cualquier lugar. Reemplaza el apretón de manos entre los amigos más cercanos y va acompañado invariablemente de tres golpecitos recíprocos en la espalda, que estamos tentados de tomar por algún signo masónico.

Para completar el artículo «detalles de costumbres», permítaseme citar aún algunos más íntimos, pero no menos característicos. Uno de los defectos del brasileño es el de ser más ceremonioso y

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

lisonjero que lo conveniente. Por fortuna se comprende rápidamente lo que cada cosa quiere decir y se termina acostumbrándose a lo que en un principio sorprendía. Así por ejemplo, si usted se extasia frente a un objeto cualquiera y estima de buen gusto alabar por ello al propietario: «*as suas ordems*» (a sus órdenes), «*es suyo*», responde invariablemente. Pero cúidese de apropiárselo, porque usted se hará quizá de un enemigo mortal, al mismo tiempo que perderá con seguridad su reputación de urbanidad y casi la de ser un hombre honesto. O bien si usted escribe a una persona de su familia o a un amigo, alguien le dirá al verlo en esta tarea, sin conocer el nombre de vuestro corresponsal: «Le ruego que presente mis homenajes a tan agradable persona». Y este adiós, tan original como estereotipado: «hasta luego», que se dice incluso cuando la separación es para siempre. Por último, ¿qué pensar de esta frase, perfectamente auténtica, dicha delante mío a uno de mis buenos amigos? Acabábamos de ser presentados a un hombre señalado y distinguido, uno de los plantadores más ricos y entre los mejor instalados del país, con el cual quedamos desde entonces en buenas y continuas relaciones. Estuvo realmente de lo más amable con nosotros y literalmente nos colmaba de gentilezas cuando, dirigiéndose a mi amigo, le dijo: «Si tuviera una hija, joven y bonita, para esposar, le diría: ¿Le gusta? ¡Dígallo, ella es suya!».

En esta ciudad que hace poco todavía estaba privada de noticias provenientes de Europa y del extranjero, el gran acontecimiento, aquél que mejor que cualquier otro cautiva y agita los países, es la llegada de un vapor frecuentemente esperado con impaciencia. Es lindo ver entonces la animación del puerto y el tumulto en las calles bajas. El comercio y la finanza, el empleado, el buhonero y el esclavo se empujan sobre los muelles, mientras que en los costados del vapor recién llegado van a colgarse algunos barquitos a vapor y se ven racimos sin fin de embarcaciones ligeras llevando pabellones flameantes con mil colores.

Luego, al paso de que curiosos ávidos se hartan con mil noticias, que otros se precipitan y se abrazan; que otros aún aprovechan el transtorno general para saborear la cocina de a bordo: ahí, bajo la escala acabada de bajar, los marineros se pelean, se injurian y se disputan indistintamente pasajeros y paquetes. Los patrones de los

botes hecen sus precios, los negros excitados naturalmente, los suben, para la explotación de los pasajeros que se confían a ellos. Encima de una altura vecina, el semáforo despliega el pabellón del barco; los tranvías se visten con los colores de él y los diarios locales publican con gran alboroto la buena nueva, como también la lista completa de los recién llegados. Dos edificios vecinos, el *Correio* (correos) y la *Bolsa*, están llenos de curiosos y la llegada de los sacos con correspondencia y despachos pasan saludados por aclamaciones.

Hoy, la inauguración del cable transatlántico ha opacado un poco los colores de este cuadro, en el cual la política y el comercio, informados ahora día a día, ya no figuran sino que accesoriamente. Pero hay que celebrar el éxito de esta gran empresa, y la más hermosa fiesta a la que me correspondió asistir en el nuevo mundo fue la de la inauguración de este servicio telegráfico. Este cable, tan lleno de futuro y de promesas, tendrá sin embargo que trastornar fatalmente el mercado del país y el de la ciudad durante cierto tiempo.

El Emperador, apreciando mejor que nadie las inmensas ventajas que su imperio iba a obtener a partir de este hecho capital, quiso dar a esta fiesta un brillo inhabitual, por lo que los amplios salones del *Casino fluminense* reunieron esa noche en torno de Su Majestad la élite de la población, es decir, algunos millares de personas. El baile fue espléndido y se prolongó hasta el alba. Las piedras preciosas del Brasil, junto a las modas de París, realizaban particularmente los rostros morenos y las cabelleras empolvadas de las mil jóvenes de trazos más bien acentuados que clásicos. El hombre, que por su parte no desdeña los adornos, se echa encima riquezas resplandecientes. La joven apenas resiste; lleva frecuentemente, para ir al baile, como en la calle, quevedos de oro con cadenas del mismo metal, que pasa sobre su oreja y que anuda en su cuello. Este accesorio de tocador es de mal gusto, pero se dice que la coquetería es culpable de esta moda extravagante. En lo que respecta la danza, ella no difiere de la nuestra, pero se practica quizás mejor, más a menudo y es marcada por más de animación.

La fiesta fue brillante. Una orquesta excelente animaba el movimiento. El emperador estaba visiblemente feliz. Vino a mí, por lo que tuve personalmente el honor de conversar con Su Majestad. Poco tiempo antes había tenido el placer de ser presentado a él en

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

su palacio de San Cristóbal. Permítaseme de hablar de esta entrevista, que quedará para mí como uno de los más agradables recuerdos de mi viaje.

El emperador es un hombre que frisa en la cincuentena, estatura elevada, porte majestuoso, con una larga barba blanca, cabellos entrecanos, con aire inteligente y distinguido. Honorado por una audiencia acordada amablemente, fui a ella acompañado por nuestro plenipotenciario, el señor Bartholeyns de Fosselaert y por el conde Charles d'Ursel, primer secretario de nuestra legación. Es algo imponente de ir así, en país extranjero, presentar sus homenajes al soberano del imperio más grande del mundo en una entrevista a solas; pero Su Majestad brasileña es tan buena, une a tanta prestancia mucha simplicidad y encanto, que uno se siente rápidamente cómodo en su compañía. Entonces se disfruta verdaderamente de su amable e ilustrada conversación. Porque el Emperador no es solamente un político hábil y hombre muy inteligente, sino además un sabio versado en todas las ciencias, un políglota que habla con facilidad varias lenguas y que tiene una memoria prodigiosa. Lee todo lo que se publica, en su país como en el extranjero, pero sobre todo en Europa; sabe todo lo que ocurre y tiene respuesta para todo. Me atrevo a decir que es una de las inteligencias más notables entre las testas coronadas. Tiene una alta opinión de Bélgica, interrogándome ampliamente sobre sus recursos, su industria, su política; luego me felicitó por mi pasión por los viajes y me instruyó amablemente sobre algunas interesantes excursiones, diciéndome que tenía que llevarme del Brasil, a toda costa, un feliz recuerdo. Hicimos entonces, retrocediendo, los tres saludos protocolares y luego pasamos al salón de S.M. la Emperatriz. Esta princesa es animada, espiritual, alegre; le gusta conversar en confianza. Como el Emperador, porta en su semblante un gran sello de bondad. Por lo demás es la característica de ambos, y al verlos, como al escucharlos, uno se explica la idolatría que les profesan sus súbditos. Su Majestad conversó conmigo unos instantes sobre la familia real belga; luego me preguntó, con verdadero interés, sobre noticias y detalles de mi propia familia, lo que me emocionó profundamente. En una palabra, traje de mi visita al palacio de San Cristóbal un recuerdo imperecedero. Sus Majestades sienten un gran gusto cuando reciben los escasos

extranjeros que desembarcan en Río; por su lado, éstos perderían mucho al descuidar la ocasión de acercarse a tan amables como graciosos soberanos.

El palacio de San Cristóbal no presenta en sí mismo nada de particular. Es amplio y bien situado en las afueras de Río. Al exterior su arquitectura es simple, mientras que su decoración interior es de una gran sobriedad. Las costumbres de sus augustos habitantes son por lo demás patriarcales y los gastos de mantenimiento de la morada imperial no responden, es cierto, a su alta posición. Así, para hablar sólo de los bagajes de la corte, el vehículo de gala, que tiran por turno hermosas mulas enjaezadas con oro, o bien seis pequeños caballos negros, no es otra cosa que una antigua berlina de ocho resortes, que su tren amarillo y sus viejos dorados la asemejan hasta confundirla a las carrozas del siglo pasado [siglo XVIII].

La escolta se compone de una veintena de oficiales de policía montada, que no abandonan ni un instante el galope. La Emperatriz forma parte del grupo, su única dama de honor, doña Josefina, la sigue en una triste calesa que no se tomaría, en los paraderos de nuestras plazas, sino que en la más desesperada extremidad.

Es verdad que el Emperador tiene una fortuna personal menguada; el presupuesto de la casa real es modesto y prefiere consagrar la una y lo otro al fomento de las artes, al desarrollo de las ciencias, a la extensión de las obras filantrópicas. De ahí viene su gran simplicidad. Por lo demás, parece complacerse en ello: las Cámaras, habiéndole acordado no hace mucho un importante presupuesto complementario para alzar el tren de vida de la casa real, Su Majestad, deseosa de conservar su justa popularidad, no quiso aceptarlo.

Según creo, el teatro es su única distracción; parece dedicarle un gran y serio interés, encontrándosele tres veces por semana en uno de los cinco o seis grandes teatros de Río. Hace visitas sucesivamente a los principales establecimientos públicos de la ciudad, sin jamás dejar de asistir, el domingo y en gran pompa, a los oficios religiosos. En las grandes procesiones, él mismo y tres de sus ministros o de sus chambelanes llevan, recogidos y con la cabeza descubierta, el palio del Santo Sacramento. Esta devoción produce un buen efecto en un país donde, por ser religión de Estado, el culto católico parece reducirse en la práctica a poca cosa.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

En la medida en que con pesar pude constatarlo por mí mismo, en el Brasil la religión está casi reducida, en lo que toca a la parte masculina de la población, a algunas manifestaciones exteriores. Un tranvía pasa delante de una iglesia, se cruza un cortejo fúnebre, se encuentra un cura o una cruz y cada uno se descubre y se inclina. Pero los domingos y los días de fiesta, a la hora de los oficios, entre usted en una de esas grandes iglesias, tan numerosas en Río, cuente los hombres y se quedará tristemente impresionado... Desgraciadamente, ¿será necesario decirlo?, el ejemplo no viene de arriba con la regularidad suficiente: el mismo clero autóctono no está siempre a la altura de su gran misión.

¿Quiere uno darse cuenta de lo que puede ser una gran ceremonia religiosa en una iglesia de Río? He aquí una a la cual asistí pocos días después de mi llegada. Era un domingo de clausura del Mes de María.

Hay que figurarse un gran cuadrado embaldosado de unos cincuenta metros por lado. El altar mayor y la galería que separa el coro del trascoro se encuentran en una especie de ábside; pequeños altares se destacan en todos lados; la decoración es de los colores blanco y oro. En la planta alta, galerías y logias con cortinas de damasco rojo están llenas de señoras en gran tenida que conversan y se abanicán con más ruido que gracia. Abajo, sobre las baldosas, no hay una sola silla; negros y blancos, mulatos y plantadores de pie, se arrodillan o más bien se encucillan durante las partes principales del oficio, haciendo a cada rato el triple signo de la cruz que terminan besándose el pulgar. El oficio se desarrolla con seis u ocho curas, veinticuatro monaguillos, rodeados de numerosos ayudantes y maestros de ceremonia. En cada rincón se puede ver soldados en tenida y con el arma al brazo. En el coro hay una orquesta completa ordenada según la manera en uso en nuestros conciertos populares; delante de la orquesta y en determinados momentos, damas pertenecientes a menudo a la mejor sociedad, vestidas completamente de seda ejecutan, partitura en mano, solos dignos de nuestros mejores teatros. Éso es por la escenografía. El conjunto es bastante bonito, pero deja indiferente. Otra cosa sería si los fieles, esta vez decididamente más numerosos que de costumbre, tuvieran una actitud de recogimiento. Pero se conversa, se saludan, a veces

incluso se abrazan; en una palabra, todo el mundo se agita bastante. Aquí o allá hay algunos perros echados o vagando; algunos caniches se estiran al lado de sus amas sin esperar, para impacientarse, la segunda hora del oficio, sumando sus sordos murmullos a los vagidos de los pequeños morenillos cuyas horas de comida han sido pospuestas. Los libros no existen y si existen, ni uno solo ha sido abierto. Apenas algunas viejas nodrizas, una que otra mulata centenaria, desgranar el rosario o suspiran rezos ininteligibles.

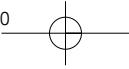
¡Quiera el cielo que por lo menos ellas sean comprendidas allá en las alturas!

Vestidas de un blanco realzado con cintas rojas, o engalanadas con colores atrozmente vistosos por los cuales parecen tener un gran amor contranatural, exageradamente escotadas, una o dos rosas clavadas como alfileres en la maraña de sus negras cabelleras, las negras jóvenes no parecen ocupadas a otra cosa que a mirarse y a complacerse a sí mismas. En cuanto a los negros, cuyos cabellos crespos contienen a veces el *palito*¹. a veces el cigarrillo, con sus pequeños ojos brillantes, dan veinte veces vuelta en torno de este círculo atractivo, y cuando comienza el sermón que divide en dos el oficio, salen a fumar bajo el peristilo y a conversar entre ellos.

¡Qué originales son estos negros, tan numerosos en este lejano país! Aunque en su mayor parte tienen calidad de esclavos, son naturalmente alegres, ríen y retozan todo el tiempo. El sol es su dios; el calor los dilata; con el mal tiempo, al contrario, se vuelven sombríos, mientras que la lluvia los irrita mucho más que los moja.

Cantores que nunca callan, siempre cantan con gusto y repiten en coro algún antiguo estribillo al caminar por las calles llevando pesados bultos. Son muy unidos y forman una verdadera familia; dos negros que se encuentran sin haberse nunca visto antes, se hablan alegremente, fraternizan y se pierden en comentarios menudos. Indolentes y flojos por naturaleza, están sin embargo hechos para las grandes fatigas y realizan, si es necesario, los trabajos más pesados.

1. Se designa con este nombre la pequeña astilla de madera de naranjo o de limonero, que es de uso muy general y que sirve de mondadientes en toda América del Sur.



DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

Más tarde abordaré de nuevo el interesante tema del negro; el trazo que sigue probará hasta qué punto los individuos de esta raza curiosa pueden, cuando la ocasión se presenta, exagerar la coquetería. Conocía mucho de vista uno de estos señores, negro del negro más puro y ¡caramba!, bastante buen mozo. Estaba empleado en un establecimiento vecino a mi hotel. Desde hacía tiempo, su alta estatura y su modo de andar altivo, provocaban a la vez mi placer y mi admiración. Ahora bien, en Río, como en todas partes, se ven jóvenes italianos que se pasean en las calles llevando estas cajas de madera blanca que tienen encima algo como un molde de suela y que al interior contiene betún y escobillas. Parece que los domingo y días festivos es en el Brasil una industria lucrativa. Cada domingo, fresco y pimpante, llegaba con la más grande seriedad del mundo y luego de llamar a su protegido, se hacía lustrar, no los zapatos, sino que los pies!

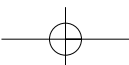
III

Alrededores de Río

Nitheroy y sus alrededores.— Una caza en piragua.— Montañas célebres.— El Pan de Azúcar.— Una salida de sol en el Corcovado.— La Tijuca.— La pequeña ciudad de Petrópolis.

Los alrededores inmediatos de Río son de lo más notables y se prestan a maravilla para las excursiones. Es cierto que para darse cuenta exacta de las características del lugar hay que costearse un viaje al interior del país; pero por lo menos se puede gozar de la proximidad misma de la bahía, y sin alejarse de un radio por lo demás no muy extendido, de todas las bellezas de la naturaleza brasileña, como de las principales riquezas de la vegetación tropical.

Justo al frente de Río y como haciéndole pareja desde el otro lado del agua, se puede ver Nitheroy, pequeña ciudad cuyas casitas coquetas sacan ventaja de su origen más reciente. Un doble servicio



de vapores o *bonds*¹ marítimos la une a la capital. Se designa con el nombre de *bonds* marítimos a los barquitos especiales que aseguran las comunicaciones entre diversos puntos de la costa. Algunos de estos barquitos están acondicionados de manera a poder transportar también los caballos, carretas y vehículos, pudiendo cargar un gran número de ellos sin incomodar los pasajeros. Cada diez minutos, una de las dos compañías que dirigen este servicio, efectúa a su vez una salida hacia Nictheroy y viceversa. Esta pequeña travesía no carece de encanto. Se serpentea entre los vapores, entre los veleros de tres mástiles, en medio de navíos de la marina de guerra brasileña o extranjera; los pabellones de todos los países del mundo flamean por todos lados; a cada vuelta de rueda, el panorama se modifica. Numerosas aves marinas acompañan el navío y aquí o allá algunos tiburones y marsoplas exponen al sol sus lomos brillantes o se agitan en las aguas en sus jugueteos caprichosos.

Nictheroy no ofrece nada de particular a la mirada, pero es el punto de partida de bonitas excursiones. Ahí los tranvías retoman los pasajeros para un viaje a lo largo de la playa; ahí usted encuentra mulas para la ascensión de las montañas; por último, desde ahí usted se dirige, en algunas horas, hacia parajes encantadores, a lagos apartados y salvajes. Algunos de estos lagos son ricos en piezas de caza de agua y atraen particularmente los cazadores. Se caza en piragua, es decir, casi acostados al fondo de una simple corteza ahuecada, que habiendo sido doblada levanta sus bordes y se une en cada extremidad. Es una caza por lo demás llena de encantos y de emociones de todo tipo. Para convencerme de ello me bastó consagrarme a esta caza durante algunos instantes.

Un día en efecto, hicimos una partida de caza en una de esas pequeñas pozas formadas en los alrededores de Nictheroy por el capricho de las aguas de la bahía. Éramos cuatro o cinco que, a la salida del sol, acostados separadamente al fondo de nuestras piraguas

1. Curiosa apelación de «*bond*», que en francés quiere decir bote o salto, primera acepción del *Diccionario de la Real Academia Española*. Podemos preguntarnos si el autor no tradujo la acepción bote 1.-: «salto», en lugar del N° 3.-: «pequeño barco sin cubierta para el transporte de personas» (NdT).

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

respectivas, cada uno acompañado de un negro que, de pie detrás del cazador, silencioso y casi inmóvil dirigía la embarcación. Es práctico y fascinante: maniobrando de maravillas su largo zagual, nos hace deslizarnos rápidamente a lo largo de la orilla y entre los juncos. Un ave se levanta: usted hace fuego; si cae, el negro se aproxima de ella y con el reverso del zagual, sin suspender la marcha, lo toma y la deposita a los pies de usted. Me entretenía muchísimo con un deporte tan nuevo para mí. Había hecho ya numerosas víctimas, cuando de súbito sale en vuelo un ave magnífica que quiero abatir a toda costa. Desconociendo en ese momento las reglas de la más elemental prudencia efectúo, para disparar, un movimiento brusco. El ave cayó, pero no fue la única: la piragua, habiéndose volcado, cayeron al agua revueltos, el cazador, su arma, sus municiones, su negro, su presa y sus provisiones de boca. El agua, dicho sea de paso, estaba agradable; el borde y los grandes juncos estaban cerca, por lo que el salvataje fue fácil y rápido. Para secarme me puse a correr sobre la arena. El primero a reír de mi contratiempo fui yo; sin duda que mis compañeros reían más francamente, pero convengo en que la cosa era todavía más cómica para la galería que para el actor. El sol de los trópicos reparó rápidamente el desastre y pude continuar la caza que había sido tan bruscamente interrumpida. Instruido por la experiencia, es verdad que en lo sucesivo fui más prudente, sin perder la pasión viva que me inspiraba la caza en piragua, la que más tarde repetí frecuentemente

Lo que da al conjunto de las montañas que rodean Río un aspecto más particularmente original y fantástico es la diversidad misma de las formas que ellas toman. Al entrar en la bahía se pasa primero muy apegado al *Pão d'Assucar*, este inmenso monolito que la naturaleza parece haber designado como el centinela del país y cuyo nombre sugiere suficientemente su forma. Esta célebre roca sobresale como un molo gigantesco en la puerta misma de la bahía, estrechada extrañamente por él y poniéndola al abrigo de la barra y de las marejadas de alta mar. Enfrente se ven las alturas de Petrópolis y Los Órganos, crestas elevadas cuyas finas agujas se dibujan claramente contra el cielo. A la derecha, una serie de montes verdecidos, redondeados, cadenas con anillos múltiples y apretados. A la izquierda, la *Gavia*, parecida a la cresta de un gallo. Luego, el

Corcovado, cuya angosta terraza está suspendida sobre un enorme vacío y que arquea el lomo, justificando así su nombre de jorobado. Por último, la *Tijuca* presenta, un poco más lejos, tres picos en forma de volcanes, entre los cuales el más alto, el *Pico de Papagaio*, domina todas las alturas vecinas y más que cualquier otro parece invitar a la escalada.

Quienquiera que haya tenido la fortuna poco común de desembarcar en Río conservará siempre presente la imagen del Pan de Azúcar, ese gigante de granito que levanta su cabeza calva a más de mil pies sobre el nivel del mar. Desde cualquier lugar de la ciudad o desde cualquier punto de las inmediaciones que haya usted dirigido su mirada sobre el conjunto del cuadro, este bloque inmenso le apareció en su noble postura y en su fría inmovilidad. Quizás entonces tuvo usted, como yo, la idea de aventurarse en sus crestas vivas, de aferrarse a sus más mínimos relieves y de llegar, a toda costa, a su cima. Hay cosas que atraen, quizás en razón directa con su imposibilidad. La cumbre de esa roca, largo tiempo considerada como absolutamente inaccesible, fue sin embargo alcanzada un día. He aquí la historia, ella es reciente todavía; sólo tres años nos separan apenas de ese acontecimiento notable.

Era de noche. A un súbdito británico se le ocurrió (otros pueden tener ideas como ésa; sólo ellos las ejecutan) de tentar la terrible ascensión. Marinero de profesión, mitad gato, mitad serpiente sin duda, este personaje intrépido alcanzó su objetivo a pesar de los obstáculos, y clavó sobre la cabeza de la roca como testimonio del éxito la bandera inglesa que llevaba con él a modo de faja. En seguida, luego de haber operado con no menos fortuna el descenso, tranquilo pero satisfecho, volvió a la ciudad dormida. Hasta ahí todo estaba muy bien. Pero al día siguiente hubo gran alboroto en Río cuando a la salida del sol se vio flamear, en las puertas de la bahía, el nuevo estandarte. Se le mostraba, todo el mundo se agitaba; en todas partes se formaban grupos donde se discutía airadamente. Si había unanimidad para reconocer el valor de tal audacia, por otro lado se miraba con muy malos ojos en aquella cumbre otro pabellón que el de Brasil. Sin embargo los extanjeros, y sobre todo los ingleses, no disimulaban su alegría, no escatimando la expresión: «¡Sáquenlo pues, y reemplácenlo!». Los más exitados gritaban y

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

cada uno se enardecía a tal punto que la autoridad se inquietó y que el fuerte más cercano recibió la orden de apuntar durante la noche contra la famosa bandera. Pero en ese momento el Plenipotenciario inglés intervino diciendo: «No se disparará contra nuestra bandera». Y así fue como una oriflama inglesa, testigo de un acto de audacia casi sin precedentes, flotó largos meses sobre el peñón, hasta que una ráfaga de viento terminó por arrancarla, para la más grande alegría de los buenos habitantes de Río.

Por mi parte, renuncié a la ascensión del Pan de Azúcar, pero en cambio hice la del Corcovado.

Este pico domina de una altura de unos mil metros Río, la bahía y sus alrededores, al mismo tiempo que el mar a lo lejos y las islas vecinas. Deseoso de contemplar una salida de sol en este ancho teatro, partí en plena noche eligiendo, es cierto, una de esas noches famosas de los trópicos donde la Cruz del Sur y las más ricas constelaciones del hemisferio austral se disputan el brillo de un cielo resplandeciente. Primero, esta excursión demora por lo menos dos horas en vehículo; luego dos horas más, tanto a pie que a lomo de mula. Se atraviesa por senderos tortuosos, lechos de torrentes, selvas casi vírgenes. Un cuarto de hora antes del alba esperé en lo alto del pico, instalado sobre la plataforma que no tiene veinte metros por lado. Pronto apareció la luz. La vista era maravillosa y la impresión sobrepasó nuestras esperanzas. El sol se levantó de súbito por encima de las montañas, tiñéndolas sucesivamente de sangre, de oro y de plata; luego alumbró allá las grandes olas del mar, aquí las aguas tranquilas de la bahía, sus islas, sus fuertes y sus mil arroyos; en una palabra, a mis pies, la ciudad entera. ¡Ah! ¡Esas escenas son hechas más bien para sentirlas que para describirlas!

Durante mi estadía en Río hice también la ascensión de un pico vecino, que ya cité, el de la Tijuca. De ordinario, esta subida se hace a caballo; pero si las impresiones difieren un poco, por lo menos los detalles se parecen, el cuadro es el mismo, razones que me excusan de detenerme a hablar de ello.

Una excursión obligada es la de Petrópolis. Es el más concurrido, el más justamente célebre de los lugares de renombre en las cercanías de Río. Es en esta pequeña ciudad, instalada en las cumbres de las montañas a dos mil metros sobre el nivel del mar, que los habitantes

BRASIL

acomodados de Río vienen a buscar un poco de frescura y de sombra. Es ahí donde se refugia la corte; es el lugar donde se trasladan la diplomacia, la política y la finanza para huir del clima ardiente y de las crueles enfermedades que él engendra. Ahí el termómetro acusa una diferencia de 15° centígrados; ahí las nubes cubren frecuentemente el cielo y también con frecuencia la lluvia viene a refrescar la tierra. Es realmente la ciudad termal del Brasil, donde se puede llevar, durante tres meses por año, una existencia suave de placeres variados y tranquilos, gozando de una felicidad campestre.

Se ven apenas algunas calles, que recuerdan la ciudad; el resto son chalets y quintas. El Emperador posee ahí un palacio soberbio. Las mulas aquí son numerosas; se sale mucho, haciéndose encuentros en todas partes; y es a quién organizará próximamente una nueva y alegre reunión.

Petrópolis es pues un lugar encantador. A vuelo de pájaro está muy cerca de Río, ¡pero qué viaje para poder llegar a él! Primero hay que atravesar la bahía en todo su largo; luego un pequeño ferrocarril, que sería difícil de tomar en serio, lo deposita al pie de las montañas; por último, la silla de posta tirada por cuatro o seis mulas, según el estado del camino, sube dandos tumbos durante tres horas. Sin embargo, la ruta corta el flanco de la montaña en cornisa y uno se regala durante todo el recorrido con una vista encantadora, que va embelleciendo a medida que se sube.

Pero dejemos los alrededores de la capital del Brasil y vayamos hacia el interior.

Ahí los viajes se hacen más duros y mucho más difíciles. Es la razón por la cual se ve lo que se puede, muy raramente lo que se desea ver.

IV

El interior y las plantaciones de café

Riquezas y productos del interior.— El café.— *Fazendas y fazenderos*.—
Plantación y cosecha del café.— Secado, selección, expedición del café.—
Los esclavos.— Cómo se les trataba antiguamente y cómo se les trata hoy.—
La danza de los negros.— La liberación de los esclavos en el Brasil.

Los ferrocarriles del imperio están, a no dudar, en buena vía de extensión; el emperador en persona inaugura todos los años nuevos tramos y fomenta como puede estos útiles trabajos, aunque la red explotada es todavía insuficiente. Por éso el viajero se encuentra a menudo sin otro recurso que la mula, siendo este medio de transporte siempre incómodo, además de ser bastante oneroso. En efecto, hay que dotarse de una o dos mulas para sí, otra para el equipaje y una más para su doméstico y sobre todo una para el guía. Eso constituye, como se ve, todo un gasto de caravana; y en un país en que, a veces con razón, la confianza no es completamente general, estos animales no se arriendan, se venden. Hay pues que comprarlos, con el riesgo de tener que venderlos a cualquier precio a la vuelta o en el lugar de destinación. También hay que contar con los incidentes previstos e imprevistos: una mula puede fácilmente huir o enfermarse o atrapar la cojera o qué sé yo. Por último, es absolutamente necesario con frecuencia el concurso de un intérprete, y estos señores se hacen pagar muy ampliamente sus servicios.

En un país que, como el Brasil, desconoce la agricultura y que posee poco o nada en materia de industrias, aparte de las bellezas de la naturaleza y de las costumbres indígenas, no hay nada verdaderamente de interés para estudiar. Es verdad que existen los productos particulares del suelo, como son aquí los metales, las piedras preciosas, las maderas, el café, la caña de azúcar, etc.

El oro, la plata, el mercurio, el cobre, el plomo y el hierro; sobre todo el diamante, pero también la esmeralda, el zafiro, el rubí y el topacio abundan en todo el país. La provincia de Minas Gerais (minas generales) es de una riqueza minera excepcional y llena de

futuro. Pero hasta aquí la falta de brazos y el número restringido de habitantes, sólo le permiten explotar una ínfima parte de sus recursos. En efecto, es triste constatar una cifra de un millón seiscientos mil habitantes por veinte mil leguas cuadradas de territorio. Sin embargo esta provincia de Minas Gerais es la más central, como también la más poblada de Brasil.

La explotación de estas riquezas, que se hace corrientemente según lo métodos conocidos y a la europea, no tiene nada que llame especialmente la atención.

Otra cosa muy diferente sucede con la vegetación, que en Brasil es admirable y extraordinaria. Las plantas más hermosas y más variadas crecen aquí con exuberancia, sin que los ojos se cansen de contemplarlas. La flora brasileña es quizá la más rica del globo, tanto por su abundancia como por la variedad de sus especies: se cuentan ya más de diecisiete mil.

En lo que concierne las maderas, los bosques del Brasil contienen para la construcción, la carpintería y la ebanistería, las especies más preciosas que puedan existir.

Pero la producción del imperio que de lejos es la más notable, el fruto natural que constituye al mismo tiempo su riqueza y su reputación, es indiscutiblemente el café. Insistiré en decirlo en algunas palabras, puesto que este producto va a llevarnos en pleno corazón del país, al medio de los plantadores, al tiempo que nos hará conocer la vida de *fazenda*.

El interior del Brasil es esencialmente montañoso y boscoso. Ahí el suelo es seco, arcilloso, ordinariamente revestido de tonos rojos. Antiguamente estaba casi completamente cubierto de selva virgen, la que ha sido reemplazada hoy, por lo menos en parte, por las plantaciones de café llamadas *fazendas*. Bajo este nombre se designa el conjunto de la propiedad del plantador, el que es designado con el nombre de *fazendero*.

La *fazenda* comprende, en primer lugar, las casas de los dueños y todas sus dependencias; luego las canchas de secado, los almacenes y la utilería empleada en la preparación del café; por último la plantación misma con los bosques que contiene.

Para hacer una plantación de café, se siembra primero un almácigo donde las jóvenes plantas se desarrollan durante un año. Terminado

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

este tiempo se les arranca con precaución, para luego trasplantarlas en el lugar que ocuparán definitivamente. Dicho lugar es siempre un bancal de selva a la cual se le ha allegado fuego, operación primitiva, pero práctica y ventajosa a la vez, porque las cenizas, dejadas en el lugar, sirven como abono para hacer el terreno fecundo. El nuevo cafeto comienza a dar frutos hacia los tres años; pasada esa edad alcanza su pleno rendimiento. A veces da incluso dos cosechas por año y ello durante treinta años, llegando a término cuando suelo y arbusto parecen igualmente agotados. Aunque en pocos años, con la ayuda de fertilizantes se podría dar a la tierra su fecundidad original, generalmente se prefiere abandonar la plantación para ir a hacer una nueva sobre otro bancal arrancado a la selva.

Es un extraño panorama el que presentan esas montañas cubiertas de cafetos cuidadosamente alineados. Tales arbustos, podados en forma de globo, sobrepasan raramente la estatura del hombre; tienen un follaje brillante de un verde oscuro; sus frutos numerosos brotan sobre el tallo mismo de las ramas y parecen pequeñas cerezas, que siendo al principio verdes, se hacen sucesivamente rojas, para teñirse de negro cuando alcanzan la madurez. Cada uno de estos frutos contiene, yuxtapuestos en una misma vaina, dos de esos granos de café que todos conocemos. El trabajo del plantador consiste en cosechar este fruto, secarlo, separarlo de su vaina y por último seleccionarlo para determinar su calidad.

No conozco nada que sea más interesante en una *fazenda* que el espectáculo que ofrece la cosecha del café. Los negros, hombres y mujeres, son diseminados por aquí y por allá en la plantación, llevando cuévanos o canastos hechos con carrizo y bambú engachados a sus vestidos. Es en ellos que, riendo y cantando, van echando el café, mientras que sus hijos, negritos encantadores, van haciendo montoncitos con los granos que encuentran en el suelo. En cuanto un canasto o un cuévano está lleno, debe ser presentado al *administrador*, el que da en cambio una ficha de metal, que representa el valor del trabajo realizado. Todo esclavo está en efecto sometido a un gravamen y debe un cierto volumen de trabajo; el resto se le da en dinero. Es así como puede, si es trabajador, amasar una suma que servirá si no a comprar su liberación, por lo menos a suavizar su rudo estado de servidumbre.

BRASIL

Cuando el café así cosechado no es dejado en el lugar o dispuesto en un campo de secado vecino, es cargado sobre curiosas carretas que son enormes canastos de junquillo trenzado reposando sobre un par de ruedas macizas y un eje de madera que no engrasan nunca. De ahí viene esta música infernal, aunque poéticamente salvaje, que se escucha en la tarde cuando, dóciles y majestuosos, seis u ocho bueyes de raza romana, tiran por montes y valles estos carros repletos hasta las casas de la *fazenda*.

Primero se deposita el café en montoncitos sobre un cierto número de secadores, luego es esparcido en capas delgadas y expuesto así al sol; en seguida es mojado para luego ser puesto de nuevo en el secador, lo que hace estallar su corteza; por último se le pasa en las máquinas y en los harneros, que extraen la corteza por completo. Las viejas negras se entregan el día entero al duro trabajo de seleccionar a la mano todos los granos, que en seguida separan, según su calidad, en diversas categorías. Seleccionado así, el café es luego pesado, etiquetado y puesto en sacos; tales sacos, en tela espesa de Inglaterra, son aislados dentro de otros sacos de cuero destinados a ponerlos al abrigo de la humedad. El todo se carga sobre una treintena de mulas que cargan, cada una, un peso de cuatro *arrobas* (cerca de ciento veinte kilos). La *troka* (convoy de mulas) parte bajo buena escolta hacia el lugar de expedición más próximo. Estos transportes que se repiten con frecuencia y que a menudo son bastante largos, son a veces muy penosos ya que las rutas son escasas y las sendas que existen están sembradas de mil obstáculos. Son necesarias en el Brasil buenas vías de comunicación y me parece que los productos del interior, teniendo el valor que tienen, pagarían los buenos caminos rápidamente. Hasta aquí, es la iniciativa privada del *fazendero* quien, para servir sus propias necesidades, construye algunos de ellos, pero que están lejos de satisfacer el interés general.

Es simplemente de la importancia de la plantación que depende el número de esclavos que concurrirán a su explotación. Hay propiedades que poseen dos mil. Las que vi, sólo tenían quinientos, pero generalmente no tienen más de doscientos como término medio. Los negros parecen relativamente contentos y no muestran tener conciencia clara de su condición de esclavos. Es verdad que han ganado bastante en lo que respecta al trato que se les da. Han

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

obtenido una enorme ventaja con la ley del 28 de septiembre de 1871, que decreta la libertad de la generación que nacerá¹. Sus amos, teniendo interés en conservar esta juventud sobre la cual ya no tienen derechos, la tratan con más humanidad que en el pasado. Por eso los vi relativamente bien alojados, bien alimentados. Incluso se les da en propiedad a veces terrenos que ellos explotan en sus momentos de ocio y de cuyo provecho disfrutaban libremente. Están sólo forzados a trabajar durante el día, siendo el atardecer consagrado al reposo, a los placeres o a los ejercicios religiosos. Están instruídos en la religión católica, la que practican en la medida en que pueden comprenderla; el capellán de la *fazenda* debe catequizarlos, bautizarlos, casarlos. Es conmovedor verlos, estos buenos negros, cuando lo saludan a usted, si lo encuentran, y le piden de bendecirlos, lo que usted no podrá negarse a hacer. También se les enseña cantos píos, los que a veces cantan con buena armonía y gran entusiasmo.

Antes eran tratados como objetos o como animales; se interesaban en ellos sólo cuando se trataba de hacerlos trabajar duramente, abusándose sin piedad de este trabajo forzado. De pie al medio de ellos, el *feitor* (vigilante) con trazos bárbaros, ceño fruncido, miraba con ojos severos y maltrataba por instinto. Una orden mal comprendida o mal ejecutada, o por una insignificancia, se ponía furioso. Golpear lo aliviaba, pareciendo solazarse con ello. Con sus botas amarillas sobre un pantalón blanco, su gran sombrero de paja, su chaquetón amarrado con un cinturón de cuero, sus espuelas sonoras y su arma cruel, parecía con razón el genio nefasto de los negros. Todos, sin excepción le consagran un odio implacable, que a menudo han manifestado con exceso. Con mis ojos vi, en las viejas *fazendas*, los calabozos, los instrumentos de tortura reservados para ellos. Vi también esos perros salvajes, bestias horribles con

1. Libertad de vientre: «El hijo concebido por la esclava nace libre». El 28 de septiembre de 1885, se dicta en Brasil una ley que declara libres los esclavos de más de 60 años; el 13 de mayo de 1888 se promulga la *Ley Áurea* que pone fin a la esclavitud, sin prever compensación financiera. Los plantadores se unieron a la oposición republicana que tras un golpe de Estado provocó la caída del Emperador. (*Pássim*) (NdT).

ojos inyectados de sangre, los que lanzados sobre la pista de un esclavo fugitivo seguían durante días la huella humana, para al final tomar al desdichado muerto o vivo.

El tipo del *feitor*, por lo demás necesario, ha sido conservado hasta hoy; pero sus relaciones con el esclavo han felizmente cambiado, siendo muy raro que se sirva todavía de su látigo, que por lo demás lleva aún a la cintura.

La tropa de negros es tratada militarmente. Mañana y tarde se hace el llamado y es en fila que deben ir a sus diferentes faenas. A ciertas horas todos van donde están las damajuanas para la distribución de las *acachas*, aguardiente fuerte del lugar, hecha con cáscaras de naranja. Sus reclamaciones pueden ser presentadas al administrador o al amo. Se aprovecha también de cualquier pretexto para dejarlos que se entreguen a la danza, su pasatiempo favorito. Entoces es interesante verlos, agrupados en círculo bajo los cobertizos o sobre el asfalto de las canchas de secado, entregarse, cada uno a su vez, a los saltos más grotescos al compás de un mismo motivo, el único son de los tambores hechos de piel pegadas sobre troncos huecos, con el acompañamiento del corro que canta desafinado y golpea las manos más o menos al mismo ritmo.

Acabo de citar la ley de 1871; ella proscribe la venta pública de esclavos, prohíbe los horrorosos mercados que servían a ello tiempo atrás. Sin embargo, como los negros nacidos antes de la promulgación de esta ley no tienen derecho a la liberación que tal ley da a sus hijos, continúan conservando su valor venal, consecuencia de su fatal condición, por lo que existen transacciones hechas de mano a mano que se practican aún. Pues bien, el valor de un esclavo, según sus fuerzas, su edad, su sexo, sus capacidades, vale en el Brasil de quinientos a tres mil francos; a veces su valor puede subir incluso hasta cinco mil francos.

Como se ve, la esclavitud debe, siempre en virtud de esta afortunada ley, extinguirse por sí misma en el país, sin trastornos, cuando la generación anterior al año 1871 habrá dejado completamente lugar a la siguiente. Por el momento la interrogante es si el plantador sufrirá una gran pérdida cuando, por decirlo así, en lugar de gozar de su capital-negro, deberá, como nosotros, asalariar el trabajo. Esta cuestión, tan vital como nunca en el Brasil y cuya importancia

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

salta a los ojos, fue discutida allá en todos sentidos, yo fui testigo. Y bueno, al fin de cuentas parece que el amo escrupuloso y cristianamente cuidadoso con sus esclavos, no gastará más teniéndolos a sueldo que contra cargas de mantención, como debe hacerlo hoy, proveyendo a sus más mínimas necesidades. Por lo demás, si tuvieran que sufrir pérdidas, que de todas maneras serían leves, ¿por qué los *fazenderos* no apoyarían con mucho gusto tan noble y tan gran proyecto como el de la abolición completa de la esclavitud? Por lo demás ya han dado pruebas de que estaban dispuestos a ello. En estos últimos tiempos, todos o casi todos han hecho sacrificios personales con vistas a cumplir el plan de liberación de esclavos, haciendo lo cual sólo seguían muy nobles ejemplos, puesto que el Emperador, de un golpe, liberó todos sus esclavos, siendo imitado por el Estado que hizo otro tanto con los que le pertenecían. En todo tiempo el jefe del Estado ha desplegado sus esfuerzos con el fin de liberar los esclavos, liberación que él hubiera deseado completa e instantánea, si ello hubiera sido posible. Acabamos de ver cómo lo hizo, por su parte, tan generosamente. Todavía hoy, todo acto de iniciativa privada que concurra a la realización de sus sueños en este terreno, le provoca una alegría inefable. Su pueblo lo sabe y es una de las razones por la cual lo adora. También lo saben los pobres negros, quienes tan a menudo lo bendicen cayendo de rodillas cuando pasa. Yo mismo, que tuve más que tantos otros los medios de convencerme, no puedo resistir al placer de hablar de un último de sus trazos. Iba el Emperador no hace mucho a inaugurar en el norte un nuevo trecho de ferrocarril; durante su viaje fue recibido en una gran *fazenda* por una dama que yo conocía y que le mostraba con orgullo justificado la posesión de un negro carpintero que le había costado, según decía, un precio exagerado. Luego, para festejar a Su Majestad ella le anuncia, durante el almuerzo, que en su honor desea liberar el esclavo. Profundamente conmovido, el Emperador respondió que nada en el mundo puede serle más grato y, firmando el acta él mismo, se la entregó al negro desconcertado y confuso al cual le tendió familiarmente la mano.

V

La vida de *fazenda*

Habitación del *fazendero*.— Hospitalidad, simplicidad del plantador.— Una caza de patos entre las cañas.— De las piezas de caza en general y de la caza en Brasil.— Las serpientes.— La selva virgen: sus maravillas y sus inconvenientes.— Perdido en la selva.— Conclusión.

Del esclavo, pasemos al amo. Los plantadores llevan una vida muy especial y al interior de sus hogares, una existencia patriarcal. Son en general de costumbres sencillas, casi dije vulgares; sin embargo, encuentran entretenimientos y al parecer tienen placeres ignorados del resto de los humanos. Pero se puede decir que en su casa el lujo no cuenta para nada y que el confort es considerado por muy poca cosa. Hay sin duda *fazendas* (y yo conozco algunas), que a cien leguas de Río, tienen alumbrado a gaz, producido en consecuencia por ellos mismos. Existen tranvías privados que surcan el dominio en toda su extensión. Hay *fazenderos* que se dan el lujo de desviar un río, u otros que se permiten de tener todos los caminos pavimentados; pero son excepciones. Por lo general, abstracción hecha de los cuidados esmerados que prodiga a su jardín y a su vergel, es decir a sus flores y a sus frutos con los cuales rodea su morada, el plantador no hace ningún esfuerzo para embellecer su residencia. La vivienda es amplia y bien mantenida, pero indigente de todo adorno de arquitectura o de decoración. En su interior hay muebles de madera natural, mecedoras, una hamaca, algunas veces un piano. Y sin embargo, al ver el aspecto de felicidad, el aire de satisfacción que se trasluce en todos los semblantes y que se ve en las trazas de todos los huéspedes de la casa, se creería estar en un lugar encantado o haber franqueado el umbral de un palacio. Pero esta felicidad verdadera se explica sin dificultad: la buena vida de familia, una suave quietud, el libre disfrute de una fortuna que está al abrigo de toda incertidumbre, el distanciamiento de los ruidos malsanos del mundo, la facilidad para cumplir los deberes, traen por sí mismos, todavía mejor que la realeza del suelo y la propiedad de los hombres y de las cosas, este feliz resultado. Es seguro que el carácter

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

debe estar marcado por tan sólidas influencias. Para estar sujeto a ellas, basta con compartir algunos días la vida de los *fazenderos*; ellos toman gran placer al ofrecer el hospedaje. Preséntese una buena mañana viniendo de cualquier punto del mundo, siendo portador de una carta de recomendación. No le preguntarán ni con qué fin viene ni cuanto tiempo durará su estadía; no lo acosarán con preguntas fastidiosas; no le exigirán ninguna entrada en materia; no investigarán con respecto a vuestro estado o en relación con vuestras opiniones. Pero por otro lado se le deseará la bienvenida, lo rodearán con montones de atenciones, el jefe de familia le ofrecerá asiento y el café, en una palabra, le iniciará en las costumbres de la casa. Resumiendo, le recordará, en términos al mismo tiempo sinceros y halagadores, que luego de haber franqueado el umbral de la morada usted forma parte de los suyos y que puede disponer de sus bienes. Luego, uniendo la acción a la palabra, ordenará al *administrador* de poner a su disposición esclavos y mulas. Pero no es todo; usted responderá a las proposiciones que le hacen, usted protestará como se debe de sus sentimientos de gratitud. De repente, se rompe el hielo, le preguntan sobre sus gustos; se informan sobre sus preferencias; se ingenian para adelantarse a sus deseos. Al cabo de dos días usted se encuentra en el mismo pie que sus anfitriones y ya no se inquietan más a su respecto, si no es para saber que nada le falta, si usted está satisfecho, si no se puede inventar en su honor alguna nueva entretención. Y yo pregunto, ¿se puede soñar una acogida mejor? ¿No tenía razón cuando decía que es en el interior de sus casas que hay que ir a juzgar de la hospitalidad brasileña?

Veamos ahora cuál es, más o menos, la vida en la *fazenda*. Como la velada es corta, todo el mundo se levanta temprano y cada uno se entrega a sus actividades preferidas. Una comida abundante compuesta de alimentos varios, reúne la familia hacia las diez u once horas; se permanece largo tiempo en la mesa conversando y riendo. Luego, muellemente tendido en una hamaca que un negrito balancea, o en la habitación oscura que se humedece con perfume, cada cual deja escurrirse las horas calientes del día en el abandono de una larga siesta. En seguida se parte de paseo o a la caza a lomo de mula, se visita la selva, se inspecciona los trabajos. Por último, la cena se sirve hacia las seis o las siete de la tarde y luego después se

toma, o en el jardín o en la terraza, los sabrosos frutos del lugar y el café local, que nada podría reemplazar. Cabe hacer notar que bajo estos climas tropicales, el café como el té verde, no produce ningún efecto sensible a los nervios; estas bebidas parecen más bien necesarias y se consumen inocuamente e incluso agradablemente, en gran cantidad y a toda hora del día.

Otro carácter que acentúa el aspecto campechano del plantador es la simplicidad extremada, quizá exagerada de su manera de vestir. Es verdad que en aquel medio todo conspira contra la conservación de la ropa; y luego, el calor sólo permite llevar trajes livianos. El sastre vive lejos, mientras que el *fazendero*, que parece clavado a sus tierras, sólo va a la ciudad para negociar los más graves asuntos. Pero al verlo con su gran sombrero de jipijapa, en pantalón de lienzo y con su chaqueta arrugada, indolentemente montado sobre su mula apacible, se le tomaría por un buen aldeano, si la riqueza de los arreos de su bestia, si la fusta y sus espuelas de plata, no estuvieran revelando un origen más noble o una muy buena posición.

A pesar de esta vulgaridad y a despecho de su apariencia tan simple, el plantador tiene casi siempre anchas y grandes ideas; le gusta comportarse como un señor. Un día me encontraba como huésped en una *fazenda*, que explotaba tanto la caña de azúcar como el café... Si no he hablado todavía de la caña de azúcar es que supongo que estos campos plantados con grandes tallos son suficientemente conocidos. La caña se parece a la vez al maíz y al junco, aunque su altura es más considerable. Por lo demás es un producto bastante secundario en el Brasil, donde la fabricación del azúcar se reduce apenas al prensado de la caña. Esta operación no presenta ningún interés y se hace por medio de una muela bastante grosera puesta en movimiento por una mula o bien por la fuerza hidráulica de un arroyo. El azúcar producido es por supuesto rico y agradable de sabor; pero no hay nada más suave y delicioso, según mi parecer, que la caña cogida, partida y saboreada en el lugar mismo. Pero retomo... Hacía, pues, una corta estadía en una plantación de azúcar y café. Era la caza que absorbía la mayor parte de mi tiempo; había descubierto dos hermosos lagos separados por un pequeño cerro erizado de cañas, llenos de hierbas y junquillos, frecuentados por grandes bandadas de patos. Cada día disparaba a

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

algunos de entre ellos, pero para cogerlos había que pagar el precio de grandes fatigas, puesto que era preciso perseguirlos a través de terrenos pantanosos y malsanos. Al primer disparo tomaban el vuelo y pasaban de un lago a otro. Ahora bien, una mañana, una hora antes del alba, ocurre que mi anfitrión me despierta súbitamente diciéndome con un dejo de misterio: «Levántese, iremos a cazar patos». Lo seguí y vi en el patio nuestras mulas ensilladas; bajo la veranda, un negro con su eterna sonrisa, presentaba en una bandeja de plata los primores de un café caliente. Partimos. Cuando el día se levantó me encontré apostado en la cima de un cerro, esperando escondido entre las cañas. Sonó un pitazo, luego de lo cual pasó sobre mi cabeza una bandada de patos. Hago fuego y caen algunos. El agradable plantador, que parece encantado, se dirige hacia mí diciéndome: «Muy bien, pero no se mueva; sólo dese vuelta». Entonces un nuevo pitazo resonó, seguido pronto del nuevo paso de una bandada. El amo había enviado temprano sus esclavos a cada uno de los dos lagos, así es que cincuenta de entre ellos, apostados en los alrededores tenían que, por medio de un pitazo, provocar la partida de los patos. Durante las varias horas que duró este pasatiempo de reyes experimenté un gran placer. Luego, cargados con el botín, nos volvimos alegremente.

La caza es sin duda abundante en el Brasil, pero no es fácil encontrarla. Enormes e impenetrables selvas le dan una marcada ventaja sobre el cazador. Acabo de hablar de la caza de aves (y nada más que entre loros, cotorras o tucanes se puede hacer numerosas víctimas). Igualmente se caza con perro y a la carrera, la *paca*; este animal singular es la liebre local, que, si por el pelo, el porte y el gusto recuerda el lepórido, se diferencia de él por las costumbres. A veces se defiende, o bien, acosado de cerca, gana el borde del agua y ahí se sumerge o bien se esconde. De la misma manera se persigue el jabalí, el pecarí. Por último citemos el famoso tapir, que se ve raramente, y la onza o tigre del Brasil. ¡Cuántas veces los he perseguido en vano! En cambio tuve más éxito en cazas de un tipo diferente, la de los perros salvajes, animales más horribles que peligrosos, según creo, y también, la de los monos. Un día maté uno del porte de un niño; con su carne se hizo un asado para la cena, que encontré de gusto poco sabroso.

BRASIL

Otra vez, durante una partida de caza en la selva virgen, maté una gran serpiente boa de tres metros de largo, la cual encontré de improviso con gran susto de mi parte. Parándose delante mío en medio de un sendero, parecía decidida a cerrarme el paso. Esa vez cazaba cotorras e iba únicamente armado de municiones de poco calibre. Pero como solamente algunos metros me separaban de mi terrible adversario, hice acopio de toda mi sangre fría, apunté a la cabeza, su parte vulnerable, y cayó.

Puesto que Brasil es considerado la patria de las serpientes, creo que es el momento de hacer sobre ellas una pequeña digresión. ¡Pobre país que desde lejos se le imagina tapizado de monos y pavimentado de reptiles! Yo mismo al desembarcar me admiraba, lo reconozco, de no encontrar en todas partes esos cuadrúmanos y de no aplastar serpientes a cada paso. Felizmente que se quedan donde viven. Si el número de estas últimas es considerable aquí, debo decir que cuentan para sí de suficientes praderas y selvas como para, si se quiere verlas, estar obligados de ir a buscarlas. Sin duda hay algunas que son altamente peligrosas: no son serpientes que se dejen pisar la cola, pero es raro que ataquen por iniciativa propia. Cabe hacer notar que las más chicas son de ordinario las más temibles. Como la pequeña *coral*, especie de áspid, de un pie de largo, que toma su nombre de sus colores vivos. Su picadura es mortal y la víctima no sufre nunca más de una hora; pero las botas son suficientes para proteger el pie, pues no pueden subir y son demasiado cortas para poder enrollarse en torno a la pierna. Los negros, que trabajan generalmente descalzos, se inquietan muy poco de las picaduras de serpiente, a las cuales parecen por lo demás bastante menos expuestos que nosotros, sea porque un ojo ejercitado les haga verlas rápidamente y evitarlas, sea porque su carne y su sangre negras tienen menos estos reptiles. Por otro lado, si la serpiente los pica toman un pedazo de raíz que llevan siempre consigo, se friccionan con ella la herida y prosiguen su trabajo. Esta panacea infalible merece el más grande interés, tanto por sus resultados, como por la extraña manera en que fue descubierta.

Fue un viejo negro observador el primero que dotó sus numerosos compañeros de esta raíz. He aquí cómo: Él asistía a menudo a las frecuentes escaramuzas del *lagarto* con las serpientes. El *lagarto*,

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

gran lagarto verde de un metro de largo por más de un pie de ancho, es el enemigo declarado de la serpiente; ésta, cuando es atacada se defiende, pica o muerde. Pero tan pronto como el lagarto es picado por la serpiente, huye, corre hacia el bosque, para venir luego a retomar el combate. Ahora bien, nuestro negro, habiéndolo seguido un día constató que se frotaba vigorosamente contra cierta planta del bosque. Fue una revelación; tomó la planta, de la cual probó a su vez la hoja y luego la raíz. El éxito sobrepasó toda expectativa.

No todo es flores en Brasil y como se ve, su selva virgen presenta su lado peligroso. Citaré una nueva prueba que emana de mi experiencia personal. Nada más que verla y penetrar en la espesura, al admirar sus detalles, uno queda atolondrado, confundido. Este conjunto importante, este templo del silencio, esos árboles seculares, gigantes del nuevo mundo, esta confusión vegetal, estas lianas excéntricas, estos parásitos asombrosos y estas flores maravillosas, todo en fin lo emociona a tal punto que el ateo más empedernido sentirá en ello el Dios creador y que el espíritu más simple se haría ahí poeta en una hora. En lo que a mí respecta, para sólo ver la selva virgen que era desde hace tiempo el objeto de todos mis sueños, iba cada día electrizado de una a otra *fazenda*. La caza era a la vez mi objetivo y mi pretexto; pero en realidad sentía como un imán que me atraía hacia la selva. Más la veía y más la amaba y mi felicidad suprema era de ir a ella solo. Me había hecho una necesidad de esos paseos solitarios, e inmerso muy a menudo en un mundo de ideas muy nuevas para mí, caminaba a la aventura. Un día me perdí, hecho que constituyó la fuente de emociones muy intensas. Sin embargo esta trágica aventura, lejos de enfriar mi entusiasmo, al contrario lo excitó. Escuchen mi historia.

Matar un mono no es cosa tan común y corriente y el que no aprovecha de la ocasión, no es apasionado de la caza. Yo que lo soy al exceso había jurado la muerte del primer representante de esta interesante familia que me fuera dado encontrar. Regularmente, solo y sin ruido, recorría a paso largo los escasos senderos de la hermosa selva para ir en su búsqueda. Pero estos animales, tan astutos como desafiantes, se agazapan al menor ruido en la cimas de los más altos árboles y, mudos, os dejan pasar cerca de ellos. Sin embargo, si la tempestad se anuncia o que un extraño concurso de circunstancias

BRASIL

los incita a ello, se ponen a lanzar en coro gruñidos salvajes y estridentes que hacen temblar los ecos de la selva, revelando fácilmente el lugar en donde están reunidos. Ésos son los grandes monos *aulladores* y barbudos. Tuve el placer de abatir uno de ellos.

Un día pues, guiado por esos gritos repetidos, abandoné al mismo tiempo el camino abierto y las reglas de una sabia prudencia. Lleno de ardor me dirigí a través de mil obstáculos al lugar apartado hacia donde estos señores parecían llamarme. Pero a medida que avanzaba, los gritos se alejaban. No había duda que los monos me habían descubierto y huían delante mío. Sin embargo me obstino en perseguirlos, rompiendo todo a mi paso, abriéndome duramente un camino a través de las espinas, las lianas, los helechos y los bambúes. Avanzo así un largo tiempo rodeando rocas, escalando troncos abatidos, bajando pendientes pronunciadas, subiendo cuestas escarpadas. A veces me detengo para escuchar: sin duda que gano terreno, la manada está apenas a doscientos pasos de mí. Pero de súbito..., nada: un silencio absoluto sucede a tanto estrépito. Esta vez me esfuerzo en buscar con la mirada, escuchar, esconderme, inmovilizarme; los monos se han esfumado o por lo menos tomaron la gran decisión de callarse.

Entonces solamente pienso en retomar el sendero y quiero encontrar mi huella. Pero a cada diez pasos la pierdo, para encontrarla diez pasos más lejos, terminando por perderla definitivamente. Mientras tanto el sol descendía hacia el horizonte, la noche se acercaba y terminé aceptando por último que estaba completamente perdido en el corazón mismo de la selva. ¿Qué hacer para salir de apuros? Hice los más grandes esfuerzos, los que no dieron otro resultado que el de extraviarme todavía más. Por fin, al caer la noche y a pesar mío tuve que tomar una decisión en esta aventura, así es que, eligiendo un lugar, comencé por despejar el terreno primero, para luego envolverme como pude antes de acostarme en un suelo todavía húmedo. Ahí tuve, durante largas horas, todo el tiempo para entregarme a las más amargas reflexiones. El bosque era inmenso, puesto que sería necesario más de un día para atravesarlo. Sabía que sin duda, a la caída misma de la tarde, los doscientos negros de la plantación serían enviados a mi búsqueda. En cuanto a los animales, sólo tendría que temer seriamente las serpientes, que

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

se mueven poco durante la noche y las onzas (tigres del Brasil), son raras en este rincón. ¿Pero, se me encontraría? ¿Y cómo? No había comido ni bebido desde las ocho de la mañana y para colmo de molestias, mi provisión de tabaco se iba reduciendo a la nada. Ahora bien, fumando engañaba el hambre y alejaba los crueles mosquitos, que se encarnizaban conmigo atormentándome sin piedad. ¡Además, qué inquietudes iba a causar a mis anfitriones de la *fazenda*! ¡Cuánto disturbio en una casa de ordinario tranquila! ¡Qué susto, cuánta agitación, provocados por el hecho de haber salido la mañana sin haber reaparecido a la mesa de la noche!

En este penoso estado de ánimo comprendí que me quedaba un solo medio de salvación, del que me serví en seguida. Gritar agota en vano, puesto que si la voz va lejos durante la noche, en cambio en la selva encuentra por todos lados límites restringidos. Me quedaban unos veinte cartuchos, de los que reservé dos para abatir al día siguiente, si la ocasión se presentaba, alguna ave que habría comido de un bocado, y comencé a disparar todos los otros. Cada media hora pues, largaba un tiro al cual sólo respondía desgraciadamente el eco sonoro de la selva, aunque cada vez se formaba en torno mío un singular tumulto. Molestados en su reposo, grandes pájaros abandonaban con estruendo la rama del árbol próximo que habían elegido; animales que creí reconocer como pecaríes se arrancaban prestamente en tropas apretadas; gritos dispersos y repetidos parecían ser los de fieras consultándose y repondiéndose... Después, todo volvía al silencio. Por último, hacia medianoche, un nuevo llamado tuvo más éxito que los precedentes: un disparo de fusil pareció responderme, pero tan débil, tan vago y tan lejano que apenas me atreví a creer. Me apuré en disparar nuevamente y algunos instantes después recibí una nueva respuesta. Entonces, lo confieso, el corazón me latía con fuerza: ¡estaba a salvo! Dos veces, a un cuarto de hora de intervalo, renové la señal, a la que se respondía cada vez de más cerca. Por último pudimos, mis salvadores y yo, ponernos en comunicación con gritos y palabras. Pronto el ruido de hachazos repetidos y el centelleo de las antorchas, lejanas aún, me advirtieron que se tallaba, para venir a mi encuentro, una *picada* (camino) en el bosque. Pero el trabajo avanzaba lentamente y fue sólo después de una hora de un trabajo

BRASIL

obstinado que vi por fin aparecer frente a mí dos negros armados con hachas y guadañas, otros dos llevaban antorchas y un quinto, que conducía los trabajos, portaba un fusil. Fue él quien me escuchó y respondió. Cuadrillas parecidas habían sido enviadas de la *fazenda* en todas direcciones, para rodear la selva que cubre realmente una inmensa superficie. Al retomar el camino en compañía de mis buenos negros, camino que ellos acababan de abrir y que iluminaban delante mío, pude darme cuenta de la profundidad en la cual me había hundido. Pusimos cerca de una hora en alcanzar el sendero de verdad y supe al regreso que este lugar, el más espeso, el más inextricable y el más accidentado de la selva, no había sido desde hacía muchos años visitado por nadie. Era sin duda también la razón por la cual esos malditos monos se habían retirado ahí. Nos pusimos muy contentos cuando, en medio de la noche, nos encontramos en la *fazenda*. Fue una verdadera fiesta para los buenos plantadores y para mí, mientras que los negros, que lo habían bien merecido, tocaron también su parte...

Ése es el Brasil tal como lo vi durante la larga estadía que tuve la suerte de hacer. País poco interesante en sus ciudades, pero singular en sus costumbres y maravilloso por su naturaleza, camina con paso rápido hacia un estado de civilización más avanzado de lo que podría aparecer a primera vista, cuenta tenida de su situación geográfica y de su escasa población.

Imperio de una inmensa extensión y de lejos el más vasto del mundo, es rico y fértil con exceso. Mientras que su suelo alimenta numerosas selvas y engendra productos de incontestable valor, las piedras preciosas más raras y los metales más estimados están contenidos en sus entrañas.

Regido por leyes constitucionales, goza de la felicidad de tener como jefe un soberano recto y enérgico, tanto como moderado; es de una inteligencia de élite, que profesa el culto de los más mínimos intereses del Estado y que posee, mejor que cualquier otro, el secreto de ponerlos de relieve.

Lejos de dejarse arrastrar por el fatal ejemplo que le dan en sus perpetuas sacudidas, una tras otra, las repúblicas vecinas, Brasil comprende con sabiduría que la revolución es la ruina y que la paz por el contrario es la luz y la salvación. Si la colonización no ha

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

tenido todavía el éxito en acuerdo con sus esperanzas, es que tal vez no ha sido hasta ahora suficientemente organizada o comprendida. Pienso que se sacaría más provecho si se crearan vías de comunicación que abrieran el mercado de Río a los productos del interior, que si se asegurara a los colonos ventajas pecuniarias o dándoles gratuitamente tierras que su condición de forasteros y su aislamiento les impiden de valorizar.

El clima de Brasil no es realmente difícil de soportar, salvo durante los dos meses de verano, diciembre y enero, que corresponden a nuestros meses de junio y julio, aunque el termómetro marca como límite extremo 36° centígrados. Y esta terrible fiebre amarilla, de la cual nada más que su nombre hace temblar y con razón, sólo se encuentra en la costa y no invade nunca el interior.

En resumen, este país es digno del más grande interés y merece ser conocido, estudiado, recorrido mucho más de lo que lo ha sido hasta hoy. El futuro que le espera es inmenso ya que sus vastos recursos y su gran vitalidad no dejarán de atraer a él, tarde o temprano, las miradas hoy distraídas del mundo civilizado.

URUGUAY

VI

Montevideo

Adiós al Brasil: travesía.— El Uruguay, sus fronteras, sus diversos nombres.— Montevideo.— Aspecto general.— La ciudad, el puerto.— El *pampero*.— Origen del nombre de Montevideo.— Habitantes y tipos diversos.— Estudio de costumbres sobre los dos sexos.

Al embarcar para seguir realizando en el sur mis sueños de excursionista, al alejarme tal vez para siempre de esta tierra del Brasil, tan fecunda en maravillas, tan rica de recuerdos, tan profundamente atractiva, me fue difícil de deshacerme de un sentimiento de verdadera tristeza, y toda la seducción de un nuevo viaje no pudo adormecer este pesar.

Yo sabía sin dudar, en qué medida iba a extenderse y a enriquecerse para mí el campo de observación. Un idioma desconocido, una nueva raza de hombres, un clima menos tórrido, un suelo completamente distinto. En consecuencia, caras, costumbres e instituciones que no había podido estudiar en ninguno de mis viajes precedentes. Éso era lo que me esperaba, lo que sobre todo me atraía hacia la República Oriental y la Argentina.

Pero el Brasil de suelo rico y fecundo, con su carácter de fuego, madre patria de las verdes montañas y de las selvas misteriosas, tierra

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

prometida de las flores, paraíso de los pájaros, me había cautivado a tal punto que sentía ya como un presentimiento del vacío que para comenzar iba a pesar sobre mí en las praderas sin fin, en los tristes desiertos del *Campo* y de la *Pampa*.

Me había propuesto visitar en primer lugar la República Oriental del Uruguay y para este efecto tomé uno de los vapores de la *Belgian Royal Mail*, servicio postal belga desgraciadamente suprimido hoy día, que debía llegar a Montevideo en seis días.

Como se sabe, Montevideo es la capital de esta pequeña república cuyas costas se apoyan al este sobre el Atlántico y al sur sobre el Río de la Plata, pequeño brazo de mar formado por la reunión, en su desembocadura, de dos inmensos ríos: el Paraná y el Uruguay, cuyas aguas se distinguen largo tiempo por sus colores barrocos sobre las ondas azules del océano.

Limita al norte con el Brasil y al oeste con la República Argentina. Este pequeño país que es muy poco conocido en Europa, lleva nombres diversos, llamándose indistintamente: Banda Oriental, República Cisplatina o República Oriental del Uruguay.

En lo que respecta a su capital, construida en un promontorio dando tres caras al mar, es una bonita ciudad de cerca de doscientas cincuenta mil almas, sin duda menos importante que Río, pero más ampliamente instalada y construida. Calles espaciosas y mejor pavimentadas, casas con pisos mejor concebidas y bien aireadas, monumentos y paseos cuidadosamente mantenidos, serie de hermosas mansiones que sirven de prolongación a sus grandes arterias, balneario, lujo de trajes y de carruajes, tipos encantadores. Todo concurre a hacer de Montevideo una destinación agradable y risueña. Se respira aquí la alegría y se diría un lugar único de placer. Sin embargo es una plaza comercial que entrega a la exportación numerosos y ricos productos, tales como cuero, cuernos, crines, carnes saladas, sebos, lanas, tabacos y plumas de avestruz.

En cambio, carece casi totalmente de industria, llegándole de Europa, al igual que Río, los objetos manufacturados. Todo es sin embargo relativamente más barato que en Brasil, donde los gastos de aduana alcanzan generalmente la cifra fabulosa de 40%. La vida material, animal, casi no tiene valor a causa de los innumerables rebaños, mantenidos y alimentados por los llanos, conocidos bajo el

nombre de *Campo*. Es la riqueza del país, su principal explotación; luego, cuando hablaré del interior volveré a tocar el tema largamente.

Pero primero conozcamos mejor la ciudad y su población española; veamos si hábitos, usos y costumbres de este pueblo lejano no tienen algo de curioso que enseñarnos.

Montevideo en cuanto ciudad no tiene un sello propio, careciendo incluso de lo que se ha convenido en llamar el estilo americano. La irregularidad de varias de sus calles, la elegancia, el lujo mismo de varias de sus casas, por último la disposición de sus paseos, de sus plazas y de sus monumentos, hacen de ella más bien una urbe de gusto europeo moderno. El movimiento en la calle, los almacenes, los teatros, parecen seguir la misma ley y todo, hasta el clima, parece ponerse de la partida para hacer creer al turista del viejo mundo que no ha cambiado de patria.

Aquí, como en Río, como en todas las ciudades comerciantes y marítimas, casi todo el interés, toda la animación se sitúan en el puerto.

Ahí están representadas no solamente las potencias mercantes de los continentes más lejanos como los más diversos, sino además las fuerzas navales de esas mismas potencias, listas para apoyar, si necesario, la defensa de sus intereses nacionales.

Ahí, en medio de los navíos de guerra con los pabellones más revueltos, doce fragatas con gallardetes amarillo y verde, señalan la potencia y los derechos del Brasil.

Ahí maniobran sin cesar grandes barcos de pesca, barcos de recreo y esos pequeños vaporcitos coquetos que establecen a través del Río de la Plata las comunicaciones diarias entre Montevideo y Buenos Aires, en la República Argentina.

Y bien, ¿quién lo creería? este puerto vasto y ruidoso es uno de los más malos y de los más justamente temidos del océano. De una profundidad con frecuencia dudosa, abierto a ese temible viento que con el nombre de *pampero*¹ viene regularmente a golpear las costas con velocidad vertiginosa, es a veces el teatro de los más crueles siniestros, razón por la cual los navíos de gran tonelaje que hacen escala en Montevideo fondean a buena distancia de la ciudad y del puerto.

1. El autor escribe reiteradamente «pampeiro», pero es evidente que se trata del pampero (NdT).

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

Yo mismo llegué con una de esas rudas tempestades, que nos mantuvo largo tiempo prisioneros a bordo. Cuando la enloquecida tromba, que veíamos venir de bastante lejos, llegó, nuestra pobre *Ariadne* tuvo mucha dificultad para no perder sus anclas y poder resistir al viento.

En esta región con costas rebajadas, en este país de praderas sin horizonte, no es poca la sorpresa al distinguir, dando la cara a la ciudad desde el otro lado del puerto, una montaña completamente cónica, o mejor dicho un cerro coronado hoy con un pedazo de fortaleza. Se asegura que el primero en descubrir este extraño accidente de terreno, al verlo no pudo retener una exclamación que bautizó la ciudad: «¡Monte video!».

Ahora que vamos a seguir en su país a estos nuevos habitantes, establezcamos primero a qué raza de hombres irán especialmente dirigidas nuestras primeras observaciones.

En Brasil nos encontrábamos frente a tres elementos: el elemento indígena preexistente, denominado además con el vago nombre de *indio*; el elemento europeo o los conquistadores portugueses; por último el elemento negro, importado de África y los tipos que resultan de sus diversos cruzamientos.

En la República Argentina, como en Chile, países que me propongo igualmente hacer recorrer al lector, el elemento de importación, el negro, no existe puesto que no tiene razón de ser, tal que en Brasil donde la explotación de terrenos cafetaleros exige fuertes y numerosos trabajadores.

Quedan pues en presencia el elemento primitivo o indio y el elemento europeo o conquistadores españoles, así como el tipo salido de sus cruzamientos, llamado *gaucho* en suelo argentino y *huaso* en Chile. Son los tipos característicos del hombre del campo.

Pero aquí, donde el indio primitivo y salvaje ha sido desde hace tiempo expulsado fuera del territorio de la pequeña república, sólo queda el español con sangre más o menos pura que se encuentra en las ciudades; el indoespañol, el *gaucho*, puebla los campos y es el hombre de las praderas.

En Montevideo existe y puede encontrarse el puro tipo español, es decir el descendiente de los antiguos conquistadores, que mide su alcurnia al número más reducido de cruzamientos con el elemento indígena. Prevalece por instinto con la altivez proverbial de la raza

castellana: su orgullo no conoce límites y se le puede excusar tanto más que, siendo raro ya, tiende cada día a hacerse aún más escaso.

En efecto, los primeros conquistadores llevaron de Europa un número muy reducido de mujeres, contanto unirse con las del del lugar para atraerse la simpatía de los indígenas y hacerse aceptar entre ellos. Era una sabia política que les resultó de maravillas, pues que de sus repetidas uniones salió una raza casi superior a la suya.

En resumen, hermosos hombres con grandes ojos negros, tez bronceada, cabellera espesa, juntando a la destreza y a la fuerza de los indios la graciosa agilidad y la vivacidad innata del español; mujeres esveltas y suaves, con cintura delgada, ojos de brasa y porte de reinas.

Pero al lado de ello hay por lo demás algunos defectos, entre los cuales el más sobresaliente es la coquetería; esta semivirtud de la mujer no puede ser un atributo del sexo fuerte. Vanidosos a ultranza los orientales, para darles el nombre que ellos mismos prefieren, se complacen a sí mismos, hacen generalmente banda aparte, se ríen de los argentinos, sus vecinos, de quienes son sin embargo muy inferiores, envidian a los extranjeros, en especial a los europeos; en resumen, se estiman, no se sabe por qué, los primeros hombres del mundo. Pero hasta aquí no han hecho nada, que yo sepa, que pueda ser considerado como trabajos excepcionales o hecho avanzar mucho la ciencia. Perezosos por naturaleza, afeminados y fofos, buscan muy poco a hacerse un nombre en la historia.

Sin duda han sido y son todavía cada día, el alma de esas revoluciones que estallan periódicamente entre este pueblo enceguecido, arrastrando en la caída de los poderes establecidos los gérmenes de civilización, que se trata con grandes gastos, de hacerles aceptar aunque no quieran. Pero el interés de unos, la ambición, la venganza, el deseo de saquear donde los otros, provocan muy frecuentemente estos tristes movimientos. De todo éso, la idea de patria está completamente ausente.

Si me creo autorizado a juzgar tan severamente estos hechos es que, durante la estadía que hice, este país me dio por dos veces la ocasión de ser testigo de tales trastornos.

Felizmente, no es del resorte de un simple relato de viaje de entrar en detalles en la apreciación de estos desastres tan fértiles en

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

ruinas de todo tipo. Por lo demás, por más de una razón me prohibiré de mezclar a estas páginas cualquier sujeto perteneciente al dominio exclusivo de la política o de la ciencia.

Volvamos a Montevideo y a la vida de sus habitantes.

Sin duda, lo decía hace un momento, se perdona a la mujer, incluso se ama en ella un matiz de coquetería. Quizás estamos equivocados... Pero somos los primeros a inclinarnos delante de aquélla que por el brillo de su belleza, el fuego de su mirada, la armonía de sus líneas o la búsqueda en su tenida, por último por ese perfume de gracia muda que exhala su persona, todavía más que por la dulzura de su voz o el encanto de su conversación, encuentra el camino del corazón y se impone incluso en su ausencia a los sueños de la imaginación.

¿Cómo entonces, considerando la libertad de costumbres que reina en América y el ardor natural de los hijos de España puesto al lado de los fuegos de los trópicos, nos negaríamos a perdonar a estas jóvenes criollas sus trazas quizá un poco provocantes, es verdad, y su inclinación a imponer una belleza por lo demás bastante real como para prescindir de auxiliares y renunciar a la afectación?

Y en efecto, ¡cómo que son graciosas cuando, empolvadas, cabellos sueltos cubiertos del velo de encaje negro y llevando con la mantilla el abanico de rigor, pasan al lado suyo sin bajar la mirada! El buen gusto las distingue, un trapo las viste; poseen el arte y el instinto de vestirse; en resumen, salvo pocas excepciones, todas son o saben hacerse perfectamente atractivas. Pues bien, lo que digo a este respecto no se aplica solamente a la oriental: la argentina, la chilena, la peruana merecen lo mismo. Y sobre este terreno todas parecen coincidir en el mismo conjunto de virtudes, de gracia y de belleza. Contraste singular con sus vecinas del gran imperio, donde la belleza es más bien la excepción: es como si las esferas tropicales estuvieran destinadas a gastar en el solo provecho del reino vegetal las riquezas de su clima incomparable.

Se cometería un error al creer que las calidades físicas son las únicas que distinguen las mujeres de estos países.

Si el hombre es aquí más bien ocioso y no revela ninguna aptitud especial para el trabajo o el estudio de materias importantes; si el joven, al copiar las peores tendencias de nuestros hábitos, pone la cultura del cuerpo por encima de la del espíritu, quitando la

taberna sólo para mostrar en la calle un nuevo traje del último grito, montar en su caballo caprichoso o incluso ir a mirarse en las vitrinas de los almacenes, la mujer muestra más interés por las cosas intelectuales. Una educación que comprende el estudio de la religión, los idiomas y las literaturas la enriquece en poco tiempo, le da una superioridad mantenida por gustos altamente artísticos. Educación llena de sentido es verdad, pero que no está exenta de inconvenientes, puesto que al ser destinada a sujetos exaltados naturalmente, hace de ellos muy a menudo seres más novelescos que serios. Así la joven, al buscar en vano en torno de ella el hombre capaz de responder a sus aspiraciones, se inflama por el primer extranjero venido al que imagina investido de todas las cualidades y que idealiza a su gusto.

Sea lo que fuere y lejos de querer afirmar que las costumbres de la república conservan un perfecto nivel de corrección, debo decir sin embargo que ante todo son simples, por lo menos en lo que concierne el interior de las familias. En efecto, aparte algunas grandes fortunas, es principalmente al exterior, es decir en el espectáculo, en el baile o en la calle que se muestra el lujo. A este respecto es sorprendente ver que el de los carruajes consiste principalmente en sobrecargar caballos y vehículos de atavíos de plata maciza. No se puede negar que sea rico, pero es de gusto dudoso. A lo más, es original de ver colgando en la frontalería y en los collares de los caballos esas preciosas cadenas compuestas de una serie no interrumpida de viejas monedas españolas de plata. Pero al fin de cuentas los vehículos son pesados, los caballos espesos y los lacayos ridículos con sus libreas excéntricas.

VII

Usos y costumbres en Montevideo

El carnaval.— Descripción del cortejo.— Las *pomitas*.— Máscaras.— La ceremonia llamada «el entierro del carnaval».— Los bailes en Montevideo.

Da gusto observar, durante los días de carnaval, todo lo que la ciudad cuenta en estos carruajes con oropeles, ellos van descubiertos para la ocasión y llenos de hermosas mujeres con el pelo suelto y en trajes de baile, empolvadas, escotadas, incluso a veces enmascaradas. Van en larga fila y forman parte del *corso*¹.

El corso es la *great attraction* de los días de carne, que se celebran aquí con una pompa excepcional.

Es un inmenso cortejo carnalesco que va encabezado por el teniente general de policía, un piquete de caballería y la banda militar, seguidos de esos numerosos vehículos, públicos o particulares de los cuales acabo de hablar.

Se compone de una bonita reunión de máscaras a pie, a caballo, en coche o encaramadas en carros alegóricos y grotescos, y de *comparsas* (cofradías de oficios y sociedades de música), llevando cada una el mismo rico disfraz y que, marchando al paso con estandarte a la cabeza, ejecutan por turno los más hermosos trozos musicales.

El gentío es inmenso, las calles son empavesadas, la ciudad se encuentra transformada; porque en aquellos días el gobierno y los particulares rivalizan en larguezas para la decoración durante el día y la iluminación nocturna.

A la hora de la partida es un zafarrancho general. La agitación alcanza su cumbre. Mientras que el cortejo, avanzando lentamente a través de las hileras de curiosos da una vuelta de dos horas sobre un recorrido preestablecido, pasa bajo veinte arcos de triunfo, recogiendo por doquier aclamaciones frenéticas.

1. El autor escribe *curso*, pero sin duda se trata de la palabra *corso*, todavía en uso para designar los cortejos carnalescos compuestos generalmente de carros alegóricos (NdT).

Existe en estos países, en los días de carnaval, una diversión que se hace muy a la moda provocando sin duda las delicias del autótomo, pero que al extranjero no le gusta sino que a medias. Que el lector juzgue: consiste en rociarse unos a otros entre los dos sexos. Para este efecto se sirven de saquitos de plomo llamados *pomitas* que, por la presión ejercida con la mano dejan escapar por su cuello delgadísimo un chorro de agua fría, pero perfumada. Ahora bien, como está admitido que, de la parte de estas damas es un signo de atención y de favor, el que sufre esta prueba está, antes que nada, obligado a aceptar de buen talante, porque la costumbre lo obliga a mostrarse tan halagado como rociado.

En lo que a mí respecta, mi calidad de extranjero debió sin duda atraer las miradas y fuí tan honrado que tuve que enjugarme en silencio, pero sin poder admitir la obligación de sentirme orgulloso del honor que se me hacía.

Esta costumbre se practicaba hace apenas dos años a una escala más grande y más desagradable. En ese entonces, si usted pasaba bajo el balcón o las ventanas de una *señora* deseosa de manifestarle su condescendiente atención, recibía sobre la cabeza, en el momento más imprevisto, cierto cucurucho de papel engomado lleno de agua; esta bomba de un nuevo tipo estallaba y lo inundaba. Siguiéron mil abusos y la policía actuó sabiamente cuando proscribió estos lavados al por mayor.

En lo que concierne las *pomitas*, ellas han conservado su prestigio y están más que nunca a la moda, ya que durante los días de carne se han vendido en Montevideo más de cincuenta mil.

¡De no creerlo! En este país de todas las libertades no se disfraza quien quiere hacerlo. En efecto, la máscara no puede pasearse en la calle ni ejecutar sus jugueteos sin estar en posesión de una tarjeta que en la municipalidad le vende una policía precavida. Hay que aportar un certificado de moral firmado que lleve su nombre, el que está obligado a presentar si se lo piden y cuyo precio, no muy elevado todavía, va en beneficio de los pobres de la ciudad. El placer paga así directamente su impuesto a la miseria, lo que es una noble idea coronada por una sabia medida.

Una palabra más sobre la manera como se terminan las fiestas del carnaval y sobre la extraña ceremonia que le sirve de clausura.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

Es el martes de carnaval que se procede a su *entierro*. Entonces el corso, más numeroso y brillante que nunca, sigue un gran carro fúnebre ricamente cubierto de tela negra, recubierto con inscripciones grotescas y donde reposa, sobre un lecho de parada, un muñeco enmascarado que representa el actual carnaval. Se atraviesa la ciudad entera y se llega cerca de una inmensa hoguera en torno de la cual el séquito se detiene y hace círculo; se lleva ahí el muñeco, mientras que una de las máscaras, considerada como pariente próximo del difunto, pronuncia con voz emocionada una oración fúnebre tan enfática como llena de verba y de inspiración; luego, cuando las llamas de la hoguera han devorado casi todo, el cortejo se dispersa y vuelve a la ciudad en el más completo desconcierto.

El resto de la jornada transcurre aún alegremente. Franqueando las puertas cuando les da la gana, las *comparsas* van a dar conciertos a domicilio; la música y la danza retoman su curso interrumpido. Pero cosa digna de mención y un ejemplo que daría vergüenza a nuestros países llamados más civilizados: a partir de medianoche todo vuelve al orden y al silencio y desde entonces nada concurre a interrumpir el respeto debido al santo tiempo de cuaresma.

Sin embargo, las fiestas y la danza parecen ser del gusto muy especial de los montevideanos. Cuando viene la temporada, se entregan a ellas con toda el alma, danzan que es un encanto. Los bailes son numerosos y brillantes y en ellos reina una animación de las más grandes, como de las más francas a la vez, ya que toda coacción es estrictamente prohibida.

Lejos de esta rigidez afectada que demasiado a menudo hiela las fiestas entre nosotros, las parejas de aquí, risueñas y parlanchinas, parecen todas salidas de una misma familia. Algunos sin duda piensan ya en el futuro, sin que por éso la mayor parte deba parecer reunida para otra cosa que para verse, reír, danzar y entretenerse.

El interés de estas reuniones, todas acogedoras y de una alegría franca aparece como tan grande y tan nuevo para mí, que corrigió rápidamente la opinión equivocada que a causa del aislamiento y de mi calidad de extranjero o quizá de desconocido, me había forjado en un principio.

Los vestidos son bellos sin caer en el exceso de un lujo extravagante; las mujeres, ya lo dije, son infinitamente graciosas y la música es de un nivel más que satisfactorio.

«Nada perfecto bajo el sol», se dice. En el baile prodría agregarse: «y bajo la luz del gaz». ¿Será por este motivo o simplemente es pensando en mejorar sus encantos que nuestras bellas orientales hacen tal consumo de polvos de todos los matices? Según mi parecer, ellas no ganan nada e incluso esta moda las perjudica. A lo más es aceptable para la cabeza, pero pasearse en un baile con el cuello y los hombros espolvoreados con polvo de oro es de un refinamiento al cual no habría querido creer si mis compañeras de baile no me hubieran dado más de una prueba.

Sea como fuere, estas fiestas son encantadoras. Ahí se rivaliza con gusto en inspiración y alegría. La juventud se encuentra tanto más representada que las iniciaciones son de una precocidad sorprendente. Así, para no citar que un ejemplo, una amable joven con la cual dancé algunas veces y que me sorprendió siempre por la fluidez de su conversación, había apenas comenzado sus quince años.

VIII

Corridas de toros

La arena de Montevideo. Descripción y peripecias de una corrida de toros.—
Pelea de gallos.

Otras entretenciones de carácter menos inocente según mi parecer, pero de las cuales la católica España es la única responsable frente a sus hijos de América, se reparten durante el verano el ocio y el tiempo libre.

Quiero hablar de los combates o corridas de toros, para los cuales la pasión no conoce límites.

Es un trazo característico de la raza española entera, y aunque estos juegos sangrientos, mantenidos todavía al centro de nuestra civilización, sean generalmente bien conocidos, creo que el lector estará contento por el hecho de que se los cuente tal como los vi practicar allá.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

La corrida de toros es un espectáculo sin duda sanguinario y bárbaro, pero hay que convenir que es infinitamente grandioso, atractivo y majestuoso.

Tan vieja como la ciudad, la arena de Montevideo, que puede contener más de diez mil espectadores, tiene el aspecto de un circo romano. Es a cielo abierto y construida en su exterior con grandes piedras macizas. Al interior, las graderías hechas con ladrillos, están coronadas por un hemicíclo de logias (*palcos*). La mitad de los asientos están a la sombra y valen el doble de los otros.

El público está separado de los actores por medio de gruesas cadenas de fierro y por un foso profundo practicado entre las cadenas y la empalizada del circo, precaución necesaria puesto que una vez el toro lanzado, logra franquear a veces el obstáculo. En el fondo, dando la cara a la entrada de los hombres y de los caballos, está el recinto de los animales, el *toril*, cuya doble puerta de hierro macizo se esconde a los ojos del público.

Es una compañía madrileña la que asegura el espectáculo. Todo fue hecho de acuerdo con las reglas del arte y más o menos de la manera siguiente:

A la hora prevista, el himno nacional hace venir en la arena la *cuadrilla*¹ o el personal completo del elenco. Los actores de este sangriento espectáculo aparecen entonces, todos vestidos con sus ricos trajes y llevando las insignias de sus diversas funciones. A la cabeza marchan los *toreadores* provistos de sus *capas*, fajas de colores vivos; y los *banderilleros* con sus pequeñas flechas cubiertas de cintas y disimuladas bajo flores; en seguida vienen los *espadas* portando éstas con la *muleta*, trozo de paño escarlata que lleva como mango un pequeño bastón. Este aparato, que les sirve para llamar al toro, es su único escudo en los instantes críticos. Por último la marcha iba cerrada por los *picadores*, que están protegidos por placas de metal y recubiertos con telas alquitranadas. Armados de una inmensa pica y montados sobre caballos flacos destinados desde ya a la muerte, representaban con gran acierto el tipo legendario de Don Quijote.

1. Ortografiada *cuadrilla* por el autor (NdT).

Luego de una vuelta por la pista la *cuadrilla*, volviéndose hacia las tribunas y el jurado, se detuvo, hizo coordinadamente un gran saludo y salió.

Pronto una campanilla dio la señal del comienzo de la acción, mientras que tres *picadores* entraron a la pista recorriéndola al galope. Estos infortunados pesadamente equipados son por lo demás poco graciosos; es porque actúan en un juego peligroso sin poder abandonar el circo, a caballo, cuando les da la gana, mientras que los *chulos* o *toreadores* pueden ponerse a salvo gracias a su ligereza, su agilidad, su flexibilidad, ya que pueden atravesar siempre la estacada o colarse en todas las direcciones de la arena por los estrechos bastidores previstos a este efecto. Por éso, los toreros llevan un traje liviano, tan rico como coqueto: pantalón apretado con costuras bordadas seguido de calcetas de seda con cintas; chaqueta de seda reluciente con franjas de oro o plata y llevando como calzado unos borceguíes de raso.

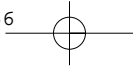
Mientras tanto, la puerta del *toril* acababa de abrirse y el primer toro de liza corría ya en la arena. Dio dos saltos a lo más, se detuvo deslumbrado, luego paseó sobre el público y sus adversarios una mirada feroz y amenazadora.

Era un soberbio animal de pelo negro y brillante, de formas poderosas, de nervios de acero. Tomado al *lazo* en las inmensas estepas donde ayer no más pastaba en estado salvaje, había sido sometido por las necesidades de la causa a una reclusión y a un ayuno forzado de doce horas.

Una vez que hubo elegido, se precipitó con la cabeza gacha sobre uno de los *picadores* que, encajado en su silla árabe con su lanza en ristre, lo esperaba por lo demás de pie firme. El choque fue terrible, pero el hombre tuvo esta vez la supremacía sobre el animal.

Entonces un nuevo impulso lo condujo hacia otro adversario. Éste, menos afortunado, no pudo evitarlo. Cayó, mientras que su pobre bestia, golpeada en el pecho por los cuernos del toro, era lanzada por los aires para caer sobre el lomo perdiendo torrentes de sangre, desarticulada y moribunda.

El jinete, que había sido protegido en su caída por su espeso traje, estaba levantándose cuando el toro se abalanzó contra él. Sin duda lo habría hecho añicos si en ese instante el tercer *picador* no hubiera venido a atacarlo y a desafiarlo a su vez.



DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

Entonces la campanilla del jurado se agitó de nuevo anunciando al público la segunda fase del combate.

Fue el turno de los *banderilleros*, esos hombres armados como lo dijimos de pequeñas flechas aceradas cubiertas de cintas. Tienen una de ellas en cada mano, caminan hacia el centro del circo llamando al toro y aprovechan del momento en que el animal que les carga está cerca de alcanzarlos para plantarle sus armas en los dos costados del cerviguillo, al mismo tiempo que lo evitan por medio de una voltereta hábil y graciosa.

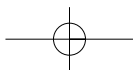
Todos se destacan en este género y si alguno de ellos falla el intento se le rechifla sin piedad. Por el contrario, cuando un pase es bien ejecutado, si uno de los miembros de la banda hace prueba de audacia y destreza, nada puede contener el entusiasmo de la multitud. Hay ocasiones en que ésta, con los gritos de «¡bravo toro!» no se priva de animar y de aplaudir al animal.

Mientras tanto, el toro comienza a dar su sangre; busca en vano a deshacerse de las flechas y su furor crece. A menudo en ese momento y para excitarlo todavía más, se echa mano a la flecha con cohetes que explotan sobre su espinazo. Entonces salta, echa espumarajos, es terrible y es soberbio. Los *toreadores* lo persiguen y lo evitan, lo atraen con sus capas, luego piruetean girando sobre los talones o saltan uno tras otro sobre la estacada. Uno de ellos toma impulso, le pone suavemente el pie entre los cuernos y, provocando los gritos de la muchedumbre, le pasa por encima del lomo

Todo aquello fue asunto de más o menos un cuarto de hora. Luego viene la última señal: se suena la muerte del toro.

Esta es la parte más dramática y la más conmovedora, como también la más curiosa del combate.

El *espada* tiene en una mano la *muleta* de tela escarlata y en la otra una pequeña espada larga y afilada como aguja. Con ayuda de su capa debe atraer al toro bajo la tribuna de los jueces y clavarle la espada hasta la guarnición entre los cuernos, en el lugar del nacimiento del cuello. Si lo consigue, la bestia cae fulminada; pero a veces el arma tropieza con un hueso, se devía, se escurre o bien se quiebra. A menudo también, sólo penetra a medias y el toro se lo lleva vacilante, hace algunas vueltas a la pista a trote menudo, pierde raudales de sangre para luego ir a derribarse en un rincón. En



este caso, si todavía levanta la cabeza, un nuevo personaje se abalanza, se le encarama y con un puñal chico o estilete catalán le da el golpe de gracia con una maravillosa destreza.

El *espada* que en esta primera corrida debía operar ese día, acababa de hacer su entrada. Recordaré toda mi vida: era un peruano de estatura elevada luciendo un bello color bronce dorado, siendo al mismo tiempo hombre determinado y flexible. Hizo primero dos veces los pases más hábiles como los más extraños; luego, volviéndose hacia las tribunas y los jueces, lanzando su toca al aire dijo: «Dedico este animal al gracioso pueblo de Montevideo, al presidente, a los miembros de la Sociedad, a la gente que está a la sombra como a aquéllos que están al sol»; en seguida, dándose vuelta, mató al toro de una sola estocada.

Todo el mundo lo aplaudió; se lanzaron a la arena abanicos, sombreros, pañuelos, que él devolvía con aire triunfador, recibiendo en cambio regalos o dinero.

Todo está terminado. La banda toca una alegre marcha militar y se ve llegar a la arena tres mulas montadas ricamente engalanadas, arrastrando tras ellas una especie de barra de carga. A ello se acopla el toro que, rápidamente arrastrado por el galope de este singular equipo, deja el circo para ser llevado a un recinto vecino, donde es inmediatamente abierto y descuartizado. La maniobra es la misma para los caballos muertos, los que quedan en el terreno hasta el final de la corrida.

Con respecto a estos jinetes, ellos tienen además otra función. Son los que deben, si el toro no hace prueba de coraje o se niega a combatir, tomarlo con el lazo e inmolarlo de inmediato.

Terminada la primera corrida, se echa arena fresca sobre las pozas de sangre. Inmediatamente y sin entreacto, sigue un nuevo combate que pasará invariablemente por las mismas fases. Este drama sangriento y bárbaro dura cada vez entre veinte y veinticinco minutos mas o menos. Se reproduce seis o siete veces, colmando así algunas horas de emociones vivas, pero salvajes.

Apreciar de una manera completamente imparcial estos juegos crueles es cosa difícil, digamos incluso imposible para quienquiera que haya sido alguna vez testigo. El que, como yo los ha seguido de cerca, sufriendo al mismo tiempo sus emociones punzantes, con

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

seguridad comprende lo que en sana moral tienen de indignante, pero sin embargo no puede resolverse a condenar sin reservas un pueblo que por instinto nacional los gusta y los quiere.

No puedo decir lo mismo de un espectáculo de la misma naturaleza pero, de un tipo muy diferente, que excita de la misma manera al grado supremo las pasiones de la plebe.

Se trata esta vez de las peleas de gallos, que han sido suprimidas casi completamente entre nosotros gracias a una noble medida.

En efecto, aquí no hay nada de grandioso en sí. Ya no son las fases brillantes de un combate de titanes; ya no es la fuerza brutal enfrentada a la inteligencia y la agilidad humanas. Son pobres animales a los cuales se arma para incitarlos luego a destruirse entre sí. Ya no es otra cosa que una triste partida donde los combatientes deben pagar con su vida las apuestas que han hecho sobre ellos unos tristes jugadores. Y si a este título es más interesante para el observador seguir los tipos y las fisonomías de las galerías que las peripecias mismas del combate, nada puede sustraerlo al hastío que siente al dejar estas arenas donde el público, apresurémonos a decirlo, es siempre de los más mal elegidos. Ahí están todos los venidos a menos en fortuna o en placer, todos los hastiados, los granujas..., tipos que son siempre los mismos en todas partes. Ahí están, con la pipa entre los dientes y con el sombrero de fieltro de medio lado sobre la oreja, siguiendo con ojo ávido la agonía o el triunfo del gallo que eligieron. Su mirada parece fija y es apenas si a veces, para dar ánimo a su favorito, su cara embrutecida parece cambiar de expresión.

Mientras tanto los pobres gallos se encarnizan en el combate. Con sus espolones guarnecidos de acero, buscan primero la manera de reventar el ojo de su rival. Se despluman, se cubren de sangre; y si a veces se detienen como de común acuerdo para respirar, la turba está ahí para excitarlos, apremiarlos, y si la necesidad se manifiesta, baja a la arena para cortar la retirada a los fugitivos y obligarlos a pelear hasta el fin.

Desgraciadamente estos placeres tienen un campo más vasto que el de las ciudades: se les encuentra a menudo en los campos, donde los *estancieros*, criadores del lugar que los introducen, los fomentan, sacando provecho de esta actividad, ya que son ellos los

que crían y proveen de gallos de combate, los cuales alcanzan hoy un inmenso valor.

Casi cada domingo hay en las aldeas espectáculos de este tipo y se encuentra entre los fervientes participantes hasta personajes que por su posición deberían mostrarse hostiles a ellos.

Así, vea el ejemplo del viejo cura de Soriano, pequeño pueblo perdido en el Río Negro. Tenía un gallo de pelea que ganaba todos los premios y que le daba gruesas sumas de dinero; este campeón justamente temido en veinte leguas a la redonda, era el objeto de envidias de la parte de la mayoría de los habitantes del lugar.

Con razón o sin ella el buen hombre desconfiaba, temiendo por su favorito una mala pasada de un envidioso. Y los medios para deshacerse de parecido rival son numerosos: el arsénico lo fulmina; algún brevaje fermentado administrado la víspera o el día mismo del combate lo privará de sus medios de acción, etc.

¿Qué hacía pues el viejo cura?... Con su gallo bajo el brazo iba a la iglesia donde, amarrado a la pata de una silla de la sacristía, el pobre estaba obligado aunque le pesara a asistir a los oficios.

IX

Instituciones

La policía.— Los *serenos*.— Asesinatos y robos.— Estafa a la lotería.— El ejército.— El reclutamiento.

La policía de las ciudades es sin duda insuficiente y demasiado tolerante en diversos aspectos, pero sin embargo está relativamente bien administrada y tengo que decir que a pesar de los señores ladrones, asesinos y rateros, que parecen haber elegido la América como campo predilecto para sus hazañas, Montevideo de noche es, según creo, la más segura de las ciudades del sur.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

¿Se debe este resultado a la institución de los guardias nocturnos, organizada aquí en gran escala? No sé, pero la verdad es que son numerosos y solidarios entre sí. Están provistos de una linterna sorda, de un rompecabezas¹ y de un pito. Cada *cuadra* o manzana cuenta con uno, que da la vuelta gritando, o más bien cantando, a la vez la hora y el estado del tiempo.

Nada más sorprendente los primeros días, que escuchar esas notas echadas sobre una ciudad dormida en medio de una noche tranquila y serena y repetidas por centenas de veces con timbres diferentes. El ritmo es lastimero y monótono y las frases difieren poco. Es por ejemplo: «*Sereno, las once han dado*». «*Nublado, la una y media*». Como en estos países las noches son habitualmente serenas, se designa allá estos guardias nocturnos con el nombre de serenos, copiado del grito que repiten lo más seguido.

Hasta hace poco tiempo todavía, eran los únicos depositarios de las llaves de todas las casas de su circunscripción y el que volvía tarde a su casa tenía que esperarlos delante de su puerta.

Sin embargo aquí, como por lo demás en todas partes, no existe policía tan perfecta como para impedir algunos casos de robo o de asesinato. A la comisión de estos últimos concurren, según creo, dos causas importantes: bajo pretexto de velar a su propia seguridad cada uno lleva libremente armas peligrosas; y si el homicidio no se perpetra en condiciones tan espectaculares, si no tiene por blanco personas oficiales o notables, jamás trae consigo la pena de muerte. Regularmente le cuesta a su autor la condenación a ser reclutado por fuerza en el ejército y éso por un máximo de tres, cuatro o cinco años. Una vez su tiempo cumplido, será devuelto a la sociedad. Si por casualidad se le fusila, la ejecución constituye una fiesta para los curiosos: un pelotón de soldados, encabezado por una buena banda y seguido de una inmensa muchedumbre va a la prisión al son de una marcha guerrera a apoderarse del culpable, lo adosa ceremoniosamente contra una casa del lugar, lo fusila, lo mete en un ataúd traído expresamente para ello, lo acompaña a la iglesia, lo sigue al cementerio y después regresa, siempre a los sones de un aire marcial, con la dignidad del deber rectamente cumplido.

1. Arma que lleva este nombre (NdT).

Pero estos casos son bastante raros, tanto más cuanto la justicia es holgada y corruptible y que las leyes, siendo ya flexibles, son violadas regularmente por sus propios autores.

El robo sobrepasa raramente el grado de una importancia seria o reviste una gran intrepidez, pero toma fácilmente la forma del engaño; de esta forma múltiple voy a citar un ejemplo que se me perdonará, porque viene de mi propia experiencia.

Una noche que erraba callejeando en la gran calle de Montevideo la encontré más animada que de costumbre. En efecto, era el día del tiraje semanal de la lotería, esta institución inmoral que excita a un alto grado, aquí como en Río, las ruines pasiones de un pueblo superjugador.

Iba pensando en todo y en nada, caminaba sin meta definida, cuando un individuo de traza campesina me aborda y me pregunta si está verdaderamente en la «calle de Julio» y si en esta calle se encuentra una oficina de la agencia de las loterías. Yo lo ignoro, él lo lamenta, puesto que es poseedor de un número ganador, sin saber la suma de su premio. Forastero, campesino, sólo cuenta con una hora de estadía en la ciudad donde viene expresamente para cobrar su dinero. Siempre conversando, me muestra un billete admirablemente falsificado y del cual veo su número. Al mismo tiempo pasa distraídamente el portador de la lista de números ganadores. Es un compinche: el patán me llama y me ruega, puesto que él no sabe leer, de consultar la lista con el fin de saber cuánto gana. El premio es de diez mil francos. Entonces es cuando comienza la pequeña escena: el hombre con la lista me empuja levemente con el pie y dice al campesino que gana dos mil francos. Luego, aprovechando del tiempo que toma este último, muy contento, para encender su cigarrillo al abrigo de una puerta vecina, me propone un negocio magnífico: dice que es tarde, las oficinas están cerradas, el paisano apurado por partir me cederá el boleto ganador a cambio de dos mil francos. En lo que le concierne, él irá al día siguiente a reclamar el premio de diez mil francos, que nos repartiremos por mitad.

Tal es la historia verídica que creí necesario contar. Ahora va el desenlace que le dí.

No estuve muy contento con la aventura, preguntándome hasta qué punto podía tener la apariencia de un hombre a quien se le hacen

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

proposiciones de ese tipo. Quise indignarme primero, pero felizmente me contuve. Simulé aceptar y hablando mi más puro castellano discutí durante algunos instantes las condiciones ofrecidas. En resumen, me hice seguir por los dos compinches diciéndoles que iba a mi casa para tomar la cantidad requerida. Pero en el camino cruzamos un agente de la policía; le hice señas y le conté el asunto en perjuicio, naturalmente, de mis amables compañeros.

Hace poco dije unas palabras sobre el ejército. Se juzga de su nivel moral por el solo hecho de que en el ejército llamado regular la conscripción se hace por una pena inflingida por los tribunales. Se condena los asesinos, los vagabundos, los malos tipos de toda naturaleza; es además para los holgazanes o los colonos embaucados por agentes mentirosos un refugio —el único— contra una horrosa miseria.

Lo digo con intención porque es el caso de la mayoría de los belgas que encontré allá: sin recursos, firman el compromiso de cinco años al que nada puede sustraerlos. Usted ve inmediatamente la postura de nuestros compatriotas, obligados a secundar contra su voluntad los movimientos revolucionarios de ese pueblo en fermentación permanente. Además los sueldos no son jamás pagados con regularidad y a veces no son pagados en absoluto.

Sea como sea, por lo menos exteriormente, las tropas de la república no tienen muy mala cara y este ejército, compuesto por elementos tan diferentes, tiene un aspecto más que decente, aunque en campaña pilla furiosamente, se insurge por nada y gira de acuerdo al viento que sopla del lado del partido más poderoso.

Los efectivos no son imponentes; sin embargo los soldados, por lo demás bastante bien equipados, están armados desde hace poco con fusiles *Remington*.

Frecuentemente he cruzado en la ciudad el 6^o *Cazadores*, cuya excelente tenida me impresionó. Este regimiento presenta además una particularidad curiosa: a la cabeza marcha un soberbio carnero que precede la banda de música y le abre camino, distribuyendo a veces, aunque con dignidad, buenas cornadas a los chiquillos y a la masa de curiosos.

X

Religión

El catolicismo, religión de Estado.— La superstición.— La publicidad en Montevideo.

No quiero terminar este pequeño bosquejo sobre los orientales de América del Sur sin citar, además, algunos trazos destinados a completar el cuadro de sus costumbres y de sus instintos.

Tienen también una religión de Estado que es el catolicismo. Pero en términos generales se puede decir que por lo menos los hombres no la practican. Si van a la iglesia es a lo más a la salida de los oficios para ver salir los fieles o juntarse con sus mujeres y sus niños.

El culto es sin embargo ricamente servido en Montevideo; las capillas son numerosas y la iglesia catedral es verdaderamente un hermoso monumento.

Felizmente la fracción femenina de la población es más sensata a este respecto, hace prueba de bastante celo y de una piedad cierta. Los ejercicios de una estación de la cuaresma me permitieron convencerme de ello. Con ocasión de esta celebración, las mujeres que pertenecen a menudo a las altas clases, llegan a veces a obligarse, por penitencia o por manda, a esconder sus encantos bajo los pliegues de un tejido vistoso y grosero.

Al lado de la religión, pero más universalmente practicada ya que ella es general, florece la superstición bajo sus formas más acentuadas. Nada de extraño —se me dirá—, en un pueblo que vive bajo un clima parecido. ¿O no será más bien una nueva herencia de la madre patria? De acuerdo. Sin embargo, por grande que sea a través del mundo el número de sus adeptos, la superstición pura y simple da la medida de un espíritu tan pequeño que tiene relación de ordinario con temas tan cómicos, que cada vez que la encuentro es para mí sujeto de un asombro siempre renovado.

Así, el día nefasto aquí es el martes, pero nadie puede decirle por qué razón. Ese día usted puede viajar tranquilo; pero renuncie a participar a una partida en sociedad o a concluir un negocio.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

Si llueve, no salga; no solamente por temor a mojarse, sino para ahorrarse el tedio de encontrarse solo, circulando en una ciudad muerta y desierta. Parece que la lluvia es un augurio detestable. Tanto como dura este fenómeno, felizmente escaso en este país, hay una interrupción completa de los asuntos: la Bolsa cierra, los almacenes también, mientras que los servicios públicos tampoco funcionan, a falta de viajeros.

Como no terminaría nunca si quisiera entrar en todos los pequeños detalles de esta dolencia, y como después de todo sólo revisten un interés secundario, prefiero dejar hasta aquí el sujeto y contentarme con los grandes trazos que dejo dibujados.

Terminaré citando un ejemplo de publicidad singular de la cual puedo garantizar su perfecta autenticidad. Él probará que en esta materia, americana de nacimiento, el sur está casi a la altura del norte. Tal ejemplo nos ha sido dado por un diario de Montevideo que ya no tiene recursos contra un poderoso colega, cuya diferencia parece triunfar definitivamente. El colega dirige uno de los más importantes órganos de la capital: *El Uruguay*.

Ahora bien, luego de una larga y severa polémica, en el curso de la cual rompieron muchas lanzas, el adversario aparece una mañana con un recuadro negro llevando en la primera columna un despacho sensacionalista, concebido de la manera siguiente, primero con letras enormes: «*El Uruguay* en derrota, sus prensas quebradas, su redactor asesinado, todos sus colaboradores quemados simbólicamente... gran efervescencia en la ciudad; nadie quiere ya este diario, se jura no abonarse nunca más a él..., etc.». En seguida, en dos pequeñas líneas, con pequeñísimos caracteres: «Nada de todo aquéllo ha ocurrido todavía; pero es lo que podría ocurrir si este diario se obstina en su fastidiosa línea de conducta».

Como se ve, este pueblo, que sin duda tiene buenas calidades y del cual he quizá exagerado un poco sus defectos, ofrece al observador temas de estudio bastante curiosos. Pero para hacerse una opinión completa, es seguro que no basta con estudiarlo en la ciudad, donde el carácter y los hábitos están fatalmente sometidos a influencia extranjera. Hay que verlo en el campo y puesto a la obra.

Sigámosle pues hacia el interior, donde nos llaman por lo demás sujetos de interés.

LAS PAMPAS

XI

Aspecto general de las pampas

Origen de la palabra.— Lo que es la pampa.— Animales de crianza.— *Posterios*.—
Estancias y estancieros.— Personal y distribución de una *estancia*.

Ya lo dije, dejar Brasil para dirigirse a las repúblicas del sur significa decir adiós a la selva, a las montañas; es separarse bruscamente de esta vegetación tropical con maravillosos productos; es cortar con esta grande y sublime naturaleza, que en primer lugar sorprende y confunde, pero que pronto cautiva y seduce.

Aquí, sobre un espacio de más de mil leguas, inmensas praderas o llanuras se extienden hasta perderse de vista, al oeste hasta la cadena de los Andes, al sur, hasta el Estrecho de Magallanes.

Que se le llame *campo* como en el Uruguay o *pampa* como en Argentina, este inmenso mar de verdura está apenas marcado por leves ondulaciones del terreno que ni siquiera pueden llamarse colinas. La vegetación¹ es aquí casi ausente, o por lo menos lo que existe no

1. Cuando el autor habla aquí de *vegetación*, como lo confirma luego, hace referencia a la vegetación alta o arbórea (NdT).

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

pasa jamás una altura de tres o cuatro metros a causa de los vientos que barren sin cesar estas regiones abiertas. Por último, si algún hermoso o importante río concurre a atravesar las praderas, corriendo ancho y desnudo entre sus orillas planas, estos cursos fluviales contribuyen apenas a hacer olvidar la siniestra melancolía del cuadro.

Es triste y sin embargo sorprendente de grandeza, de extensión, de aspecto salvaje. Hay que acostumbrarse a estos lugares nuevos como se acostumbra al mar, como se acepta el desierto. Luego hay que buscar temas de interés, sujetos de distracción en la naturaleza misma del suelo o en la apropiación que han hecho de él los escasos, muy escasos habitantes de estas comarcas. Hay que ir donde ellos, compartir sus días, iniciarse a sus trabajos, participar en sus fatigas para gustar todo el atractivo de esta vida de las pampas, que al primer vistazo aparece tan austera y llena de pena y dificultad.

El lector complaciente que aceptará seguirme en este nuevo recorrido me perdonará lo que él podrá ofrecerle de serio o de trivial; y si le hablo de manera prolongada de pastizales o de ganado, que sepa que a toda cosa va unido un interés particular y que las flores, incluso las más comunes, no crecen en todas partes.

Pero hagamos primero una aclaración. He recorrido, sin duda, en toda su extensión el inmenso territorio de la República Argentina; pero por otro lado viví seis meses en el interior del Uruguay. Voy pues a hablar sobre todo de lo que vi en este último país; no obstante, ello es aplicable a la República Argentina, donde el suelo y la vida son idénticos. Además emplearé de preferencia, para designar el suelo, el término más conocido de *pampa*.

En primer lugar, el nombre de *pampas* despierta en nosotros la idea de vastas llanuras cubiertas de esta hierba alta y dura conocida en nuestros jardines bajo el nombre de *gynerium argenteum* o *pampa*.

Tal es realmente el origen de la palabra¹: tal fue y tal es todavía la pampa, aquéllo que la civilización no ha arrebatado aún a sus antiguos ocupantes, a los indios, hoy expulsados al sur hasta las fronteras patagónicas y hasta los primeros contrafuertes de la cordillera al oeste.

1. Explicación del origen de la palabra *pampa* sin duda fantástica, puesto que ella es de origen quechua y significa justamente «llano», «llanura» (NdT).

Pero ésa ya no es la *pampa* explotada, ésa donde el hombre vino a clavar su bandera, importar sus riquezas y largar sus rebaños.

Las bestias, con sus pezuñas, el hombre con el hierro y con el fuego, primero purgaron el suelo de esta planta absorbente, de este junco elegante, pero desgraciadamente inútil. Poco a poco las semi-llas forrajeras ocuparon el lugar dejado libre. Después, el trabajo de los siglos y el pasaje de innumerables rebaños acabaron de formar esos inmensos lugares de pastoreo que hoy serían tomados por productos nativos de una tierra que sin embargo no los conocía.

Sin duda este trabajo se realizó lentamente, penosamente y al precio de grandes sacrificios. Se le encuentra todavía en vías de formación en las partes más alejadas de las *pampas*. Ahí el terreno no tiene ningún valor; la unidad de medida es la legua cuadrada; los gobiernos conceden con gusto inmensas extensiones; aunque aquél que las recibe no sólo tiene que hacer todo para poder tomar posesión, sino que además debe cuidarse de los indios, cuyas frecuentes incursiones amenazan a cada instante con privarlo de su bien y de quitarle los frutos adquiridos luego de duros trabajos.

Al ver los grandes rebaños de bueyes y los innumerables caballos que retozan en las praderas donde viven sin custodia y en estado casi salvaje, se creería que estas especies son en estas regiones la continuación de otras preexistentes o de razas apropiadas. Hay que desengañarse: Cuando Colón descubrió América, ni caballos ni bestias con cuernos habían sido vistos en ella. Es cosa de creer apenas al ver las cifras actuales que fueron los conquistadores españoles los que trajeron los primeros ejemplares de ellos hace apenas tres siglos.

Es por éso que el tipo de estos animales no es en modo alguno lo que se conoce de mejor y a sus cualidades verdaderas, que los distingue sin duda, con seguridad habría mucho que mejorar. Es lo que algunos criadores del sur han comprendido por fin, y que deseosos de hacer la prueba han tomado los riesgos de adquirir con grandes gastos, potros sementales y toros de Durham. Estos no tardaron a producir hermosos ejemplares, al punto de parecer que estarán destinados a renovar completamente las razas de América.

Aunque viven donde se les ocurre en los vastos terrenos que les son destinados, estos animales no son dejados a un abandono tal como para no tener ninguna vigilancia sobre ellos. En los confines

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

de cada propiedad se levantan cabañas (*puestos*), habitadas por pobres diablos (*postereros*), cuyo trabajo, por lo demás retribuido muy mal, consiste a veces en que los animales no se alejen demasiado de los límites establecidos, y por consiguiente impedirles que vayan a vagar donde el vecino. Deben, pues, mañana y tarde, empeñarse a hacer convergir hacia el centro los animales de su circunscripción, incluso a veces ir a reconocerlos y recuperarlos en las praderas vecinas, cosa que es por lo demás más simple que lo que aparece a primera vista, puesto que la propiedad se afirma allá por medio de una marca hecha con un fierro al rojo, que cada una de las bestias lleva impresa sobre la pierna izquierda.

Por último, los rebaños enteros son reunidos y trabajados en numerosas circunstancias. De estos interesantes y múltiples trabajos diré luego algunas palabras; pero primero, para proceder por orden y hacerme comprender mejor por el lector, lo voy a llevar a una *estancia* donde le mostraré la composición de una propiedad de crianza, el personal que emplea, los cuidados que exige y la vida que allí se lleva. Citaré también algunas cifras destinadas a hacer conocer la importancia de los negocios que ahí se tratan y el provecho que de ellos puede obtener una administración inteligente.

Dije lo que se entendía por *fazenda* en Brasil. Aquí, la palabra *estancia* significa literalmente «estadía, permanencia, morada»; se aplica también a la propiedad en sentido global y en consecuencia comprende el terreno, los rebaños, los edificios, las herramientas de explotación.

El ganadero (*estanciero*) vive de ordinario en el centro mismo de sus praderas, que no miden menos de dos o tres leguas cuadradas en término medio; y digamos de una vez por todas que la legua en estas comarcas es de cinco kilómetros y una pequeña fracción.

Las casas son vastas, simples, sin piso superpuesto, casi siempre rodeadas de una pequeña veranda y de una o dos hectáreas de jardines cercados donde se cultiva algunas frutas y verduras y a veces un tablar de alfalfa.

Contigua a la vivienda del dueño está la de su *capataz*, intendente jefe del establecimiento, conductor de todos los trabajos, autoridad suprema, jinete consumado, inteligencia de élite, tipo curioso entre todos.

Luego viene la serie de *galpones*, cobertizos donde se amontonan tanto los cueros como las lanas, etc. Y sobre el terreno inmediatamente adyacente varios recintos formados por palizadas y llamados *corrales* donde se realizan diversos trabajos y en el cual se guardan los animales de los cuales se espera un servicio inmediato.

El resto de los caballos y rebaños es diseminado en la propiedad, donde la costumbre los divide en pequeñas manadas que nunca se mezclan.

Se cuenta generalmente con que una legua cuadrada de praderas, es decir, cerca de cinco mil hectáreas, debe alimentar tres a cuatro mil cabezas de ganado vacuno y ocho a diez mil corderos, número que es sin embargo relativo ya que varía según la riqueza del terreno. Hay que contar también con el hecho de que en muchos grandes establecimientos el ganadero ignora el número exacto de sus bestias.

El personal ordinario de una *estancia* se limita a bien poca cosa. Primero está el *estanciero*, que ayuda en todos los trabajos; viene luego el *capataz* y su familia, si es que la tiene; bajo sus órdenes hay tres o cuatro *peones*, domésticos encargados, con la ayuda de ocho o diez perros, de trabajar el ganado. Por último los *postereros*, que corren la llanura hasta sus límites en busca de los animales extraviados o muertos. Los *postereros* se hacen menos útiles si, como su uso se generaliza, el ganadero ha hecho los gastos de cerrar su propiedad con un cercado de estacas unidas entre ellas por dos o tres cuerdas metálicas (*alambradas*)¹.

Aunque muchas veces es insuficiente para contener los caballos, este cerco es uno de sus gastos útiles que aporta rápidamente sus ganancias en términos de economía de tiempo, de cuidados, de hombres y de animales. A pesar de todo, es necesario dar de tiempo en tiempo una vuelta para asegurarse si el ganado, o aún más a menudo la malevolencia, no han cortado los alambres protectores.

Por último, como gasto final, si la propiedad no está regada por ningún río ni atravesada por otro curso de agua, el *estanciero* debe entregarse a trabajos de canalización que le permitan retener, en ciertos lugares, las aguas en forma de abrevaderos (*tajamares*)².

1. El autor ortografía *alhambradas* (NdT).

2. El autor escribe: *tacamares* (NdT).

XII

Industria pastoral en la pampa

- (a) El caballo.— Su utilidad, su tipo, sus cualidades.— *Manadas y tropillas*.—
La domadura.— (b) El cordero.— Ventajas, inconvenientes.— (c) El ganado
vacuno.— Su origen.— Su empleo.— Su precio.— Su rendimiento.

En la pampa, la industria de explotación comprende los caballos, los corderos y el ganado vacuno.

Por supuesto que el caballo no es un gran objeto de beneficios en una *estancia*; sin embargo conviene hablar de él en primer lugar, considerando que es el auxiliar indispensable de todos los trabajos que ahí se hacen y que los servicios que presta este precioso animal no podrían evaluarse en un país donde las distancias son enormes y donde el ganado, casi salvaje, no podría ser trabajado a pie.

La raza es andaluza un poco cruzada de árabe. En cuanto a su estampa, ella deja bastante que desear; en lo que concierne sus formas, el caballo parece más bien haber degenerado sobre el suelo de América. Es endeble, de porte pequeño y posee una cabeza bastante grosera, generalmente mal sujeta por un cuello demasiado corto. Pero al lado de éso posee notables cualidades adquiridas sin duda de su vida independiente y libre, que lo ponen por encima de todos sus congéneres conocidos. Posee la velocidad, la resistencia, la flexibilidad. No se le prodiga ningún cuidado y es él mismo quien provee a sus pocas necesidades. Sin pena ni sufrimiento puede hacer cuando se le pide recorridos de veinte y treinta leguas por día, prescindiendo entonces, si es necesario, de todo alimento. ¿Debe servir desde la aurora a algún trabajo pesado? Queda desde la víspera y durante toda la noche amarrado al *palenque* o poste destinado a ello, frecuentemente completamente ensillado. Nunca se le almohaza y tal como queda, una vez su servicio terminado, se le entrega a la libertad. En resumen es una excelente bestia y lo poco de atenciones que recibe darían pena a aquéllos que en nuestros lares aman prodigar grandes cuidados a este útil y noble animal.

Un extraño capricho prohíbe de montar las yeguas, so pena de parecer ridículos. Éstas sólo sirven a la reproducción y van, cuando

su tiempo ha llegado, derecho al matadero. Por éso es que su precio es casi irrisorio. Mientras que un caballo domado puede valer hasta doscientos francos, es muy raro que una yegua supere el precio de treinta francos.

Las yeguas viven por tropas de diez a veinte bajo el dominio de un potro, mientras que una llegua llamada *madrina*, que lleva un cencerro en el cuello, conduce igualmente grupos de caballos; las primeras se llaman *manadas*, los segundos *tropillas*.

Con ocasión de un viaje, se toma toda una *tropilla*. Los caballos no montados son, con la yegua, arreados en libertad hacia el punto de destinación. Cuando la necesidad se presenta, se toma caballos frescos; aquéllos que dejan la montura entran en la *tropilla* y se parte de nuevo, siempre al galope, el único ritmo que conocen los caballos de la pampa; porque casi no tienen paso y sus trotes no son otra cosa que un mal pasitrote que fatiga sin avanzar¹; por el contrario, sostienen el galope tanto tiempo como lo puede soportar el mismo jinete, y su pie, que nunca es herrado, es tan seguro en el llano como es vacilante y malo sobre el empedrado de las ciudades.

En cuanto a su carácter, para ser bestias semisalvajes, es excelente. Parecen verdaderamente orgullosos de llevar el jinete, no le tienen miedo a nada y pasan a través de todo. Sin duda que a veces tienen accesos de alegría, pero no se encuentra en ellos trazas de malos vicios. Solamente al poyo son todos difíciles, lo que debe ser sin duda en recuerdo de escenas brutales de la domadura. Porque al principio de su educación, para ganar tiempo, no se les escatima golpes y malos tratos. Se les somete más que se les educa. El que ejerce este oficio porta el nombre que merece: *domador*.

En efecto, dos días antes de la fecha fijada para la primera prueba, el caballo a domar es amarrado al *palenque*. Se le da de beber, pero se le niega todo alimento. Llegado el momento es echado a tierra donde un *lazo* lo retiene por los cuatro miembros. Se le ensilla con un *rekaó*². Se le introduce por fuerza entre los dientes un freno que

1. Los caballos educados para marchar al trote son raros, poco útiles y considerados como un lujo. El precio es en consecuencia de tal lujo.

2. Suerte de silla árabe en uso en todo el país. Es un montante de madera hueca, levantado de las dos puntas, que se cubre a voluntad de cueros y de pieles de oveja,

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

de ordinario pesa cerca de diez libras y que varias cuerdas amarran, comprimiendo el belfo y los ollares. Armado de un rompecabeza o de una corta fusta (*rebenque*), el domador cabalga el animal y cuando se encuentra en silla, el *lazo* largado, el caballo se levanta de un salto.

Entonces comienza entre el hombre y la bestia un combate tenaz seguido de una loca carrera. El caballo salta, echa espumarajos, se sacude; el hombre lo estrecha con sus jarretes de acero, lo azota con su fusta o lo abrumba de golpes en la cabeza. Es una lucha salvaje, pero llena de interés, en la cual los actores desaparecen pronto en la llanura, para regresar una o dos horas después agotados, aniquilados. Dos sesiones de este tipo son suficientes para someter el caballo. A partir de entonces, se podrá usarlo.

Afortunadamente los caballos de estos países son numerosos y de un precio poco elevado, ya que el servicio de una *estancia* exige un gran número de ellos; cada uno de los hombres que ella ocupa tiene ocho o diez, y yo mismo, en cualquier parte donde pasé mis estadías, debí elegir por lo menos cinco, ya que participar a los principales trabajos era para mí una fiesta. Para ello fue necesario a menudo que en la misma jornada pasara diez horas en silla y montara cuatro caballos diferentes.

Entre estos caballos no existe ningún pelaje predominante, siendo sus colores muy mezclados. Todos aquéllos de los cuales se sirven son designados con un nombre que corresponde a su pelo o a algún defecto visible; cosa digna de notar, aquéllos cuyo pelaje presenta las más extrañas amalgamas de matices son los más apreciados por el pueblo gaucho. Lo que demuestra que es verdad de que la moda tiene en todas partes sus caprichos y que en gustos no hay nada escrito.

El ganado lanar desde hace algunos años es también, en especial, el objeto de transacciones bastante corrientes, al punto que un día podrá convertirse en la fuente de importantes riquezas. Sin embargo, solamente diré unas pocas palabras, y ello por un doble motivo: el cordero es de introducción demasiado reciente en la *pampa* para que se pueda apreciar desde ya su rendimiento; además, a pesar de

todo lo caual va unido por sólidas cinchas. [El autor se refiere sin duda a la palabra *recado*, que en la región del Río de la Plata quiere decir *apero*. NdT].

las fortunas que ha contribuido a hacer, las enfermedades lo han decimado provocando en este momento, por la parte de sus antiguos partidarios, una gran vacilación para desarrollar su crianza.

Sea como fuere, sobre el suelo argentino en primer lugar, algunos ganaderos han hecho de esta industria una rama especial y conozco uno que tenía, nada más que de su propiedad exclusiva, ciento cuarenta mil corderos.

Sin duda que estos rebaños exigen pocos cuidados e incluso un terreno reducido. Se reproducen fácilmente, mientras que el mercado de las lanas, un poco sometido es cierto a mucho más de fluctuaciones, es también casi tan importante en Buenos Aires que el famoso mercado de los cueros.

Que todo ocurra pues regularmente, que el país esté tranquilo, las estaciones normales, la atmósfera sana y las plagas ausentes, no conozco otro negocio más rápido ni rendimiento más cierto para los ganaderos. Grandes revistas han dado a este respecto cifras verdaderas y concluyentes.

¡Pero sobreviene la revolución, siempre sinónimo de pillaje! ¡Las langostas azotan la llanura consumiendo el pasto que conviene a los corderos! ¡La peste, las enfermedades atacan los rebaños!... ¿Cómo poder cifrar los muertos, y qué queda a los criadores de estas bestias, de las cuales hasta el cuero se resiente con estos flagelos?

Por éso es que hoy son raras las *estancias* que se consagran exclusivamente a la crianza del cordero, sin que se pueda decir si esta explotación podrá aparecer muy pronto haciendo la competencia a la del ganado vacuno. Existen pocos propietarios, lo sé, que no tengan por lo menos una tropa de estos útiles animales, pero son más bien destinados al consumo que a su explotación económica.

Así pues, el grande, el verdadero eje de la industria pastoral en las *pampas* es el ganado bovino, razón por la cual me ocuparé de desarrollar principalmente este sujeto.

Hace apenas tres siglos, alrededor de cincuenta años después de su llegada a las estepas de la Plata, los españoles, pensando en utilizar lo mejor posible estos desiertos, llevaron ahí ocho vacas y un toro; es a este reducido rebaño que se deben los millones de bestias con cuernos que actualmente cubren la *pampa*. Habiéndose mantenido largo tiempo en lo que era al principio, la raza ganó mucho

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

recientemente al mezclarse con productos ingleses y dará, en un futuro próximo, resultados todavía más ventajosos.

La reproducción fácil de estos animales en estado de libertad, su número colosal y el inmenso consumo que hacen los *saladeros*, reducen su valor singularmente y permiten a los pequeños capitales de emprender grandes explotaciones.

Los *saladeros*, de los cuales hablaré más adelante, son esos vastos establecimientos de matanza donde se preparan los cueros secos, las carnes saladas, los famosos «extractos concentrados», y que funcionan sin descanso durante tres meses por año a razón de ochocientas, de mil y hasta de mil doscientas bestias sacrificadas por día.

Seguro de tener mercado, el *estanciero* ya no tiene otra finalidad que la de preparar para la época convenida el mayor número de bestias propias a la matanza. Para alcanzar lo cual actúa de doble manera: mientras que sobre una porción de su campo, con ayuda de la naturaleza, se desarrolla y se agranda el rebaño de su propiedad, sobre otra porción hace pacer millares de bueyes comprados flacos, para ser revendidos gordos al cabo de seis meses y éso generalmente al doble del precio de compra.

Como esta operación es de lejos la más rápidamente lucrativa, ella es también de lejos la más practicada, en detrimento de la *crianza*¹ propiamente dicha, de la cual casi nadie se ocupa hoy. Así, cuando la cuestión dinero está en juego, el hombre corre a lo más urgente, pensando sólo a lo inmediato. Sin embargo me parece que el ganadero olvida aquí que la ganancia rápida de hoy le será contada a pérdida y retraso mañana, cuando tendrá que pensar obligatoriamente en reconstituir ganados productores.

Pequeño o grande, tomado del lote, el animal flaco vale alrededor de seis piastras (30 frs.); gordo, se vende diez o doce piastras (50 o 60 frs.) a los empleados de los *saladeros*. Se comprende que la perspectiva de ganar así cerca del 100% en un lapso de seis meses y ello por la sola estadía sobre su terreno de un ganado realmente de paso, pueda tentar un propietario. Se le comprenderá mejor todavía, sabiendo que los gastos generales de una *estancia*, las necesidades de

1. El autor escribe *criada*, en lugar de *crianza* (NdT).

la vida, incluso las pérdidas que pueden sobrevenir, cuentan apenas, en la deducción de estas inmensas ganancias, por una proporción media de 20%. En efecto, por lo menos esta vez en caso de peste o de otros azotes, el ganadero conserva el cuero del animal, es decir, un minimum del tercio de su valor, puesto que el cuero representa cuatro piastras (20 frs.). Queda el precio de compra o de arriendo de los edificios y de las praderas que, calculado con largueza, dará todavía, en el peor de los casos y siempre en término medio, un descuento de 50%. Se llega así, nada más que por el ganado en una *estancia*, a un rendimiento fijo de alrededor de 30% para el ganadero inteligente.

Hay, y yo lo sé, también los malos días entre los que se cuentan los tiempos de revolución, que sirven frecuentemente de pretexto a la devastación de los animales. Pero por otro lado hay años particularmente prósperos que doblan las ganancias que acabo de citar, permitiendo de entregar ganado a los *saladeros* dos veces en lugar de una.

Estos inmensos ganados, cualquiera sea el servicio que se espera de ellos, piden ser constantemente reunidos, trabajados y es entonces que se revela el carácter y las aptitudes especiales del pueblo *gaucho*.

XIII

Los gauchos

Retrato del gaucho.— Su traje.— Instrumentos de trabajo: el *lazo*, las *bolas*.— Hábitos y costumbres de los *gauchos*.— El *mate*.— Trabajo de los animales: el *rodeo*, la *marca*.— Carreras y juegos.— Los *gauchos* a caballo.— Su salario.

El *gaucho* es un tipo tan lleno de originalidad que conviene bosquejarlo a grandes trazos.

Más indio que español, es un hombre de estatura importante, rostro anguloso, tez bronceada, con larga cabellera negra, no menos ruda que espesa. Sólidamente formado sobre miembros de acero, posee una fuerza que sabe probar cuando la ocasión se presenta.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

Parece ser jinete de nacimiento, es emprendedor, flexible, ágil como un indio, muestra su sangre española no solamente por la gracia que distingue sus menores movimientos, sino además y especialmente por su altivez, su jactancia, su carácter independiente. Es sobrio y sin embargo irascible, vengativo, perezoso y jugador. Si a caballo desarrolla en el trabajo una actividad devorante, es que ese trabajo es también su pasión. A caballo desafiaría al mundo; su bestia, que cuida tan poco, la sobrecarga de cueros trenzados o trabajados y de adornos de plata. En efecto, el estribo es de plata maciza; la fusta, la brida, la montura relucen con el mismo metal. Es su lujo supremo y se arruina por obtenerlo.

Su traje, coqueto igualmente, da testimonio de cierta búsqueda. La pieza principal es el *poncho*, especie de túnica sin mangas hecha con lana de guanaco, con unos tonos increíblemente amarillos, contrastando con el pantalón blanco flotante y la bota del cuero más fino. El *gaucho* lleva además un sombrero de fieltro flexible adornado con un pañuelo de seda de colores vivos, un cinturón con amuletos de plata, una fusta corta y gigantescas espuelas. Lleva siempre en la boca una pequeña flor silvestre o bien el cigarrillo que enciende al galope y que lía hábilmente con una sola mano. Como accesorio, a su espalda e inclinado a través del cinturón de cuero, brilla un ancho cuchillo-puñal, arma temible de la que no se separa nunca y que según el caso le sirve tanto de mondadientes, como de instrumento de trabajo, incluso como medio de venganza.

Al costado derecho de su caballo y sólidamente fijo a un anillo de la montura se balancea enrollado, listo para ser lanzado, el famoso lazo de cuero trenzado que maneja con tanta destreza. En el lado opuesto cuelga otro instrumento de trabajo llamado las *bolas*¹. Este aparato se compone de tres pequeñas correas de cuero anudadas juntas en una extremidad mientras que en la otra están terminadas por tres *bolas*; dos son de madera, la tercera es de fierro. El *gaucho*, tomando ésta en la mano hace dar vueltas con rapidez por encima de su cabeza esta honda de un nuevo tipo, para lanzarla vigorosamente a las piernas del animal que persigue. Alcanzado el blanco, las bolas

1. Más propiamente: *boleadoras* (NdT).

se cruzan, las correas se enredan, se apretan, lo que provoca la caída del animal. Es primitivo, salvaje si se quiere, pero infalible. Sin embargo, como este modo de captura de un animal cualquiera provoca frecuentemente por su violencia la fractura de uno de sus miembros, se le emplea raramente y en casos bien determinados.

El *gaucho* ocupa en la pradera una triste choza ruinosa hecha de madera, de carrizo y de barro. Vive ahí con su familia. A pesar de que, si por falta de medios o por indiferencia, se casa raramente, tiene sin embargo corrientemente una mujer a la cual es fiel e hijos que cría y que adiestra desde temprano para montar a caballo a fin de que lo secunden en sus trabajos.

Aunque con los trazos endurecidos por el aire de la *pampa*, las mujeres conservan generalmente un sello de belleza severa. Son también hábiles amazonas, montan a horcajadas, les gusta desafiar el peligro; pero el trabajo les repugna y el ocio acaba por ensombrecer el hogar de estas familias regularmente demasiado numerosas.

Fuera de las horas de trabajo, estos infelices abrigados bajo sus techos ahumados, pierden un tiempo infinito a chupar el *mate* sentados sobre los talones. *Mate* es el nombre que designa una especie de té o infusión de una hierba del Paraguay, la *yerba mate*. Se le sirve en una pequeña calabaza y se aspira a través de una bombilla o tubo de metal. En las familias, este recipiente es lo más a menudo único; pasa entonces de mano en mano y circula en corro.

El uso del *mate* es muy expandido; existe incluso en estas regiones todo un código de cortesía que fija minuciosamente las reglas sobre la manera de aceptarlo y de servirse de él. Si no quiere herir a la gente donde llega, el forastero debe conformarse estrictamente a sus prescripciones.

Así, supongamos que usted vaya de visita o que esté de reposo en uno de estos interiores donde vegeta toda una familia. Todos se levantan, lo saludan, le hacen mil cumplidos y sólo retoman sus lugares después que usted les rogó de hacerlo. Mientras tanto una joven prepara el *mate* y se lo ofrece tan pronto, sonriente y tímida. No se le ocurra negarse, porque ella se afligiría; más bien dígame: «Muchas gracias, hermosa, está en buenas manos». «Menos buenas que las tuyas», le responderá a su vez, entregándole francamente el *mate*. Entonces es de buen tono de rogarle de cebar ella misma la *bombilla*.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

En cualquier caso usted deberá llevar este instrumento a los labios y aspirar gravemente el contenido. Durante ese tiempo, de pie e inmóvil a vuestro lado, lo mira y parece esperarle. Devuélvale el *mate*; pero si le gustó y desearía más tarde volver a tenerlo a su turno, cúidese de agradecerle, porque este hecho equivale a decir que no se quiere más. Dígale entonces: «Está exquisito, es usted una pequeña hada» u otras naderías por el estilo, pero no diga ni por nada: «Gracias», porque la sesión *mate* estaría terminada para usted por el día.

Después de haber hablado separadamente de los hombres y de las bestias, voy a mostrarlos en sus relaciones comunes al describir algunos de los mil trabajos que exige la *estancia*.

El fondo de todo trabajo o más bien el trabajo preparatorio a todo otro, consiste en reunir en un punto dado del llano algunos miles de animales. Luego hay que impedir que esta masa una vez agrupada se desbande o huya durante el tiempo necesario al cumplimiento de la tarea proyectada. Con este fin los mismos jinetes, que a galope tendido han arreado el ganado hacia este centro común, dan la vuelta sin cesar, ellos y sus perros, en torno del grupo para mantenerlo en el lugar.

Esta doble operación se llama *rodeo*, palabra que carece por desgracia de equivalente en francés. Se comprenderá cuántas veces tendrá que repetirse cuando se sabrá que puede tener como objeto indiferentemente de facilitar la engorda, haciendo cambiar los animales de pastos, como contarlos, seleccionarlos, marcarlos, venderlos, abatirlos, castrarlos, separar las lecheras, separar los terneros de sus madres o sacrificarlos jóvenes para hacer engordar estas últimas; en fin, formar las grandes tropas para entregarlas a los *saladeros*.

Esta reunión de los animales es un trabajo lleno de interés y de atractivo: es una verdadera montería a la que siempre asistí con profundas emociones y de la cual conservo todavía los más vivos recuerdos. Por éso es que no habría faltado ni por nada a mi puesto en un día de rodeo. Estuve, como todo el mundo, a caballo una hora antes del alba y como un simple peón hacía mi parte de trabajo, conduciendo hacia el punto fijado todo lo que encontraba en camino en el radio que se me había asignado.

Me acuerdo que a veces había que emplear brutalmente la fusta o la espuela, dar vueltas insensatas, franquear inmensos obstáculos,

a veces también obligar a levantarse las bestias perezosas, evitar bruscamente ataques repentinos, batallar con un toro, perseguir un animal que desertaba el grupo; resumiendo, operar lo más rápidamente posible porque cada uno quería llegar primero al lugar de la cita. Todavía me veo bajo el viento, el polvo o un sol ardiente, llevando tropas enteras lanzadas en un galope furioso; iba bañado en sudor, enceguecido por la arena, extenuado de fatiga; pero sólo pensaba en el objetivo, tomando de la excitación del momento una fuerza ficticia y un vigor desconocido.

Es un bonito momento aquél de la llegada de las bestias al lugar de la cita y da gusto encontrarse temprano en él. Entonces se ve, desde todos los puntos del horizonte, acudir unas hacia otras las tropas mugientes: es una galopada loca, un tumulto increíble aumentado aún más por los roncós ladridos de los perros y los gritos estridentes de los indios.

El lugar del encuentro es habitualmente fijo, con el fin de acostumar a los animales a ir a él. Ocupa de preferencia la cima de un pequeño cerro. Ahí, en un ancho espacio circular, la tierra hollada tan a menudo está al desnudo, labrada. Los animales se mezclan, mughen, pelean, agitan con locura los cuernos y las pezuñas; pero son contenidos por los jinetes y sus perros que constantemente dan vueltas en torno del rebaño y el trabajo comienza.

Supongo por ejemplo, que se quiera simplemente tomar y matar un pequeño número de bestias: tres jinetes, apretados unos a otros, aparecen en el grupo y abren camino empujando fuera del rebaño las víctimas elegidas. Se las hace galopar, se las toma con el *lazo*, y se les sacrifica. Se les deshuella ahí mismo. Es asunto de un momento; en seguida los hombres cargan a la grupa, unos los cuernos humeantes, otros los cuartos de carne todavía palpitante; los perros se disputan algunos restos dispersos y la aves de presa terminan de limpiar el terreno, mientras que el resto del rebaño, tan pronto liberado, gana de nuevo sus pastizales preferidos.

Pero supongamos que se trata de un animal difícil al cual se deba hacer una u otra mutilación; este trabajo presentará las más serias dificultades. En efecto, habrá que echar el toro por tierra, mantenerlo ahí y sobre todo tener cuidado cuando, súbitamente puesto en libertad, se levantará furioso y dispuesto a vengarse.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

Es aquí cuando se revela la extrema audacia del *gaucho*, su excesiva flexibilidad y su gran habilidad para manejar el *lazo*.

¡Cuántas peripecias antes de que el nudo corredizo aprete el cuello del animal que se opone a ello! ¡Qué carreras para alcanzarlo cuando quiere huir! ¡Cuántas vueltas si se escapa, se revuelve o amenaza! ¡Cuántos esfuerzos para impedirle de volver al rebaño! ¡Cuántas tentativas inútiles! ¡Cuántos lanzamientos de *lazo* sin resultado! Y para colmo de pena vienen las risas hacia los desdichados que no logran inmediatamente hacerse los amos del toro. El *capataz*, que desde lo alto de su montura sigue el trabajo con un ojo experto, manda nuevos peones, quienes a menudo no tienen mayor éxito. Entonces hace un *getso* imponente; llama, separa su gente. Es como decir que va a encargarse él mismo de terminar el trabajo y verdaderamente no falla jamás su tirada de *lazo*, o por lo menos así lo pretende su vanidad profesional¹.

La lucha comienza y es lo más corriente que el toro sea tomado por un golpe maestro de esta hábil mano. Pero no es todo, porque hay que contar con sangre fría y destreza para detener con fuerza y dar media vuelta con su caballo y encontrar un punto de apoyo para poder resitir así a la sacudida. Compréndase la energía que es necesaria a un hombre para mantener su caballo en esta posición a pesar de los esfuerzos, los saltos enloquecidos del toro.

Los *peones* acuden. Uno de ellos se acerca por detrás y lanza su *lazo* a las piernas del animal que cae y lo mantiene en tierra, pero se separa de él, otro se desmonta y su *faca* enrojece de sangre, retira el primer nudo corredizo de los cuernos del toro y de un salto monta de nuevo. Como ya nada lo retiene, el animal se levanta enraabiado, libera sus patas del segundo nudo y se abalanza contra sus verdugos. Sigue entonces una desbandada general que se presta a veces a escenas grotescas o a curiosos incidentes.

Otros trabajos, como el de la *marca*, se hacen en los *corrales*, es decir, en lugares cerrados, estos recintos reservados situados en torno de la *estancia* propiamente dicha.

1. Conozco un *capataz* que, despedido de una estancia por el solo hecho de haber fallado tres veces consecutivas al *lazo*, tuvo gran dificultad a encontrar un nuevo trabajo.

Es toda una historia la de imponer su marca a un rebaño entero, sin embargo esta operación debe hacerse, sea cuando se compra una nueva tropa, sea cuando se va a vender los animales. En efecto, sólo la marca es signo de propiedad y el animal al cambiar de mano debe recibir, con la marca del nuevo dueño, la contramarca del antiguo. Así lo ordena la ley: dos marcas iguales se anulan y cada ganadero tiene la suya, que no se parece a ninguna otra. La marca es de su propiedad exclusiva, inviolable y como tal, inscrita en el catastro. Resulta de ello, para los animales que hacen el objeto de transacciones frecuentes, una gran serie de jeroglíficos inscritos por medio del fierro candente, que frecuentemente su cuero es desvalorizado.

La operación de la marca exige muchas personas, por lo que se pide el concurso de los *peones* de la vecindad. Unos jinetes empujan los animales hacia los diversos *corrales*; en uno de ellos se les echa el *lazo*, en el otro se les voltea poniéndoles sobre el costado para poder marcarlos sobre la pierna izquierda; por último son largados en un tercero. Todo lo cual se hace muy rápidamente y el espectáculo, siendo un poco brutal, no es menos interesante.

Esta gran reunión de gente da a la *estancia* una animación bien particular y una vez el trabajo terminado comienzan las grandes fiestas. Carreras a caballo están en el programa; hay desafíos, apuestas y se parte al galope. Aquí no existen las partidas falsas; los competidores galopan un momento de frente, hasta que en un momento dado se ponen de acuerdo gritando «¡vamos!». Es la señal. La carrera es bastante larga; nuestros *gauchos* la hacen con decisión, mientras que sus pobres caballos quedan largo tiempo abatidos. Pero ¡qué importa! El vencedor es aclamado calurosamente y con ello ha ganado además las fichas que sus competidores habían obtenido por el trabajo del día.

El *estanciero* favorece estas fiestas y colabora a ellas. Si no corre él mismo, establece premios para las carreras, organiza concursos, fomenta la emulación. Le interesa que la gente se entretenga y esté contenta en su propiedad, puesto que tener hombres agradecidos es útil en estas comarcas donde faltan los brazos que a veces son imprescindibles.

Es la causa que lo incita, una vez el trabajo terminado, a abandonarles uno de sus animales para que sirva a la preparación del

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

plato favorito, el *asado con cuero*, que consiste en cortar la carne del animal sin separarla del cuero y luego hacerla asar sobre carbones. El cuero sirve de olla y la carne preparada así conserva todo su jugo. Por haberlo probado puedo decir que es bastante bueno; pero se comprende que esta manera de hacer la cocina es un lujo que el valor del cuero no autoriza muy a menudo. En cuanto a la carne misma, ella vale poca cosa, razón que facilita el hecho de hacer con ella, en estos lejanos países, una triste profanación.

En estas reuniones de *gauchos* se practica todavía otro juego, o para decir mejor, un ejercicio violento de otro tipo que merece ser citado por su sabrosa originalidad. Para entregarse a él se necesita toda la audacia del indio, como también una gran flexibilidad para no quebrarse los huesos. Mientras que, montando un viejo caballo que casi no conviene a otra cosa que a este servicio extraño, un *peón* galopa un corto trecho; otro, cuando el caballo pasa, le tira el *lazo* en las piernas. Naturalmente que la bestia se da vuelta de campana. Pues bien, su jinete debe, con las riendas en la mano, posarse en tierra graciosamente de pie. Se puede creer apenas, pero la mayoría lo logran. Yo los vi hacer en pleno trabajo, cuando sus caballos, sorprendidos por algún obstáculo, los obligaba a apearse por las orejas.

¡Qué curiosa es esta gente! Sus destrezas a veces sobrepasan la imaginación y un buen número de entre ellos haría maravillas en el elenco de un circo. Se destacan sobre todo a caballo. Su postura no tiene quizá la elegancia que nos enseñan aquí en equitación, pero es mucho más natural y verdadera. En efecto, montan completamente derechos y del muslo al talón adhieren a sus monturas, hacen todo lo que quieren y no hay fuerza capaz de desarzonarlos. A caballo, ¿qué es lo que no hacen? Abren con el pie las barreras; pasan los ríos sobre un tronco dado vuelta; transportan con comodidad y sin modificar el paso, bancos, vigas, toneles; los he visto llevar sobre la perilla de la montura terneros de cierta edad a los cuales la equitación ha debido parecerles cosa extraña.

El salario de gente tan indispensable, por raros que sean allá los *gauchos* trabajadores, no parece encontrarse a la altura de los servicios que prestan en un país donde el dinero casi no tiene valor. Por supuesto que todos son albergados, alimentados y reciben raciones de *yerba mate* y de harina o galletas, pero muy poco en efectivo. El

capataz, sobre quien descansa la conducción, la dirección y por consiguiente la responsabilidad de la explotación entera, gana por mes ordinariamente sólo cuarenta y cinco piastras (225 frs.), mientras que los *peones* ordinarios, quince piastras (75 frs.). A los que vienen a ayudar a una tarea se les da según la naturaleza y la importancia del trabajo, dos o tres piastras por día.

Sin embargo, nadie piensa en quejarse. Viviendo con nada, siempre de buen humor y con carácter despreocupado, el *gaucho* parece feliz de su suerte. Por supuesto que sus ambiciones son pocas. En cuestión de dinero es incluso cosquilloso con exceso. Cualquiera que sea su condición de necesitado, nunca acepta algo bajo forma de gratificación, hiriéndose fácilmente si se le hace proposiciones de ese tipo.

XIV

Cazas en la pampa

La caza y la pesca.— Un pez entre mil.— Manera de cazar.— Diversas piezas de caza.— La caza a caballo y sus peripecias.— El avestruz y sus costumbres.— Caza del avestruz.— El ciervo de las praderas.— Caza del pequeño hipopótamo.— Un ocelote.— Los espejismos en la *pampa*.— Las luciérnagas.

Para el ganadero perdido en estas inmensidades, para aquél que vive solo en medio de sus tierras o que la extensión de su propiedad lo priva de todo vecindario próximo, es un verdadero placer recibir al forastero. Por éso le asegura una buena acogida y al esforzarse por hacerle agradables los días que pasará bajo su techo busca retenerlo lo más que puede.

Por su lado, puesto al corriente de todo lo que pueda interesarle, rápidamente iniciado a los recursos de la *estancia* y provisto de más caballos que los que puede montar, el visitante se aclimata luego. Se inician amistades entre él y su anfitrión; toma parte en los trabajos, se considera como de la casa y sin darse cuenta se olvida del día previsto para su partida. Cuando fatalmente llega el límite extremo de

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

su estadía, es casi con una gran pena en el alma que se prepara a partir. Dos caballos son ensillados, uno para él y el otro para un «paje». Este es un *peón* encargado de llevarlo donde un ganadero vecino. Lleva una carta de su patrón destinada a preparar al nuevo anfitrión a renovar para el recién llegado la acogida y los cuidados que él mismo prodigó; y el viajero encuentra, a veinte o treinta leguas de distancia, los encantos de esta vida fácil, interesante y holgada que quedará grande a sus deseos. Es así como de etapa en etapa recorrió durante meses la pequeña República Oriental del Uruguay.

Para adornar el ocio de la estadía en las *estancias*, para variar las distracciones, existen la caza y la pesca. Hay que decir que el país se presta a maravillas a estos dos tipos de deporte; puesto que mientras las praderas desbordan de piezas de caza, en cada río hormiguean peces de tamaños y especies diversas; el agua está tan espesa de ellos que la frecura y el placer del baño se ven alterados.

Personalmente la pesca me tienta poco; más bien mi pasión es la caza; pero he visto con mis propios ojos tomar peces enormes que, durmiendo a flor de agua, parecían llamar el anzuelo o el gavilán. Yo mismo maté algunos con el revólver.

Todas estas muestras de la fauna acuática, de cuya clasificación no comprendo nada, son indistintamente propias al consumo y exquisitas en fritura. Aquí los más chicos no son siempre los más sabrosos; juzgue de ello:

Un día nos encontramos, uno de mis amigos y yo, ser los huéspedes de una *estancia* tenida por amables franceses. Llevábamos buena vida y cazábamos, debo confesarlo, tanto para realzar el menú de nuestros festines, como para obedecer a una inclinación puramente cinegética. Para amenizar nuestra mesa, Luis, el doméstico que nos acompañaba, completaba con sus gustos de pesca a los cuales sacrificaba su tiempo disponible, nuestra lista de platos. A este respecto era un tipo bastante hábil y hacía ya un tiempo que nos regalaba con excelentes preparaciones. Pues bien, ocurrió que un día vino a picar en su anzuelo un monstruo que casi se lo llevó a su elemento.

Era un animal soberbio del cual no pude conocer su verdadero nombre. Pesaba cerca de dieciocho kilos; su lomo estaba armado de una sierra temible y envenenada, según se nos dijo. Nos pareció que se agarraba a la vida de manera persistente, puesto que llevado a la

estancia a través de cerca de tres kilómetros, a nuestra llegada daba los mismos saltos que cuando partimos y fue sólo a hachazos que pudimos separar esa horrible cabeza de su tronco vigoroso. Y bien, aunque no se crea, su carne era de un gusto exquisito y durante tres días fue el manjar más buscado de nuestra mesa.

La caza es igualmente productiva y curiosa. Tome un perro y vaya a pasear a caballo entre las hierbas altas, a pie en las ciénagas; en poco tiempo habrá descubierto una pieza de caza.

No hablaré de las perdices, tan numerosas allá que apenas se las estima en el valor del cartucho; son diferentes de las nuestras, no andan acompañadas sino de dos en dos, se levantan dando un pequeño grito; su carne es seca y de gusto poco sabroso.

Tampoco me ocuparé de la caza de agua, que abunda en todas partes y que no ofrece nada interesante a notar, si no es que es original de perseguir al galope y de levantar hasta cinco o seis veces el mismo vuelo de patos, y que las variedades de sus especies son infinitas.

Sólo citaré como recuerdo la gran perdiz o gallina de las praderas, especie de faisán, cuya carne es exquisita, razón por la cual se la persigue con ardor.

Pero las praderas contienen también avestruces, zorros, *venados* que son entre corzo y ciervo; los ríos contienen curiosos anfibios y los bosquecillos, que siguen aquí y allá los cursos de agua, encierran a veces la onza o el tigre, o por lo menos el ocelote.

La caza a caballo en las altas hierbas tiene de particular que en todos los instantes se produce lo imprevisto y que delante suyo surgen de improviso animales que nada anunciaba su presencia. Aquél que como yo gusta de ir solo, sería imprudente, pues correría muchos riesgos.

Supongo que el ardor y el entusiasmo lo empuja tras las huellas de un zorro o de un ciervo; es un galope furioso. De súbito el caballo se detiene bruscamente, vacila, se hunde. Usted lo siente doblegarse gradualmente. Desconfíe: es un pantano que nada hacía presentir.

A lo mejor un *gaucho*, por el reflejo de ciertos juncos, habrá adivinado su presencia; para usted es otra cosa. Sin embargo hay que salir de ahí, pero ¿cómo? Al echar pie a tierra usted se hundirá por sí mismo; el peligro lo rodea. Un minuto de vacilación, un falso movimiento sobre la silla puede decidir de su suerte. Apresúrese entonces a calmar vuestra bestia, pues ella se siente prisionera, tiene miedo,

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

vea como tiembla. Háblele pues, excítela suavemente; ella hará así un esfuerzo. Es el momento de hacerla retroceder rápidamente.

En otra ocasión, nuevamente solo, sin meta definida, cazando a la aventura, usted galopa en calma a dos leguas de las casas. Su caballo es tranquilo y usted camina sin desconfianza. Usted sueña, piensa en la felicidad de vivir, en la patria lejana, en los amigos, en el hogar..., y he aquí que un avestruz clueca se levanta en la nariz misma de su bestia, dando un grito siniestro y desplegando sus largas alas. El caballo brinca enloquecido, mientras que usted, estorbado por su fusil, los cartuchos y todo el pertrecho de caza que no está en absoluto acostumbrado a maniobrar montado, termina por ser desarzonado. Caer sobre un manto de verdura no es una gran contrariedad, seguro. ¡Pero qué agradable sorpresa, al ponerse de pie, de ver que el caballo ya está lejos! ¡Ah, el desgraciado! No quiso esperar y brincando alegremente a causa de su libertad repentinamente reconquistada, se va derecho a pasear su silla y su brida en medio de su *tropilla*. Haga en seguida dos leguas a través las grandes cañas, cactus, cardos; pero evite el ganado, porque éste desprecia el hombre a pie... Vea este ajemplo.

Cazando un día en las inmediaciones de la cabaña de un *postero*, descubrí un hermoso vuelo de agachadizas. Eché pie a tierra y puse la manea al caballo. Mi perro conduce la caza con un ardor que me contagia y nos vamos juntos caminando hacia adelante. Luego escucho detrás mío algo como un galope apretado: son dos vacas y un toro que me cargan. Huyo primero; me persiguen. Me vuelvo y apunto; los acribillo de plomo; pero este procedimiento sumario no produce otro efecto que hacerlos redoblar de furor. Retomo entonces mi carrera de lo lindo...Y ¡Gracias a Dios que puedo llegar, agotado, acezante a la choza del postero.

Entre las diferentes cazas a las cuales me entregué sin descanso, fue la del avestruz la que más me apasionó. Este animal, impropia-mente llamado *avestruz* no alcanza jamás las dimensiones del avestruz de África; sus plumas tienen poco valor. Es más bien el casuario y si continúo llamándolo avestruz, es para conservar el nombre que le dan en la *pampa*¹.

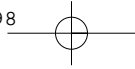
1. El avestruz de América es más bien el *ñandú*, palabra de origen guaraní; diferente del casuario, palabra de origen malasio, que vive en Australia y en Nueva Guinea (NdT).

Las avestruces viven en pequeñas bandadas, generalmente por nidadas. Durante el día se les ve desde lejos agrupadas sobre terrenos elevados o sobre cerros calvos, como son aquí los paisajes del rodeo. Mientras que tal un centinela inmóvil una de ellas está al acecho, las otras vagan en los alrededores excavando con el pico las arenas desnudas o hurgando la tierra tranquilamente. Pero al atardecer buscan los fondos húmedos donde van a beber y pastorear en las altas hierbas de los *pajonales*¹. Las hembras son de lejos más numerosas que los machos y las bandadas se forman de la manera siguiente: al llegar la primavera los machos se pelean cruelmente entre ellos, hasta que quede uno solo sobre el campo de batalla. El pico y las alas son para estas aves instrumentos terribles de combate. El vencedor toma la cabeza de una bandada de cinco o seis hembras; los perdedores se retiran y se esconden, según se dice, hasta que hayan recuperado nuevas fuerzas para encontrarse de nuevo en condiciones de reiniciar las hostilidades.

El avestruz es perezoso para construirse un nido, sirviéndose con gusto, para ahorrarse el esfuerzo, de un nido preexistente. Cuando está obligado de construirlo lo hace grande y sin cuidados, reuniendo en desorden los fragmentos de ramas secas y manojos espesos de retamas o de hierbas.

Al llegar la época de la puesta, el macho lleva sucesivamente todas su hembras al nido. Si una de ellas resiste, él la conduce por la fuerza agarrada del cuello. Cada hembra deposita a su vez algunos huevos en el nido común, lo que hace subir el término medio de doce a veinte; un día yo mismo conté treinta y uno. Después de la puesta es el turno del macho. ¡Cosa extraña!, mientras que estas damas retozan en los alrededores, es él quien incuba hasta la perfecta salida del cascarón, teniendo sin embargo cuidado de echar fuera del nido a veces dos huevos, a veces tres, los que servirán de primer alimento a los pollitos. Y no es poca cosa cuando se sabe que un huevo de avestruz tiene el contenido de trece huevos ordinarios. Al nacimiento de los polluelos el rol activo de las hembras comienza y la pequeña descendencia, bajo la vigilancia de las mamás,

1. El autor escribe «*paconales*», confusión fonética debida seguramente a la ausencia en francés del son «jota» (NdT).



DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

salta, brinca y circula en todos sentidos. Son aves verdaderamente encantadoras cuando, del tamaño de los más pequeños gansos, trotan y dan vueltas en torno de las patas de sus madres.

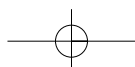
El macho se distingue desde lejos por una ancha banda de plumas negras que va de lo alto de la garganta hasta cubrirle completamente el cuello y la pechuga.

La agilidad de estos animales en la carrera es admirable. Tienen sólo dos tipos de marcha: el paso y el trote; pero al trote dan zancadas enormes a las cuales agregan en caso de ser perseguidos la ayuda de sus alas. Entonces es como una tercera velocidad, que podría calificarse de «trote volador». A este paso, no hay caballo, a menos que sea forzado al extremo, que pueda perseguirlos más de cinco minutos.

Los cazadores del lugar se esfuerzan por sorprenderlos o por tenerlos al alcance de sus terribles *bolas*. Pero hay otro medio de atraparlos que es la astucia. He aquí cómo se procede.

Muy parecida a esta mitad del género humano que el cielo hizo demasiado hermosa como para eximirla de todo defecto, esta ave mayor es más que nada curiosa. La caza consistirá pues a sacar partido de este pequeño defecto para atraerla al alcance de la carabina, donde el cazador logrará matar el avestruz por medio de una argucia parecida a la nuestra cuando, en el mes de octubre, empleamos un espejo para disparar a las alondras.

Se va a caballo al lugar donde se sabe que hay avestruces. Hay que acercarse lo más posible evitando de ir derecho hacia ellos, porque ya están con el cuello tendido y las alas entreabiertas pareciendo prepararse a huir. De un golpe se desciende del caballo al que se maneja, y arrastrándose con la carabina en la mano se debe acercar a cierta distancia del grupo. Luego, escondido entre las hierbas, se comienza una pantomima que consiste en hacer brillar al sol el cañón del arma o a agitar un pañuelo. Los avestruces miran sorprendidos: la inmovilidad del caballo, sobre todo la ausencia del jinete, les da confianza; poco a poco se aproximan en torno del cazador que los acecha haciendo círculos concéntricos que pronto sólo miden cincuenta o sesenta metros de radio. Es el momento: se arma la carabina y se dispara balas entre las cuales por lo menos la última dará en el blanco, ya que tanto que ninguna lo ha hecho la bandada no se mueve.



El *venado* puede también hacer el objeto de caza de montería, pero es igualmente bastante ágil. Para matarlo más vale emboscarse en las hierbas, hacérselo traer por algunos jinetes y tirarle mientras pasa.

Este gracioso animal que es, con el avestruz, el mejor adorno de las praderas tiene el tamaño del corzo, el pelo del ciervo, las cuernas del gamo; es sin embargo diferente de los tres por el hecho de que vive siempre al descubierto y en el llano. Se le come aunque su carne sea poco exquisita; la de la *gama*, su hembra, es cierto que es más estimada, pero a mí no me gustó mucho más. Debe ser porque la costumbre de aquí es la de consumir la carne todavía fresca, sin manirla.

Los cazadores serios, para quienes el tiro de balas es cosa familiar, pueden además cazar un curioso animal, ya sea de día siguiendo prudentemente el curso de los ríos, ya sea al acecho durante el atardecer, esperando sobre una orilla.

Un anfibio singular que habita los ríos y otros cursos de agua, el *carpincho* o *capivaro*, se encuentra dormido al sol en la ribera o pastando en la pradera durante la noche. Se le llama también vulgarmente «cochinillo de agua», pero nadie pudo clasificármelo. A mi parecer es una especie de pequeño hipopótamo: tiene su mismo cuero, sus costumbres y sus maneras. Sobre un cuerpo del tamaño de un jabalí tiene una cabeza de foca y de su hocico salen cuatro grandes dientes de marfil que se cierran uno contra el otro. Completamente privado de cola, cuerpo graso y colgante, el tren delantero más corto que los cuartos traseros, forma un conjunto falto de gracia, repulsivo. Vive de ordinario en familia y cuando es sorprendido zambulle lanzando un grito parecido al ladrido de un perro. Nada con la cabeza fuera del agua pero también con medio cuerpo al aire. Alcanzado por una bala se va a pique y sólo vuelve a flotar unos diez minutos más tarde, si es que está muerto.

Se me había metido en la cabeza que debía matar un *carpincho*, víctima bastante inútil después de todo ya que su piel solamente es apreciada. A este efecto, repetidas veces había seguido en puntillas las riberas del Arroyo Malo y varias balas mías se habían perdido en el vacío o simplemente habían solamente herido.

Un día de fines de noviembre estaba una vez más, hacia el mediodía, en búsqueda del famoso anfibio. El tiempo era tormentoso, el

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

termómetro marcaba 38°; verdaderamente había presumido de mis fuerzas. Así fue que fatigado, sin poder más, caí bajo un árbol de la orilla. Ahí sumergido en un semisueño tuve alucinaciones: me veía rodeado de esos horribles animales, a los que perseguía sin éxito. Pronto un ruido suave me despertó... En la orilla, a treinta pasos de mí, un enorme *carpincho* entraba lentamente en el río. Se comprenderá que saltar sobre mi arma, apuntar, hacer fuego, fue sólo uno. El tiro hizo blanco: el animal atravesado de parte a parte en la espaldilla gritaba y se retorció. Mientras que me abalanzaba para verlo de más cerca y rematarlo si era necesario, un último sobresalto lo echó al río. ¿Qué hacer? El disparo era mortal, el agua enrojecía con su sangre. Como había que esperar me senté algunos metros más abajo, con los ojos fijos en la corriente. Transcurrieron diez minutos al cabo de los cuales se hizo un gran remolino, luego vi aparecer en la superficie una masa informe: ¡era él!, la corriente lo llevaba. Tenía que atraparlo a cualquier precio por lo que no vacilé en correr hacia adelante y deshaciéndome con presteza de mis efectos me lancé al agua. Confieso que al llegar cerca del monstruo y luego, obligado de arrastrar nadando ese cuerpo viscoso, lleno de barro, cubierto de sangre, sentí el asco más profundo; pero había hecho demasiado para poder retroceder, así es que armándome de coraje agarré el animal por las patas delanteras y lo dirigí hacia el borde. Pues bien, ahí me esperaba una nueva complicación: sobre una buena distancia la orilla estaba muy escarpada. Tuve que nadar largo tiempo y fue sólo al precio de verdaderos esfuerzos que logré hacer abordar mi víctima. ¡Qué importa! Mis deseos habían sido satisfechos. Los anfitriones en la *estancia* me festejaron al regreso y cada uno quiso ir al lugar de la hazaña. Tomé los dientes del animal dejando el cuero al *capataz*, mi amigo, que lo palpaba ya con ganas de tenerlo. Más tarde maté de nuevo otros *carpinchos*, pero aquéllos, lo confieso, los dejé seguir en paz el curso de sus ríos donde a lo mejor un día se les encontrará flotando.

Acechar el zorro me resultó a menudo; he matado algunas águilas, también grandes pájaros pescadores, cormoranes, somorgujos; nutrias y muchos otros animales bastante bonitos. Pero el disparo más hermoso que hice en la *pampa* fue el que derribó un ocelote del cual conservo su piel con un orgullo mezclado de respeto; porque estos animales son bastante escasos y reputados como peligrosos y malévolos.

Es cazando así que en el verano uno se encuentra frecuentemente testigo de esas grandes escenas de espejismo sobre las cuales la ciencia, según creo, no ha dicho su última palabra todavía. En efecto, durante las horas calientes del día y bajo los rayos oblicuos del sol, se ve a veces surgir sobre el horizonte del llano paisajes fantásticos donde aparecen tan pronto árboles, tan pronto casas, como también inmensos ríos entrecortados de verdes islotes. La ilusión es completa y este espectáculo es tanto más extraño cuanto que uno se interroga en vano para saber dónde va el sol a tomar los objetos así refractados. El espejismo es frecuentemente de larga duración y el habitante de estas praderas salvajes puede dar gracias al cielo por este fenómeno que de tiempo en tiempo viene a animar el triste teatro de una existencia monótona y a refrescar el panorama.

Por otro lado, las hermosas noches del verano le dan por lo demás un espectáculo no menos encantador. Entonces las praderas se encuentran a menudo iluminadas por grandes luciérnagas que vuelan y se entrecruzan en todas direcciones. Se diría que, despegadas de la bóveda celeste, son estrellas que se pasean por la tierra. En el hecho, tal es el brillo y tal es el número, que en el fondo de las noches más oscuras son suficientes para derramar una semiclaridad sobre los inmensos llanos.

XV

Las langostas

Invasión de estos animales.— Sus costumbres y sus estragos.— Una ciudad sitiada por las langostas.— *El bicho colorado*.

Es seguro que no haría un cuadro completo de las pampas si no dijera una palabra sobre el más terrible azote que haya que temer. ¡No! ni la guerra ni la epizootia son los que provocan tantas pérdidas y alarmas al *estanciero* como lo hace una sola invasión de langostas.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

Este hecho, aunque todavía es raro, tiende sin embargo a hacer cada vez más frecuentemente regresos periódicos. Es una horrible calamidad.

En realidad son por verdaderas legiones que caen sobre los prados estos fétidos insectos voraces y siempre en movimiento. Los campos quedan cubiertos, las viviendas alfombradas, las aguas corrompidas, el aire literalmente infectado. Que hagan un mes de estadía... y las vastas praderas tan llenas de promesas se encuentran cruelmente saqueadas, mientras que la tierra, despojada de su última brizna de hierba, el árbol privado de su última hoja se muestran desnudos y desolados. Los animales, buscando en vano sus prados desaparecidos, se hacen peligrosos, corren perdidos o se ruedan sobre el suelo devastado. Si la catástrofe es sólo local hay que tratar de vender a cualquier precio, o si no, la excitación de las bestias por un lado, la hambruna por el otro habrán muy pronto decimado el ganado.

Mientras estuve en las *estancias* fui testigo de una invasión parcial que causó un legítimo sobresalto. Verdaderas nubes de langostas atravesaron el Uruguay como también una parte de la Argentina.

Insectos alados, viajeros, las langostas llegan por grandes vuelos, llevadas por el viento. Se dejan caer sobre los campos, reposan en ellos algún tiempo y luego se van. El mal se limitaría a poca cosa si no sembraran las praderas con sus huevos antes de partir, como sucede a menudo. Pues bien, la puesta de cada una de ellas consiste en un pequeño capullo ovalado conteniendo por lo menos treinta y seis huevos. La ruptura se hace sola alrededor de seis semanas después de la partida de sus genitoras y tal nacimiento tiene un éxito de maravillas.

Las pequeñas langostas crecen tan rápidamente que se podría decir a ojos vistas; pero no tienen alas y sólo se irán a su vez cuando les hayan crecido, lo que supone una estadía de aún seis semanas, que van a emplear en alimentarse a costas de la propiedad. Ahí reside la verdadera catástrofe. Mientras tanto se agitan en número incalculable amontonándose en ciertos lugares hasta un espesor de un pie, cubriendo árboles, casas; carcomiendo las hierbas, las verduras, las flores, sin respetar nada.

Ni que decir tiene que se le hace una guerra encarnizada. Pero todos los medios que se usan y que yo vi emplear sucesivamente no

logran reducir sensiblemente el número. Así se cava trincheras (*zanjas*)¹, hacia las cuales se les empuja con una paciencia digna de mejor resultado; se allega fuego a la maleza, a los árboles que están cargados de insectos; se incendia los potreros en los que parecen estar más especialmente instaladas... ¡Vanos esfuerzos! El ganadero deberá de todas maneras soportarlas y esperar el día afortunado de su partida. Aquel día será feliz de constatar, al recorrer sus praderas, que le queda bastante forraje para mantener la mitad o el cuarto de sus numerosas tropas.

Cuando las langostas hacen su aparición, un país entero se encuentra rápidamente infestado, y tanto los campos como las ciudades deben soportar su azote.

Paysandú tiene la reputación de ser una de las grandes ciudades de la República Oriental. Situada a orillas del hermoso Río Uruguay, es una ciudad comerciante con puerto y astilleros. Pues bien, un día la vi literalmente tomada por asalto por las langostas. Era una verdadera ciudad sitiada: el comercio estaba muerto, los negocios suspendidos y las casas cerradas herméticamente. En todas partes las puertas, las ventanas, los tragaluces de los subterráneos habían sido cuidadosamente calafateados. En las calles y las plazas ardían grandes hogueras de paja, mientras que armados de trapos o de escobas, domésticos y soldados ayudaban a los empleados de la municipalidad a rechazar al enemigo común hacia esos fogones incandescentes. Sin duda que estas medidas tenían su razón de ser, puesto que una vez introducidos en las casas estos insectos malditos meten a saco todo sin dejar nada. A pesar de esas medidas, iban por la ciudad en batallones espesos al punto que ciertos muros se encontraban tan cargados que su clásico color blanco escapaba completamente a la vista.

Las langostas grandes, aladas y formadas, tienen más o menos el porte de la cigarra común, pero son feas y del color de las hojas secas. No es lo mismo con las chicas: rayadas de verde, amarillo y rojo tienen por lo menos un aspecto original. Todas derraman un olor fétido que llega a contaminar hasta los huevos de las gallinas que se las comen, haciéndolos impropios al consumo.

1. El autor ortografió *sanjas* (NdT).

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

Las altas hierbas de la *pampa* contienen también durante el verano miríadas de pequeños insectos de color rojo llamados *bichos colorados*. Es una plaga de nuevo tipo que ataca la especie humana solamente.

Estos insectos microscópicos corroen los pies y las piernas de los mortales con un increíble ensañamiento; se cuelan a través de todo, se incrustan en las carnes y ocasionan los dolores más agudos. La única precaución para escapar a ellos es caminar a pie lo menos posible; y si yo los conocí demasiado fue porque mis gustos por la caza les dieron la ocasión.

El *bicho* de las praderas es por lo demás inofensivo, siendo diferente al del Brasil. Este último, felizmente menos común, es negro; su tamaño y su color hacen verlo fácilmente; pero hay que tener cuidado de deshacerse rápidamente de ellos, si no ponen sus huevos en las carnes produciendo verdaderas llagas que pueden, con el tiempo, obligar a la amputación del pie.

Estos diversos animales constituyen, con los mosquitos, las cucarachas y bastantes otros que prefiero no nombrar, el reverso de la medalla de estos países tan curiosos a muchos títulos e interesantes en tantos aspectos.

XVI

Los saladeros y la fábrica Liebig

Los *troperos* y su misión.— Industria de los *saladeros*.— Fray Bentos y el gran establecimiento fundado por el Barón Liebig.— En qué se convierte un buey en menos de cinco minutos.— El extracto Liebig y su fabricación.—

Una palabra y algunas cifras sobre la célebre compañía.

¿Qué es lo que causa esta agitación fuera de costumbre en la cima del cerro? ¿Por qué hay un ganado más numeroso que nunca? ¿Por qué este nuevo grupo de gente destinado a trabajarlo?

Reconozco al jefe que los dirige: es uno de los veinte *troperos*¹ a sueldo de los directores de la usina Liebig; es el famoso don Marcos. Viene con sus hombres a elegir por cuenta de este establecimiento los animales más gordos de nuestra *estancia*. Va a formar su *tropa*, a contarla, pagarla para luego llevársela por su cuenta y riesgo. Tendrá por cinco días de viaje, ya que por lo menos treinta leguas nos separan de la planta de tratamiento y no se anda rápido cuando hay que llevar por delante una tropa de alrededor de mil quinientos bueyes, haciéndoles franquear a veces un río, un arroyo y mil obstáculos de naturaleza varia y diversa. Pero los saladeros en general, y en particular los de Liebig, que no sacrifican menos de mil cabezas por día, hacen tal consumo de ganado durante los tres meses en que trabajan, que se encuentran obligados de ir a buscar lejos. Con esta intención envían sus troperos a hasta sesenta u ochenta leguas a la redonda. Como cada uno de estos troperos tiene que hacerse ayudar de por lo menos cinco o seis peones, se ve rápidamente cuan numeroso debe ser el personal que necesitan estos establecimientos de matanza y los gastos de viaje que tienen que soportar. Si además se reflexiona sobre las cifras que tienen que contar sobre estas tropas inmensas, que hay que pagar en el lugar mismo de la transacción, se comprende fácilmente la cantidad de capitales que tienen que aportar.

No es pues una pequeña industria la de los *saladeros*. Son numerosos y su institución tiene una edad de cerca de un siglo.

Como lo indica su denominación, todos tienen por fin principal el de conservar la carne en la sal y la salmuera, tratando separadamente el cuero y utilizando los deshechos del animal. La fábrica Liebig es la única que destina a su famoso extracto una parte seleccionada de la carne de los bueyes. Así, diciendo algunas palabras sobre este establecimiento célebre, a la visita del cual consagré dos días, habré dicho todo sobre los *saladeros*, entre los cuales los procedimientos son más o menos los mismos.

Al interior de una caleta formada por el gran Río Uruguay y colgando de la cumbre de un acantilado pintoresco, existe una pequeña

1. Especie de *capataz* que los *saladeros* envían a las *estancias* de su circunscripción para que elijan los bueyes propios a la matanza.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

ciudad de origen reciente conocida bajo el nombre de Fray Bentos. Es ahí que la Sociedad fundada en 1863 por el Barón Liebig estableció su sede. La fábrica propiamente dicha ocupa vastos edificios que descienden suavemente la pendiente hasta el río. Ahí se encuentra un gran muelle que permite cargar y embarcar fácilmente todos los productos de su importante fabricación. Más arriba está el *saladero* y toda la serie de cobertizos que lo componen; detrás de él se encuentran los *corrales*, progresivamente más amplios a medida que se alejan del centro; por último hay enormes praderas rodeadas de alambre; estas praderas llenas de ganado constituyen en sí mismas la base de una *estancia*.

El terreno explotado por la Sociedad es de alrededor de nueve leguas cuadradas. Se echa en las praderas los bueyes que, porque vienen de lejos, necesitan reponerse del viaje, mientras que se encierra en los *corrales* los animales en buen estado, los que harán el objeto del trabajo del día o que constituirán la reserva para el día siguiente.

El trabajo comienza con el alba. Los animales son sucesivamente llevados de los grandes *corrales* hacia otros más pequeños; así llegan hasta el *brete*¹, último recinto circular donde los espera el golpe final. Una puerta de guillotina sólo deja pasar veinte bueyes cada vez; encontrarán ahí una losa inclinada y resbaladiza que les impedirá toda resistencia cuando el *lazo* vendrá a caer sobre ellos.

El *lazo*, cuyo nudo corredizo es lanzado por un *gaucho* que está de pie sobre un pequeño estrado, pasa en una polea para fijarse por la otra extremidad a la silla de un caballo montado. Tan pronto como el *lazo* es lanzado, se echa el caballo al galope y el buey traído violentamente golpea con la cabeza una gruesa viga, que lo detiene. El *desnucador* es el hombre especialmente encargado del cuchillazo y está sentado sobre esta viga. Para esta faena se sirve de un puñal chico del ancho de dos dedos, largo de unos cinco y golpea a la bestia en la nuca con un golpe que la fulmina. Como el

1. Real Academia Española, 1984: «Brete (1): 4.- fig. Arg., Per. y Urug. En las estancias, estaciones ferroviarias y mataderos, pasadizo corto entre dos estacadas, con atajadizos en ambos extremos para enfilarse al ganado a fin de marcarlo, curarlo, descornarlo, conducirlo al baño o al vagón, o matarlo». El autor escribe: «brette» (NdT).

punto sensible tiene apenas el ancho de una moneda de cinco francos, golpear ahí supone una destreza muy grande, que por lo demás se reconoce pagándole a razón de diez francos por cada centena de cabezas de ganado.

El animal así golpeado cae en un vagón que va sobre rieles; se le saca el *lazo*, se abre una puerta corrediza y el vagón, rodando bajo un cobertizo embaldosado llamado *playa* deposita ese cuerpo casi todavía con vida a los pies de los trabajadores que «han terminado su buey» y a quienes espera una nueva tarea. Sobre vías paralelas dos vagones van y vienen sin cesar.

Porque el trabajo de carnicería que tiene lugar en la *playa* es cumplido con presteza y que los obreros que se encargan de ello son numerosos. Son cincuenta o sesenta trabajadores quienes, los brazos en la sangre, semidesnudos, cuchillo a la mano sangran, desuellan, despresan. La bestia desaparece como por encanto: su cabeza parte por un lado; su cuero y sus miembros por otro; su carne hábilmente descuartizada toma una tercera dirección. En resumen, en menos de cinco minutos, sobre esas losas que en seguida se lavan con baldes, ya no quedan huellas del animal que acababa de caer ahí palpitante.

Bajo un amplio cobertizo vecino de la *playa*, hombres que a causa de sus funciones se llaman *charqueadores* reciben la carne sobre mesas de madera. Están armados de largas y cortantes facas que pasan y repasan en esta carne de manera a reducirla en tajadas que tengan en todas partes una pulgada y media de espesor. Esta exigencia es de mucha importancia y estos hábiles cortadores son ampliamente los mejor pagados; porque es la medida justa que preservará estas carnes, de la corrupción por un lado, de la desecación del otro.

Así preparada, la carne es expuesta algún tiempo al sol, luego sumergida en un baño de salmuera con el objeto de purificarla, para terminar apilándola en grandes montones compuestos de capas alternativas de carne y de sal gruesa blanca. Se le da vueltas varias veces, se la saca al aire, al sol, se la vuelve a amontonar. Luego, al cabo de alrededor de un mes, se la entrega al comercio. Por el aspecto y el color se parece entonces al bacalao seco. Nada más que en Brasil, donde se le conoce con el nombre de *carne seca*, se consume cada año miles de quintales: forma la base de la alimentación de la raza negra, que la estima bastante.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

Llevados a escala quizá más modesta todos estos trabajos y todas las preparaciones que acabo de describir son del dominio común de todos los *saladeros*. Para la fabricación especial de su famoso *extractum carnis* de la usina Liebig, se elige pedazos de carne especiales. Se los separa de los huesos y de la grasa y se les introduce en un artefacto de donde salen finamente molidos. En este estado son llevados sucesivamente a las calderas y luego son puestos en poderosas prensas. El jugo fluye y es finamente tamizado; se le hace hervir durante algunas horas, luego se le deja congelar para envasarlos en latas de cerca de un pie cúbico. Es bajo esta forma que el extracto concentrado es despachado.

La Compañía Liebig se ha vuelto hoy eminentemente cosmopolita. Fundada de una parte por un alemán, opera y contrata bajo una marca inglesa: L.M.E.C. (*Liebig Meat Extract Company*), sin duda porque son los capitales ingleses los primeros que se apoderaron de la empresa. Sin embargo, Alemania y Francia, pero sobre todo Bélgica, son los países que cuentan con poderosos accionistas. Por otro lado ocupa obreros que son en su mayor parte escoceses y bascos, pero continúa a ser dirigida por químicos alemanes. Es una verdadera «Torre de Babel», donde sin embargo todo funciona y donde los pueblos más diversos se entienden de maravillas.

La planta trabaja a partir de diciembre durante tres meses más o menos, matando en término medio ciento sesenta a ciento ochenta mil bueyes. Explota no solamente su extracto y las carnes saladas, sino que además los cueros, los sebos, la grasa, los huesos, los restos del animal. Por último, de los residuos de esta carne elegida que sirvió a la fabricación del extracto concentrado, hace un guano que es considerado como el mejor y el más buscado, después del guano peruano.

La fábrica no puede hacer frente al número de pedidos que le llegan de todas partes. Tiene una gran facilidad de transporte y de expedición gracias al lugar en que está situada, ya que Fray Bentos se encuentra a sólo cuatro horas de Buenos Aires y a treinta y seis horas de Montevideo por buque a vapor. Por éso el estado de la Sociedad es floreciente, siendo sus beneficios anuales de más de tres millones.

DEL ATLÁNTICO AL PACÍFICO

POR LA REPÚBLICA ARGENTINA Y LA CORDILLERA DE LOS ANDES

XVII

Buenos Aires y la República Argentina

Buenos Aires.— La ciudad.— El puerto.— La rada un día de *pampero*.— Nociones de historia.— La república, sus límites, sus extensiones.— El bonito río Paraná.— Itinerario de viaje por tierra a Chile.— Partida.— El Tigre.— Rosario.

Buenos Aires es el nombre halagüeño que los habitantes de la Confederación Argentina dieron a su capital. Situada en la orilla derecha del Río de la Plata, está al frente de Montevideo con la cual un servicio regular de vapores la pone en comunicación diaria, porque son suficientes doce horas para hacer la travesía del pequeño brazo de mar conocido con el nombre de Río de la Plata.

Todas las ciudades se parecen más o menos y no hay mejor medio para dar una idea de ellas que el de compararlas. Es lo que ya hice al comparar la capital de la República Oriental a la del Brasil, y es lo que voy a hacer de nuevo al hacer el parangón entre Buenos Aires y Montevideo.

Aunque su superficie es relativamente más vasta, Buenos Aires es sin embargo menos poblada que Montevideo, puesto que el número

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

de sus habitantes se eleva a apenas a ciento cincuenta mil. No obstante presenta una animación bastante más grande, tenida cuenta que es el centro de comercio y de negocios mucho más importante que cualquier otro de la América Meridional entera. Los diversos mercados y la Bolsa, donde cada día se operan enormes valores, lo prueban más que abundantemente¹.

Tiene además una ventaja sobre la vecina de la orilla izquierda y es la de poseer muchos más monumentos notables, entre los que conviene citar: la Municipalidad, la Catedral, las iglesias de San Francisco y de La Merced, la Casa de Moneda y la Cámara de Diputados. Últimamente todavía se acaba de destinar una suma de doce millones a la edificación de un establecimiento particular de crédito, de arquitectura refinada y de un lujo inaudito. Es el «Banco de la Provincia». Que cada cual piense lo que pueden hacer como negocios casas instaladas sobre tal pedestal.

Sea como fuere y a pesar de las ventajas que parece presentar, a pesar de sus monumentos, sus clubes, sus teatros, esta ciudad huele demasiado el negocio y decididamente no es una ciudad alegre.

Tipo perfecto esta vez de ciudad americana, se compone de una serie ininterrumpida de cuadrados (*cuadras*). Todas sus calles son en ángulo recto, paralelas y tiradas a cordel. Es un verdadero tablero de ajedrez y el visitante, al cabo de una semana de estadía, tiene todavía dificultades para orientarse. Hay que convenir que es monótono y fastidioso a morir. Cuando perdido, usted pregunta sobre su ruta, no se le da nunca el nombre de una calle, sino que tendrá que retener el itinerario siguiente: una *cuadra* a la izquierda, dos a la derecha, y otra a la izquierda... continuando así según si usted está lejos o cerca de su meta.

1. No puede sernos indiferente a nosotros, belgas, el hecho de conocer la parte que toma nuestro país en el comercio general de la lejana república. He aquí lo que leo en el *Informe sobre el comercio de la República Argentina en 1873*, dirigido al gobierno por el Conde Charles d'Ursel, entonces Primer Secretario de la Legación Belga en el Brasil: «*Belgica es, entre todos los mercados del globo, el primero y el más importante para la importación de los productos de la república. No carece de interés hacer notar que la cifra oficial de importaciones en el puerto de Amberes, que se eleva a un valor de sesenta y nueve millones y medio de francos, representa más de un tercio de la exportación total de productos argentinos hacia Europa*».

Por su nombre de *Buenos Aires*, la ciudad parece prometer una pureza de aire que es vano buscar. Sin duda el servicio de vialidad se encuentra en progreso a este respecto; pero las grandes ratas que se pasean en grupos respetables durante la noche tienen un aspecto de salud que deja suponer que están muy bien alimentadas.

¿Y qué pensar del horrible estrépito que hacen en cada esquina, lo que quiere decir a cada instante, las trompetas resquebrajadas de los conductores de tranvías? Porque aquí los tranvías existen en abundancia y se cuenta en la ciudad desgraciadamente más rieles que veredas. El servicio está organizado de la siguiente manera: en casi cada calle pasa un vehículo que vuelve por la calle de al lado y cada tres minutos tienen lugar nuevas salidas.

El puerto de Buenos Aires es más bien peor todavía que el de Montevideo. Está más enarenado, por lo que sus aguas tienen menos profundidad. Por éso es que el fondeo de los grandes vapores se hace a veces a hasta seis millas mar adentro, y la descarga de los barcos mercantes, que tiene que hacerse lejos de los muelles, a marea baja y con ayuda de carretas, se hace sin duda en las más tristes condiciones. La mercadería es mojada con el más leve viento y todo trabajo en la rada debe cesar cuando comienza a soplar el *pampero*.

Es difícil entonces que los desventurados viajeros puedan pensar en embarcar. Yo mismo, al dejar Buenos Aires un día de *pampero* para dirigirme a Montevideo corrí verdaderos peligros.

Al interior de las aguas del puerto, a algunas millas mar adentro se balanceaba el vapor que estaba bajo presión. La hora de la partida iba a sonar, sólo esperaba sus pasajeros. Pero había que ir a él y sobre el muelle los marinos más osados se negaban a arriesgar sus embarcaciones. Toda vez, siendo esperado en Montevideo, yo quería partir a toda costa. Vi entonces una gran barca de pesca y con ayuda de compañeros tan apurados como yo, a precio de oro pudimos decidir tres hombres a conducirnos. Entonces el amplio casco de *La Esperanza* cargó nuestras personas y nuestros equipajes. Se largó las amarras, un empujón con el bichero nos hizo derivar y pronto la vela grande fue desplegada. Solamente entonces comprendimos cuántos peligros ofrecía nuestra loca empresa. Empujada como un corcho sobre la cumbre de las olas, la barca gobernaba apenas; el viento plegaba los mástiles y la vela se inflaba al máximo. Acostados en desorden

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

en el fondo de la cala recibíamos grandes cantidades de agua, y cuando nuestra *Esperanza* caía desde las crestas de las olas, a veces tocábamos violentamente. Entonces el casco enclenque crujía a dar miedo, mientras que dos valientes pasajeras complicaban con exclamaciones y suspiros el mal violento del cual sufrían y cuyas pruebas incontestables desgraciadamente cada uno de nosotros recibía.

Fue en estas tristes coyunturas que llegamos. ¡Dios sabe cómo dimos con el vapor! Sin embargo un drama nuevo nos esperaba: el primero de nosotros que puso el pie en la escalerilla resbaló y desapareció en las aguas grises del mar. Hubo un momento de una angustia inenarrable..., pero pronto, felizmente, una cabeza provista de una abundante cabellera reapareció a flor de agua y el oficial del vapor sólo tuvo que agacharse para tomar por los cabellos «la ocasión» del salvataje, llevando a bordo el naufrago de *La Esperanza*. Los marinos hicieron cadena para subir los otros pasajeros, mientras que nuestras compañeras, más muertas que vivas, fueron izadas con poleas en sillones *reservados*.

Buenos Aires fue fundada en 1535 por don Mendoza (sic)¹ bajo el nombre de *Ciudad de La Trinidad*, pero los indios la devastaron. Fue reconstruida treinta años más tarde. En 1620 fue establecido en la ciudad un obispado que subsiste todavía hoy. Por último, en 1776 se la hizo definitivamente la capital del virreinato de Buenos Aires y de las Provincias Unidas del Río de la Plata, conocidos actualmente con el nombre de Confederación Argentina.

La República Argentina tiene por límites: al este el Atlántico, el Brasil y el Uruguay; al norte Bolivia y el Paraguay; al oeste los Andes, que lo separan de Chile; al sur las tierras patagónicas.

Este gigantesco Estado se extiende, en superficie, sobre un territorio de más de ochenta mil leguas cuadradas. Sin embargo está poblado de sólo un millón doscientos mil habitantes repartidos en catorce provincias, Buenos Aires contando con la cifra importante de doscientas treinta mil almas.

1. Un puesto fortificado fue creado el 22 de febrero de 1536, dedicado a *Nuestra Señora del Buen Aire*, Patrona de los navegantes y marineros, por Pedro de Mendoza, que luego fue abandonado. En 1580 Juan de Garay consolidó la fundación de Buenos Aires y comenzó la colonización del país (NdT).

De norte a sur está regado por ríos inmensos: el Uruguay, que lo separa de la república de ese nombre, y el Paraná, que tiene su nacimiento en el Brasil, en la provincia de Minas Gerais. Como lo dije son estos dos grandes ríos los que en su desembocadura común forman, al echarse en el Atlántico, el Río de la Plata.

El Paraná se distingue principalmente por su recorrido de noventa y cinco leguas y por la gran anchura que toma en ciertos lugares. Un poco más arriba de Buenos Aires se divide en mil brazos y canales formando, en el lugar llamado «El Tigre», un verdadero archipiélago de islas pequeñas. Estas islas boscosas sin cultivos pero floridas ofrecen durante el verano frescas sombras, son ricas en piezas de caza por lo que reciben cada día numerosos visitantes.

Atravesar por tierra, como lo hice, la América del Sur entera del Atlántico al Pacífico, es un viaje magnífico. Ir de Buenos Aires a Valparaíso, en una palabra atravesar del este al oeste las pampas argentinas en toda su extensión, luego franquear la imponente cadena de los Andes para al fin alcanzar el Océano Pacífico sobre la costa misma de Chile, es verdaderamente espléndido.

Este viaje toma alrededor de tres semanas; deben emplearse sucesivamente todos los tipos de locomoción. Primero es el ferrocarril el que transporta el viajero a «El Tigre», donde un vapor lo hace subir el río Paraná hasta Rosario. Ahí se abre una nueva vía férrea, la de Córdoba, que sirve luego de algunas horas de trayecto, para ir a tomar en Villa María el ramal que lleva actualmente a Mendoza. Pero como la vía no ha avanzado mucho, los tres cuartos de las *pampas* deben todavía recorrerse en diligencia, a caballo o en silla de posta. En Mendoza hay que proveerse de mulas para hacer la travesía de los Andes. Son seis días de gran caminata. Por último, al otro lado de la Cordillera, en Chile, se encuentra el tren de Santa Rosa que conduce a Santiago o a Valparaíso, puerta del Océano Pacífico.

Como esta excursión es la más interesante de todas las que hice en América y también una de las menos conocidas, me propongo describirla exhaustivamente. Me contentaría, al insistir sobre detalles a veces minuciosos del itinerario, con facilitar la ruta a aquéllos que quisieran intentarla después de mí, evitándoles con ello mil inconvenientes, equivocaciones y retrasos que yo, en mi aislamiento y al carecer de indicaciones precisas, tuve que sufrir algunas veces.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

Del Atlántico al Pacífico por la Cordillera de los Andes.— La Cordillera de los Andes no puede franquearse en cualquier época. En invierno las nieves la cierran y la obstruyen completamente, mientras que en verano la descarga de las aguas multiplica a cada paso peligrosos obstáculos y crea amenazas reales. Febrero, marzo, abril son los meses más favorables para tentar el pasaje. Entonces hay que afrontar únicamente los obstáculos naturales inherentes a los viajes a través de toda cadena de altas montañas. ¡Y tales obstáculos bastan en un país de volcanes, donde toda una temporada de terremotos convulsiona cada año el suelo y destruye en parte los pasos conocidos!

De Buenos Aires a El Tigre (Dos horas de ferrocarril).— Dejé Buenos Aires en los primeros días de marzo desgraciadamente solo (busqué en vano compañeros de viaje), pero deseoso de emprender la travesía. El ferrocarril me condujo rápidamente a «El Tigre», donde me embarqué inmediatamente previendo subir por el Paraná hasta Rosario.

De El Tigre a Rosario (Veinticinco horas de navegación en el río Paraná).— Encantadora navegación la de «El Tigre». Antes de desembocar en el Paraná propiamente dicho, pasamos cerca de dos horas poéticamente internados en pequeños canales arrobadores. Sus aguas son tranquilas y profundas; sobre las dos orillas se despliega una vegetación lujuriente compuesta en parte de especies colgantes, de sauces, acacias y juncos. El barco cubre a menudo enteramente el agua rozando las hierbas de las dos orillas a la vez. Recodos imprevistos, algunas curvas rápidas obligan frecuentemente a hacer interesantes maniobras: se pone en semivapor, se hace marcha atrás, o bien un hombre echa pie a tierra, amarra a las rocas o a los árboles de la orilla la proa del barco, que gira sobre su eje y retoma la marcha, interrumpida apenas. Es así como se llega al alto Paraná o al río propiamente dicho.

El Paraná, en cuanto río, se la gana al Uruguay. Es más ancho, la vegetación de sus orillas en las que crecen hermosos árboles, es de lejos más alta. También hay más movimiento en sus aguas; aquí la circulación fluvial es mucho más importante y continua. En resumen, torrente magnífico, curvas majestuosas, orillas boscosas y floridas, ciénagas salvajes, islas numerosas. Parece que este río hubiera acaparado todo para sí y que sus bordes planos y contenidos no podrían disminuir su majestad.

Se hacen algunas escalas en hermosas como pequeñas bahías que forman puntos de vista y que están sembradas de quintas. Por último, sobre los hermosos acantilados, aparece de improviso Rosario.

Es una ciudad bastante grande que posee numerosos recursos. Es también un centro de comercio tanto más importante que sirve de única salida a los productos de tres provincias.

XVIII

Travesía de las pampas argentinas

Villa María.– Los ríos numerados.– Río Cuarto.– Cinco días en silla de posta.– El Morro.– Primera noche al sereno.– San Luis.– El Rancho de Totorá.– Primera vista de los Andes.– Una nube de langostas.– Santa Rosa.– Una tempestad de arena.– Cotorras y loros.– Llegada a Mendoza.

De Rosario a Villa María (Ocho horas de ferrocarril en la línea de Córdoba).– En Rosario comienza la travesía de las pampas propiamente dicha¹. Un tren que no avanza me arrastra penosamente a través de estas praderas sin fin, que quizá trataría de insípidas y monótonas si no fuéramos viejos amigos y en las cuales encuentro tantos dulces recuerdos.

En Villa María, donde por lo demás tenía que cambiar de tren, consideré conveniente de detenerme. Esta desagradable aldea que se obstina, a pesar de todo, a decorarse con el nombre de ciudad (pueblo), contiene con seguridad más terrenos baldíos que casas, lo que me puso casi en la idea de contar sus habitantes. Apoyada sobre grandes bosques y poseyendo un río de aspecto bastante agreste, no está completamente desprovista de atractivos. El río es muy ancho, pero también poco profundo en un lecho de arena fina. Se le vadea fácilmente y los peatones encuentran en cada lado un hombre a

1. Esta travesía comprende doscientas ochenta y una leguas, de las cuales ciento cincuenta se hacen por ferrocarril, ciento treinta y una en posta.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

caballo que por un modesto óbolo lo toman a la grupa para atravesar. Tiene un nombre bastante curioso: *Río Tercero* (río N° 3). ¿No es curioso constatar que los habitantes de estas provincias, sin duda faltos de nombres para sus ríos, los hayan así numerados? Este es el tercero que aparece bajo un número, siendo mi próxima etapa el Río Cuarto (río N° 4). Es el punto más adelantado hasta donde ha llegado al día de hoy la vía que más tarde unirá Mendoza a Villa María.

De Villa María a Río Cuarto (Cinco horas de camino en ferrocarril en la nueva línea de Mendoza).— Rápidamente informado sobre las curiosidades del lugar, me apresuro a proseguir mi ruta. Por última vez la energía a vapor me hará avanzar algunas horas en las estepas argentinas. En efecto, a través de la eterna *pampa*, circula un nuevo tren, todavía más primitivo y más incipiente que nunca. Avanza lentamente, se detiene a propósito de todo y pitea sin descanso. Según me dicen, es para espantar el ganado que porfía a echarse sobre los rieles mirándolo llegar, inmóvil, sorprendido. Con el objeto igualmente de limpiar la vía, cada máquina va provista de un gigantesco espolón; la sangre que lo mancha prueba que a veces sirve a su función. Ello podría parecer extraño y sin embargo es rigurosamente verdadero: últimamente un toro se permitió incluso cargar contra uno de los trenes de la Compañía; sin duda que pagó con su vida su fanfarronada, pero el vagón que eligió para hacerla lleva todavía la marca de sus cuernos poderosos.

El tren, a pesar de su lentitud, llega al fin a Río Cuarto. Antes de entrar a la estación atraviesa los cuarenta y seis arcos de un bonito viaducto de fierro que pasa sobre el río del lugar y que tiene bordes pantanosos, aguas bajas cortadas por numerosos bancos de arena.

La ciudad tiene un sello característico: las calles son de arena; las casa de tierra y caña; el todo, destacando sobre un prado, está bordeado de grandes álamos. Un muro espeso de adobe protege cada propiedad de la invasión de los animales del vecino y cierra un jardín rico en árboles frutales.

El terreno que contiene maderas de explotación¹, a dos pasos de la estación, no tiene sin embargo ningún valor y la *cuadra* de ciento

1. Casi todos los bosque son de algarrobos silvestres.

treinta y cinco metros por lado es evaluada en diez piastras bolivianas (40 frs.) solamente. Los ingleses, pueblo siempre práctico, comprendieron que había ahí un excelente negocio y rápidamente se apropiaron de los terrenos disponibles. Ahora bien, estos señores se enriquecen hoy al explotar su concesión, mientras que en los terrenos adyacentes, idénticos, los indígenas sus vecinos mueren de hambre a causa de su inacción. Es verdad que la tierra no es de primera categoría ni mucho menos, ella respira el salitre de manera particular y los árboles sólo se desarrollan en la cercanía inmediata del agua.

De Río Cuarto al Morro (Treinta y dos leguas de posta).— ¡Y se acabó! de aquí en adelante la horrible diligencia sucederá al ferrocarril. Desde aquí hasta Mendoza, es decir al pie de los Andes, un servicio más o menos regular de estos pesados vehículos atraviesa cada semana ciento treinta y una leguas de *pampa*, lo que hace no menos de ochocientos kilómetros, ya que la legua de posta vale en estos lados más de cinco.

Al lado de la diligencia, que pone seis días en este trayecto, existe el correo, que lo hace en cinco. Además la silla de posta parte dos veces por semana, pero sólo acepta un viajero y para ser admitido a este privilegio hay que haber sido recomendado a la administración por algún personaje influyente.

Por haber ignorado este detalle perdí la primera partida, pero un despacho enviado inmediatamente a un amigo de Buenos Aires me aseguró la silla para la salida siguiente.

Puesta sobre cuatro ruedas, la silla de posta (*silla de correo*), se parece bastante al antiguo faetón. Delante, bajo la gran capota, toman lugar el viajero y el auriga. Un delantal de cuero que se puede recoger a voluntad y cerrar todos los vacíos, protege sea del sol, sea de la lluvia, del polvo o del viento. La parte trasera del vehículo está destinada a poner las provisiones, la correspondencia y el equipaje, del cual el pasajero tiene derecho a cargar tres *arrobos* de veinticinco libras cada una.

Según las necesidades o la naturaleza del terreno la silla está tirada por dos, tres o cuatro caballos montados. La manera de enganche es cosa curiosa, pero para comprenderla bien hay que

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

recordar que los caballos de las *pampas* no conocen el tiro y que no hacen otro esfuerzo de tracción que aquél al cual los acostumbró el *lazo*. Pues bien, éste se amarra a un anillo de la silla; es pues este punto que hubo que adaptar para que la bestia pudiera con más ventaja utilizar los medios, naturalmente poderosos, que su educación le hizo desarrollar.

Nada más simple, por lo demás: de cada lado del pértigo una cadena flotante va de la reata al balancín; y a más o menos un metro de la reata se encuentra en la cadena un anillo que los postillones enganchan a su silla a la manera del *lazo*. Entonces la cadena hace un ángulo recto; la punta de adelante servirá a retener y a guiar el vehículo, el cabo de atrás a la tracción. Los caballos tiran al interior y están enganchados de manera a que las ruedas los sigan directamente. Así galopan por los carriles, llevados por los postillones que encuentran con una rara destreza los medios de pasar por todas partes y de evitar las sacudidas violentas.

El carruaje corre de ordinario con una singular velocidad, que las pesadas diligencias no pueden igualar a pesar de sus seis u ocho caballos. Se parte antes del alba y en la medida en que se puede, el ritmo es el galope. Se hace como término medio unas tres leguas de posta y a cada hora se encuentran dispuestos en el camino los relevos. Generalmente es en campo raso que un hombre espera con caballos frescos. Asunto de cinco minutos y se parte de nuevo.

Cuando el terreno hace necesario un caballo de lanza o dos caballos de volea se les engancha bien lejos, mientras que correas de cuero trenzado muy largas los unen al pértigo. Los *gauchos* que los montan abandonan la silla de posta con ellos. Únicamente los dos postillones del pértigo hacen todo el viaje. Esta gente parece ser de fierro, reposan poco, casi no comen y son ellos los que durante la noche, acostados bajo el tren del vehículo, vigilan los valores que les han sido confiados.

La región que se atraviesa durante el primer día sólo ofrece un interés secundario. En un paisaje siempre arenoso se encuentra durante el viaje amplios llanos y praderas muy desprovistos de animales, algunos accidentes del terreno, taludes con retamas, ríos con un lecho cavado profundo, rocas dispersas en el valle y sobre una apariencia de cerro se ve una aldea formada por siete u ocho viviendas rústicas.

Por último divisamos El Morro, gran montaña aislada con los costados rocosos y cabeza calva. Se diría un volcán. A sus pies está ubicado el pueblo del mismo nombre.

Era nuestra primera etapa. Casi no llegamos a ella y los postillones atrasados tuvieron que, en el último momento, para alcanzarla antes de la noche, quemar el suelo en una carrera de caballos desbocados.

El pueblo de El Morro es bastante extenso, pero pobre y desolado. Ahí no se encuentran recursos y aún menos un albergue. Éso es lo que al término de esta primera jornada espera al viajero que se levantó al alba y que desea poder por fin reposar, sea los miembros luego de treinta y dos leguas de traqueteo, sea el estómago de un almuerzo hecho durante la marcha y con sus propios medios.

Felizmente se me señala un *almacén*, donde por un precio extravagante aceptan de prepararme un plato hecho por ellos. Nunca supe lo que fue, aunque me habría abstenido de informarme. Más bien me informo sobre una morada para pasar la noche; parece que gusto a la gente de la casa ya que se dan prisa para designarme lo que llaman un cuarto. Hago llevar a él mi cama con ayuda de uno de los postillones, pero al darme cuenta en seguida que el lugar no es habitable lo transporto en un patio vecino y prefiero armarlo ahí.

Esperaba gozar de por lo menos un poco de reposo. Desgraciadamente no había tomado en cuenta el frío de las noches; soplaban desde la Cordillera un vientecillo helado que me atravesaba los huesos. Durante largas horas esperé en vano ser invadido por el sueño... Lo había conseguido apenas cuando unas notas agudas me despertaron sobresaltado. ¿Qué es lo que vi? Altivamente encaramado sobre un montante de mi cama un gallo saludaba la aurora. Confieso que hasta entonces sentía un gran respeto por esos inocentes animales; pero en ese momento, con la mano en el revólver, estuve a punto de cometer un crimen. Por otro lado, casi inmediatamente recuperé la conciencia: comprendí que era yo el intruso en este corral. Levantándome fui entonces a calentarme por medio de un poco de café.

De El Morro a San Luis (Veinticuatro leguas de posta).— La impresión lamentable de esta noche en El Morro se borró de mi

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

espíritu tan pronto como aparecieron los rayos del sol naciente y que la trompa del auriga sonó la partida.

Esta segunda jornada, menos larga que la precedente, es mucho más interesante. La región se hace accidentada y se agrega a menudo caballos de refuerzo para tirar la silla.

*Por caminos que suben, arenosos, escarpados,
Sembrados de hoyos abiertos y troncos atravesados*¹.

Al dejar El Morro se atraviesan bosques, se tiene ante sí nuevas praderas. En el horizonte se alzan más montañas: es como el noviazgo de la *pampa* plana con los montes de la Cordillera. En efecto, todo hace considerar estas montañas como el último resalto de la gran cadena de los Andes. Estériles y desnudas ellas forman un sistema avanzado idénticamente orientado, mientras que los llanos que las rodean parecen más que nunca secos y despoblados.

Los bosques, que por lo demás son espesos, están muy mal distribuidos; son sólo un enredo de especies espinosas, de plantas rastreras, desmirriadas. Al mismo tiempo se sufre de la falta de sombra y de la falta de agua, la que como no se la encuentra, hay que hacer provisión de ella en la mañana al pasar el Río Quinto.

La travesía de estos ríos, que se hace siempre por los vados, lugares poco profundos pero muy anchos, es cosa bastante divertida. Los caballos, lanzados a todo correr salpican que es un primor al pobre viajero, y si el fondo no es de buena roca, la silla es rápidamente desbordada. Sin embargo, se bendice los incidentes de este tipo porque animan muy oportunamente la monotonía del camino.

La parte más pintoresca de esta jornada de viaje es la que se hace al anochecer en el valle de San Luis, para llegar a la ciudad de este nombre.

De San Luis a Rancho de Totorá (Veinticinco leguas de posta).—
Hasta ahora yo era el único ocupante de la silla; hoy la comparto con un maestro de postas, que será mi compañero de viaje hasta Mendoza.

1. En el original: «Sur des chemins montants, sabloneux, malaisés,/Semés de trous béants et de troncs renversés» (NdT).

Tipo curioso como no habrá otro, no es ni agradable de exterior ni correcto en su presentación. Pequeño, de una cierta edad y de educación de tercera clase, tiene los tics de un anciano, la lengua de una mujer y la risa de un niño. Por lo demás lo creo poco molesto. Habla solo y suele responderse. De nuestra primera entrevista sobresale un hecho: se niega rotundamente a admitir que yo pueda hacer en estos lugares un viaje de placer; pretende que le escondo la finalidad de mi expedición y concluye que estoy en misión secreta. ¡Tanto mejor! Pues haciéndose de lo más respetuoso me rodea de cuidados y atenciones. Se admira de todo, no puede creer la manera como aprendí la lengua del lugar y me muestra a sus amigos de provincia a lo largo del camino como un objeto de curiosidad.

La ruta, casi derecha durante quince leguas de recorrido está trazada a través de bosques. Todavía falta mucho para hacerla practicable. Las aguas han cavado en muchos lugares zanjones tan numerosos que frecuentemente los vehículos se dan vuelta en ellos.

En una de nuestras paradas de relevo, como los caballos no estaban en su puesto, me fui con mi arma a cazar a la aventura. Primero maté un magnífico zorro al cual mi presencia en el bosque causaba más sorpresa que miedo. Algunos instantes más tarde tuve la felicidad de hacer salir una de esas liebres gigantes llamadas «de Patagonia», con largas orejas, sin rabo, con pelaje de corzo, del porte de un lebrél de Escocia. Me preparaba a cargar sus despojos, puesto que sabía que su carne es muy apreciada, pero vacilaba a elegir el medio de hacerlo, cuando un sonido de trompa bastante lejano me decidió repentinamente. Era la seña convenida: la silla retomaba la ruta. Abandoné el curioso animal y sólo llevé como trofeo sus largas orejas y la cola del zorro. Mi compañero de viaje abrió sus ojos desmesuradamente y me felicitó; pero en el fondo lamentaba más que yo el abandono de una pieza que nos habría procurado esa misma noche una comida agradable.

Pronto los bosques se terminaron y avanzamos de nuevo en la pradera. Mientras que sobre un fondo de brezo corríamos rápidamente para ganar el tiempo perdido, un espectáculo maravilloso vino a golpear nuestra vista. Era alrededor de las seis, el tiempo estaba radiante... y he aquí que el sol se eclipsó de repente... y he aquí también que se dibuja sobre el horizonte toda una línea de

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

blancas crestas cuyos rayos alumbran y doran por detrás. Es la naturaleza la creadora de estos bruscos cambios de decorado, de estos juegos de luces, de este espectáculo maravilloso que sería imposible de describir y que confunden al espectador. Saludé la noble cadena de los Andes, puesto que era ella, que a más de ochenta leguas de distancia, nítidamente distinta me aparecía como un sueño. A partir de mañana ya no la perderemos de vista y esta idea reanima mi coraje tanto como adormece todas mis fatigas.

En la noche, al momento de llegar, tuvimos todavía un incidente muy interesante. Fue el pasaje de una nube de langostas que iban de viaje. Era un número incalculable ya que el ruido de sus alas era el de un viento violento. Es siempre hacia el norte que estos insectos dirigen sus migraciones en esta época del año. Parten al crepúsculo, viajan durante toda la noche y si el viento viene del sur se dejan llevar por él; en estas felices condiciones no levantan jamás el vuelo a más de diez metros sobre el suelo; se dice que al claro de luna hacen hasta treinta leguas.

Luego del atraso que la falta de caballos nos había hecho sufrir en la posta de la mañana, cuando llegamos al *Rancho de Totorá* era ya de noche.

El *rancho*, literalmente «dormitorio», es aquí mucho menos un albergue que una serie de cobertizos donde duermen en desorden hombres y caballos que van de viaje. En Totorá aquel día encontramos el lugar ocupado por un transporte procedenete de Mendoza y estuvimos obligados de ocuparnos nosotros mismos de la cena como de nuestro reposo nocturno. Amigo de lo pintoresco, me conformé con buen humor a la situación. El conductor, los postillones y yo nos agrupamos afuera cerca de la silla de posta. En un instante un gran fuego ardía en el que pusimos un cuarto de carne en un asador enterrado. El asado estuvo suculento y lo comimos con gusto; luego, en nuestros lechos ordenados en semicírculo, pasamos deliciosamente una nueva noche expuestos en pleno viento.

Del Rancho de Totorá a Santa Rosa (Veintisiete leguas de posta).— Desde el *Rancho*, aunque avanzando todavía a través de los bosques, el camino se mejora y vamos mucho más cómodamente. Los bosques son mas alegres y la vegetación parece mejorar un poco.

Acosado por la idea de encontrar esas liebres fenómenos, a cada relevo echo pie a tierra y voy a husmear en los matorrales; la silla me embarca de nuevo al pasar. Desgraciadamente la suerte no me acompaña hoy y es apenas si mato algunas palomas para el asado de la noche.

Hace un gran calor, pero al lado de la enfermedad tenemos el remedio. Por poca plata se puede obtener aquí grandes melones y verdes sandías. Este último fruto es para el viajero un recurso precioso. Es una especie mestiza entre zapallo y melón. Verdadera bala de cañón, es redonda, su cáscara es verde y al interior es roja; su pulpa llena de enormes pepas negras es fresca, crujiente y ligeramente ácida. Por lo demás de ahora en adelante, los frutos no nos faltarán, porque ahí están los duraznos, y al acercarnos a Mendoza vamos hacia la región de las viñas donde la uva es excelente.

Ese día nos regaló con un espectáculo peculiar, sin duda interesante pero peligroso, puedo decirlo, y muy duro a soportar. Una hora antes de la puesta del sol fuimos asaltados y tomados de costado por una tormenta de arena.

Anunciado desde hacía un momento por un grupo de espesas nubes en movimiento de un color de tinta, el huracán venía hacia nosotros bajo una forma visible, llevando en él montones de arena y diseminando la noche a su paso. Hicimos alto, la silla se puso sobre el costado, los postillones se acostaron boca abajo sobre sus caballos y la tromba pasó. Fue asunto de alrededor de un minuto durante el cual cada uno de nosotros se esforzó por contener la respiración. Luego, sin haber derramado una sola gota de agua, la tromba se alejó como había venido. El sol reapareció, con lo que reanudamos el galope.

Durante este fenómeno, que al parecer es bastante frecuente, a pesar de las recomendaciones abrí un ojo lleno de curiosidad; la oscuridad era casi completa y distinguía apenas las grupas de los caballos del pértigo. Cuando todo hubo terminado una verdadera capa de arena adhería a la silla y el ojo me ardió durante un tiempo, pero fue poca cosa y nos libramos con un mínimo de daños. La gravedad de tales incidentes se miden de acuerdo a su duración.

Por último llegamos a Santa Rosa, lugar que se hizo célebre por haber sido el teatro de la sangrienta batalla que marcó el último día de la reciente insurrección mitrista.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

Ahí encontramos todo lo que era necesario para hacer una comida más bien horrible y dormimos bajo un cobertizo al resplandor de relámpagos incesantes y bajo el ruido de una tempestad lejana.

De Santa Rosa a Mendoza (Veintitrés leguas de posta).— Hoy es nuestra última etapa y la silla de posta llegará esta noche a Mendoza. El paisaje es bonito y el camino es excelente. Descendemos largo tiempo en pendiente suave grandes avenidas con álamos de Italia y pronto comenzamos a atravesar las viñas. Pájaros de todo plumaje y de especies variadas les hacen una guerra encarnizada; lanzan extraños gritos y vuelan con curiosidad en torno nuestro. Mato algunos sobre la marcha de la especie llamada *loros*. Son grandes cotorras con tonos verdes, rojos y azules. Sobre estos pájaros aprendí la particularidad siguiente: constituyen un plato muy sabroso, sin embargo, por una curiosa compensación en esta tierra, su cabeza contiene un veneno muy sutil.

Ello me da que pensar y doy mis víctimas a mi viejo compañero que se muestra muy aficionado a ellas. Con su gran machete les corta la cabeza, que quiere enterrar pronto pues pretende que un perro, un hombre u otra «bestia» que se las comiera, caería ahí mismo sin levantarse jamás.

Aquí estoy casi al final de esta inmensa travesía de ciento treinta y una leguas de *pampas* y mis lectores me reprocharán sin duda de no haberles suficientemente descrito el paisaje recorrido. Y con razón, desgraciadamente. Ya lo dije: cada cosa ofrece su tipo de interés y la *pampa*, con sus horizontes sin fin, sus llanos que se pierden de vista, sus animales errantes, llama la atención y sorprende sin duda por su carácter eminentemente grandioso y agreste, pero no teniendo gran variedad y siendo demasiado homogénea en todas partes, escapa a la descripción que parecería obligar un tan largo viaje.

Hoy el cuadro se anima y se acentúa. Por supuesto que está mejor hecho para alegrar la vista. En efecto, por bonitos caminos de los cuales hablé, descendemos la ladera de una ancha colina. Al fondo y sobre un gran espacio se extiende la ciudad de Mendoza, rodeada por todos lados de viñas. Detrás de ella, como en panorama, está en primer plano la cadena llamada *Sierra de Mendoza*, contrafuerte importante de la Cordillera de los Andes; y más lejos,

los Andes mismos, de los cuales contamos las cimas y admiramos las nieves. En el cielo se destaca un pico redondeado que parece sacar para nosotros su cabeza de entre las nubes; es un volcán en actividad incesante, enemigo particular de la pobre Mendoza.

La desgraciada ciudad sufre frecuentemente de terremotos, los que se producen sobre todo en esta estación y me perdí, según me dicen, el último que tuvo lugar hace ocho días. No sé si debo quejarme de haber llegado demasiado tarde. Fuera de los peligros que constituyen estos fenómenos, los creo tristemente interesantes. El conductor me afirma que una visita a las ruinas de lo que antiguamente fue Mendoza me hará perder el gusto por ellos. Por lo demás, que yo lo quiera o no, durante los algunos meses que voy a consagrar aún a la visita de estas comarcas, difícilmente podré escapar, según creo, a una u otra sacudida telúrica.

Mucho antes de la noche tocamos a las goteras de la ciudad que, escasamente poblada, es sin embargo bastante grande; un cuarto de hora después, la silla me deposita en el *Hotel del Ferrocarril*, cuyo dueño es un vasco francés.

XIX

Mendoza

Aspecto de la ciudad.— El terremoto de 1860 y las ruinas de Mendoza.—
Alrededores de Mendoza.— Las viñas.

Para el viajero es una buena y rara fortuna la de encontrarse, en cualquier país, huésped de una verdadera ciudad de interior que, como Mendoza, no conozca la vía férrea a cien leguas a la redonda. Y si esta ciudad cuenta con veinte mil habitantes, si es un centro mercante, si sirve de lugar de tránsito entre dos grandes países como la República Argentina y Chile, ¡cuánto aumenta entonces su interés!

Detengámonos aquí un momento: Mendoza es, por lo demás un alto forzado en la ruta de los Andes.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

Se podría reprochar a esta ciudad peculiar su sello decididamente demasiado moderno, si se perdiera de vista que la vieja ciudad, fundada en este lugar por Don Mendoza¹, hijo de un virrey del Perú, fue violentamente destruída hace apenas veinte años. Todo el mundo se acuerda del terrible terremoto que el 21 de marzo de 1860 la arruinó completamente, enterrando bajo sus escombros más de quince mil habitantes.

Sea porque la catástrofe consternó los sobrevivientes y que sus espíritus supersticiosos les haya hecho huir lugares que estimaban malditos o golpeados por algún prodigio, sea porque los materiales de la ciudad destruída no valieran la pena, nunca se reconstruyó esas ruinas importantes. Se les abandonó y el turista está seguro de antemano de no encontrar ahí alma que viva cuando irá a pasear.

Sin embargo se construyó en los alrededores una ciudad nueva que se formó y se extendió tanto más rápidamente que ya no se quiso levantar palacios o grandes edificios. Se trazó calles anchas en un terreno de muy poco valor y todos se contentaron de casas uniformes, sin apariencia, sin piso superior, simplemente hechas de tierra, es decir de grandes ladrillos apilados sin lujo y sin cemento.

Estos ladrillos son cocidos al sol durante ocho días, miden ocho de los nuestros. Su composición es muy simple: la tierra a flor de suelo, un poco de arena, agua y algunos tallos de paja que sirven para unir la mezcla. Sin más gastos se hace con ellos construcciones anchas y resistentes; la ausencia de cemento dispensa de albañiles; los ladrillos superpuestos son pegados con una capa de tierra húmeda y este tipo de construcción, si falta de elegancia, por lo menos conviene perfectamente a la región ya que conserva, en caso de sacudidas del suelo, una elasticidad perfecta.

Se comprende que el aspecto de una ciudad construída en condiciones parecidas esté más bien marcado por la tristeza de una severa melancolía; sin embargo el largo² y el ancho de sus calles, la

1. La fundación de Mendoza, el 2 de marzo de 1560, es debida al capitán Pedro del Castillo, «*hombre de antesala del virrey del Perú*». Luego el capitán general de Chile Francisco de Villagra envió a Juan Jufre, quien hizo variar su emplazamiento al sitio definitivo (NdT).

2. La calle San Nicolás tiene casi una legua de largo.

extensión de sus plazas, las grandes avenidas de álamos, dan aquí una nota bastante alegre.

Además, porque está maravillosamente ubicada al pie de los Andes y bajo una de sus cadenas avanzadas, Mendoza goza de un clima salubre y temperado del cual dan un abundante testimonio sus viñedos y su vegetación. Llueve apenas, pero al contrario la Cordillera le entrega un agua abundante al punto en que a cada lado de sus calles corre un arroyo que a menudo se hace un torrente. Un liviano puente de madera da a cada casa un acceso a la avenida principal, mientras que puentes de piedra abren las calles transversales a la gran circulación. En la ciudad reina una gran actividad, el comercio es vivo, grandes movimientos de mulas que pasean por las calles los cargamentos más variados.

Frecuentemente inmensos rebaños de bueyes venidos desde el fondo de las *pampas* atraviesan esta ciudad, mirándola con aire atolondrado y pasan con destinación de los Andes. Para mí es una fiesta, acudo a su paso para verlos y me parece reencontrar viejos amigos. A su cabeza, como detrás de ellos y a sus costados, cabalgan los *troperos* con trajes polvorientos, con cara ennegrecida. Todos se dirigen hacia la Casa de Gobierno; ahí los espera una larga tarea: hacer legalizar los papeles que atestiguan la propiedad, la identidad de cada bestia y su derecho a la exportación.

Mi primera visita, era de suponerlo, fue para las ruinas de la antigua Mendoza que ocupan hoy, en el centro mismo de la nueva ciudad, un ancho espacio de terreno.

Las ruinas en general tienen un lado salvaje, pero poético, que atrae y seduce por sí mismo. Aquí en cambio el espectáculo es lastimoso: en un suelo todavía agrietado, enormes trozos de muros, columnas, fragmentos de edificios serios son testigos de la superioridad de la antigua Mendoza sobre la de hoy. En medio de una confusión de ladrillos amontonados parecen estar en pie sólo en virtud de una ley sobre el equilibrio desconocida hasta hoy.

Lo que llama sobre todo la atención son los restos de un convento y de una iglesia inmensos, todavía con los adornos de la vieja arquitectura española y sin duda conservados mejor a causa de la solidez de su masa imponente. Las ruinas de la iglesia recubren por sí mismas una parte importante de las víctimas. En efecto, fue

durante el oficio de cuaresma, mientras que rebosaba de fieles, que la catástrofe tuvo lugar. Todos pueden comprobarlo hoy libremente, puesto que cosa imperdonable sin duda, pero por lo demás característica en estos países que se creen civilizados, osamentas humanas yacen todavía ahí al descubierto y son pisoteadas cada día por los visitantes.

Una buena calesa tirada por dos mulas y por el precio inocente de un *real* o cincuenta centavos por la carrera, me paseó largo tiempo por las calles de la ciudad y en seguida a través de los campos y de las viñas hasta el mismo pie de las montañas. Nada me llamó más la atención durante esta excursión que la ingeniosa manera con la cual se traen y se distribuyen las aguas. Todos los trabajos de irrigación que conciernen los campos y las viñas parecen admirablemente organizados, de manera que cada cual se sirve de sus aguas sin depender en absoluto del vecino.

Además cada propiedad privada tiene en su recinto cuatro muros de tierra que la cierran y que impiden la entrada a los animales vagos. Mil pequeños senderos serpentean entre estos muros; sería un dédalo a perderse en él si las avenidas de álamos no indicaran más o menos por todas partes las vías de comunicación como la orientación.

Soberbios viñedos rodean Mendoza. Ocupan una superficie calculada en alrededor de cuatro mil hectáreas. Aquí como en Chile, la viña está en perfecto estado, la uva bien desarrollada, dulce y jugosa; y sin embargo, asunto de suelo o de clima, el vino no gana en cuerpo. Por éso se le bebe joven y a menudo incluso en plena fermentación. Es entonces un brebaje tan ácido como turbio, una especie de cidra de uva, que bajo el nombre grotesco de chicha es apreciado casi únicamente por los autóctonos. En cuanto al poco vino de edad que se consume en estos lugares alejados es importado de Francia y el precio que alcanza está marcado por el viaje, tanto como el vino mismo. Y sin embargo en su calidad de fruta, lo repito, según mi parecer nada puede compararse a la uva de Mendoza.

Es por lo demás en esta región que el país ha obtenido un renombre por sus frutos. Los higos, las granadas, los duraznos abundan aquí. Especialmente es el durazno el que crece mejor aquí y en tan gran número, que a menudo sirve de leña.

XX

Pasaje de la Cordillera de los Andes

Preparativos de la partida.— Mi caravana.— Seis jornadas en mula.— *Primera jornada*: de la Chimba (Mendoza) a Villa Vicencia.— *Segunda jornada*: de Villa Vicencia a Uspallata.— *Tercera jornada*: de Uspallata a Punta de las Vacas.— *Cuarta jornada*: de Punta al pie de la Cordillera propiamente dicha.— *Quinta jornada*: del pie de la Cordillera a Los Hornos.— Travesía del Paso de la Cumbre.— *Sexta jornada*: de los Hornos a la ciudad de Santa Rosa de los Andes.— Ferrocarril de Los Andes a Santiago de Chile.

He llegado a la parte más ruda, la más severa, pero incontestablemente también la más interesante del viaje.

En efecto, elegí para dirigirme a Chile esta ruta ingrata y poco frecuentada más para atravesar los Andes que para ver Mendoza o recorrer la invariable *pampa*.

Para distraerme de un recorrido de ciento treinta y una leguas a través de un país ya conocido con anterioridad, tendré que atravesar ahora, bajo el encanto de sus aspectos severos pero nuevos, ochenta y cinco leguas de montañas. A mis cinco días de posta van a suceder seis días de lomo de mula. Solamente después de ello, con el ferrocarril, me serán devueltos en Chile el reposo, el bienestar y la vida fácil.

No compra ni arrienda animales quien lo desee, por el solo hecho de quererlo, para las necesidades de tal viaje. Si se encuentra gente dispuesta a proporcionarlos, faltaría además gente para conducirlos, siendo ése un punto capital. Entonces lo mejor es utilizar el movimiento comercial que lleva a Mendoza las mulas de Chile, de ponerse de acuerdo con algún *arriero* y de aprovechar su viaje de regreso. Uno mismo puede, a precio fuerte, distribuir el tiempo, fijar las etapas y disponer para sí con exclusividad de las bestias de su elección.

Así lo hice y la suerte estuvo conmigo, porque pude confiar mi tropa y mi persona al mejor como al más conocido de los *arrieros* chilenos. Tomé cuatro de sus mulas, discutí con él precio y plan de viaje, luego fijamos la partida para el día siguiente al alba. Para

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

mayor facilidad convenimos que saldríamos de la ciudad esa tarde misma, para ir a pasar la noche al *rancho*¹ de la *Chimba*².

Veamos ahora la manera como se componía nuestra caravana: una hermosa yegua negra con el nombre que se hizo célebre de *Dora*, conducía diecisiete mulas de las cuales diez estaban cargadas; el resto nos estaba reservado. Dos peones se encargaban de cuidar la tropa; el *arriero* y yo seguíamos.

El conjunto de la tropa no dejaba nada que desear: todas las mulas eran de buena raza y nuestra gente iba coquetamente equipada. ¡Lujo supremo!, al cuello de la yegua colgaba un cencerro de plata que todavía tañe en mis oídos.

Con respecto a Saturnino, jefe y conductor de la caravana, era un hermoso hombre y el tipo acabado del perfecto *arriero*. Valeroso como prudente, honesto, solícito, complaciente; fue para mi un compañero, casi un amigo. Me apresuro a recomendarlo a aquéllos entre mis lectores que podrían ser lo suficientemente felices como para tener a su vez necesidad de sus servicios.

Se comprende, en efecto, hasta qué punto es importante de poder disponer en una expedición de este tipo de gente segura, inteligente y honesta, puesto que la ruta presenta en sí misma suficientes peligros, a lo que se agregan los indios errantes en la montaña, como para que el viajero tenga además que desconfiar de sus guías.

Estando informado que tendría que hacer frente a todas mis necesidades durante una semana entera, cargué una de nuestras mulas de un enorme cuarto de buey y de una caja con conservas, además de vino. En cuanto a las armas, un revólver americano de grueso calibre, como también un ancho cuchillo adornaban un cinturón que desde hacía tiempo no me abandonaba.

Estaba pues listo para la salida cuando me vino la idea, al abandonar Mendoza, de hacer afilar mi ancha hoja,

*Que cortando a menudo platos poco delicados,
En los campamentos nocturnos sirvió mis asados,*

1. El lector recuerda sin duda que los *ranchos* son amplios cobertizos que por la noche acogen hombres, bestias y bagajes.

2. La *Chimba* es, del lado de la ruta de los Andes, uno de los arrabales de Mendoza.

*Pero volvió de tierras lejanas
(¡Bendito sea el cielo!) ¡virgen de carnes humanas!*¹

¡Cosa extraña! El armero al cual confié este trabajo me sorprende por su mirada y por su conversación. Sus trazos, su vivacidad, su acento, todo traicionaba en él al francés, y en efecto lo es. Lo interrogo. Vive aquí desde hace algunos años y se aburre en su nueva patria; pero —«los negocios son los negocios»—, me dice y que —«no existe oficio malo»—. Grande fue mi sorpresa cuando más tarde conocí su verdadero nombre. ¡Desgraciadamente es de aquellos que no se mentan! Fue un miembro activo, digamos incluso una de las cabezas, de la Comuna de París.

Primera jornada: *De la Chimba* (Mendoza) a *Villa Vicencia*. (Quince leguas).— Bien arropado, amarrado en buenas mantas había pasado muy bien en mi cama de campaña esta nueva noche de rancho. Recién despuntaba el día cuando, arrancándome de mis sueños más complicados, Saturnino me anuncia que ya iba a sonar la botasilla. El tiempo estaba cubierto y frío; yo no quería otra cosa que caminar, por lo que decidimos partir.

«Trotaremos un poco esta mañana —me dijo mi guía—; será la única vez que podremos, así es que hay que aprovechar».

Es que, en efecto, para alcanzar el pie de las montañas, teníamos que hacer esa mañana seis leguas de brezales planos, que no tienen interés, por lo que la ruta se resiente. Felizmente que para entretener la mirada tenemos al frente de nosotros el triple plano de cadenas que habremos de franquear: el de la *Sierra de Mendoza* primero; luego la más elevada de *Los Paramillos*; y por último, la Cordillera propiamente dicha, al fondo.

Un carácter particular de sequía distingue estos brezales que pisoteamos desde hace tanto tiempo; el suelo y el aire están aquí impregnados de cal, y el *Cerro de Cal* que se dibuja al oeste hace honor a su nombre: es blanco de la base a la cumbre.

1. En el original: Qui, decoupant souvent des mets peu délicats./Aux campements du soir servit à mes repas./Mais que je ramenai de ces terres lointaines/(Le ciel en soit béni!) vierge de chairs humaines! (NdT).

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

Al aproximarse a las montañas se encuentra un pozo de agua potable, lo que para el viajero es una gran suerte, porque el agua falta en todo el recorrido.

El desfiladero en el cual se entra en la Sierra de Mendoza tiene un ancho enorme. Los vientos que entran en él con violencia producen en su movimiento fenómenos curiosos: así se levantan verticalmente pequeños torbellinos de polvo alcalino blanco que se dibujan en forma de embudos, tan estrangulados en la base como son anchos en la cima.

Pronto comienza la ascensión. Se sigue un camino boscoso en una pendiente semirápida y el panorama de montañas, donde dominan las pizarras arcillosas, sin ofrecer todavía nada de majestuoso, no deja de interesar hasta Villa Vicencia. Ahí se encuentra una casa que a una altura de 1.718 metros, es decir a mitad de camino de la cumbre que hay que franquear en la sierra de los Paramillos, ocupa un lugar delicioso. El torrente del Paramillo, que subimos al día siguiente, junta ahí sus aguas a las que le envía del sur una pintoresca quebrada.

Yo sabía que en esa quebrada existían fuentes termales sulfurosas alcalinas, reputadas en toda la región. Era un recorrido a pie un poco largo quizá; pero como habíamos llegado temprano, fui a dar una vuelta.

La ascensión de un pequeño cerro me brindó en primer lugar un espectáculo grandioso al mismo tiempo que inesperado. En un punto de vista repentino la mirada se hundió de golpe en una especie de mar inmenso, apenas ondeado aquí y allá: es el último aspecto de las pampas... Confieso que al alejarme de ellas para siempre tuve un instante de profunda tristeza. ¡Ah!, es que son verdaderamente de una particular belleza estas llanuras lejanas que Dios quiso marcar con el sello de su grandeza y de su inmensidad.

El tiempo apuraba, por lo que les dije adiós para proseguir mi camino, alcanzando con presteza la meta de mi excursión.

Ahí, en un pliegue de la roca, por uno de esos caprichos que le son acostumbrados, la naturaleza hizo un prodigio sorprendente: son dos manantiales casi gemelos cuyos arroyos se cruzan a cien metros de ahí y sin embargo entre ellos difieren en todo. Uno es termal y el otro natural; éste es de un frío de hielo, el otro es caliente y humeante. Por último, cada uno lleva un agua que su composición hace

peligroso beberla... pero de su reunión, diez pasos más abajo, nace un ancho arroyo de agua fresca, límpida y salubre al mismo tiempo.

En aquel entonces acampaba bajo un techo de ramas una pareja de viejos *gauchos*. ¿Celebraban sus bodas de oro o habían venido a buscar en la virtud de las fuentes un nuevo siglo de vida? No lo sé, pero parecían felices, casi vivarachos. Me figuraba ver Filemón y Baucis¹. Como me interesaban, me acerqué. En ese momento Baucis utilizaba la fuente caliente para (¡oh escándalo!) lavar algún harapo, mientras que pesando con toda su edad el viejo me miraba con un ojo brillante aún. Fui a saludarlo, acepté su *mate* y nos pusimos a platicar. Me gusta pensar que me comprendieron; en cambio para mí fue diferente ya que a cada pregunta respondían juntos, cuál de los dos más fuerte, y el español que usaban era tan cargado de dialecto y de indio, que a esta hora me pregunto todavía qué fue lo que me dijeron sin duda de interesante o por lo menos de gracioso.

Segunda jornada: *De Villa Vicencia a Uspallata* (Quince leguas).— La ascensión prosigue, rápida, costeano el torrente del Paramillo.

Las montañas se elevan, la vegetación desaparece, el panorama se hace imponente. Subimos durante largo tiempo la pendiente fuerte, casi vertical de un volcán desolado. Sopla un viento frío, tiritamos y mientras tanto nos está prohibido de hacer el menor movimiento sobre nuestras monturas. Es que toda esta parte del camino presenta verdaderos peligros y que a nuestras valientes mulas no les sobra el equilibrio: sobre piedras que ruedan o rocas poco seguras, con el lomo curvado, cabeza gacha, resbalan a cada instante.

Desgraciadamente en la cumbre es casi peor; ahí entramos de lleno en las nubes. Una neblina espesa y helada nos rodea y la fría brisa deja lugar al viento más violento. A cambio de la vista que podría ofrecernos una meseta alta de tres mil setenta y seis metros, tenemos una noche casi completa. No se distingue nada a diez pasos.

Mientras tanto mi guía quiere consolarme. Me dice que sobre estas crestas húmedas, rocosas, desoladas, corrientemente nadie

1. Según la mitología griega, Filemón y Baucis fueron los esposos que dieron hospedaje a Zeus y Hermes. Su choza se convirtió en templo y pidieron morir juntos. Muy viejos, fueron transformados en árbol (NdT).

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

puede escapar a estos vientos penetrantes, a estas brumas insensatas; incluso parece hacer más frío en los Paramillos que en muchos otros picos bastante más altos.

El descenso, sin duda largo pero también más seguro, no nos tomó menos de dos horas.

Apenas salidos de las neblinas, vemos de nuevo el sol que ilumina para nosotros la hermosa cuenca del Guyo. Sus rayos, como si jugaran con las montañas desnudas pero de tonos tan diversos, tan marcados que se les diría pintados, poniendo cada vez en valor los matices mas excéntricos, nos desagравian por nuestras penas recientes.

El horizonte se ensancha a medida que avanzamos, la vista se hace cada vez más maravillosa. ¿Cómo contar los picachos que nos rodean por todas partes? ¡Cuánta majestad en estas montañas! ¡Cuánta variedad de formas, de colores! ¡Qué cuadro! No, jamás, incluso en pintura, no se querría creer.

Aparte de los terremotos, ¿qué es lo que pone constantemente al desnudo nuevas capas de terreno en estas tierras atormentadas? Tales fuerzas hacen y deshacen las montañas, multiplican sus grietas y cambian sus contornos diversificando sus aspectos. Mientras que abajo los torrentes se cavaron con el tiempo lechos increíbles, allá arriba masas confusas y roqueríos siniestros parecen querer, al primer soplo, ir a aumentar los vestigios de tantos otros acumulados a sus pies.

Acabo de hablar del maravilloso efecto producido por los mil matices que casi por todas partes hacen aquí resaltar y pintan los terrenos. Estos matices, reflejos de la naturaleza misma del suelo, testimonian de las riquezas minerales excepcionales de este lugar. Es en efecto una región rica en plomos argentíferos, en peróxido de manganeso y fierro oligisto. Se les encuentra casi a flor de tierra y la ruta que seguimos atraviesa dos filones de este último metal. También hay muy cerca, aunque sin duda en menor cantidad, oro, cobre, azufre y mercurio.

Si tantas riquezas reales están todavía inexplotadas, es a causa sobre todo de la dificultad de acceso y el precio de los transportes. La falta de brazos, de recursos, de herramientas, como también los trastornos debidos a los fenómenos internos, constituyen la suma de obstáculos que se oponen a que haya establecimientos de extracción seguros.

Nacidos por obra de la iniciativa privada, muchos trabajos diversos de explotación fueron sucesivamente emprendidos, luego abandonados..., y la ruina amenaza todavía tentativas más recientes de nuevos pioneros, los que no han sido disuadidos por los fracasos de sus predecesores. Así sucede con una mina de oro que acabamos de atravesar.

¿Podría decirse que la consecuencia sería que estos inmensos tesoros, tan generosamente entregados por el cielo, quedarán enterrados para siempre en la Cordillera? No lo pienso y más bien creo que llegará el día en que pueblos enteros, atraídos por la América del Sur, llamados hacia este país tan rico aunque tan poco conocido y particularmente tan pobremente poblado, harán aprovechar como se lo merecen, de todos sus prodigiosos recursos.

Al fondo de la cuenca del Guyo y en la punta del largo valle que separa los Andes de la cadena de Paramillos está el fundo de Uspallata, donde se encuentra la aduana argentina. Pasaremos la noche ahí.

Tercera jornada: *De Uspallata a Punta de las Vacas* (Veinte leguas).— Hoy será nuestra etapa más dura, que tomará para hacerla por lo menos doce horas. Tendremos en efecto que atravesar la cuenca del Guyo, luego subir por el valle de Uspallata en la orilla izquierda del río Mendoza, torrente que tiene su nacimiento en el célebre volcán Tupungato¹.

La pendiente es poco pronunciada, pero el camino, sembrado de obstáculos, es tan fatigante como largo. Además en el valle, azotado sin cesar por los vientos más violentos, se sufre con un polvo calcáreo, arcilloso y salino cuya propiedad es de enceguecer a veces o por lo menos de hacer estragos funestos sobre la piel. Sé que por medio de guantes, velos, antiparras se pueden proteger las manos, el rostro, los ojos; pero hay otro inconveniente: como este polvo penetra a través de todo y que su contacto con el agua aumenta todavía más su molesta acción, me veo condenado so pena de accidentes a

1. Este volcán, que tiene una altura de 6.710 metros sobre el nivel del mar es, en elevación, la segunda montaña de América. La primera es el Aconcagua, que alcanza 7.300 metros.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

renunciar desde ahora a las más mínimas abluciones. Este riguroso estado de cosas durará tanto como estaremos hollando este suelo de las altas regiones, es decir alrededor de dos días y medio. Sin embargo me resigno, porque considero que la naturaleza ofrece suficientes compensaciones a estos inconvenientes.

¿Habrá algo más grandioso y pintoresco a la vez que este valle de Uspallata? Bordado de montañas con sus picos cargados de nieve, con laderas rocosas y agrietadas, con reflejos tornasolados, este valle hace rodar a sus pies su torrente salvaje. Vamos siguiendo el lecho mismo de éste sobre grandes bancos de arena, a través los ripios o bien encima de la roca viva en cornisa, que serpentea la ruta o más bien lo que es nuestro sendero. Los terrenos parecen volcánicos y, cosa digna de atención, atravesamos dos corrientes de lava de una erupción fangosa todavía reciente.

El torrente del Mendoza, a veces de una profundidad de cincuenta metros, tiene en ciertos lugares más de un kilómetro de ancho. Es con evidencia el lecho de un glaciar desaparecido.

A medio camino del recorrido hay un apeadero dominado por el encantador lugar llamado *La Cortadera*. Ahí una estrecha pero profunda grieta separa de arriba abajo toda la masa rocosa de una alta montaña, dejando el paso a un arroyo de un agua verdaderamente incomparable.

Poco después escalamos la pequeña cadena llamada *Paramillo de las Vacas*, sorprendidos de encontrarla como enclavada en el gran valle.

Por último, dejando a la izquierda el río de Mendoza pasamos, encima de un lindo puente de madera construido a gastos del gobierno argentino, el fogoso torrente de *Las Cuevas*, que habrá que seguir al día siguiente para llegar a la triple bifurcación de *Punta de las Vacas*. Ahí, algo parecido a un albergue es administrado por un grupo chileno.

Cuarta jornada: *De la Punta al pie de la Cordillera propiamente dicha* (Diez leguas).— Esta mañana me desperté muy temprano con la impresión de un frío glacial y penetrante. Éso se comprende: situado en la confluencia de tres largos valles y recibiendo de frente todos los vientos que ahí se cruzan, el albergue chileno parece un desafío lanzado a los temperamentos de acero.

En la parte delantera ocupaba una pieza, o mejor dicho un hoyo de seis metros cuadrados; además no estaba solo. Mi compañero y yo cambiábamos pocas palabras; pero luego de un corto examen concluí que compartía el cuarto con un indio. Pues bien, mientras que en la mañana, habiendo hecho traer un pequeño *brasero*, lo invité a acercarse y me dijo: «éste es mi brasero» y de un salto se sumergió entero en una tina de agua helada. Tuve escalofríos y más que nunca me consolé con el hecho de que se me había prohibido el uso del agua.

Al dejar la Punta se deja detrás de sí el volcán Tupungato, y torciendo hacia el oeste se sube el valle más largo y el menos accidentado de *Las Cuevas*.

Majestuoso, imponente, colosal otro volcán con nieves eternas se destaca en el horizonte. Es el Aconcagua¹, el gigante de los Andes y la más alta montaña del nuevo mundo. Sería la más alta del mundo entero, si en el Asia Central los montes Himalaya no dieran, en cinco picos, cifras todavía más elevadas².

Sobre el lomo de este coloso, en el paso conocido con el nombre de *Cumbre de la Iglesia* o simplemente *Cumbre*, a más de seis mil metros sobre el nivel del mar, es decir por lo menos mil doscientos metros más elevado que el Mont Blanc³ voy a franquear los Andes y pasar definitivamente de la República Argentina a Chile. Es por éso que con un vivo interés y una verdadera emoción contemplo el volcán. ¡Cómo ardo de impaciencia! ¡En qué estado febril espero la jornada de mañana! En tanto que viajero por fin veré realizarse uno de mis sueños más hermosos, uno de mis proyectos más antiguos.

Pero por el momento, nuevas maravillas me mantienen todavía en el llano. A medio camino en el valle se pasa por el *Puente del Inca*, el río de *Las Cuevas*.

Si en el mundo existe un prodigio de la naturaleza que por su magnitud misma y la diversidad de sus combinaciones pareciera

1. Comúnmente se cree que es el Chimborazo el pico más alto de la cadena de los Andes. Es un error. Las mediciones más serias y las más recientes han dado las siguientes cifras: por el Chimborazo, 6.530 metros; por el Tupungato, 6.710 metros; y por el Aconcagua, 7.300 metros.

2. En los montes Himalaya, cinco picos varían entre 8.000 et 9.000 metros.

3. El Mont Blanc tiene 4.810 metros de altura.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

escapar, más que cualquier otro a la descripción, es con toda seguridad el que en este lugar se impone a mi admiración. Trataré sin embargo de dar al lector una pálida imagen.

El *Puente del Inca* es un puente natural. Se compone de una gran bóveda formada por depósitos calcáreos dejados por el agua que, saliendo constantemente de entre las rocas vecinas, las ha recubierto con capas horizontales sucesivas. La bóveda tiene veinte metros de largo, quince de ancho y un espesor que, entre cinco y ocho metros, varía según las estaciones. El arco natural se conserva gracias al paso continuo del río Las Cuevas, mientras que el torrente, que pasa precisamente debajo de él, se precipita en una cascada soberbia. Siempre debajo de este mismo arco borbotean, a media falda de los roqueríos, tres fuentes de aguas termales calientes cuyo desagüe va a juntarse con el torrente. Por último, como para realzar el cuadro, no hay colores con los cuales estas aguas minerales no hayan pintado a su paso las rocas, mientras que las infiltraciones han tapizado la bóveda misma con inmensas estalactitas color blanco de nieve y reflejos de plata.

Hay además a flor de tierra, encima del puente, algunas fuentes parecidas, aunque menos importantes. El carbonato de cal y el óxido de hierro parecen ser los elementos químicos dominantes en estas aguas. Aunque sus propiedades médicas son todavía imperfectamente conocidas, ellas han hecho ya hermosas curas y son reputadas soberanas contra el reumatismo y las parálisis.

A algunas millas más allá del *Puente del Inca* volvemos a pasar el cauce por un puente igualmente natural, pero de un tipo muy diferente. Esta vez es solamente un macizo de roca que cayó a través del torrente y del cual fue necesario acondicionar un desagüe.

Luego la ruta sube una montaña curiosa, el *Paramillo de las Cuevas*, que sirve de grada a la Cordillera de los Andes. Son sólo ripios, grietas y quebradas. Hay que agarrarse.

Por lo demás nuestras mulas tienen buen pie y mucha bravura. Si al caminar en terreno plano dan la impresión de estar como dormidas, es que sin duda toman impulso y quieren reservar sus energías; pero hay que ver cómo despiertan y se animan frente al obstáculo; con cuánta decisión, con qué seguridad ponen un pie delante del otro y no vacilan nunca. Admirables en estos momentos en que

nada puede distraerlas de la precisión matemática de sus más mínimos movimientos.

Mientras tanto hemos alcanzado la cumbre. Descendemos de nuevo durante algunas millas y he aquí que el valle parece cerrado por un gran monte. Es *La Cumbre*: el punto a franquear de la Cordillera propiamente dicha.

¡Así es como llega pues, la meta suprema de mi expedición! Ya se dibuja en la montaña el camino que la sube serpenteando. La nieve está a nuestros pies...¹ nos burlamos del Mont Blanc. Entre el mar y nosotros, verticalmente, hay más de cinco mil metros... ¡Qué abismo! Y vamos a continuar subiendo.

Pero viene la noche; al atardecer organizamos el vivac al pie del paso, felices de poder poner al menos nuestras personas al abrigo en una *casucha*. Así llaman las chozas que sirven como refugio, instaladas en ciertos lugares para proteger al viajero que es sorprendido en estos parajes por la tempestad o la noche. Especie de horno de ladrillos, elevado sobre un macizo de tres metros de alto para poder dominar siempre las nieves. El cuarto es redondo, tiene cinco metros en todas direcciones y sólo recibe la luz por una puerta baja. Se accede a ella por medio de una escalera exterior hecha de piedras.

A pesar de que este refugio tan rústico es poco confortable, dormí en él con un sueño profundo, mientras que afuera helaba duro y que los vientos desatados hacían estragos.

Quinta jornada: *Del pie de la Cordillera a Los Hornos* (Quince leguas). *Pasaje del desfiladero de La Cumbre*.— El día se levanta apenas y ya pensamos a ponernos en marcha. Es que no se puede escalar estas cumbres gigantescas en cualquier momento: desde las nueve de la mañana los vientos soplan aquí tan violentos que sería una locura querer desafiarlos; el jinete sería ineluctablemente derribado de su montura y a veces la misma bestia no podría tenerse en pie.

Al salir de la *casucha*, un espectáculo aterrador se presentó a nuestros ojos: allá, a algunos cientos de metros de nosotros, una alta

1. Hay que tener en cuenta el clima de estas latitudes, que hace subir considerablemente el nivel de las nieves eternas.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

montaña cedió por la base y se derrumbó de una pieza haciendo rodar hasta el fondo del valle verdaderos colosos de granito. Un vacío inmenso, un verdadero abismo marca distintamente el lugar que ocupaba entre las crestas vecinas.

A causa de la altura a que llegamos ya, la subida de *La Cumbre* se reduce a lo más a unas dos horas de ascensión; pero éstas nos parecen largas porque van acompañadas de toda una serie de inconvenientes. Primero hay este viento terrible y penetrante que nos obliga, al partir, a amarrar las más pequeñas piezas de nuestra ropa; luego un frío vivo, cuya intensidad crece con la llegada de cada nueva ráfaga que nos lanza a la cara los hielos y las nieves de los picos circundantes; por último, los trastornos orgánicos (*la puna*), provocados a estas alturas por la rarefacción del aire.

Ése es el peor de los inconvenientes, porque apenas se puede respirar. Sentimos una extraña opresión como si, desprendida de una ladera de la montaña, una mole de roca pasara por nuestros pulmones.

Nuestras mulas sufren tanto o más que nosotros de este penoso fenómeno: a cada minuto, jadeantes, se detienen. Hay que dejarlas, porque luego se deciden a caminar de nuevo, mientras que si se las obliga, se puede arriesgar la vida.

Aquí llegamos, como pudimos, a la cima. En lo alto de *La Cumbre* no hay terreno plano. El desfiladero hace de techo y nos encontramos a horcajadas entre Argentina y Chile.

Tanto para disfrutar del panorama como para tomar un poco de reposo, o bien para mirar aún el país que abandono como para saludar un nuevo país, ordeno: «¡Alto!». Y nos detenemos.

Es seguro que no me exageré las perspectivas del cuadro: Ahí estaban alineados detrás nuestro esos montes que venimos rodeando desde hace cinco días, además de muchos otros que parecían a nuestros pies un ejército de gigantes. Su jefe, el Aconcagua, sobre los hombros del cual parecíamos instalados, levantaba todavía a cerca de ochocientos metros sobre nosotros su cabeza volcánica y canosa. Del lado de Chile, todo el camino a seguir, el valle del Aconcagua, se dibujaba con su prodigiosa diversidad de planos y de detalles en un soberbio paisaje panorámico. Miradas desde lo alto, estas cumbres poderosas y las salvajes profundidades, constituyen una vista sorprendente.

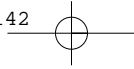
Nuestra mirada, dominando largo tiempo por encima de los Andes, sigue los abismos sin fondo, las vertientes escarpadas, los menores sobresaltos de estas crestas atormentadas... Y nosotros, que no habíamos sido acompañados por ningún ser viviente, saludamos algunos cóndores, reyes absolutos de estas altas regiones que parecen sorprendidos al vernos venir a estos lugares, tan osados, a turbar su reposo.

La bajada hacia Chile no puede haber sido más rápida, pero en seguida se vuelve penosa y a menudo con peligros. Se hace en escalera y por decirlo así, nos vamos cuesta abajo sucesivamente a través de cuatro planicies.

Difícil de imaginar el grado de declive de la primera de estas plataformas. Además, en este lugar no hay ninguna huella de camino..., sólo piedras redondas las que se desprenden a cada paso, toman velocidad y ya no se detienen más. Aquí y allá, algunas cruces de siniestra memoria, un esqueleto consumido a medias, incluso restos humanos abandonados atestiguan que aquí mismo hombres y mulas perecieron. Miro a Saturnino: «Patrón —me dice—, seamos prudentes, el lugar es difícil, pero todo saldrá bien, lo espero». Luego, como si estuviera orgulloso de tranquilizarme, el buen hombre agrega: «Toda esa gente no murió por accidente; los indios tienen que ser responsables de una buena parte». Así pues, no es suficiente que la naturaleza haya acumulado aquí sus obstáculos más poderosos, sus más grandes dificultades, a más de esto, hay que temer todo de la especie humana. Por suerte que los indios son escasos y muy diseminados en este lugar; además que no hay ni oro ni rebaños que robar. No llevamos nada que pueda realmente tentarlos.

La segunda planicie presenta, si es posible, todavía más peligros. ¡Esta vez es demasiado! La única manera que encuentro para escapar al vértigo es echar pie a tierra. Entonces, medio resbalando, medio rodando, sigo mi mula en su marcha, esforzándome de poner mi pie en cada uno de sus pasos.

Me detengo en lo plano, delante de la gran laguna verde llamada *Laguna del Inca*. Esmeralda engastada en un anillo de pórfido, esta laguna de aguas verdes y durmientes nos aparece de lejos severamente encajada en un anfiteatro de altas rocas sombrías. ¿No es maravilloso de encontrar así, a una altura de por lo menos cuatro



DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

mil metros, un lago cuyo volumen de agua debe ser incalculable? ¡Porque independientemente de su superficie, parece que es insondable! Se trata sin duda del deshielo de las nieves, que vino a colmar el cráter de un inmenso volcán.

Esta laguna me intriga; quisiera verla de cerca, pero tiene fama de ser maldita porque una tradición de más de un siglo lo dice: está encantada por los espíritus. Fue el guía quien me informó y su fe en las leyendas es desgraciadamente tal que no podría conseguir que me acompañe ni por todo el oro del mundo.

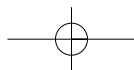
¿Es porque estamos cerca de la laguna? Tengo razones para creerlo, porque a cada rato cruzamos algunas bandadas de patos enormes y casi blancos. Sea como fuere, me extasío al verlos. ¡Viva Chile! ¡Es la vida que recomienza!

Mientras tanto, el camino se hace más practicable, al paso que la tercera plataforma conduce a la planicie de Juncal. Seguimos entonces un desfiladero batante sombrío. En las profundidades siniestras, dos torrentes que ahí se cruzan mugen impetuosos. Pronto, al tomar el mismo lecho, formarán el río Aconcagua, este ancho curso que en lo sucesivo deberemos seguir hasta la ciudad de Los Andes.

Es así que a lo largo de este torrente, cuyo lecho es frecuentemente nuestro único camino, que descendemos la cuarta plataforma. Ella nos conduce a este encantador y fresco lugar del valle que manantiales sin número de una agua fresca y cristalina ha hecho llamar *Los Ojos de Agua*. Ahí la vegetación reaparece de repente y aunque se reduzca a poca cosa es la bienvenida para aquéllos que se encontraron privados de ella por tanto tiempo.

Por fin una quinta y última rampa, mucho menos áspera pero más que nunca larga, nos lleva a Los Hornos, donde molidos encontramos un albergue para pasar la noche.

Sexta jornada: *De Los Hornos a la ciudad de Santa Rosa de los Andes* (Diez leguas).— Esta última parte del camino, sin ser ya tan severa, es no obstante bastante pintoresca. El Aconcagua prosigue su curso rápido y al recibir numerosos afluentes se hace un hermoso río. La vegetación se acentúa. Aquí y allá aparecen cactus gigantes con flores rojas resplandecientes, que parecen suspendidos a las rocas de la montaña. Vemos de nuevo la hierba, la verdura; algunos



bonitos arbustos alegran el paisaje. Hay también entre otros la acacia, el eucalipto y el quillay. Esta última especie es la que domina. El quillay (*quillara saponaria*) es un árbol frondoso que se parece a la encina, siendo más pequeño. Es el árbol del jabón, de la corteza del cual se extrae el jabón llamado de *Panamá*.

Como estudio zoológico, observo un pequeño pato zambullidor que hace una maniobra singular: de pie sobre una roca, al medio del torrente, espía como un centinela. Divisa su presa, se deja caer y zambulle; si quiere bajar el río se entrega a la corriente que lo arrastra; quiere volver hacia arriba, abre las alas y vuela. Esta especie es numerosa; de ellos hay pardos con cabeza verde y también negros con cabeza blanca.

Por último, como un reflejo postrero de un viaje magnífico y de una ruta accidentada, descubrimos además esta mañana una maravilla. Ella es una inmensa grieta tallada en medio de las montañas, resultado casi seguro de un terremoto. De arriba abajo, las rocas bruscamente separadas se empalman en todos sus puntos. La abertura de este precipicio tiene a lo más ocho metros; la profundidad vertical es por lo menos de seiscientos pies. Al fondo se estrangula y muge el río.

Este lugar que se llama *Salto del Soldado* tiene que poseer fatalmente su leyenda. Se dice que perseguido por una banda de indios, un soldado enloquecido saltó la grieta. Por supuesto que sólo es una leyenda, lo que no impide encontrar aquí sus creyentes. Mi buen Saturnino es uno de ellos; pero tengo que decir en su honor que para dar por lo menos un barniz de veracidad a las aserciones que al respecto hace, me explica, este hombre con fe robusta, que la grieta se ensanchó sin duda desde que se produjo este hecho por siempre memorable.

Dejamos un momento el Aconcagua para ir a pasar sobre un puente de madera el río Colorado, uno de sus últimos afluentes desde que tomamos de nuevo el valle principal por la otra orilla, en la aduana chilena.

¡Oh prodigio! Todos los empleados de este establecimiento son gente educada, graciosos, atentos. Se ocupan más bien de ver si no nos falta nada que de constatar si no llevamos algo de más. Ponen menos cuidado en revisar nuestros sacos y someternos a mil vejaciones,

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

que de informarse de la manera como escapamos a los peligros del viaje. ¡Buenas gentes, casi todos indios! Ellos por lo menos han comprendido la verdadera y única manera con la cual en todas partes debería cumplirse el ingrato trabajo que les ha sido confiado.

Proseguimos nuestro camino en el valle que se ensancha y se despoja poco a poco de su carácter extrasalvaje. El camino se aplanan, las montañas disminuyen de altura, los campos, las casas reaparecen. Por fin hacemos nuestra entrada en la hermosa pequeña ciudad de Santa Rosa de los Andes, o Los Andes.

De Santa Rosa de los Andes a Santiago de Chile (Cinco horas de ferrocarril).— Poblada por veinticinco mil almas, Santa Rosa de los Andes es a Chile, de este lado de la cadena, lo que Mendoza es a la Argentina, al otro lado; es decir, la llave de un gran país vecino y el centro del comercio transandino. Pero más feliz que esta última, ella se encuentra ya unida por un ferrocarril a las dos grandes ciudades del paía, Santiago, la capital y Valparaíso, el puerto de mar.

Aunque su hermosa ubicación la haga naturalmente encantadora, no ofrece nada de curioso en sí misma. Si hay que juzgar por el petróleo, que sirve a iluminarla, aparece todavía más primitiva de lo que estaríamos en derecho de suponer.

La casualidad me había depositado entre sus muros la víspera de la fiesta de Pascua de Resurrección, por lo que pude asistir esa misma noche a una ceremonia religiosa, que quiero describir aquí como un cuadro de tipos que me impresionó profundamente por su carácter sencillo, quizá original, pero antes que nada conmovedor y piadoso.

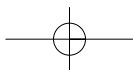
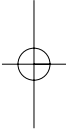
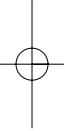
A las cuatro de la mañana, según una costumbre que remonta a los orígenes mismos de la ciudad, se hace la *procesión de la Resurrección*. Vaya en pocas palabras la manera como la cosa se desarrolla. De cada extremidad opuesta de la ciudad parten a la misma hora, con vista de encontrarse al centro, dos grandes y populosos cortejos. En ambos se han incorporado por igual miembros del clero, algunos monaguillos, estatuas de santos, banderas y cirios innumerables (aquí se pelean para obtenerlos); sólo difieren en un punto: en uno se lleva la imagen del Cristo resucitado, mientras que en el otro va la de la Virgen, cubierta enteramente por un largo velo de luto. Procesionalmente, recogidos, en silencio, los dos cortejos

DEL ATLÁNTICO AL PACÍFICO

avanzan uno hacia el otro, para encontrarse en la plaza. Llegados frente a frente y de un común acuerdo, los portadores del Cristo y de la Virgen hacen una genuflexión, y sus estatuas parecen saludarse. Entonces el cura pronuncia algunas oraciones para luego despojar la Virgen de su velo fúnebre. Inmediatamente los cantos, la música, comienzan. En todas partes estallan los cohetes y repican las campanas a todo vuelo. Los dos cortejos se aproximan, sus multitudes se confunden; se abrazan y todos en gran pompa entran a la iglesia, que para la circunstancia está ricamente tapizada y brillantemente iluminada.

Simple y emocionante ceremonia, se ve, que deja al descubierto un pueblo y recuerda tiempos que desgraciadamente están muy alejados de nosotros. Toda la ciudad está de pie, las calles desbordan; es de noche... y sin embargo el orden más perfecto, la tranquilidad más absoluta no han dejado un solo instante de reinar.

De la ciudad de Los Andes al Pacífico, o también a Santiago, la capital de Chile, hay alrededor de cinco horas en ferrocarril. Es una bonita ruta, la vía serpentea, sube, baja, se eleva aún muy alto en las montañas, pasa túneles y atraviesa torrentes. Tendré tema para ofrecer al lector, quizá muy luego, al tratar de Chile.



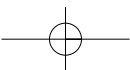
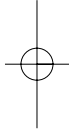
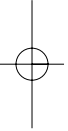
Segunda Parte

CHILE, LA ARAUCANÍA, EL ESTRECHO DE MAGALLANES Y REGRESO POR EL SENEGAL

A pesar de que Chile es mejor conocido en Europa, con la cual mantiene excelentes relaciones, hasta aquí ha sido descrito de manera insuficiente.

Es sin embargo, un país curioso a más de un título, mientras que una guerra reciente lo pone todavía más en relieve. Es esta consideración la que me decide a continuar mi relato, decisión reafirmada por la acogida quizá demasiado lisonjera que mis amigos se sirvieron hacer a la publicación de la primera serie de mis notas de viaje.

Bruselas, 1º de junio de 1882.



CHILE

XXI

Estado geográfico

Consideraciones generales.— Límites, configuración, extensión y población de Chile.— Sus diversas zonas de producción, su riqueza, su futuro.— Clima.— Los chilenos.— Una palabra sobre la raza chilena.— Virtudes y defectos.

De todas las regiones de América Meridional, Chile es, junto al Brasil, aquella que ha progresado más rápidamente en los últimos veinte años y el estado de civilización al que ha accedido lo ubica en la primera línea entre los países remotos cuyo futuro se presenta como el más seguro.

Entre éstos, algunos deben su progreso a su situación geográfica, a las relaciones que mantienen con los pueblos vecinos o a las condiciones particularmente favorables en las cuales se mueven, condiciones que dependen más del azar que del genio de la raza.

En el caso de Chile es en sí mismo, es decir en la cordura y en la moderación de sus opiniones, en la solidez de sus instituciones y más aún, notémosle, en las fuertes e innatas calidades de su pueblo que hay que buscar y ver la causa de sus progresos.

En efecto, no es a Chile, imagino, a este país esencialmente mal rodeado como ningún otro, que se le negará el mérito de haber

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

encontrado otras cosas más útiles a emprender que copiar sus tristes vecinos.

Sagaz, comprendió inmediatamente que no era ni la Bolivia, ni la República Argentina, ni siquiera el Perú que debía tomar como modelos; así, con los ojos puestos constantemente en Europa, se puso a asimilar lo que el Viejo Continente posee de más notable, con su inclinación natural al trabajo, con su actividad auténtica y sobre todo con ese prodigioso espíritu de imitación que es como su genio propio.

Mientras que una inclinación profunda, un gusto acentuado por la Francia lo hacía elegirla como modelo a imitar en la búsqueda de los principales elementos que soñaba tomar al exterior, supo al interior guardar los bienes ya adquiridos y oponiendo sin cesar a la invasión del espíritu sedicioso el espíritu, tan raro entre sus vecinos, tan marcado en él, de unión y de patriotismo.

¡Ah, sí!, el patriotismo. Esta virtud tan simple, tan natural y sin embargo tan grande y fecunda que, muerta en casi toda América, se termina de morir hoy en el Viejo Mundo y que Europa un día, en justa compensación, envidiará a Chile su tranquilidad profunda¹, el juego tranquilo y holgado de sus instituciones, la riqueza de sus productos, su suelo fecundo y las ventajas de su clima feliz!

En cambio, desde el punto de vista egoísta sin duda del viajero en busca de motivos de admiración, de observaciones nuevas y exóticas, este país ha perdido mucho desde hace un cuarto de siglo; y el trabajo que me impuse en beneficio de mis lectores de examinar las principales regiones de América del Sur, aquél que consiste en mostrarles sobre todo en sus aspectos originales y propios, se encuentra aquí desgraciadamente reducido.

La Cordillera de los Andes, a través de la cual acabo de llevar mis lectores hacia Chile es la línea fronteriza que separa este país

1. Veinte años de paz han marcado una era de reposo que Chile ha sabido hacer fecundo. La guerra que este país acaba de terminar de manera brillante debe ser considerada como una de esas excepciones que, fatales en un momento dado de la vida política de todo Estado, no podrá desmentir los instintos pacíficos de Chile de los cuales ha dado prueba constante, ni los esfuerzos serios que siempre ha comprometido en vistas de hacer prevalecer la paz.

al Este del vasto territorio de la República Argentina. Chile tiene además como límites naturales: al Oeste y por una extensión de cerca de ochocientas leguas, el Océano Pacífico; al Sur el Cabo de Hornos; al Norte una inmensa planicie de arena llamada desierto de Atacama, que lo separa del Perú a la vez que de Bolivia.

Ahora bien, el espacio comprendido entre el Pacífico y los Andes no varía, a lo más, que de treinta a cincuenta leguas, de lo cual resulta que el territorio chileno toma la forma, de Norte a Sur, de una larga banda cuyo ancho podría ser contenido veinte veces en el largo.

Sin duda que sería difícil de darse cuenta correctamente de su extensión y ello por diferentes razones. Primero, habría que cubicar toda una superficie de rocas, de montañas y agregar a todo ello las islas San Félix y Juan Fernández, como también los archipiélagos de Chiloé, Chonos y Madre de Dios.

Y luego, la República muestra más de un aspecto vago: la Araucanía, que cuenta ya como una de sus provincias, es todavía hoy un territorio indio perfectamente independiente y en estado de prolongar por largo tiempo la resistencia a las intenciones de conquista de la parte de Chile; la posesión de la Patagonia, que el río Negro separa del sur de la República Argentina, es negada por este gran Estado¹; por último, sus derechos sobre la Tierra del Fuego existen apenas en el papel².

Se comprenderá fácilmente por qué se hace difícil de precisar la cantidad de habitantes de semejante país. Me limitaré, pues, a decir que el censo general de 1875 daba la cifra de 2.068.424 habitantes.

Y todavía ese guarismo no es, que yo sepa, rigurosamente exacto; a no dudar mis lectores me permitirán de explicarles la razón –bien divertida– de mis dudas: verán a través de la anécdota que el respeto que les debe el autor se hace casi escrúpulo cuando, de tiempo en tiempo, se permite citarle cifras.

1. La cuestión de la Patagonia, sometida desde hace ya largo tiempo al arbitraje de una Conferencia Diplomática, todavía no ha recibido –según se dice– solución.

2. La guerra que Chile acaba de terminar contra las repúblicas de Perú y Bolivia, tuvo como causa primera una frontera mal definida.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

En efecto, cuando en 1875 se hizo el censo general, yo me encontraba en el Sur como huésped de un gran industrial que exportaba con ayuda del vapor, una parte de los inmensos bosques que, en los confines de la Araucanía, siguen la línea de la costa del Pacífico. Pues bien, por un gracioso refinamiento de una delicadeza absolutamente nacional y para probarme que a sus ojos yo hacía parte de la familia, me inscribió en el Gran Libro Chileno y me hizo, sin que yo lo quisiera, aparecer como uno de los suyos.

Políticamente, Chile comprende diecinueve provincias, administradas cada una por un intendente; las provincias se subdividen en departamentos, subdelegaciones y distritos.

Solamente dos ciudades tienen una real importancia: Santiago, la capital, y Valparaíso, el puerto de mar. Cada una de estas ciudades hará luego el objeto de un capítulo especial. Pero antes de dejar el dominio de las consideraciones generales destinadas a dar una idea más completa del país en su conjunto, quiero examinar rápidamente las riquezas de Chile, sus producciones, su clima y dibujar a grandes trazos la índole de sus habitantes.

Chile, decíamos, está formado por una larga lengua de tierra que va acompañada, desde el Bajo Perú hasta el estrecho de Magallanes, por los Andes por un lado y el Océano Pacífico por el otro. Además, en su ancho y por todo su recorrido, entre la Cordillera de los Andes y otra cadena más baja conocida bajo el nombre de Cordillera de la Costa, se encuentra un valle llamado central, el cual es irrigado por numerosos ríos que lo hacen uno de los más fértiles. Este valle, cuyo ancho varía¹ según los caprichos de la doble cadena que lo encierra ofrece, gracias a su configuración y a su extensión, los productos más variados; parece que desde el punto de vista de sus diversos productos podríase dividir Chile del Norte al Sur en zonas sucesivamente minera (desierto de Atacama), agrícola, vinícola, forestal y magallánica (esta última comprende terrenos baldíos y poco productivos).

Fácil es de juzgar de las riquezas y la variedad de recursos de semejante país que, a la crianza de ganado, a la explotación regular

1. Este ancho varía, como lo hemos visto, entre 30 y 50 leguas.

CHILE

de minas y bosques, al cultivo razonado de la viña, junto al cultivo propiamente dicho y desarrollado de manera armoniosa, agrega notables trabajos de irrigación de los campos. Esos trabajos son aquí de primera necesidad, hagámoslo notar; ya que, si el país recibe abundantemente las aguas de la cordillera, se ve privado a menudo de las del cielo, por lo menos en la zona agrícola. Porque suele pasar con frecuencia que durante siete y ocho meses consecutivos no caiga una sola gota de agua o que el cielo se cubra de una nube. Al Norte es todavía peor: en el desierto de Atacama, por ejemplo, llueve apenas una vez al año. En cambio en la zona que llamo vinícola cae más agua sin duda, pero es entonces por torrentes y borrascas; por último, en el Sur hay una estación lluviosa que influencia favorablemente los bosques; la vegetación de esta zona recuerda un poco la selva brasileña.

Como se ve, Chile posee la gran ventaja de reunir en su suelo los productos de América y los principales productos de Europa. Sus minas de oro, de plata, de cobre y de mercurio constituyen inmensas cuencas que por falta de brazos no será posible de agotar; sus bosques cerca del mar son de explotación fácil; sus viñas crecen casi al estado salvaje; abunda en flores y frutos de toda especie; además es para Europa entera, pero especialmente para Inglaterra, un importante mercado de trigos, harinas, linos y cereales de todo tipo.

¿Hace falta más para explicar su rancia celebridad, para motivar su prosperidad creciente y para vaticinar con certeza su futuro incontestable?

Desde el punto de vista del clima, Chile es igualmente reputado y con razón, como uno de los países más privilegiados del mundo y con toda seguridad es uno de los más sanos. Abrigado de los vientos del Este por la Cordillera de los Andes y de los del Oeste por la cadena de la Costa, no está abierto sino que a los vientos del Norte, que no son otra cosa que vientos ecuatoriales. Resulta de todo ello que la temperatura no varía casi a lo largo del año, siendo el término medio de doce o de quince grados centígrados; es una eterna primavera. Por eso no se conocen allá ni fiebres, ni epidemias ni enfermedades contagiosas; y si a todas las ventajas que dejo enumeradas agregó que el suelo de Chile no abriga ni animales dañinos ni plantas venenosas, se estará de acuerdo para decir conmigo que ningún país podría ser mejor como destinación de nuestras emigraciones.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

En lo que me concierne, lo confieso, no encuentro otro revés a todos estos puntos favorables que los terremotos periódicos que sufren estas regiones; aunque se encuentran más o menos circunscritos y tienen tendencia cada año a perder de su intensidad; por eso no veo otro obstáculo a creer en la leyenda según la cual Chile habría sido el lugar donde se encontró el Edén de nuestros primeros padres.

La raza chilena que existe actualmente descende –y nadie lo ignora– de dos fuentes distintas: los conquistadores españoles y la antigua raza indígena; pero lo que se sabe quizá menos es que la raza indígena descende de los indios araucanos, que forman todavía hoy, en pleno corazón del país, un Estado autónomo perfectamente independiente; y de los indios huilliches, que habitan particularmente las montañas y se distinguen por su estatura elevada.

El tipo primitivo, por lo menos entre los hombres del campo, está muy poco mezclado; y se puede decir que el huaso –es el nombre con el cual se le designa– posee todavía actualmente nueve décimos de sangre india y solamente un décimo de sangre europea.

Generalmente es bien hecho, de talla maciza, seco y de miembros vigorosos. El color es cobrizo y ricamente coloreado, lo que denota una salud robusta.

La mujer es de estatura mediana, pero redonda y regordeta. Con sus grandes ojos azules, su tez mate, sus cabellos negros y espesos posee ciertamente su tipo de gracia y de belleza; pero en ella, así como en el hombre, el rostro es casi redondo y presenta demasiada regularidad como para comportar suficiente firmeza o distinción.

Mezclados sin embargo a los tipos españoles, estos producen personas encantadoras, más seductoras aún que las que se observan en las repúblicas de Argentina y Uruguay.

Como principales trazos de carácter, el chileno es de ordinario de maneras suaves y de costumbres tan sobrias como simples. Digan lo que digan, es excelente trabajador, sobre todo imitador; por último y antes que nada, cualidad rara, es patriota hasta la exageración. En resumen, sería de trato muy agradable si pudiera deshacerse de su fondo levemente vanidoso y embustero.

XXII

Valparaíso

La ciudad y el puerto vistos desde el mar.— Volcanes, terremotos y maremotos en Chile.

Aquéllos de entre mis lectores que se acuerdan del relato que les hice de mi viaje a través de las pampas argentinas y la Cordillera de los Andes, se acordarán también que fue por tierra que alcancé Chile y por consiguiente era ahora la primera vez que veía la capital y el puerto de mar de este país. Pues bien, vista desde tierra la ciudad de Valparaíso no parece presentar nada de maravilloso y nos preguntamos en vano lo que ha podido valerle el nombre exageradamente enfático de Valle del Paraíso.

Pero pronto tuve la ocasión de convencerme, cuando volvía de una excursión que hice en el Sur, que es del mar de donde se debe gozar del espectáculo que presentan en conjunto y la ciudad y el puerto. Ella está construída en el anfiteatro que forman doce cerros enmarcando una caleta estrecha y casi circular; la cadena de los Andes la corona con sus volcanes y los primeros contrafuertes de las montañas la ciñen de tan cerca que parece que quieren botarla al mar. Forzada como está de disponer de los terrenos de las laderas para albergar sus cuarenta mil habitantes aparece desde lejos como un amontonamiento de casas puestas unas sobre otras.

En las inmediaciones de la bahía hay, de una parte un peñón que cae en el mar verticalmente de una altura de cien pies en la cima del cual brilla el acero pulido de los veinte cañones de un fuerte; de la otra una montaña abrupta, sin verdura, sobre los tonos sombríos de la cual se dibuja al sol la silueta blanca del faro.

¡Y vean el movimiento, la animación del puerto! Fuera de los barcos de guerra y de los vapores que hacen el servicio de la costa, son más de tres mil los navíos de comercio que anualmente registran sus entradas y salidas. Todo el año puede verse, en número casi igual, barcos que cargan y otros que descargan, los cuales bajo el fuego protector de una ciudadela y de tres fuertes se cruzan, van y

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

vienen. Muchos de entre ellos hacen con el Perú un intercambio constante de oro, de plata, de platino, lanas, sebos y pieles. En todas partes hay muelles altos hechos con bloques de granito que los invitan a atracar mientras que inmensos astilleros se afanan en reparar sus averías, al tiempo que lanzan nuevos «individuos» al mar.

El tráfico que resulta de tal movimiento es de los más importantes. Los negocios se tratan por cifras enormes; y si Santiago, como capital y sede del gobierno, conserva el monopolio de la diplomacia, es aquí que reside la gran mayoría de los cónsules extranjeros.

Los temblores son periódicos en Chile. Jamás los meses de verano pasan sin que se tenga que sufrir una serie más o menos larga de sacudidas, generalmente leves, pero a veces desgraciadamente también terribles y fecundas en accidentes de toda especie o en verdaderos desastres.

De ordinario es Valparaíso y sus alrededores inmediatos que sufren más de los terremotos. Los de 1822 y 1839 y en época más próxima de nosotros el de 1873, quedaron en las memorias como cruelmente célebres.

No creo pues que esté fuera de propósito referirme aquí a algunos puntos relativos a estos fenómenos generalmente poco conocidos y que han sido hasta hoy insuficientemente explicados.

Los terremotos guardan una íntima relación con las erupciones volcánicas. Ambos son productos de la fermentación de materias sulfurosas que, al interior de la tierra, se inflaman y buscan una salida. Sin embargo, lo que marca una diferencia, lo que hace que las erupciones sean mucho más anodinas que los temblores, es que los volcanes tienen un cráter, es decir una salida hecha a propósito; mientras que en caso de terremoto, los gases y vapores en actividad tienen para desplazarse solamente los conductos de agua subterráneos donde se precipitan violentamente, sacudiendo e incluso desparramando el suelo a medida de su grado de ímpetu y el grado de resistencia o de espesor de la corteza terrestre que obstaculiza su libre movimiento.

Del desplazamiento de los gases en estos conductos, como del aire que empujan y de los vientos que desprenden bajo forma de vapor estas materias en fermentación proviene este ruido sordo, este estruendo siniestro que precede siempre y acompaña a menudo este fenómeno tristemente interesante.

Los volcanes en Chile están casi todos apagados. Aquéllos que son todavía considerados como intermitentes se activan solamente a intervalos muy espaciados. Incluso el Aconcagua, este pico de 7.300 m. de altura, el volcán más alto de toda América del cual yo alcancé su célebre cráter, no ha dado jamás, que el hombre se acuerde, señales de vida.

En lo que me concierne, solamente en el curso de mi expedición en territorio araucano, el Llaima fue, siendo conocido como uno de los más activos, el que me ofreció la visión de una erupción.

Pero si en los tiempos modernos este fenómeno ha casi cesado de romper la tranquilidad de los chilenos, desgraciadamente no es lo mismo en lo que toca a los terremotos que son según lo dije, todavía frecuentes.

En Valparaíso especialmente, dada la disposición especial de la ciudad, los movimientos revisten un carácter de gravedad crecido. En efecto, apretada de cerca como está entre la montaña y el mar, esta ciudad tiene apenas dos calles planas que corren paralelas y donde se concentra todo el movimiento comercial, los tranvías, el rodado y la circulación. Todas las otras vías están dispuestas en altura; y las habitaciones restantes, sea en bloques o bien aisladas, se escalonan sobre la montaña dominándose unas a otras. Por eso no es raro que en el minuto que sigue el ruido que anuncia un terremoto, se vea algunas de esas casas abandonar súbitamente sus fundaciones y proyectadas enteras sobre la casa de abajo, arrastrarla en su ruina, cubriendo, en menos tiempo que el necesario para escribirlo y en medio de un infernal estrépito, un vasto espacio con sus restos comunes.

Horrible, ¿no es cierto?... Y bien, tal es sin embargo la despreocupación de los pueblos de allá, que si llegan a escapar en la huída al entierro bajo los escombros, rápidamente comienzan a levantar los muros y no cederían por nada el sitio que ocupan donde el aire, dicen, es más puro, donde nada viene según ellos a ocultarles el sol ni a privarlos de respirar a pleno pulmón la brisa del Pacífico o el soplo de los Andes.

Parecerá ocioso decir que cuando los temblores se producen en tales circunstancias provocando tales resultados, raramente suceden sin víctimas, a veces traen consigo verdaderas hecatombes humanas.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

Pero, visto lo que precede, los pobres damnificados no tienen nada para defenderse, ningún paliativo, ningún remedio serio y práctico.

En la capital en cambio, a causa de la propia disposición del valle del Mapocho, las habitaciones pueden gozar de mayor seguridad.

En efecto, aquí las casas están en su mayoría construídas sobre el excelente modelo que paso a describir: los edificios, vastos pero sin pisos superiores, toman la forma de un rectángulo al interior del cual se abre un inmenso patio cuyo centro constituye un pequeño refugio. Pues bien, cada pieza tiene una puerta que da a este patio. A la primera alerta, al primer anuncio del temblor, cada quien abre su puerta y corre al refugio. La casa puede venirse abajo, por lo menos los habitantes escaparán de quedar enterrados bajo los escombros.

Sin duda estas construcciones bajas y hechas de líneas uniformemente regulares ofrecen un aspecto que no puede ser más lúgubre y daña el carácter de conjunto de Santiago... Pero los chilenos se sienten felices y con razón de ganar en seguridad lo que su capital pierde en estética.

Aquí, donde el terreno no se presta en absoluto a construir de esa manera, los habitantes de Valparaíso no tienen otro medio, en caso de sorpresa, que el peligroso expediente de precipitarse a la calle. Por eso puede vérselos en caso de peligro aglutinarse en masa, atontados, perdidos, lanzando gritos siniestros o cayendo de rodillas..., espectáculo que se hace tanto más extraño y convengámoslo, casi cómico cuando el fenómeno se produce en plena noche, como parece ser frecuentemente el caso.

No hice una estadía de más de tres meses en Chile, pero no pude escapar a una u otra sacudida. Sin embargo, el respeto que debo a la verdad me obliga a consignar que las más fuertes de entre ellas apenas lograron sembrar el desorden entre los objetos menudos de mis aposentos. Como quiera que sea, el peligro existía realmente en el curso de los temblores ya que sólo después de restablecida la calma puede hacerse el verdadero inventario y deducir su intensidad.

¡Y bien! Precipitarse a la calle es una idea que no comprendí jamás y que nunca me vino al espíritu. En la calle en efecto, por una casa que usted huye hay dos que lo amenazan y luego, ¡cuántas pobres almas que reposaban durante la noche en calma, apenas vestidas, presas de un terror poco justificado y sacadas del lecho para

ser empujadas fuera, atraparon en seguida una pleuresía que se las llevó para siempre!

Así pues, antes que nada, más vale quedarse donde se está, poniéndose bajo los dinteles de las puertas, que en caso de hundimiento del techo ofrecen un abrigo excelente.

Tan grande es la perturbación, sin embargo, que provoca aquí el temblor, que cada uno obedece instintivamente a su primer impulso, que es de huir rápidamente sin saber adónde. Vean, más bien:

Habiendo sido presentado hace poco en un salón de gran tono, hacía yo visita a la gente de esa casa. Tuve gran ocupación aquella tarde: encantadoras y risueñas, la madre y dos de sus hijas me acoaban de preguntas y les divertía más, convengámoslo, mi castellano imperfecto que el fondo de mis respuestas. Al cabo de una media hora de estos juegos inocentes un frío se tendió de manera repentina sobre la conversación..., en efecto, bruscamente y sin motivo aparente, mis tres interlocutoras, tomando cada una una puerta desaparecieron. Yo había escuchado como un ruido de vehículo al cual no presté ninguna atención, puesto que el temblor era todavía desconocido para mí. ¡Que se juzgue pues de mi estupefacción! Acabo de llegar a Chile ignorando todos los usos y costumbres. Largo tiempo me quebré la cabeza buscando una explicación y terminé por creer que me encontraba en presencia de un expediente nuevo y original para despedir las visitas importunas. De ahí que, respuesto de mi sorpresa, tomé mi sombrero y me fui. Al día siguiente estas damas enviaron en busca de noticias mías y supe además que, a su regreso al salón, me habían buscado y se inquietaron a mi respecto.

Fuera del ruido subterráneo, los chilenos poseen además un bonito juguete, por lo demás bastante parisino, que en caso de temblor sirve para advertir todo el mundo. Es una especie de araña cuyo cuerpo es en metal o en madera, cuyas patas son de alambre en espiral y que cuelga del cielo raso por medio de un largo hilo elástico. De extrema sensibilidad, este instrumento permite constatar las conmociones leves que preceden generalmente los grandes temblores.

La mayor parte de los chilenos pretenden asegurar los inmuebles contra los sismos empleando para construirlos el adobe. Creo que en principio tienen razón, porque este ancho ladrillo, cocido únicamente bajo la acción del sol, conserva bastante tiempo una elasticidad

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

preciosa. Sin embargo esta calidad se debilita con el tiempo hasta desaparecer y el edificio se hace así mucho más quebradizo. Se me preguntará: ¿y cuál es el remedio entonces? La cuestión de la construcción ha preocupado desde siempre, como se comprenderá, la opinión en Chile.

¡Y bien! Pienso que los ingenieros belgas han encontrado una buena solución. Un gran paso ha sido dado en ese sentido cuando inventaron y enviaron allá un modelo de casa completamente en fierro que garantiza su indestructibilidad¹.

Era en 1875 y ese producto de nuestra industria nacional estaba destinado a figurar en aquella época en la Exposición Universal de Chile. Hablo con conocimiento de causa puesto que mis funciones de Comisario Belga a la Exposición me obligaron a prestar mi concurso para expedir, transbordar, recibir y montar esa casa en el gran parque de Santiago. Sin duda la idea era práctica y el montaje tan fácil, que fue reconstruída en sólo algunas horas. Viguetas de hierro con correderas y placas de fierro fundido interpuestas constituían la integridad de su mecanismo. Después de introducir las placas numeradas, las viguetas fueron sucesivamente empalmadas entre ellas, luego sólidamente empernadas; y la casa, constituída de una sola pieza podía, en caso de violentas sacudidas, desplazarse a lo mejor, sin jamás hundirse.

Obligado a dejar Santiago, no pude saber si el prototipo había sido adoptado o no, no fuera que en principio. Lo que sí sé es que detrás de los elogios merecidos con los cuales se le acogió, se dejaban ver algunos reproches con respecto principalmente a los tres aspectos siguientes: bajo la acción del sol el metal se calentaría y con ello elevaría de manera indeseable la temperatura al interior; luego, el aire exterior filtraba por todas las juntas; por último, esta jaula metálica de una sonoridad francamente molesta, podría convenir sólo a los sordos de nacimiento. Todo ello y los inconvenientes que se deducen me parecen ciertos, pero, ¿puede decirse por tanto que no existe en el proyecto una idea de base fecunda? ¿Quién podría

1. Dicha casa salió de los famosos talleres del señor J. Cockerill y Cía, situados en Seraing (Lieja).

afirmar si sucesivamente alquitranadas, calafateadas, incluso revestidas, estas casas no serían un día las más solicitadas? Por último, ¿por qué no se adoptaría en el Sur la casa de hierro por su seguridad, así como en el Norte se adopta la casa de madera por su comodidad?

El Océano Pacífico es a su vez a menudo sacudido violentamente por los sismos y las erupciones de volcanes submarinos. Los volcanes sumergidos casi no existen sino a pequeñas profundidades, puesto que son las cimas de las montañas que forman el fondo del mar. Sus erupciones no traen consigo efectos desastrosos, ya que el agua llena y por lo mismo apaga los cráteres rápidamente. A veces incluso, en el curso de su actividad, estos volcanes, sacando rápidamente la cabeza fuera del agua, contribuyen a dar al Océano alguna nueva isla o a extender un poco la superficie de los continentes.

No es lo mismo con los terremotos submarinos. Cuando en efecto, en una vasta extensión se agitan y levantan los bajos fondos del mar, éste obedece a tales movimientos bajo el impulso dado, sube a veces a alturas increíbles, luego cae bruscamente. Esa es, con toda seguridad, la causa principal de las tempestades imprevistas de las cuales el Pacífico es sin cesar el teatro o de esos terremotos que con frecuencia caen sobre las costas chilenas y de preferencia sobre Valparaíso.

Un día, en Valparaíso mismo, asistí a uno de estos sorprendentes espectáculos de la naturaleza. El mar, hasta entonces tranquilo e impasible, se puso bruscamente a hervir. Al mismo tiempo, como lanzados por la reacción súbita de un resorte gigantesco se levantaron las aguas, las olas mugieron, espumaron. Al interior, quizás a dos millas, donde esta tempestad repentina acababa de nacer, se la vio avanzar rápida, impetuosa, alcanzando las aguas del puerto. Yo acepté refugio en una casa que daba hacia la bahía. El espectáculo se hacía imponente, pero lúgubre. Aquí, barcas endebles cogidas literalmente por la tempestad para luego ser lanzadas contra los muelles, donde se quebraban como vidrio; más allá grandes navíos que rompen sus cadenas o que tuercen sus amarras, piruetean, se entrechocan, se trituran unos contra otros. Tablas, toneles, mil restos flotantes pasan en desorden en una corriente rápida. El mar, no contento con sacudir los diques o de golpear la playa, franquea los muelles y barre las calles bajas de la ciudad, entrando en las casas o invadiendo los sótanos. A tierra, grandes catástrofes son de temer.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

Pero de repente las aguas se retiran, su fuerza se apacigua sensiblemente, las olas se nivelan; y luego, la calma restablecida en la bahía nos permite contemplar en su conjunto desolador un verdadero campo de ruinas. Se cuentan pocas víctimas, ¡gracias a Dios! ¡Pero cuánto caos y qué naufragio! Una hora había sido suficiente para provocar tantas ruinas, tanto desastre irreparable. Más de treinta buques acometidos yacían entreabiertos, hundidos o su cargamento había sido vaciado al mar. El nuevo acorazado chileno *La Esmeralda*, inclinado sobre un costado, dormía fuera de combate. Esta máquina de guerra, que el gobierno acababa de adquirir con grandes gastos y que todavía la víspera era el orgullo de los chilenos, desmantelada, molida, haciendo agua por todas partes, flotaba todavía en medio de las ruinas. Los oficiales de a bordo, como su tripulación, que se divertían en tierra, cayeron sin duda bajo el peso de severas penas disciplinarias; lo que no impidió de deplorar la pérdida del navío.

En la ciudad, solamente algunos efectos extraños: un buen número de ratas, cuyos refugios habían sido súbitamente invadidos por el agua, corrían por las calles enloquecidas y temblorosas; algunos peatones en retraso, con gran sorpresa de su parte fueron lanzados a tierra; de otro lado, un centinela que se refugió rápidamente en su garita, fue levantado, él y su refugio, por una ola y llevado cerca de treinta metros del lugar de su facción, todo de una pieza, sin que ninguno de los dos haya roto con el maravilloso equilibrio.

Y ahí me paro..., porque siento que me van a acusar de hacer novela y no historia. Sin embargo, no puedo clausurar la serie de páginas consagradas a estos fenómenos imponentes sin entregar a la meditación y más probablemente al escepticismo de mis lectores, los dos hechos siguientes:

He aquí el primero: érase apenas hace veinte años. Un maremoto de violencia diferente, como se verá, del que acabo de contar, estalló igualmente en la rada de Valparaíso. Pues bien, a la entrada de la bahía se levanta, como lo he dejado dicho, un peñón de más o menos cien pies de altura, el cual está coronado y defendido por la batería de un fuerte. Y se dice que en el fragor de la tormenta las olas vinieron a barrer dicho peñón y se llevaron dos de los cañones, que cayeron al mar.

No me habría resuelto a creer este rumor, si no hubiera visto las huellas todavía frescas de otro hecho de naturaleza parecida y sin embargo mucho más insólito.

Es el siguiente: Tuvo por teatro la costa chilena formada por una playa estrecha, seguida de un cerro de arena. Los héroes de este drama son por un lado un maremoto y del otro una fragata inglesa. Que Julio Verne me perdone, pero doy los hechos que cuento como históricos y sin comentarios. Así pues, un día que la desgraciada fragata navegaba cerca de la costa fue sorprendida por un maremoto tan súbito y de tal violencia, que según parece no pudo tomar medidas para defenderse. El hecho es que una ola la levantó de repente, la hizo pasar sobre la playa y la clavó como un dardo en los flancos de la colina, tal un proyectil de un nuevo tipo. Toda la proa desapareció bajo la arena. De tal suerte que cuando el agua se retiró pudo verse, al levantar los ojos hacia la colina, el navío desafortunado suspendido entre cielo y tierra.

Y es ahí que se le puede ver todavía..., un sendero lleva hasta él. La parte de la quilla que emerge de tierra forma un bonito chalet graciosamente rodeado hoy día de verdura, donde se puede subir por la antigua escala de a bordo. La popa sirve de balcón con vista al mar... y lo que fue la cámara de oficiales es un bar, cuya visita es obligatoria. Es ahí, en el corazón mismo de la fragata, que la imaginación americana se refocila en calmar a precio de oro la sed de los curiosos que ella atrae.

Hechos parecidos se hacen felizmente cada vez más escasos. Por eso hoy hay que exagerar su importancia ni concluir de las páginas que preceden que hay imposibilidad de habitar este país ni que existe una falta de seguridad en Chile. Que todo el mundo se acuerde que el territorio de este país es tan vasto que sólo del lado del Océano ocupa más de ochocientas leguas de costa; que se acuerde también que elegí Valparaíso y sus alrededores inmediatos a propósito, como los puntos más expuestos a los maremotos y terremotos. Por otro lado, sea porque los fuegos que los provocan se apagan progresivamente en el seno de la tierra, sea porque la corteza terrestre se hace a la larga más espesa, es de notar que en cada período nuevo se manifiesta una disminución en la duración, la sucesión y especialmente en la intensidad de estos fenómenos en Chile.



DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

XXIII

Santiago

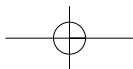
El ferrocarril de Valparaíso a Santiago.— Panorama, descripción de la ciudad.— El cerro.— El parque Cousiño.— Cómo los chilenos practican la hospitalidad.— De la propiedad rural en Chile.— Los baños de Apoquindo.— Algunas páginas detalladas sobre las costumbres de Santiago.

De Valparaíso a Santiago, capital de Chile, el trayecto por ferrocarril se efectúa en cinco horas. Comprende un recorrido de ciento ochenta y cuatro kilómetros.

La línea sigue primero la costa del Pacífico, la quita luego para penetrar en un pequeño valle de lo más salvaje; pronto comienza la ascensión de una cadena de montañas que lleva los viajeros a una elevación de más de dos mil metros; y luego, de un trazo, descendiendo de nuevo hasta Santiago.

Toda la vía está jalonada de obras de ingeniería. Pendientes y curvas rápidas, túneles, puentes suspendidos, etc. son tratados con una audacia y una seguridad de mano dignas de los más grandes ingenieros. En lugares donde la piocha y el explosivo debieron tallar a vivo en la montaña, muros de albañilería contienen la roca friable. Sucede sin embargo que, a despecho de las precauciones incontestablemente minuciosas, bloques de roca, al desprenderse de alguna alta cima, vengán a obstruir la vía y causar a veces el descarrilamiento de un tren..., pero por medio de la supresión de los trenes nocturnos en ciertas estaciones del año, por la moderación de la velocidad en lugares peligrosos, por medio del freno, gracias en fin al espolón en el día y al reflector que lleva la locomotora la noche, se evitan casi siempre los accidentes en los límites de lo posible.

Se puede adivinar la diversidad de cuadros que se ofrecen a la mirada del viajero en el curso de un camino de tan agrestes paisajes. Mientras a veces se encarama sobre peñones o atraviesa quebradas o bien franquea torrentes, puede contemplarse abajo las riquezas agrícolas del Valle Central o admirarse hacia arriba la majestad de los Andes.



El descenso de efectúa rápidamente. Al cabo, extendiéndose sobre un ancho llano, se ve Santiago¹, más agradable a contemplar desde las alturas que la rodean que a recorrer en búsqueda de la belleza de líneas y de lo pintoresco.

En realidad, sus casas regulares y bajas, pero rodeadas de grandes árboles, sus jardines bien plantados, sus Quintas, a la distancia le dan un aire risueño, esmerado, casi coqueto, que de cerca se ve desmentido. Y de hecho, fuera de la *Plaza de Armas*, centro donde pueden verse algunos monumentos imponentes, y del *Cerro Santa Lucía*, colina natural que los chilenos tuvieron el buen gusto de respetar y decorar, Santiago está lejos de hacer honor suficiente a su calidad de capital. La mayor parte de sus calles son frías, sin carácter, mal empedradas, hechas de habitaciones sin ornamentos y sin arquitectura. En las rutas de los suburbios donde se marcha sobre medio pie de arena, se levanta a cada paso nubes de polvo que ensucian los muros, enceguecen los transeúntes y penetran en las moradas. Y luego, ¡qué triste aspecto como el que presentan esos largos muros de tierra que bordean las propiedades rurales! Admito que se ven aquí y allá hermosos árboles; pero la sequía y el polvo ensucian sus hojas y empañan su resplandor. Frente a estos infelices cuyo follaje ha sido privado por tanto tiempo de las aguas benefactoras del cielo, se está tentado de enojarse con el eterno sol de Chile.

Fundada en 1541 por don Pedro de Valdivia, como se ve Santiago no es una ciudad joven, sin embargo dista mucho de estar terminada y se agranda cada día. Se constata igualmente una rápida progresión en el número de sus habitantes que al día de hoy se eleva a más de ochenta mil. Construída sobre una planicie que se levanta a algunos seiscientos metros y rodeada por todos lados por montañas o *cerros*, goza de un clima altamente reputado.

A pesar del aspecto verdaderamente poco seductor que ofrecen los suburbios y alrededores de Santiago, la ciudad misma, es decir, su centro, no está desprovisto de monumentos o vacío de bellezas.

1. Generalmente designada con el nombre de Santiago de Chile para distinguirla de Santiago de España, de Santiago de Cuba y de tantas otras ciudades puestas igualmente bajo el patronato de San Yago.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

Como asiento del gobierno y capital del departamento más central y más populoso¹, posee palacio, obispado, universidad, liceos, bancos, teatro y Casa de Moneda. En tanto que depósito de todo el comercio del país posee numerosos establecimientos, la industria nacional estando representada por la alfarería, la ebanistería, pero sobre todo por la talabartería. El comercio extranjero ocupa a su vez almacenes lujosos, elegantes. Por último, algunas iglesias, la de Santo Domingo entre otras, son dignas de elogio y completan, con el gran puente que atraviesa el río de la ciudad, el Mapocho, el conjunto relativamente imponente de los monumentos de la capital.

Como aquí no son escasas ni las grandes familias ni las grandes fortunas, la ciudad mostraría seguramente mucha más magnificencia si los terremotos no le impidieran de elevar toda construcción algo grandiosa. Por eso tienen gran razón de reservar el lujo a la decoración y a la verdadera comodidad interior; ¡muchos hay, a fe mía, que tienen el perfecto mal gusto de no mostrarlo que en la fachada!

Una gigantesca construcción por ejemplo, es el *Gran Hotel* de Santiago que, frente a la *Plaza de de Armas*, presenta una copia, por lo demás bastante fiel, del *Grand Hôtel* de París. No me atreví, lo confieso, a prolongar mi estadía en este inmenso caravanserrallo donde, llevados a una altura excepcional para estos países, los ladrillos y las piedras talladas ofrecen un desafío lanzado a los terremotos.

Un inmenso bulevar conocido bajo el nombre de *Paseo de la Alameda* conduce al *Cerro* o *Paseo del Santa Lucía*, que es indiscutiblemente una de las principales curiosidades del lugar. Es una colina natural que se levanta justo al medio de la ciudad y que por medio de una suscripción nacional fue transformada en parque público. Circular en su base y de forma acentuadamente cónica, alcanza cerca de ciento cincuenta metros de altitud. Roca inútil, hace apenas diez años, masa molesta a primera vista, la actividad y el espíritu de empresa de los chilenos han hecho hoy, al precio de algunos millones, una indiscutible maravilla. Ahora el Cerro, accesible a los vehículos desde la base hasta la cumbre, es un lugar de paseo y esparcimiento elegante y concurrido, donde el brillo de los

1. El departamento de Santiago cuenta doscientos ochenta mil habitantes.

jardines rivaliza con las especies de una vegetación exótica amorosamente conservada. Rocas a pico naturales, roqueríos artificiales, grutas, estatuas, monumentos de todo orden, fortalezas en miniatura, senderos, escaleras pintorescas, puentes suspendidos, cascadas, lagos y canales..., nada falta. Es un verdadero museo que, no contento con encantar la mirada, puede a su vez reconfortar el cuerpo y el espíritu, puesto que se compone, en la graduación de sus diversos monumentos, de la biblioteca al restaurante. Confieso que uno se siente feliz de ver la idea religiosa coronando la obra humana y de saludar la cruz clavada en lo más alto del pináculo. Se puede contemplar igualmente, sobre una cumbre vecina, un calvario y se puede admirar también a algunos pasos la bonita pequeña capilla de Santa Lucía donde desde hace un tiempo los novios de la sociedad chilena creen de buen tono ir a sellar sus compromisos. Por último, grabada en letras de oro sobre la piedra que al pie del cerro sostiene la reja de entrada, se lee la siguiente inscripción: «*Paseo de Santa Lucía, inaugurado el 17 de septiembre de 1872. Obra de Dios, el pueblo de Santiago, con sus ofrendas, la hizo suya*».

Igualmente, es a la acción patriótica una vez más, que Santiago debe su gran parque conocido bajo el nombre de *Parque Cousiño*, ya que fue gratuitamente que el extendido terreno que ocupa fue dado a la ciudad por la opulenta familia chilena de la cual él perpetúa el apellido.

Arreglado según el gusto del *Hyde Park* de Londres, aunque de proporciones sin duda más pequeñas, este parque constituye a ciertas horas y en días convenidos, el lugar de reunión de todo lo que la ciudad cuenta como sportsmen o que puede mostrar como carruajes. Un estanque central les permite de hacer «la vuelta al lago» obligatoria.

Es aquí que el pisaverde del lugar viene a mostrar las gracias perfumadas de su pequeña persona, su vestón ceñido, la armonía de sus formas o el arte con el cual maneja su montura. Es aquí que el hombre maduro, frente soñadora, figura grave, saca sus condecoraciones, pasea desde el fondo de su victoria los sueños de una ambición que crece por instantes y se aplica a darse, sobre todo para la galería, con sus aires de hábil político o de pensador profundo. Es aquí que van, además, los jóvenes elegantes completamente armados de su peligroso arsenal, haciendo chispear los ojos negros para

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

alardear de sus diversos encantos o para *poner a la moda* el traje que, llegado de París esa mañana, será el único tema de conversación una vez caída la tarde. En resumen, es ahí que se interpreta una vez más la eterna comedia mundana; ahí es que jóvenes y viejos se disputan unos a otros un lugar en el espacio; ahí que se viven cada día esos folletines verdaderamente interminables, cuyo texto varía poco de un clima a otro y cuyo fondo es de seguro en estos lados eternamente el mismo.

En Chile, como en la Plata, se profesa por los carros y las monturas el culto de lo macizo, de los adornos y de los oropeles; pero aquí los caballos son de raza más pura, de más noble estirpe. Es verdad que no poseen los mismos recursos que los de la *pampa*, pero son de formas más hermosas y de precio más elevado. Es todo lo que han obtenido hasta aquí los criadores chilenos que se han esforzado en combinar las razas indígenas con productos ingleses. Sin embargo, todo deja creer que este trabajo, todavía balbuciente, producirá en seguida resultados más satisfactorios.

Los chilenos son de carácter hospitalario y tranquilo, de espíritu amable y comunicativo y en la vida de interior simples y bonachones por naturaleza. Habiendo sido sucesivamente presentado en sus círculos, admitido en sus salones, invitado a sus fiestas o familiarmente recibido en reuniones íntimas, pude formarme de ellos una idea bastante compleja que creo sea la verdadera y que resumiría con mucho gusto por medio de esta expresión corriente: «tienen el corazón en la mano». Tomaré, entre mil, un ejemplo que puede dejar testimonio de ello.

Apenas llegado a Chile hice conocimiento de un hombre espiritual, amable y por lo demás bastante culto, en la persona de don N*** M*** C***, uno de los grandes ganaderos del país. Estábamos ligándonos de amistad. Pues bien, un día que le pedí consejo para la elección de un caballo que yo quería destinar a mis excursiones cotidianas en los alrededores de Santiago: «Está bien, voy a pensarlo», me respondió simplemente. Había vuelto a casa, donde terminaba una modesta comida, cuando vinieron a avisarme que un hombre a caballo insistía en hablar conmigo. Efectivamente, montado sobre una pequeña bestia de caza de pura raza inglesa y coquetamente ensillada, el recadero esperaba en la puerta. Echó presto

CHILE

pie a tierra y me tendió una tarjeta de don N*** M*** C***: «Le ruego devolverme la bestia, con su silla y su brida, cuando partirá de Santiago». En parecidas condiciones, no me quedaba otra cosa que aceptar; me quedé con el caballo y el mensajero se fue.

Al día siguiente, montado en un media sangre de gran prestancia, pudo vérseme mezclado a los lechuguinos del Parque Cousiño. Pero no quise acostumbrarme y preferí aprovechar las excelentes disposiciones de mi animal para visitar las *quintas*, *chacras* y *haciendas* de los alrededores más o menos lejanos.

Para aquéllos que estas palabras puedan parecer incomprensibles, diré que la propiedad rural en Chile se divide, según su importancia o su destino, en *quintas*, *chacras*, *hijuelas* y *haciendas*. Cada uno de estos términos merece una explicación.

La *quinta* es el simple chalet, con sus dependencias y un pequeño vergel.

La *chacra* no es, en principio, sensiblemente diferente de la primera, pero tiene un terreno más grande y es considerada como una propiedad de gran valor. La primera que visité tenía, rodeando un soberbio chalet, vergeles llenos de frutos, invernaderos atestados de flores y grandes avenidas cubiertas por las parras que guiaban sobre vigámenes de fierro. Podía verse también largas avenidas de álamos seculares, un gran parque a la inglesa, palmeras, bosquecillos, un lago..., y qué sé yo.

Se llama *hijuelas* las granjas destinadas exclusivamente al cultivo.

Por último, las *haciendas* en Chile son verdaderos dominios donde se practica al mismo tiempo la crianza de ganado y el cultivo en los valles. En su parte montañosa se explotan los bosques que la cubren. El término *hacienda* corresponde a este lado de los Andes, al de *fazenda*, en Brasil y de *estancia*, en las pampas. En el capítulo donde hablo de las cazas que hice en estas inmensas propiedades, haré conocer una u otra al lector.

Una muy interesante excursión que debe hacerse también en los alrededores de Santiago, es la de los Baños de Apoquindo, distante apenas hacia el Este de veinte kilómetros de la ciudad. Dichos baños están instalados a partir de fuentes termales cuya temperatura oscila entre 17° y 23° centígrados, y sus aguas alcalinas parecen merecer su gran renombre. Al pie mismo de la cordillera ocupan

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

una planicie que alcanza ochocientos metros y están admirablemente habilitados. Es la industria privada que tiene la concesión de las fuentes y ha construido en torno de ellas un establecimiento bastante completo con piscina, salas de baño privadas, gran galería de duchas..., etc. Todo lo cual está coronado por un hotel verdaderamente confortable que comprende una serie de habitaciones graciosas rodeadas por un jardín abierto al aire libre, que se presta a juegos de todo tipo. Estos baños son muy frecuentados una buena parte del año y comparten la moda con los Baños de Cauquenes, situados más al Norte (sic)¹ y cuya temperatura es bastante más elevada (35° a 47° centígrados).

Pero volvamos a la ciudad para pasar en revista rápidamente lo que, en detalles o en costumbres de sus habitantes, puede presentar aún algún interés o contraste con los usos y el modo de vida europeos.

Se recordará que a propósito de los terremotos, la gran mayoría de las habitaciones sólo ofrecen en realidad una serie de piezas distintas que se abren, cada una, a un patio interior, donde se encuentra refugio al primer anuncio del *temblor*. De esta disposición casi general de las casas resulta el siguiente inconveniente: para ir del salón al comedor, hay que pasar por el patio. Más pintoresco que práctico, este viaje se complica en invierno donde, además de ser pesado, puede hacerse peligroso.

Las calles de Santiago están, casi todas, pavimentadas con piedras de mar o adoquines de río, y la ausencia de veredas las hace insoportables a los peatones. Parece que los caballos se acomodan mejor, por lo menos no se les ve sufrir en su marcha. Y en efecto, excelentes calesas, generalmente tiradas por dos caballos, surcan rápidamente la ciudad por todas partes, y no sería ni en París, ni en Bruselas, ni siquiera en Londres, a lo mucho en Viena, que se verían coches parecidos. El cochero no olvidará, yo lo sé, de detenerse a la mitad del camino en los grandes abrevaderos de la ciudad, pero aparte estos altos forzados, que la salud de sus bestias reclama imperiosamente, como él dice, seguirá imperturbable a buen tranco. En cuanto al precio de la carrera, es por lo menos original. Así,

1. Las indicaciones cardinales del autor son a veces equivocadas (NdT).

por un viaje de diez pasos o por uno de largo aliento, es uniformemente veinte centavos...; pero el cochero puede en camino llenar su vehículo y tomar otros viajeros. ¿Quiere usted viajar solo?; entonces es un peso que deberá pagarle por adelantado.

El traje ha perdido en Chile su gracioso carácter de antaño desde que las modas uniformes han desgraciadamente todo destronado, invadido, por todos lados. En la ciudad son apenas las mujeres las que han conservado el famoso vestido de la mañana y de la iglesia, descrito tan a menudo, el *manto*. Este amplio chal negro, que por lo demás ellas saben lucir con gran gusto, las recubre enteras y, puesto sobre la cabeza, les sirve de velo sobre la cara al punto de no dejar pasar que la punta de la pequeña nariz y la llama de dos hermosos ojos. Así vestidas, se las ve la mañana correr por las calles para rendirse a la iglesia, llevando un cuadrado de tela o un pedazo de alfombra: Es lo que va a servirles de cojín y sobre el cual van primero a arrodillarse para luego, por medio de una hazaña que no pude comprender, van a dejarse caer para sentarse.

Sin duda este traje es cómodo y permite a estas damas salir en una bata, de acuerdo con su naturaleza perezosa; pero es sombrío y uniforme y verdaderamente poco halagüeño, debiendo, en su calidad de disfraz, prestarse a mil abusos en estos países naturalmente inclinados a las aventuras galantes. ¡Cuánto más gracioso es por lo demás, el coqueto velo de encaje negro, la mantilla española, sostenida al peinado por el peine de carey de las mujeres de Buenos Aires y de Montevideo!

En el campo, los *huasos* se visten casi todos todavía con el práctico atavío del *gaucho* de la pampa; el *poncho* a través del cual hay que pasar la cabeza, el cinturón de cuero, el pantalón flotante y la bota flexible adornada con las pesadas espuelas de puntas fantásticas. Sobre la cabeza el sombrero de fieltro de anchas alas o la chupalla de paja, adoptada igualmente por las mujeres durante el verano.

Qué hermoso cuadro de tipos se ve cuando, montada sobre el mismo caballo con arreos constelados de plata, una pareja *huasa* viene a Santiago con sus pintorescos atuendos; él con el cuerpo bien plantado, los pies metidos en grandes zuecos de madera esculpida en guisa de estribos, conduciendo su bestia con riendas de cuero trenzado...; ella, sentada sobre la grupa del caballo cubierta

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

a este efecto por seis u ocho pellejos de cordero, una mano sobre el talle o agarrada del cinturón de su esposo, y con la otra portando un quitasol que, hecho de plumas de avestruz, es de un efecto sorprendente! Y no vaya a pensar que esta pereja admirable molesta el caballo que la transporta, o tema de ser desarzonada: los tres, animal incluido (que a menudo no ha sido completamente amansado) serán vistos pasar al galope por los caminos, como una sola pieza.

Las familias chilenas son particularmente numerosas. La cuota de niños es frecuentemente de diez, a veces quince y se me ha citado tal o tal matrimonio que ha dado a la patria hasta veintiocho ciudadanos. Esto se comprende en un país donde los centenarios pasan inadvertidos; donde, no contentos con vivir viejos, se casan tan jóvenes que se ha visto ya madres de veinte años pasear amorosamente tres o cuatro párvulos.

Para casarse aquí hay muy pocas dudas, poco aparato y pocos preámbulos; no se pierde el tiempo. Los jóvenes se gustan, se desean... Para poder confesárselo y hablar de ello, las ocasiones no faltan. Se las dará, ellas son diarias y ellos aprovecharán con tanta más seguridad cuando saben que es por ellos que se organizan estas reuniones de cinco horas, donde se espera en vano la lámpara que no llega; por ellos estas largas tertulias donde las madres se absorben en interminables conversaciones; por ellos este claroscuro, estos sillones alejados, esos amables rincones. Se intercambian dulces propósitos, se hacen recíprocos juramentos, una promesa y el compromiso está hecho...; el resto no será largo.

El ejército republicano tiene una gran apostura y buena presentación. Vestidos y equipados como los soldados franceses, de los cuales llevan a menudo los antiguos uniformes, los soldados de Chile merecen, bajo todos los aspectos, la reputación de bravura que han sabido conquistar. Una sangre fría maravillosa, una disciplina severa, un patriotismo de tomo y lomo y virtud rara todavía en estos países, una incorruptibilidad reconocida, los distinguen de sus vecinos. El efectivo en tiempos de paz no sobrepasa en tierra los cuarenta mil hombres; pero tienen además excelentes marinos.

Donde el progreso es quizá poco considerable es en la música y en las bellas artes. Estas últimas están, es verdad, representadas por algunos pintores; pero creo que si tienen buena reputación la deben

más al orgullo nacional, que se place en exagerar sus talentos. A pesar de que están todavía poco cultivadas, las artes son bastante apreciadas, entre las cuales la más desarrollada de todas es la fotografía; ésta es, de manera sorprendente, del dominio público en estos países. Y está muy bien así, después de todo, puesto que ello permite a cada uno procurarse los tipos y modelos de su elección, haciendo desaparecer de esas encantadoras imágenes ese carácter idiotamente comprometedor que, a mi parecer, se le atribuye en Europa.

En cuanto a la música nacional, es casi nula en Chile. Los chilenos no poseen clásicos y sus composiciones van raramente más allá de la danza; sus escasas óperas no son otra cosa que una serie de motivos danzantes. Pero para la danza, hace tiempo que son maestros en el género y cada uno de nosotros conoce la originalidad de sus *zamacuecas*.

Sin transición paso a la cocina y mis lectores me perdonarán, pienso, este brusco salto literario, dado el interés de ellos. Aquí todo se acomoda con grasa y el abuso de esta base culinaria indisponde con frecuencia y por supuesto fatiga el estómago. ¿Y quién sabe si no es ella la causa de que los chilenos tengan el estómago tan frágil y delicado? Por lo demás comprendí poco su sistema de alimentación. El clima, en efecto, no parece ser propicio a los alimentos fuertes, abundantes y picantes que ellos buscan. ¿Y qué decir de la gente del pueblo que, además de todo ello, guiados por un gusto escandaloso, tienen la costumbre de beber la sangre? Y lo que digo es verdad; cada día, a este efecto, la multitud va al matadero; ella cree, la infeliz, encontrar la energía, las fuerzas, la salud; pero bebe más bien los gérmenes de la muerte. Esta detestable práctica sólo puede confirmar sus instintos sanguinarios. A tal punto es cierto que por lo menos entre el populacho, la civilización no es otra cosa que un barniz que no es necesario raspar mucho para que aparezca el hombre antiguo, el bárbaro, ¡el indio!

Asistí varias veces, en sociedad, a cenas de aparato; he aquí lo que me impresionó especialmente. Estas comidas estaban compuestas de una serie interminable de platos servidos, todos indistintamente, a la porción. Había siempre un lacayo por cada pareja de invitados que, o bien se aplicaba a cambiar los platos, o bien hacía alternar en las copas los vinos de Francia y de Chile. Un brindis a

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

cada vaso y la obligación de vaciarlo al seco cada vez hacía que en pocos instantes la reunión se ponía bastante ruidosa. Pero me plazco en dejar testimonio que, a pesar de todo, raramente se pasaba de la raya, hecho que vi producirse una sola vez. Fue desgraciadamente en una cena semioficial y de gran gala! Cosa digna de notar, ese día se nos servía en una vajilla en porcelana de Sèvres con los sellos de Napoleón III.

Señalo de paso un uso encantador: la dueña de casa es servida en último lugar... Pero todo el mundo espera y sólo cuando ella toma sus cubiertos, los comensales se ponen en movimiento.

Ahora, para terminar estas páginas de detalles sobre las costumbres de la capital, una palabra sobre la situación religiosa en Chile.

Del mismo modo que en toda Sud América, la religión católica es religión de Estado. Sólo es tolerado un templo protestante en Santiago: es una concesión hecha recientemente a los representantes del comercio inglés y alemán. Pero hay que convenir que la religión católica se practica aquí –del mismo modo que del otro lado de los Andes, lo que es una lástima–, como si fuera una superstición. Nada de extraordinario, por ejemplo, de ver en las calles de la ciudad esos mendigos a caballo portando imágenes de la Virgen o relicarios de los santos, que ofrecen a besar por algunos *centavos*. Parece que este comercio es bastante lucrativo, pero ¿por qué el caballo? Lo ignoro.

El domingo las iglesias rebosan de mujeres de todas las edades y de toda posición; de nuevo los hombres se hacen notar por su ausencia. Y si los almacenes están cerrados ese día, cabe preguntarse si es el comercio el que se reposa o los comerciantes. Porque estos señores haraganean a su gusto; el placer del reposo es tan grande, que los negocios durante la semana no abren jamás antes de las ocho, mientras que a las nueve de la noche ya están cerrados.

Las grandes ceremonias del culto se celebran aquí con gran pompa y aparato. Son las únicas que cuentan con el privilegio de atraer todo el mundo; pero los hombres asisten a ellas más como curiosos que como creyentes. Es el caso para las procesiones y la de *Corpus Christi* me ofreció una muestra.

Aquí las procesiones tienen lugar a la caída del sol, a la luz de las antorchas, al son de las bandas militares, al ruido de los cohetes,

de los cañonazos. Por doquier una multitud compacta y muy ruidosa, por doquier altarcitos ricamente decorados y casas iluminadas. En el cortejo hay gran desplazamiento de tropas, gran alarde de riquezas, invasión de antorchas y de banderas. A la cabeza van la banda y las estatuas de los santos invocados en Chile llevadas por notables que gozan de fortuna y posición. Los sacerdotes, el Cabildo de Canónigos presentan a su vez el brillo de sus centellantes atavíos a la luz de las antorchas. Es el Obispo quien bendice y porta el Santo Sacramento. Siguen las órdenes religiosas en pleno bajo sus largos trajes de uniforme. En seguida las corporaciones, las sociedades... y la muchedumbre forma la cola del gran cortejo.

Los jesuítas tienen aquí un gran establecimiento y una iglesia reconstruída recientemente, porque la que poseían antiguamente, la iglesia de la *Compañía*, fue destruída por el fuego en circunstancias terribles. Es un drama reciente. El 8 de diciembre de 1868, mientras que la celebración pomposa de los oficios había atraído los fieles y llenado de gente el edificio, un temblor hizo caer los cirios y el fuego se transmitió a los tapices y cortinajes.

Las puertas estaban cerradas y como ellas se abrían hacia adentro, el terrible empujón que ejerció contra ellas una masa delirante, no hizo posible abrirlas. Al cabo de poco tiempo, la iglesia en llamas se derrumbó y dos mil personas perecieron ese día, quemadas vivas o aplastadas bajo las ruinas. Un monumento fúnebre levantado en el lugar mismo de esta catástrofe perpetúa el horrible recuerdo.

Hace poco, cuando hablaba de la capilla del *Cerro Santa Lucía*, dije que se hacía a la moda y que era de buen gusto para los novios de la clase alta de ir a consagrar ahí su unión.

En la alta sociedad chilena se practica aún, sin embargo, una costumbre bastante curiosa, pero a mi parecer de mucha desenvoltura, sobre todo demasiado profana. Consiste en casarse a domicilio, en un salón de la casa. En efecto, nada más simple y menos formalista que esta manera de casarse, de la cual fui testigo ocular en Santiago. Es una fiesta y nada más. Pues bien, estimo que no es suficiente; esta fiesta debería comportar a mi parecer un carácter más serio. Lo que parecería tanto más racional cuanto en Chile, no existiendo el matrimonio civil, la ceremonia religiosa constituye por sí sola el todo de un acto social, el más importante entre todos.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

Así pues, un día en que se casaba uno de mis buenos amigos de allá, yo estaba de juerga en Santiago. La invitación decía: frac, corbata blanca, 14 horas en punto y daba la dirección de la novia. La casa comenzaba a llenarse cuando, a la hora indicada, me hice anunciar. Para mi curiosidad, ¡cuántas personas ya en los salones! Entre ellas vi al Presidente de la República de Chile, pariente cercano del futuro esposo y otros personajes ubicados en las altas esferas, sus amigos. Vi también una hermosa colección de trenzas negras, de caras rosadas, un rico surtido de vestidos de París, una confusión de encajes, un lujoso enjambre de piedrerías; Pero más que todo éso, lo que me sorprendió más fue lo siguiente:

En uno de los rincones más alegres, el oficiante conversaba con las damas mientras que, durmiendo olvidados bajo algún mueble del salón, los objetos del ritual y el agua bendita esperaban la apertura de la ceremonia. Cuando todos los invitados (más o menos ciento cincuenta) fueron por fin reunidos, a una seña, el sacerdote sacó su estola; los novios, de pie, se acercaron a él. Se hizo un círculo alrededor, pero apenas pudo guardarse silencio. Algunas oraciones en latín, luego la lectura de páginas impresas relativas a los deberes conyugales, en castellano, hecha por el señor cura. Los novios se arrodillaron, el «sí» fue pronunciado y la feliz pareja fue bendecida. Luego de lo cual, la esposa besó casi todas las damas, mientras que el marido se entregaba con entusiasmo al abrazo de sus amigos. Acto seguido, los invitados se alinearon en orden contra los cuatro muros del salón y el novio procedió, con suave sonrisa, a presentar su esposa a cada uno de ellos, lo que se ejecutó con apoyo de apretones de mano. En seguida hubo banquete, concierto, fuegos artificiales, gran baile, etc. y se danzaba, creo, al alba todavía.

XXIV

El interior del país

Viaje al sur.— Río Claro, Talca, Parral, Chillán y Concepción.— El gran río Biobío.— Coronel y Lota.— La fundición de cobre y las minas de carbón del gran establecimiento de Lota.— Una caza de cabras en vapor en el Océano Pacífico.

No es mi intención arrastrar el lector hacia el relato detallado de todas las excursiones que hice al interior. Será suficiente una descripción rápida de las que creo podrían completar mejor la idea que quisiera darle de Chile. Y este viajecito de interior, dirigido directamente hacia el Sur tendrá además la ventaja de llevarlo insensiblemente hasta el territorio araucano, que será el objeto de un título subsiguiente.

El ferrocarril del Sur sigue casi en línea recta hasta Río Claro, es decir, sobre una extensión de más de doscientos kilómetros, el gran Valle Central donde se concentra, podría decirse, toda la riqueza agrícola del País. Desde este punto de vista es un itinerario interesante a seguir.

En Río Claro se encuentra un buen servicio de diligencias (Núñez y Cía.), que tiradas por cinco caballos, no montados sino dirigidos, son casi confortables y van rápido. Es así que en tres horas, siguiendo caminos pintorescos, se llega a Talca, pequeña ciudad poco curiosa, microscópica, pero coqueta.

Después de Talca comienza la serie de tribulaciones obligadas del viaje profundo propiamente dicho. Así, a dos horas de la noche, sin piedad por los viajeros, que la carrera de la víspera había ya molido, la diligencia de Parral, también tirada por cinco caballos, agarra pasajeros y bagajes y los sacude y traquetea de manera indigna. ¡Pase si la ruta fuera bella o rica en temas de interés, desde cualquier punto de vista novedosa! Pero de este lado del país nadie ha venido todavía a traer la vida o los cultivos y se recae aquí casi en la misma desolación de la pampa. Veán, mejor: sobre los caminos, arena y cal, hay de ambos lados eternas praderas donde, mal sembradas, amarillentas, marchitas, surgen aquí o allá matas de

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

hierba. Aquí o allá grandes cardos, especies esmirriadas, troncos de árbol que piden sea el hierro, sea el fuego; y por doquier, hasta el horizonte, montículos que sirven de madrigueras a los roedores. ¡Tal es, más o menos, el paisaje!

Por éso, durante esta parte del trayecto, el viajero busca en vano alguna compensación a las nubes de polvo que lo enloquecen, a los sacudones que lo matan. Estos dos inconvenientes parecen estrechamente vinculados. Tal es por lo menos la excusa tradicional del cochero: el polvo del camino le esconde los hoyos y obstáculos, razón por la cual no puede evitarlos. En su descargo puedo decir que está dispuesto a pasarle las riendas a quien lo desee para demostrárselo.

El día en que viajé debimos sufrir en esta triste ruta los accidentes que enumero:

Casi todos los viajeros dormían a las cuatro de la mañana, cuando se despertaron bruscamente los unos en brazos de los otros o sobre las rodillas de la persona de enfrente. Esta escena enternecedora era el resultado de la ruptura del gran eje. Hubo que trabajar a campo raso y en plena oscuridad y soportar una hora de compostura de una avería tan seria.

Un poco más tarde, una rueda muy recalentada tomó fuego y habría sido consumida, imagino, si providencialmente a medio kilómetro de ahí no hubiéramos tenido que vadear un río.

Con respecto a la caída de una valija desde el techo de la diligencia no vale la pena hablar, si no fuera para advertir una vez más los turistas que vienen a estos países primitivos de no cargar en absoluto su equipaje con objetos frágiles o delicados.

De Parral, término del viaje de esta máquina infernal, una línea de ferrocarril conduce en pocas horas a Chillán. Esta línea, que se prosigue ya hasta Concepción, está destinada a unir más tarde esta importante ciudad con la capital. Es la empresa particular de un rico inglés, Mr. Slater. Inaugurado solamente el día anterior, el tren que tomé en Parral andaba admirablemente y la vía me pareció construída por mano maestra. Deseo fervientemente, en beneficio de los futuros viajeros, que la empresa haya tenido éxito y que la línea entera esté hoy en servicio.

Conservo un excelente recuerdo de Chillán, donde me detuve algún tiempo para gozar de un vistazo de lo que se llama aquí la gran feria.

Si se considera solamente la ciudad misma, Chillán no presenta ninguna diferencia con Santa Rosa de los Andes, con Talca o con Linares, que pueden ser atravesadas en diligencia. Como en todas estas pequeñas ciudades del interior, el único haber se reduce a una gran plaza central, exteriormente plantada de avenidas, interiormente adornadas de un gran jardín con senderos rodeados de flores, fuentes, balaustradas y bosquecillos circundando invariablemente un quiosco en el que la banda toca los domingos y las tardes de los jueves de cada semana. Dando sobre la plaza hay una grande y hermosa iglesia, una que otra bella mansión y un grupo de almacenes que se abren bajo alguna vieja arcada... y éso es todo. Pero la ciudad, de ordinario tranquila, se despierta y anima curiosamente el sábado.

Ese día es la feria. Dicho de otro modo, día del gran mercado. Hay que verla, entonces, la Plaza del Mercado, atestada de carretas con bueyes, de todas formas y dimensiones, rebosando de productos revueltos de las más diversas procedencias. Grupos de hombres y tropas de bestias venidos de veinte leguas a la redonda, estacionando, andando, gritando, bramando en medio de una masa abigarrada que, de la ciudad misma o bien de los confines de la Cordillera de los Andes viene, hacia las nueve de la mañana, vender, cambiar, aprovisionarse para la semana. Es perfectamente el caos que a veces queremos representarnos y del cual nunca tendremos idea si no hemos estado mezclados a él.

Un viaje en tren de siete horas más o menos lleva el viajero de Chillán a Concepción. Es una bonita ruta que se hace magnífica a partir de San Rosendo, cuando la vía va al encuentro, para no dejarla más, de la orilla derecha del Biobío, río majestuoso que la línea férrea acompaña hasta su desembocadura.

Saludemos al pasar este río que servía antiguamente de límite Norte al territorio de la Araucanía y que, junto al río Imperial, más al Sur, es con seguridad el más hermoso y el más grande del país. Es la Mosa, el Rin, el Danubio de estos lados. Sobre un recorrido de setenta y cinco leguas y en un marco de cerros boscosos, su ancha corriente serpentea entrecortada de bancos de arena, de peñas y de islotes. En Concepción, lugar de su desembocadura, alcanza una anchura inmensa; pero su lecho, desgraciadamente embancado, pone obstáculo a la navegación. En este lugar se echa cerca de una

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

hora en atravesarlo en barca; pero el espectáculo es tanto más curioso, que antes de vaciarse en el Pacífico, rodea dos montes gemelos de igual elevación y de forma curiosa, que la lengua imaginativa del lugar llama con mucha razón las *Tetas del Biobío*.

Concepción es la ciudad más importante del Sur de Chile; incluso fue antiguamente la capital del país. Sus orígenes remontan al siglo XVI. Sufrió mucho con la vecindad de los indios araucanos, que más de una vez la destruyeron. Todavía recientemente, en 1835, fue destruída por un terremoto.

Sin embargo es una hermosa ciudad pequeña que su situación en la desembocadura del Biobío hace particularmente interesante y pintoresca. Se puede admirar aquí, entre otras curiosidades, un antiguo paseo bordeado de una cuádruple fila de altísimos y muy viejos álamos.

¡Cosa curiosa! el *Hotel del Comercio*, donde fui a hospedarme, es tenido por un belga. Guens, más conocido bajo el nombre de Geneville, con el cual fue popular en el puesto de primer tenor de la Ópera de Gante. Hombre a la vez amable, espiritual y alegre, me hizo amablemente los honores de la ciudad.

Mi partida de Concepción con dirección a Coronel y Lota se llevó a efecto el día siguiente muy temprano. Una diligencia maciza y monumental, suspendida a la antigua y tirada por seis caballos en pareja, con balancines independientes, depositó los viajeros a orillas del Biobío.

La travesía del gran río nos tomó una hora en barca. Avanzábamos lentamente con ayuda de un bichero, mientras que la destreza de los indios que dirigían la embarcación no le impedía de incrustarse a veces en los bancos de arena a flor de agua, de los cuales el lecho está sembrado. Sentíamos entonces un choque violento; nuestra *lancha* operaba un movimiento de báscula y nosotros, viajeros, rodábamos en desorden hacia un rincón. Pero luego, cada uno se metía al bichero y a fuerza de ñeque salíamos del mal paso.

Allá, sobre la otra orilla, esperaba lista para partir la diligencia que hace el servicio de Coronel y Lota. Se parece en todo a la que acabábamos de dejar; y tan pronto como el traslado de nuestras personas y paquetes estuvo terminado, partió con una vivacidad de marcha que su aspecto macizo y pesado no permitía esperar.

En Coronel la ruta no tarda en juntarse con la costa del Pacífico; ahí, casi siempre suspendidos sobre el mar, seguimos fielmente los pintorescos y agrestes contornos.

Una parte del camino especialmente curiosa es donde la diligencia, no teniendo otra ruta que la playa, galopa muy cerca del mar. Este lugar es llamado *Playa Blanca*, en razón al contraste que esta parte ofrece con la que sigue, *Playa Negra*, cuyas arenas presentan un colorido enteramente negro, anunciando los terrenos ricamente carboníferos de Lota.

Lota, pequeña ciudad esencialmente industrial, es famosa sobre todo por su fundición de cobre que, establecida al borde del mar, es una de las más grandes del mundo.

Este importante establecimiento, al cual se le anexó una fundición de hierro y que cuenta además tres minas de carbón en explotación, ocupa un extenso terreno y se encuentra montado sobre bases gigantescas. Es autosuficiente puesto que todo el carbón que consume le viene de sus minas, a las cuales está unido por un ferrocarril de explotación; éste toma sus máquinas y sus rieles de su usina de fundición.

Una cifra dará quizá la idea de la importancia de la fundición de cobre de Lota: treinta y ocho grandes altos hornos trabajan sin descanso; consumen 65 toneladas de carbón por mes, carbón que viene de una mina cercana; los obreros se cuentan por centenas y las grandes coladas se suceden una tras otra. ¡Qué de ruidos confusos! ¡Qué caos en todas partes! ¡Cuánto ir y venir al interior! ¡Qué animación sobre la playa! Y también ¡cuánta humareda cuando se pone a soplar el viento Sur! Es la muerte bastante cierta para la vegetación del lugar: los cerros están pelados, mientras que en la ciudad reina la espesa neblina de Londres durante días enteros.

Las minas de carbón que alimentan la fundición comprenden tres piques de extracción, parecidos en todo a los nuestros. Uno de ellos ofrece sin embargo la particularidad de ser, no vertical, sino según el sistema de «plano inclinado» de Lieja. Hombres y vagones descienden por medio de rieles, mientras que un cable, movido por una máquina a vapor, trae el mineral a la superficie.

Entre estas minas y las nuestras constaté apenas las siguientes diferencias: a) se explota bajo el mar; b) a poca profundidad, es

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

decir, raramente a más de cien metros; c) el carbón de estas minas no es otra cosa, en realidad, que carbón de piedra, pero de excelente calidad y que se inflama bastante bien al aire libre.

La explotación de estas minas es rica y abundante; como sobrepasa en exceso las necesidades de la empresa, los industriales de Lota envían el excedente al Norte y reciben en cambio una buena parte de sus materias primas, cobre y hierro a refinar.

El establecimiento de Lota, aunque pertenece en el papel a una sociedad de accionistas, se encuentra de hecho exclusivamente controlada por una opulenta familia chilena, que posee los cuatro quintos de las acciones. Es la familia Cousiño, la misma de la cual tuve la ocasión de citar su nombre cuando describí el parque que Santiago recibió de su munificencia.

Aquí, al lado de su hermosa fundición, sobre un gran morro escarpado que la domina, la familia Cousiño posee un magnífico castillo ornado de un jardín lujoso y maravilloso cuyas terrazas dan, con los balcones de sus tres lados, sobre el mar.

Hablaré luego de otra propiedad vecina y colosal de los mismos Cousiño. Hice ahí una estadía bastante prolongada. Pero antes quiero ofrecer a mis lectores el cuadro, por lo demás original según pienso, de una caza de cabras desde un barco a vapor.

Provisto de cartas de recomendación para esos señores de los Establecimientos de Lota, don B. de la Fuente, el gerente y los representantes o miembros entonces presentes de la familia Cousiño, no tardé a entablar con ellos interesantes y amicales relaciones. Un día, después del almuerzo que me habían ofrecido estos señores, me rogaron misteriosamente de seguirlos en una expedición cuyos fines los reservaban como sorpresa. Acepté: dejamos el castillo para alcanzar las terrazas y tomar de ahí un pequeño sendero lleno de sombra y de verdura, pero que descendía vertiginosamente. Bajamos así hasta el borde del mar a un lugar donde, escondido por una roca inclinada, descubrí de repente, humeante, listo para zarpar y coquetamente empavesado, una verdadera joya de vapor de recreo.

La perspectiva de un paseo en barco a vapor, ofrecido por mis anfitriones, me agradó bastante; por eso pasé alegremente a bordo. Pero donde mi curiosidad creció en gran medida fue cuando vi, relegados en un rincón del buque algunas carabinas de precisión

Winchester, una pila de cajas de cartuchos y echados cerca de los canastos de víveres y de champaña, dos magníficos perros de la raza llamada montañesa. No cabía duda: íbamos a hacer una partida de caza. Pero con tales pertrechos, me preguntaba cuál sería el tipo de presa. Mis anfitriones seguían mudos mientras que los hombres de la tripulación, que yo trataba hábilmente de sondear aparte, se obstinaban con elegancia en guardar estrictamente el secreto de sus patrones.

Fue dada la señal, la hélice se puso en marcha; navegando a diez nudos por hora paralelamente a los roqueríos y acantilados de la bahía de Lota durante cierto tiempo, nos dirigimos luego hacia plena mar. El cielo estaba de un azul sin mancha, el mar en calma chicha, lo que es raro en estas regiones; el aire por fin, fresco y puro, de una extraña transparencia. Dejamos detrás nuestro los ruidos y la humareda de la usina, las casas escalonadas de la pequeña ciudad y dominando el gallardo promontorio, las torres y las almenas del castillo. A la izquierda se desplegaba el panorama de la bahía y más lejos ondulaban las cimas boscosas de Colcura, mientras que en el horizonte, los volcanes de la Araucanía y un montón confuso de costas abruptas y atormentadas me mostraban por primera vez el pintoresco y fantástico reino de Orélie Primero.

Hacíamos rumbo hacia una isla alejada de más o menos dos millas cuya extraña forma había picado mi curiosidad desde hacía un tiempo. Era, en efecto, menos una isla que un peñón, pero un peñón inmenso hecho al parecer de un solo bloque de granito. Se hubiera dicho una torre o un fuerte gigantesco puesto en pleno océano por el genio de las aguas. Rodeado por tres de sus lados por columnas basálticas, podría medir cerca de cien metros que caen a pico; un solo lado parecía inclinarse hacia el mar, a la manera de un techo de pendiente aguda, y sobre la plataforma podía verse crecer apenas algunas flacas muestras de una vegetación singular.

Se llamaba la *Isla de las Cabras* y era ésa exactamente la finalidad de nuestra encantadora excursión. Fueron todas las respuestas que pude obtener a mis interrogaciones.

Nos acercábamos sensiblemente. Las gaviotas no habían parado de seguirnos; para pasar el tiempo les tirábamos a estos inocentes compañeros de ruta algunas balas, que a menudo se perdían, naturalmente.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

Por fin vamos llegando al cabo de nuestro viaje, lo que va a permitirme de tener la clave de todo este misterio. Damos la vuelta al peñón para detenernos del lado de su cara accesible; se libera los perros, que se precipitan a nado primero y luego al asalto. Quedamos un momento contemplando el espectáculo del esfuerzo inaudito de estos pobres animales, que se atreven a una ascensión que yo daba casi por imposible; y cuando están a medio camino, el pequeño vapor se aleja para acampar un poco más lejos, frente a la isla. Nos repartimos las armas, las cargamos y esperamos.

Pronto comenzaron a escucharse los ladridos y sobre las crestas vivas que se recortan en el cielo azul aparecen aquí y allá curiosos animales, que al principio me parecieron ser antílopes. En realidad son solamente cabras, que han vuelto hoy día al estado salvaje, que estos señores de Lota lanzaron hace cuatro años sobre este morro, que forma parte de su propiedad.

El tiroteo comienza, pero sin resultado aparente. Digámoslo todo: nuestro barco se mueve mientras que tiramos desde una distancia que varía entre doscientos y trescientos metros. A cada descarga, las cabras asustadas, dejan bruscamente el lugar desapareciendo de nuestros ojos; pero los perros las empujan de nuevo y el tiroteo recomienza de lo lindo.

De súbito uno de nosotros lanza un grito de triunfo. Una desgraciada cabra oscila un instante sobre la roca, da una voltereta y va a abismarse violentamente contra las aguas. ¡Curiosa es el alma del cazador! Lejos de inspirarnos piedad, este espectáculo lastimoso redobla nuestro ardor y no cesamos el fuego hasta que al cabo de una hora, ocho cabras se habían despeñado, entre las cuales dos eran mías por derecho.

Pronto nos ocupamos de recuperar las presas, ya que la cabra es exquisita, tanto para nuestra tripulación que para la gente de Lota. Llamamos los perros, que se demoraron en bajar y nos hicieron reír hasta las lágrimas al ver las precauciones que tomaban para no caer. Por fin nos abordaron y los pescamos a su vez, con lo que volvemos a casa contentos de nuestra expedición.

XXV

Una gran hacienda

La hacienda de Colcura.— Excursiones a caballo y en carreta.— En búsqueda de una cascada.— Sesenta y dos veces vadeo el mismo río.— Un tigre.— Episodios de caza.— Curiosidades geológicas de la *hacienda*.

Prosiguiendo hacia la Araucanía en mi viaje al Sur hice, no lejos de Lota, una última etapa en Colcura. Es el nombre de la inmensa propiedad rural que posee en el Sur la familia Cousiño, de cuya hacienda prometí informar el lector.

Pero como ante todo temo de ser acusado de exageración, lo que puede sucederme con respecto a una propiedad particular que constituye todo un territorio, creo necesario hacer preceder las páginas que siguen de una explicación.

Las tierras ocupadas por las tribus salvajes de los indios de la Araucanía, por lo menos aquéllas que tocan a las fronteras chilenas pueden comprarse en bloque a bajo precio al gobierno de Chile. Mientras los indios las ocuparán, esas tierras permanecerán improductivas, naturalmente; peor que éso: en la guerra que se les hace, a menudo los indios las queman y las destruyen para resistir, con razón, a la invasión de su país. Esta tierra es, pues, un capital muerto, pero que cesa de serlo desde que Chile, empujando su línea de frontera, gana terreno de su lado sobre el de la Araucanía. Entonces estas tierras adquieren un inmenso valor, forman heredades y se dividen en seguida.

Antiguamente se compraba directamente a los indios. En un comienzo puede parecer más justo. Pero el gobierno chileno se opone hoy en día y ya no reconoce esos títulos de propiedad. Es que los indios no tenían ningún escrúpulo en vender las mismas tierras a diez compradores diferentes.

Así se explica la increíble extensión de ciertas propiedades famosas en el Sur de Chile.

Es en estas condiciones que la familia Cousiño se hizo poseedora de las tierras de Colcura.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

Ahora puedo decir que la hacienda de Colcura comprende cincuenta leguas cuadradas; si se considera que la legua de este país es de más o menos cinco kilómetros y medio, se verá que es un gran territorio. De un lado limita con los confines actuales del dominio araucano, del otro con el Océano Pacífico. Está casi enteramente forestado y contiene selvas vírgenes, montañas, ríos y praderas.

Un compatriota encantador, el señor Boonen, Cónsul general de los Países Bajos en Chile, vive con su familia y dirige la explotación. Ésta comprende casi exclusivamente la madera y a este efecto la propiedad cuenta con varios aserraderos a vapor, un pequeño ferrocarril de explotación y tres grandes embarcaderos. La hacienda posee también un pequeño buque a vapor sobre el cual, durante el tiempo que pasé allá, mi anfitrión me regaló frecuentemente con interesantes excursiones en el mar.

El señor Boonen puede jugar aquí al pequeño soberano, puesto que el número de personas empleadas o que viven en los terrenos que él administra, se eleva a más de dos mil. Para el movimiento de fondos que necesita cada semana para pagar su personal, ha emitido una «moneda de cuero» por una suma muy importante. Son pedacitos de cuero estampado que, de tamaños varios, representan diversos valores y tienen curso en Colcura, Lota y su gran fundición. Constituye una gran simplificación de la contabilidad y los comerciantes del lugar también son beneficiados, puesto que bajo esta forma el dinero se gasta donde ellos, no pudiendo salir de la localidad.

El chalet que habita el señor Boonen en compañía de su mujer y de sus tres hijas, está agradablemente situado sobre uno de los cerros que forman la bahía de Colcura y casi enfrente de los terrenos ocupados por el importante establecimiento de Lota. Detrás y sobre un suelo de los más accidentados, se extienden hasta perderse de vista los bosques que él explota. Es un mar de verdura que está surcado de hermosos valles o por quebradas agrestes y profundas, que viene suavemente a morir en el mar.

En este rico dominio, donde el hierro ataca en este momento un suelo casi virgen todavía, ¡cuántos paseos ideales! ¡cuántas excursiones interesantes! Entre todas aquéllas, que una larga estadía en la hacienda me permitió hacer, hay algunas de entre las cuales quiero dejar aquí el recuerdo.

CHILE

¡Lástima! El mal estado de los caminos, las subidas y bajadas rápidas y continuas, no permiten aquí el empleo del carruaje y aquéllos que se asustan o fatigan al montar a caballo, no pueden viajar de otro modo que en carretas tiradas por bueyes.

La carreta de la región es estrecha, de ruedas macizas, tiradas por bueyes poderosos enyugados y dirigidos por un hombre a pie. Me serví de ella en ocasiones en que las damas nos acompañaban y confieso que este vehículo, cubierto de tela roja y amoblado con bancos, mantas y cojines, donde cada uno se agazapa, se sienta o se acuesta a su guisa, es de lo más original. Presenta sin duda el inconveniente de avanzar muy lentamente y de sacudir en exceso; pero se puede ir en todos los terrenos y se vuelca raramente. Poéticamente hablando, es exactamente lo que conviene al lugar que se recorre: la marcha tranquila de los bueyes, los gritos del boyero, los chirridos del eje y en las pendientes de las quebradas o la travesía de los ríos, los saltos, el peligro incluso..., son cantidad de elementos nuevos que se agregan al encanto de los pintorescos paseos.

Es por medio de la carreta que, al día siguiente de mi llegada a la hacienda de Colcura, subimos a gran altura para gozar de una vista panorámica de las más bellas y de las más extendidas. Teníamos delante el Océano Pacífico cuyas aguas resplandecientes formaban un rico cinto a los bosques de la hacienda; por todos lados estos bosques reaparecen sobre más de veinte cerros; al fondo, los aserraderos a vapor, el pequeño ferrocarril de explotación; al final del Océano, los tres embarcaderos donde están bajo la presión del vapor grandes buques que cargan..., mientras que en los planos alejados aparecen, recortados bajo el cielo azul, aquí los volcanes esbeltos, los picos cargados de nieve de la cadena de los Andes; allá las costas atormentadas y las verdes montañas del misterioso país de la Araucanía. Un espectáculo tan magnífico nos hacía olvidar las fatigas de una excursión que nos valió seis horas de tumbos.

Los paseos a caballo son más cómodos. La vista de los bosques del centro de la hacienda necesita por lo demás el empleo de este noble animal, lo mismo que para ir a los puntos extremos de la propiedad hay que recurrir al pequeño vapor y hacer largos trayectos por mar.

Hicimos lo uno y lo otro, pero dejo de lado estas últimas excursiones, simples visitas hechas a los aserraderos que funcionan allá

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

según métodos conocidos que no presentan ningún interés para mis lectores.

Creo que se me seguirá con más gusto en mis viajes a caballo a través de una selva inextricable, donde guiados por el ruido de una cascada lejana, el señor Boonen y yo caminábamos en busca de un lugar probablemente todavía ignorado de todos, pero que será sin duda pintoresco y salvaje. Ésas son las distracciones que una propiedad de este tipo permite ofrecerse a menudo.

Aquí la selva virgen es de lejos menos hermosa que la del Brasil, porque posee especies menos ricas, de variedad menor y que de todas maneras el clima bajo estas latitudes no podría dar un desarrollo semejante a sus productos. Pero como sucede cada vez que en tierra fecunda se deja la vegetación librada a sí misma, se encuentra aquí a cada paso matorrales impenetrables.

Aquí, donde estamos bordeando un arroyo y subiendo las pendientes escarpadas de la quebrada que lo lleva, incluso a pie no pasaríamos. Felizmente hemos tomado precauciones: a golpe de hacha y de hoz, cuatro robustos pioneros practican un camino delante nuestro. Avanzamos penosamente en los surcos que nos abren nuestros trabajadores, hasta el momento en que grandes roqueríos, dejados al desnudo por sus herramientas, nos obligan a echar pie a tierra y arrastrarnos como serpientes. Sea como sea, redoblamos de ardor, pues el ruido de la cascada se aproxima sensiblemente y he aquí un espectáculo que por fin impresiona nuestros ojos sorprendidos. Sobre inmensas rocas negras y bloques de pórfido, entrelazados de raíces, de lianas y de flores, cae a grandes chorros una catarata que puede tener cien metros de altura, formando en su pie un pequeño lago de agua límpida, transparente y helada. En el marco agreste que le hacía la selva, este cuadro maravilloso nos impresiona vivamente. Olvidamos la hora que avanzaba y nuestros caballos se impacientaban. Sólo a la noche caída volvimos ese día al chalet.

En otra ocasión, queriendo visitar otra parte bien diferente de la propiedad, seguí solo a caballo una quebrada tortuosa al fondo de la cual corre el río Colcura. En esta quebrada alternan angostos vallecitos con inmensos bloques de roca donde todas las partes boscosas son de especies vegetales entremezcladas de zarzas formando por

todos lados espesuras increíbles. Además, las dos vertientes son tan escarpadas, que el sendero apenas abierto, no solamente no podía separarse del río, sino que a cada vuelta saltaba de una orilla a la otra. Para los peatones había entonces algunas peñas o troncos de árbol caídos; a caballo, se busca un vado. Y bien, una cifra que dará una idea de lo pintoresco y de la originalidad de un paseo allá: en menos de tres horas de trayecto, aquel día pasé treinta y una veces a la ida y otras tantas de la vuelta, es decir, sesenta y dos veces por vado el río Colcura.

Pero el río no es el único obstáculo que se encuentra en este lugar; hay otros que no excluyen la idea de peligro, como luego se verá.

En efecto, en los valles que se abren en las laderas de las quebradas, se largaron algunas tropas de ganado, que viven ahí reproduciéndose en estado salvaje. Estos animales casi no tienen contacto con el hombre, pero son en cambio visitados por las fieras; de ahí que sean ariscos y peligrosos.

Así fue que en dos ocasiones, al borde del río, tuve que protegerme de toros que pretendían cortarme el paso. Felizmente que durante mi larga estadía en la Plata me había familiarizado desde hacía tiempo con los toros; aprendí también las maniobras útiles a hacer en casos parecidos.

Otra vez, sorprendido por el ruido de un galope apretado a través del bosque, vi pasar en un claro un animal enloquecido huyendo precipitadamente. Esperé, curioso por saber quién lo perseguía: a cerca de cien metros detrás de él, ágil y majestuoso, un tigre, un verdadero tigre. Era la primera vez que veía uno y fue el único que vi durante todo mi viaje... , tengo que decir que el corazón me zapa-teaba tanto más que, aunque hubiera estado a tiro de carabina, justamente ese día había olvidado de tomarla.

Andando a caballo se encuentra un obstáculo bastante difícil a franquear: es la barrera que se encuentra de tiempo en tiempo en los caminos y que separa los potreros donde están los animales. Ella es demasiado alta para ser saltada, sobre todo por los caballos del país, que son generalmente mediocres saltadores. Es verdad que una simple presión basta para abrirla en un sentido y entonces es el jinete que la empuja con el pie o si el caballo está bien adiestrado le dará un empujón con el pecho; pero en sentido contrario la dificultad es

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

diferente. Es útil entonces poseer el chicote de caza inglés: con la parte curva del mango se atrae la barrera a sí, mientras que se pasa al galope antes que se cierre de nuevo. Pues bien, en esta trampa, en la que muchos caen, si la bestia es nerviosa tomará las medidas para pasar; por pequeña que sea la abertura y por poco que el jinete no haya sido suficientemente preciso en la ejecución del movimiento, les dejo adivinar en qué estado le quedarán las piernas. Pero, ¡basta!, la experiencia sólo se adquiere al precio de mil incidentes de este tipo. Ejemplo:

Una mañana, deseoso de ir a cazar gaviotas, dejé el chalet para bajar al borde del mar. Atravesé a caballo el río Colcura en el lugar más ancho, a veinte pasos de su desembocadura. Había maneado mi cabalgadura y causado ya algunas víctimas, cuando un pescador, con gran sorperesa mía, alertado por el ruido de la balacera, vino a pedírmelas diciendo que eran un manjar exquisito. La hora de almuerzo llegada, me apuré en montar de nuevo, pero mi bestia, apenas libre de la manea y sin duda nerviosa con los disparos, se debatió como un diablo, rompió las riendas y atravesando sola el río se escapó, dejándome desamparado sobre la playa. Entonces fui feliz de poder servirme de los hombros que, en reconocimiento, me ofreció el hombre que me había pedido las gaviotas y que había seguido la escena desde lejos. Vuelto al chalet con una hora de atraso, encontré el caballo que con un aspecto de lo más tranquilo terminaba su pienso.

Además de ser interesante en muchos aspectos, la hacienda de Colcura ofrece a los curiosos de fenómenos geológicos un paseo cuya atracción es muy especial. Es un camino llamado *Camino de las Cruces*. Recortado sobre una gran extensión a través de rocas metálicas provistas de curiosas cristalizaciones: son conos o cristales de cuarzo que, cuando se los quiebra, muestran al interior una cruz más o menos ancha, pero siempre bien formada. Es el único lugar del país donde se les encuentra y que yo sepa, todavía no han sido estudiados.

La víspera de mi partida de este vasto dominio, el señor Boonen organizó una pequeña fiesta de despedida. Esta partida de placer improvisada fue de lo más pintoresca, de lo más animada. Reunió los más encantadores vecinos y nos ofreció una batida a los zorros

tan caprichosa, que todavía sueño con ella algunas veces. Había que ver nuestros ojeadores a caballo lanzados a todo correr, caracoleando, haciendo piruetas, rodando en las pendientes con acompañamiento de gritos salvajes o de disparos; en resumen, para levantar la presa se libraban a una *fantasía* que no nos cansábamos de admirar. Este espectáculo fue para nosotros, como se comprenderá, más o menos la única atracción de la caza. Pero si fuimos frustrados en nuestras intenciones de cazadores, por lo menos fuimos invadidos de una franca alegría que no nos abandonó; supimos probársela a nuestro anfitrión hasta en los brindis que resonaron a la mesa en aquella velada.

Desde la hacienda de Colcura fue que gané la Araucanía, país agreste y primitivo, donde la naturaleza parece pródiga y bella, pero donde desgraciadamente los instintos feroces de un pueblo no civilizado sólo permite a los viajeros más decididos incursiones demasiado cortas. Hablaré más largamente de ello, en seguida consagraré un último capítulo a Chile, donde hice todavía una corta estadía antes de tomar, por Magallanes, Brasil y Senegal, la ruta del regreso, el camino de Europa.

XXVI

La Araucanía

Extensión, configuración de la Araucanía.— La guerra que le hace Chile.— Sus riquezas agrícolas, forestales y mineras.— Estado y comercio del ganado.

Cosa apenas verosímil: en el pequeño territorio conocido bajo el nombre de Araucanía, toda una población de indios salvajes resiste desde hace tres siglos a las intenciones de conquista de la parte de Chile; y aunque este país lo rodea por todas partes, los esfuerzos incesantes que hace para someter los araucanos se han terminado por resultados bastante pobres.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

En otros términos, la Araucanía cuyo nombre es más conocido en Europa a partir de las locas tentativas hechas hace poco por un aventurero francés para hacerse proclamar rey bajo el nombre de Orélie I, ofrece la extraña circunstancia que en su reducido territorio, al centro de un país conquistado, tribus cuyo número es mal conocido, escondidas en sus montañas, protegidas por inmensas selvas y potentes gracias a su propio valor, viven entre ellas y conservan sus costumbres primitivas, ¡como en los tiempos de la vieja América!

Pues bien, se da el caso que la parte que ocupa y que pretende defender y guardar a toda costa este pueblo no civilizado, es sin discusión el territorio más altamente pintoresco, el más rico y el más fértil de toda la República de Chile.

Apretada contra la Cordillera de los Andes, del mismo modo que contra la de la Costa, la Araucanía tiene la configuración de Chile y presenta también una banda estrecha de cincuenta leguas en término medio. A lo largo ocupa solamente dos grados geográficos (de 37°50' a 39°40').

Una imponente línea de fuertes ocupados por destacamentos del ejército republicano, tiene por objeto de estrechar estas tribus indias o por lo menos contenerlas donde están. De una parte les impide de retomar terrenos conquistados ya sobre ellas. De otra parte, por medio de numerosas pequeñas ciudades y aldeas fundadas bajo su protectorado, aporta a las tribus fronterizas las facilidades del comercio y las ventajas de la civilización.

Dichas tribus acusan ya favorablemente esta influencia y el contacto así establecido con el elemento español, terminará por hacerlas perder el carácter de ferocidad nativa que conservan en todo su esplendor las tribus centrales y las que pueblan las vertientes de los contrafuertes cordilleranos de los Andes.

Estas se hacen entre ellas una guerra de pillajes o de venganza casi continua que hará desaparecer hasta el último individuo, con más seguridad con que lo harían la metralla o los ejércitos chilenos.

Otro agente de destrucción no menos cierta visita por el momento los infelices indios. Son siniestras y a menudo vergonzosas enfermedades contagiosas, de entre las cuales algunas son de importación reciente..., enemigos tanto más crueles, también más mortíferos, cuanto los infortunados ignoran absolutamente los medios de defensa, las armas para resistirles.

En cuanto al tipo de guerra que les hace Chile, que es en realidad absolutamente una guerra de conquista y de exterminación, guerra a muerte donde la palabra civilización no es otra cosa —digámoslo a gritos— que un pretexto, no me corresponde, gracias a Dios, apreciar aquí el grado de equidad. El papel de simple narrador permite de reservar un juicio personal sobre cuestiones morales, discutibles después de todo, pero seguramente de una gran delicadeza. Que aquéllos que crean poder interpretarlo en su favor, que asuman solos la responsabilidad.

La Araucanía contiene una gran cantidad de recursos, una real abundancia de riquezas.

La mayor parte de los terrenos del Valle Central o Longitudinal, son de una gran fertilidad; aquéllos a los cuales podría reprochárseles de ser demasiado arenosos o livianos, convienen sin embargo bastante bien al cultivo del trigo u otros cereales. Si esta parte del país no está mejor cultivada, es a causa de la falta de conocimiento de los indios sobre la materia; de la misma manera que si los cultivos no son más extensos, es en razón de la pereza natural de los aborígenes, que no producen jamás más allá de lo necesario.

Espesos y grandes bosques cubren por todos lados los flancos de la Cordillera de los Andes, como sucede con frecuencia también en la cadena de la Costa.

Entre los ricos productos que se ofrecen a la explotación, citaré en primer lugar la hermosa «*araucaria*», porque este pino majestuoso sólo crece en territorio araucano al cual, en consecuencia, dio su nombre. Esta magnífica conífera de follaje oscuro, pero perenne, de copa alta con ramas regulares, que hoy día se encuentra en la mayor parte de nuestros grandes parques, más bien como muestras menoscabadas, alcanza aquí una altura media de treinta metros. No fue creada únicamente para delicia de los ojos: su tronco sólido, elevado, cilíndrico es muy conveniente para las construcciones navales; es el ideal de la buena arboladura; su fruto, el *piñón*, contiene una substancia harinosa de las más nutritivas que de todo tiempo ha servido como base de la alimentación de las tribus indígenas. Este fruto es bastante grande, tiene la forma de una esfera completamente cargada de semillas; es de la fécula contenida en esas semillas que los indios fabrican una harina substancial y agradable al gusto.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

Es la razón por la cual, en la época de madurez de este fruto, se produce una serie de migraciones hacia los terrenos que lo producen.

A este árbol precioso y tan útil yo agregaré el *quillai*, que debe ser considerado como la encina de estos países; es el mismo que cité en mi volumen precedente al narrar mi viaje a través de la Cordillera de los Andes. Sus dimensiones son notables en el ancho y su madera es de poco valor; pero su corteza produce un jabón transparente llamado «jabón de Panamá», cuyas propiedades son muy apreciadas en la industria.

Por último, varias especies cuyas alturas varían entre treinta, cuarenta y hasta cincuenta metros, pueblan todavía los bosque de la Araucanía; para la construcción o bien la ebanistería, serían productos inestimables. Pero hasta aquí los indios o no se sirven de ellos o los utilizan muy poco; estos bosques magníficos no son considerados por ellos sino como obstáculos a sus cultivos, obstáculos que eliminan de la manera más sumaria: prendiéndoles fuego.

En cambio, en los llanos, en torno a sus campos cultivados o a lo largo de los bosques, mantienen y vigilan de cerca innumerables manzanos a los cuales dan gran importancia. Este árbol no es autóctono, sino introducido por los conquistadores; pero crece que es una maravilla y se multiplica de manera admirable, al punto que se le puede considerar hoy como naturalizado sobre el suelo araucano. Los indios extraen de sus frutos una cidra en abundancia, que ellos llaman *chicha de manzanas* y que es casi su única bebida.

Las riquezas mineras de este pequeño país parecen ser más importantes que las riquezas forestales. Por lo menos así lo pretenden los pocos ingenieros que, deseosos de estudiar la naturaleza del suelo y penetrar sus misterios, se han aventurado al interior. Han constatado, dicen ellos, la presencia de numerosos y ricos yacimientos de carbón, parecidos a los que se explotan con tanto éxito en diferentes puntos del territorio chileno. También creen que existen grandes depósitos de cobre y de mercurio. Afirman por fin, que en más de un lugar duermen casi a flor de tierra los metales preciosos.

Todo éso no es otra cosa que suposiciones; pienso que hay en ellas una buena dosis de exageración. En efecto y sin pretender negar la posibilidad, digamos mejor la probabilidad de las riquezas minerales, tanto más naturales aquí, cuanto esta región goza, bajo

todos los aspectos, de las más notables ventajas de Chile, me pregunto dónde estos señores pudieron recoger los elementos precisos de sus informes. El pequeño viaje de exploración, que al precio de penas extremas y de precauciones infinitas pude emprender en Araucanía, me demostró claramente y la dificultad de circular en este país y la imposibilidad absoluta de alcanzar su corazón o el interior propiamente dicho.

Además, el indio aquí es tan celoso de su independencia y de su libertad como sus hermanos del Norte y como ellos no ignora que la sola vista del oro o de riquezas, que personalmente no sabe o no quiere explotar, ha armado el brazo del extranjero. Por éso, su interés le ordena esconder sus riquezas, vigilar e impedir minuciosamente el acceso a ellas.

Es lo que en vida me enseñó el R.P. de Smedt, de la Compañía de Jesús. Este venerable misionero fue durante cincuenta años el infatigable apóstol de los siux y otras tribus salvajes que en América del Norte ocupan más especialmente las pintorescas laderas de las Montañas Rocosas, me contaba que conocía, por haberlos visto con sus propios ojos, la existencia de yacimientos considerables de oro y plata en las montañas, hacia las cuales su celo evangélico lo llevó veinte veces. Fue su propio rebaño, esos salvajes que quería tanto, que en alguna manera le hizo los honores bajo el sello del más profundo secreto, en los términos siguientes: «De ésto, sépalo bien, no queremos hacer nada, pero lo vigilamos de cerca. Si los rostros pálidos conocen el secreto, estaríamos perdidos; y si un día usted lo revela, todos nuestros esfuerzos no podrían sustraerlo a la justa venganza de nuestras tribus».

Los indios de la Araucanía poseen también lagunas de agua dulce, grandes lagos y ríos con abundantes peces. Los más importantes entre estos últimos son el Imperial, el Biobío, el Toltén y el Cautín.

Tienen además brezales y vastas praderas o pampas en las cuales crían ganado. Las razas bovina, ovina y equina son preciosamente mantenidas y desarrolladas.

Como lo dije antes en el capítulo que trata de la industria pastoral en las pampas argentinas, ninguna de estas especies se encontraba en América en el momento de la conquista. Fueron los españoles que las introdujeron. Las praderas están cubiertas de ganado,

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

pero ellos no constituyen ninguna raza especial y es apenas si los tipos primitivos han sufrido algunas modificaciones. Voy pues a limitarme a señalar aquí los caracteres que yo creo especiales a las bestias de este país, en la medida en que pude constatarlo en el lugar o a la llegada de las *tropillas* a los mercados de Chile: el comercio de animales es el principal, por no decir el único, que practican las tribus salvajes de la Araucanía.

Así, para comenzar por el ganado propiamente dicho, al lado de la raza argentina, fácil a engordar, de porte elevado, con grandes cuernos, los indios han creado una variedad que se ve solamente donde ellos. Son animales más pequeños y sin cuernos cuya leche y carne son, al parecer, más apreciadas.

Igualmente, al lado del cordero común de la pampa, existe una raza más grande y maciza, con lana más abundante, aunque de igual calidad.

Por último, se dice que los indios tienen una raza de caballos conocida como «raza india», que no difiere de las razas ya descritas, sino en pequeños detalles. Si, en efecto, por su estatura y su resistencia al trabajo, esta raza parece ganarle a las otras, ella les es inferior sobre todo en lo que concierne el carácter y la marcha. Por lo demás, conviene agregar que los señores indios serían bastante mal vistos si reivindicaran una raza cualquiera de caballos; puesto que, si es verdad que crían y forman tropas, es del robo que proceden casi todos sus caballos.

XXVII

Tribus indias de la Araucanía

Tribus y bandas.— Caciques y mocetones.— Los parlamentos indios.— Tipos, peinados, adornos y carácter de los indios.— Las mujeres y el matrimonio en Araucanía.— La muerte considerada en sus efectos desde el punto de vista indio.— Brujas y adivinos.— La tierra.— Ideas religiosas.— Bebidas y comidas.— Higiene: el baño del indio.— Los niños.

Es bastante difícil de consignar con exactitud el número de tribus y aún más el de la población indígena de la Araucanía, así no sea aproximadamente. Muchas de estas tribus en realidad son nómadas; otras viven en un estado de aislamiento casi completo; todas concuerdan, por último, en rechazar el elemento extranjero y les conviene exagerar a los ojos de éste su fuerza y su número.

Escritores de peso y algunos escasos viajeros, de los cuales tengo razones para creer como bien informados, se han entregado a cálculos que elevan a 70.000 el número de indios de la Araucanía. En lo que toca a las tribus, éstas se dividen como sigue:

- 1° Tribus *Arribanas* (de arriba).
- 2° Tribus *Abajinas* (de abajo).
- 3° Tribus *Costinas* (de la costa).
- 4° Tribus *Huilliches* (del llano).

Las dos primeras, que ocupan cada una las vertientes escarpadas de una de las cordilleras son, por su posición y la falta absoluta de contacto con la civilización, las que por supuesto han conservado el carácter más feroz o por lo menos el más guerrero. Su única ocupación es la crianza de ganado y la aumentación de las *tropillas* es el fin constante de las guerras que se hacen. Las tribus *arribanas*, separadas de los argentinos por las cimas de los Andes, van de tiempo en tiempo, inopinadamente, a hacer siniestras incursiones del otro lado, donde sus vecinos. Saquean las *estancias* y con mucha destreza se llevan, con maña o por la fuerza, todo o parte de las tropas.

Los indios *costinos*, que como lo indica su nombre ocupan la costa del Pacífico, son de un natural más apacible, sin duda porque

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

se encuentran estrechamente vigilados por las guarniciones militares, con las cuales Chile ha sembrado, a causa de ellos, el litoral y las islas vecinas.

Por último, la gran familia de los indios *huilliches* habita los valles y las orillas de los grandes ríos, donde la práctica de la agricultura, como la vecindad a veces inmediata con el elemento civilizado, han modificado mucho su espíritu primitivo y dulcificado sus costumbres o sus instintos salvajes.

Estas diversas tribus se dividen en hordas o grupos de indios que forman lo que nosotros llamaríamos aldea o incluso villorrio.

La calidad de jefe o de cacique corresponde en derecho a aquél que por su influencia, sus riquezas o su coraje, es el primero de la banda.

El cacique debe a sus súbditos ayuda y protección en tiempos de paz; se pone a su cabeza y los dirige en tiempos de guerra; es también él que en los «parlamentos» o reuniones de las grandes tribus, defiende sus intereses y les sirve, se puede decir, de diputado, de intermediario. Así pues, según la importancia de su tribu, dispone de un número más o menos grande de «lanzas»; y sus guerreros, los *mocetones*, son en tiempos de paz, guardianes del ganado o inquilinos de sus tierras.

Sin embargo, la dependencia del *mocetón* no es tan absoluta para que no pueda, si le viene en ganas, cambiar de cacique o de tribu e incluso, si adquiere influencia o riqueza, hacerse cacique a su vez.

No hay, en efecto, un régimen electivo en la organización o de orden hereditario en la transmisión del poder. Un cacique no se hace ni queda cacique, sino en tanto pueda establecer y conservar su influencia dentro de la tribu. Es de notar que el indio, más que ningún otro, no admite y no respeta otra autoridad que en la medida en que ésta brilla por su fuerza y conserva su prestigio.

Cuando diversas tribus deben debatir entre ellas un interés guerrero, comercial u otro, ellas son convocadas por sus caciques a un parlamento. La reunión tiene lugar invariablemente al aire libre, en un lugar previamente determinado y alrededor del cual acampan, si es necesario, todos aquéllos que deben tomar parte. Ahí se discuten los más vastos proyectos; ahí también se toman las decisiones más graves. Pero estas reuniones, que se prolongan casi siempre dos o

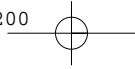
tres días, tienen de común que, comenzadas con la seriedad y la pompa requeridas en caso parecido, degeneran luego en fiestas acompañadas de copiosas libaciones y de danzas profanas, para terminarse generalmente en querellas terribles y sangrientas entre guerreros e incluso entre caciques. Pues bien, como el principio de «no intervención» es la regla constante en todos los asuntos de este tipo, dejo al lector imaginar si regularmente no hay a deplorar una u otra baja.

En ciertas épocas, estas reuniones tienen un carácter obligatorio y el modo empleado para las convocatorias es sin duda práctico, pero curioso. Como los indios no tienen un calendario y por lo mismo no pueden hacerse una idea de la sucesión de los días, se entrega en una fecha dada a los que se quiere convocar, una cuerda con nudos. Ésta tiene tantos nudos como días que preceden el parlamento; cada tarde deshacen uno... y cuando la cuerda está libre de nudos, la queman y se dirigen en conjunto al lugar previsto.

Un parlamento indio es con seguridad, en su tipo, el hecho más curioso con que pueda soñar el viajero. En una de las etapas de la pequeña excursión que hice en Araucanía, tuve el raro privilegio de poder asistir a una reunión de este género y no podría dejar de contárselo a mis lectores; pero antes quiero, ofreciéndoles algunas páginas de pormenores sobre el tipo de los indios de Araucanía, sus usos, costumbres y caracteres, hacerles conocer mejor esta raza interesante, en la medida en que pude estudiarla en el lugar y por mí mismo.

En primer lugar, no hay que creer que las diversas tribus de las cuales dí más arriba la clasificación, constituyen razas distintas; en realidad no forman, en su conjunto, sino una gran y misma familia perfectamente caracterizada.

El tipo más o menos general de los indios en Araucanía es el siguiente: son de estatura pequeña, gordos y sin embargo robustos, de miembros bien formados, ágiles y desenvueltos. La tez es de un moreno claro que los fumadores conocen bajo el nombre de *colorado-claro*. En cuanto a la cara abotargada, casi redonda y la mayor parte del tiempo cuidadosamente depilada, estaría de seguro totalmente desprovista de carácter si no fuera por la expresión vivaz de la mirada que la ilumina con un gran reflejo de inteligencia; la extrema



DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

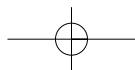
movilidad de los trazos que la animan, a veces en un grado tan cómico, que se diría que son como esos maniqués con cabeza de caucho.

Los indios de Araucanía no practican el tatuaje propiamente dicho, pero tienen la manía de pintarse los ojos de negro y los pómulos de un rojo vivo sobre fondo celeste. A este efecto se sirven de las raíces de ciertas plantas que dan colores brillantes, pero cuyos zumos envenenados, alteran sucesivamente la tez, la piel y por último incluso la salud.

Otra manía de los indios es la de depilarse la cara y el cuerpo. Lo que otros consideran como un adorno que cultivan con más o menos razón como el signo de la fuerza, no tiene el don de agrardarles, no encontrándole ninguna gracia. Es así que en detrimento de su belleza, a veces cierta, las mujeres araucanas se arrancan las cejas y se depilan cuidadosamente por todas partes. La misma cosa hacen los hombres con la barba, dejando a veces sólo algunos pelos a la aventura. Es incluso la única distracción en sus numerosos momentos de ocio o esparcimiento. Se les ve de ordinario, tendidos sobre la hierba al sol, entregarse a este pasatiempo de un nuevo tipo, que complican con ligeros movimientos de cabeza destinados a echar hacia atrás la cabellera, a la manera de un buen número de gente civilizada, que por lo demás conocemos.

Mucho más prestigio entre ellos tiene la cabellera. La llevan muy larga y los hombres sobre todo se muestran orgullosos de ella. Sus cabellos, que un bonito pañuelo escarlata sujeta a la cabeza, caen flo-tantes por detrás; espesos, negros, rudos, cortados en cola de caballo a altura de los hombros, dan la impresión de una larga melena.

Las mujeres llevan sobre la cabeza, a la napolitana, una maciza cinta de perlas destinada a sujetar el peinado, el cual se termina, por lo menos para las mujeres de caciques, una serie de dedales que vienen de Inglaterra y que, colgando como campanitas, hacen al más ligero movimiento curiosos sonidos discordantes. Sus cabellos negros, bastante espesos y bien tiesos, dan a veces con el sol los reflejos tornasolados del ala del cuervo. Los llevan separados por el medio y colgando, a la manera de Margarita de Fausto, en dos espesas y largas trenzas, recubiertas a veces por cadenas de perlas que las unen sobre la espalda.



El traje de los araucanos es sin duda de lo más simple y sin embargo menos somero que su calidad de indios dejaría entender. Pero el mérito corresponde al clima, poco acogedor en este lugar de los Andes, donde no se lleva ropa por sentimiento de pudor, sentimiento que en todas las partes del mundo es desconocido por las razas indias y salvajes.

Este traje se reduce a dos piezas de tela de lana bastante grosera y de colores vistosos; suerte de *ponchos*¹ lisos o rayados, donde el rojo escarlata domina casi siempre; en uno de ellos pasan la cabeza y en el otro las piernas, luego el todo es unido por medio de un cinturón. Dicho cinturón las mujeres lo llevan de costumbre más ancho, más sólido, pero también más suelto; él cae entonces, dibujando así grandes pliegues sobre el pecho y las caderas, sirviéndoles, sea de bolsillo, sea de neceser o bien de saco de provisiones, incluso a veces de cuna para sus simpáticos bebés.

Tal es el atavío de los indios de la Araucanía. El conjunto es más grotesco que bonito. Se completa con los adornos en el peinado, que he descrito y otros accesorios que me propongo describir. Cosa digna de notar, la pluma que de ordinario se cree el infaltable adorno del traje indio, no juega aquí ningún papel, a pesar que en ciertas tribus se caza con pasión el avestruz, el cóndor, águilas y buitres de los Andes. Por último, si algunos calzan la sandalia o una variedad del eterno zueco, todos llevan la cabeza, el cuello, las piernas y los brazos desnudos.

Aquí es especialmente en los accesorios ornamentales que la coquetería de la mujer parece reclamar todos sus derechos. A los cintillos que conocemos, agregan pesados collares de perlas o de coral y llevan en los brazos como en los pies brazaletes de la misma composición. Adornos macizos de plata de dimensiones exageradas de una ejecución ordinariamente grosera y de mal gusto, se balancean de sus orejas o cuelgan del cuello. Sirven por último a sostener los chamantos con un gigantesco alfiler metálico conocido bajo el nombre indio de *tupo*. Es una gigantesca placa redonda y ancha

1. El *poncho* es una especie de dalmática o túnica sin mangas. Es muy repandido en América del Sur y más especialmente usado por los *gauchos* de las pampas. [El autor escribe *puncho*, NdT].

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

con cola de plata que se tomaría fácilmente por un sartén, que el común de los mortales creería de metal blanco, pero es de plata pura y brilla sobre el pecho de aquéllas que la suerte elevó al rango de mujeres de cacique.

Es a la fabricación de esos diversos adornos que los araucanos emplean las monedas de plata que recojen en sus tráficos con los chilenos de la Frontera. De hecho, no sabrían qué hacer con ellas en su propio medio, donde los mercados de toda especie se tratan por la vía del intercambio. Los hombres adornan con dicho metal los arreos de sus caballos, se le encuentra enjaezando el cuero de sus cinturones, decorando el bambú de la lanza o del arco, brillando en el mango de los cuchillos.

Todos confieren un gran precio a estas baratijas. Son sus títulos de nobleza; indican el estado social, el rango o el grado de holgura económica de los que las llevan y en consecuencia su mayor o menor derecho al respeto de sus semejantes. Por éso entregarían la vida en lugar de deshacerse de ellas. En vano fue que, en diversas ocasiones, traté de hacerles ofertas tentadoras. Tengo que decir que me habría separado sin problemas de uno de mis revólveres o de mi reloj para obtener algunas muestras de sus joyas... Pero en todas partes tuve que sufrir los mismos rechazos categóricos; terminé por considerarme feliz de encontrar un chileno que, teniendo una casa de empeño en la región de la Frontera, destinada a los indios, me cedió a precio de oro un medallón de plata, algunos pendientes de oreja, un cintillo maravilloso y un extraordinario *tupo*.

No hice —y lo siento de verdad—, una estadía suficientemente larga en el país de los indios como para hacerme una idea precisa y detallada de su carácter; pero no creo equivocarme mucho al resumirlo como sigue: Son por naturaleza y en el reposo indolentes, perezosos, falsos, bebedores y sobre todo, ladrones...; en la acción son intrépidos, pero sanguinarios y crueles. Rápidamente agreguemos que esta serie de calificativos que creo les convienen perfectamente, aunque evidentemente no los halagan en nada, la aplico solamente a los hombres; las mujeres no los merecen en modo alguno ya que parecen más bien ser suaves de carácter, de gustos laboriosos y de corazón tierno; en cuanto a las muchachas, ellas brillan por una reserva y una timidez impropia de los indios.

Hemos visto el indio de la Araucanía sucesivamente desde el punto de vista de la raza, del tipo, del traje y del carácter; lo hemos visto formando tribus, hordas... Nos falta dibujarlo bajo una luz más íntima, a bosquejar algunos rasgos de sus costumbres, en una palabra, a verlo en su vida de familia.

La pluralidad de mujeres ha sido siempre la regla en las tribus salvajes. Sin embargo en Araucanía se ha limitado a siete para los caciques y solamente para ellos. El común de los mortales no puede alcanzar este número del Barba Azul de nuestra infancia y por muchas ganas que tenga, deberá pararse en la media docena. Por lo demás aquí no puede pagarse mujeres quien lo desee y se verá que el matrimonio es un lujo caro que sólo permite al indio ofrecerse el número de esposas estrictamente proporcional a los recursos que posee. Las esposas en efecto, aportan a la comunidad matrimonial únicamente el encanto de sus personas, mientras que a cada nueva unión, el marido debe a los parientes de su nueva esposa una serie de presentes que la costumbre ha reglamentado: al padre, dos toros; a la madre, dos vacas; vacas a los hermanos y hermanas; a los primos, caballos..., etc., sin lo cual no hay himeneo.

Por otro lado, aquél que quiere elegir una esposa y se sabe con los medios para ello, escuchando solamente el fuego de su pasión puede sin problemas aplanar los obstáculos y triunfar sobre las reticencias que se le oponen. Supongamos en efecto, que un indio se enamora de una joven. El padre se la niega; él insiste..., igual respuesta; a partir de entonces es cuestión para el indio de tiempo y de maña. Meses enteros, si es necesario, espíará su conquista y vigilará su domicilio. En el instante más imprevisto agarrará su presa, la amarrará a su mejor caballo si la circunstancia lo exige y a galope tendido se la llevará a la montaña. Luego de tres días volverá y hará los regalos de uso. Todo el mundo se inclinará frente al hecho consumado y es con gozo general que en el banquete familiar será proclamado como legítimo esposo de la mujer que eligió.

Hechos de este tipo suceden todos los días. Sin embargo no podría concluirse apresuradamente que las uniones araucanas son hechas con ligereza. Sería un gran error: al contrario, estas uniones son de una admirable seriedad y de duración. Nosotros, civilizados, podríamos derivar sabias enseñanzas de este hecho; cosechar una

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

útil y práctica lección. En el estado de matrimonio, la mujer es y permanece fiel a su esposo. Admito que se diga que lo es por naturaleza, costumbre o temperamento, que se diga que lo es por la fuerza o por obligación. Soy el primero en convenir que, convicta de lo contrario deberá sufrir, para expiar su falta, los suplicios y la muerte... Como quiera que sea, el hecho existe; y cualquiera sea el móvil al cual la india obedece, da por lo menos el ejemplo de una fidelidad perfecta, lo que hace incontestablemente más meritorio para la mujer el estado de poligamia.

El araucano, que se comporta en general en acuerdo con las prácticas comunes a la mayor parte de las razas indias o salvajes, desarrolla ciertas conductas que parecen serle propias; son especialmente las que me parece interesante examinar.

Si dentro de la familia muere el jefe o uno de sus miembros de muerte natural o violenta, es la ocasión de grandes festejos para todos los parientes del difunto. Se suspende el cadáver sobre el fuego que crepita y que, poco a poco, lo asa y lo ahúma como lo haría con un jamón. Alrededor se agrupan los parientes y amigos que durante cuatro o cinco días cantan, danzan y se embriagan a más y mejor en su honor. Luego se procede al entierro y se echa a la fosa, en desorden, el difunto, sus armas, y su caballo favorito que se sacrifica para la circunstancia. Por último se espolvorea el todo de cierta cantidad de harina y de arroz. Esta ceremonia corresponde a la idea que se tiene aquí de la muerte, idea confusa de seguro, pero religiosa en el fondo, en que tanto para ellos como para nosotros, la muerte es una simple partida, el comienzo de un viaje misterioso, un pasaje hacia otro mundo. ¿Podría criticárseles si, desde el punto de vista esencialmente humano en el cual se ubican, creen que el caballo, sus armas y los víveres, son para él cosas indispensables a la realización y al éxito del viaje?

Pero hay además una idea distintamente curiosa. Si en lugar de morir, como acabamos de verlo, de muerte natural o violenta, el indio muere como consecuencia de una enfermedad cualquiera, se producen escenas indescriptibles a propósito del deceso. Sea que por orgullo nativo estos individuos no crean que su raza pueda ser susceptible de achaques o enfermedades; sea más bien que en realidad no son capaces de descubrir exactamente estas últimas, la muerte producida

por tal motivo es siempre interpretada por ellos de manera falsa. Buscando una causa que escapa a su entendimiento y a su espíritu dominado por la superstición, explican por el mal de ojo, el *daño*, lo que en el caso que nos ocupa les parece una violación de las leyes naturales. Así, si una enfermedad viene a llevarse un miembro de la familia, la cuestión será de saber quién debe ser acusado como autor de los sortilegios que causaron la muerte de la víctima. A este efecto llaman sus adivinas o *machis* o bien se dirigen a las brujas, que por poco pago hacen este triste oficio en el seno de las tribus. La hechicera, que debe entregar el nombre del autor del sortilegio contra la víctima, debe pasar por una serie de pruebas grotescas y bárbaras. Por medio de sus abominables y ardientes licores, los indios justicieros la embriagan primero. Luego la golpean y zarandean de mil maneras. Con frecuencia, según parece, llegan hasta obligarla a treparse a un árbol, de donde la precipitan en seguida para que la caída —que a veces le cuesta uno u otro miembro— la aturda, la extravíe, en una palabra la disponga a las misteriosas inspiraciones que deberían dictarle el oráculo esperado. Es entonces que, gradualmente alcanzado el paroxismo de la sobreexcitación mental o nerviosa, la pitonisa, para terminar, cita un nombre al azar. Sin otra forma de proceso la persona designada es inmediatamente buscada y ejecutada. Se concibe entonces que estas mujeres, que en algún momento pueden usar de un arma tan poderosa al servicio de sus pequeñas venganzas o rencores personales, son rodeadas del respeto general y cada uno se empeña en solicitar sus favores. Es lo que, a pesar del innoble oficio que ejercen, les procura en las tribus una alta situación.

Pero dejemos ahí estas horribles prácticas que tienden, según se me ha dicho, a hacerse raras en razón de la repugnancia que comienzan a sentir en algunas tribus los indios; y continuemos el examen de las ideas que parecen particulares a esta fracción de la gran familia de salvajes.

Se perdonará fácilmente, supongo, a los habitantes de la Araucanía su falta de conocimientos geográficos, que no están en condiciones de adquirir. El resultado es el hecho bien original de creer que son casi los únicos ocupantes del globo. Es en este orden de ideas que designan la Araucanía con el nombre de *Tierra* y creen que están frente, más allá de sus fronteras, a sólo un puñado de españoles

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

diseminados en torno de ellos. El extranjero de la Frontera, el «blanco de España» como lo llaman sin malicia ni retruécano, es a sus ojos un ser inferior, digno del más profundo desprecio. La marcha invasora de los ejércitos de Chile les ha dado, sobre todo desde hace poco tiempo, una idea más justa del valor de sus enemigos, de su fuerza y de su número; pero lo provocan todavía con insolencia a pesar de todo y el odio que le profesan, odio inmenso, implacable, sanguinario y después de todo, merecido, se encuentra en todos lados, incluso en las tribus más directamente amenazadas, marcado con el sello del más amargo desdén.

En lo que concierne la religión, los araucanos parecen en retraso con respecto a la mayor parte de las otras grandes tribus salvajes; el bagaje que toca a las creencias, cualesquiera que sean, se reduce a muy poca cosa. Los misioneros franciscanos, que desde hace bastante tiempo se consumen en osados esfuerzos para iniciarlos a la práctica de nuestra fe, han llegado apenas a hacer comprender sus principios elementales a un muy pequeño número de entre ellos. Sin embargo, todos tienen la idea del ser supremo o espíritu del bien y del ser perverso o espíritu del mal; pero no se inquietan en absoluto del primero, puesto que piensan que no podrá hacerles ningún mal en su calidad de ser bienhechor; sólo el otro les preocupa y a causa del temor supersticioso que le tienen, no omiten jamás de desparramar en el suelo, para apaciguarlo, algunas gotas del contenido de las copas que diariamente sirven en sus copiosas libaciones.

A este respecto, digamos aquí cuál es la bebida favorita de los indios. Es la *chicha de manzanas*, a la cual adicionan otra cidra hecha con el fruto del maíz y que llaman *mudai*. Hacen también un consumo importante de *aguardiente*, que existe en varias calidades y que sacan de las cáscaras de naranja o de la pulpa de algunas bayas silvestres. El abuso de estos licores es a tal punto extremo entre ellos, que hace mella en su robusta constitución desde que son jóvenes, lo que no les permite de alcanzar la vejez sino en contadas excepciones.

En lo que concierne la alimentación, son poco exigentes y comen todo lo que creen susceptible de ser apto a ponerse bajo el colmillo. Lo mismo tragan raíces que frutos, insectos que pájaros. Un estómago de avestruz les ayuda a digerir los platos más tenaces como también los más repugnantes. Son muy golosos de la carne de

caballo; pero a causa de los importantes servicios que les presta este animal lo consumen muy raramente.

No hay que creer, como lo dicen generalmente y sin razón algunos autores poco escrupulosos, que los cuidados de higiene o de simple limpieza son desconocidos de los indios o practicados apenas. Muy por el contrario, estos cuidados no solamente son exhaustivos, sino además constantes. Un ejemplo solamente me servirá a probarlo.

Casi sin excepciones, las chozas se encuentran situadas en las cercanías inmediatas del agua. Son los ríos en los valles, los torrentes en la montaña, que tienen el privilegio de atraer a sus orillas estas miserables cabañas, que los indios adornan con el nombre de habitaciones: pobres abrigos hechos de tierra y de juncos, donde toda la familia hormiguea muy a menudo en una pieza única, tan aplastada bajo su techos, que solamente al centro pueden mantenerse de pie. Pues bien, diariamente o para decir mejor, cada mañana toda esta gente que se amontona en estas pequeñas chozas se zambulle en el río sin tener cuenta del tiempo que hace en ese momento. Es una costumbre general y todo el mundo va: el padre con su hijo, el abuelo con el nieto. La madre, aunque esté a punto de alumbrar una vez más, tiene que seguir el movimiento. Hasta los recién nacidos zambullen con convicción en las ondas, con frecuencia heladas; el pobre, si sobrevive a la prueba, se encontrará físicamente fortificado y un día contará entre los «fuertes» de su tribu.

Una palabra sobre estos pequeños seres, que tienen el don de despertar el interés por doquier, pondrá fin a este puñado de detalles que pude recoger sobre los araucanos.

Los niños, tan pronto cumplen cuatro o cinco años, se independizan y vagan por donde les da la gana. Éso parece convenir aquí perfectamente al grupo de madres. Satisfechas de verlos alegres y ligeramente vestidos retozar en torno de las chozas en compañía de sus coetáneos, no creen necesario cuidarlos de otro modo. Por lo demás, su libertad de movimiento no les importa. ¿Será esta libertad bien adquirida más tarde la dote, cuando llegará la adolescencia? ¿Es que no siguieron, ellas también, la misma ruta en la liberación de toda dependencia, que es el el pan cototiano de los indios?

En cambio, los niños de pecho son objeto de todos los cuidados y es precisamente entonces que se descubre en el corazón de las indias

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

la existencia de grandes y nobles sentimientos. ¡Hay que verlas cuando, a su manera, cubren sus pequeños de un mar de caricias, los arrullan, los alimentan, los lavan! Se comprende entonces sus actitudes nobles y el aspecto de tierno orgullo. Sobre todo, hay que leer su embriaguez arrebatada en el resplandor de sus ojos iluminados o de sus frentes dilatadas. Es el amor materno en su forma natural y espontánea, lo veo bien, pero ante todo conmovedor y verdadero.

XXVIII

Excursión en Araucanía

Mi plan de viaje.— De Colcura a Nacimiento.— Navegación en el río Biobío.— De Nacimiento a Mulchén.— Salida de Mulchén.— Mi caravana.— Tierra de indios.— Los padres franciscanos en la misión Esperanza.— Un parlamento indio.— Una noche en el fuerte de Collipulli.— Los indios desde el punto de vista guerrero.— Una gran misa militar.— Soldados chilenos.— De Collipulli a Angol y Nacimiento.— Regreso a la hacienda de Colcura.

Partiendo de la hacienda de Colcura, de la cual hablé largamente en uno de los capítulos que preceden, me dirigí hacia el territorio indio. Desde hacía tiempo había formado y madurado este proyecto a cuya realización, se comprende, me empujaba una viva curiosidad.

Aunque un viaje de esta naturaleza, por pequeño que se lo haya previsto no sea jamás exento de grandes dificultades, incluso de peligros, las excelentes condiciones en las cuales fue programado, debían triunfar sobre mis vacilaciones y decidirme a arriesgar la aventura.

Se trataba primero de alcanzar este punto de la Frontera donde se encuentra construida la pequeña ciudad de Mulchén, que es una de las posiciones del límite septentrional que defienden los chilenos. En ese lugar se me dirigiría, de una parte, a un oficial superior que me daría cartas de introducción para los comandantes de todos los fuertes de la línea; y de la otra tendría una entrevista con el director del convento de los Padres Italianos de las Misiones Franciscanas,

quien me pondría en contacto a su vez con las diversas misiones de su Orden que podría encontrar en el camino. Encontraría también ahí un señor Ottone, administrador de una propiedad de mi anfitrión, el señor Boonen. Él me facilitaría caballos, domésticos, un intérprete y él mismo me serviría de guía en el país de los indios. Seguiríamos sobre territorio araucano una sección de la línea fronteriza, teniendo cuidado sin embargo de no alejarnos del radio protegido por el fuego de los fuertes y de refugiarnos, desde la caída de la tarde, en estos últimos o en los establecimientos de las misiones franciscanas.

Este plan bien adoptado y tomadas las precauciones que indico, no me quedaba otra cosa que cerrar mi valija...; fue lo que hice y partí.

Sea a caballo, en ferrocarril o en barco, hay que contar tres días para llegar a Mulchén cuando, como en mi caso, se toma Colcura como punto de partida. Yo puse cuatro y he aquí cómo. Un paseo a caballo, por lo demás pintoresco, de por lo menos ocho leguas a través cerros y bosques, me condujo a Santa Juana, pequeña ciudad situada a orillas del Biobío, frente a la estación de Talcamávida. Contaba con una hora para atravesar en lancha el gran río y tomar, sobre la otra orilla, el único tren del día que lleva los viajeros a una parte más alta del río, donde la navegación se hace por fin posible y se efectúa en una chalana a vapor. Pero no tomé en cuenta el río, que en este lugar es muy difícil de pasar. Este ancho curso de agua que se diría dormida, casi no tiene profundidad, está sembrado de mil obstáculos y arrastra corrientes terribles. Por más que me puse a los remos, que animé los marineros, que prometí doble precio..., estábamos todavía lejos de la orilla cuando vimos partir el tren. Tuvimos que volver a Santa Juana, donde la ausencia de todo albergue habría resultado bastante incómoda durante la noche, si un exceso de precauciones que nunca descuido en viaje, no me hubiera, por si acaso, provisto de una carta de recomendación para el señor José María Avello, uno de los peces gordos del lugar.

Fue con bastante adelanto, como se supondrá y dos remeros más, que al día siguiente me dirigí a Talcamávida. Encontré una máquina informe que según se me aseguró era una locomotora y que estaba a la cabeza de una docena de vagones destartados. Mientras me paseo esperando la hora de partida, que no debe tardar,

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

una música o más bien una serie de sonidos discordantes, me llama la atención. Se diría una orquesta que está afinando centenas de instrumentos... ¡Eh, sí! Es nuestro aparato que se prepara a partir y esta música extraña sale de sus costados mal ensamblados. Confieso que esta máquina me inquieta profundamente y para alejarme lo más posible de ella subo en el último vagón.

Como quiera que sea, nuestra locomotora no quiso explotar esta vez (lo que por lo demás no tardó en hacer) y con la marcha más lenta que el uso del vapor haya conocido, subimos durante una larga hora la orilla derecha del río araucano. De ese lado, el país es horriblemente plano, pudiéndose decir que durante la travesía monótona de estas estepas abandonadas, nada, absolutamente nada llama la atención de la mirada. Es pues, una hora de trayecto desprovista de todo encanto y vacío de interés, que nos conduce a la estación de Malvoa.

Parece que en Malvoa el río se presta a la navegación. Pero su poca profundidad en diferentes lugares, sus bancos de arena a flor de agua y los caprichos de sus diversas corrientes, hacen esta navegación no solamente difícil, sino extremadamente peligrosa. Tiemblo de sólo ver el modelo de buque a vapor destinado a hacer este servicio de tantos riesgos. Obligadamente su calado debe ser de lo más restringido, tiene la forma de una gran batea, la quilla es absolutamente plana y las ruedas hidráulicas, situadas ambas en la parte de atrás, le dan un parecido a una gigantesca carretilla. Sin embargo se maniobra desde la parte delantera gracias a las cadenas de transmisión. Marcha con gran pena y lentitud, porque la prudencia lo ordena y la poca fuerza del motor lo ejecuta.

A bordo de este vapor hago cinco horas de una navegación cuyo interés reside más bien en los peligros corridos o por correr que en la atracción dudosa de un paisaje uniforme, apenas accidentado. Por momentos el río se estrecha, se estrangula, luego forma islotes o se ensancha sin medida. Sus orillas emergen apenas y no tienen otra cosa que grandes juncos, totoras o arbustos endebles. Por todos lados, bancos de arena hacen manchas sobre sus orillas o dividen su torrente. Algunos escasos pájaros acuáticos, blancas gaviotas o negros cormoranes, asustados por el ruido del motor o por el humo de nuestra embarcación, vierten un poco de vida sobre esta ruta desolada. Después de haber casi naufragado y de haber encallado

gravemente dos veces, alcanzamos hacia la noche el fin de nuestra etapa: la ciudad de Nacimiento.

Perfectamente situada en la confluencia del Biobío y del río Vergara, otro curso importante de estas regiones poco frecuentadas, Nacimiento no es una ciudad nueva. Hace ya bastante tiempo que colonos intrépidos, comprendiendo la importancia de tal emplazamiento, echaron las fundaciones de este pequeño grupo de habitaciones al cual el nombre de ciudad parece convenir muy poco. En lo que me concierne, no dudo del futuro de Nacimiento. Esta ciudad, como muchas otras cuyo desarrollo se encuentra actualmente detenido por la vecindad de los indios, tomará con el tiempo el auge que su ubicación particular asegura floreciente. Pero ahora languidece, espera y se muere de aislamiento. Su aspecto es lúgubre, sus habitantes casi salvajes; además todo es caro, sucio y de mala calidad.

Luego de mil contratiempos logro por fin, a precio de oro, procurarme el caballo más detestable que he conocido en mi vida y todavía me admiro de haber podido montarlo durante veinte leguas. Un muchacho me acompaña: es el guía que debe indicarme el camino y volver con nuestras monturas a Nacimiento.

Nuevamente, la ruta es poco entretenida. Al dejar la ciudad se atraviesa a caballo el río Vergara sobre una *lancha*, luego se toma por caminos arenosos a través de praderas cubiertas de cardos y sembradas aquí y allá de zarzas y de arbustos enanos. Se diría la pampa en los alrededores de Paysandú, a lo largo del río Uruguay. Diré que esta vez la etapa me parece de una duración desmesurada. Habitado al galope rápido y sin embargo tan suave de los caballos de la pampa, maldigo la triste marcha de una bestia que me sacude, tropieza y no avanza. En cuanto a las historias, a lo mejor interesantes, con las que mi guía trata de alegrar el camino, me escapan totalmente, puesto que el que me las cuenta lo hace en una jerigonza que por desgracia es más tributaria del mapuche que del castellano.

Durante este tiempo, la ruta comienza a sembrarse de accidentes del terreno. Hay aquí pequeños cerros, seguidos de valles frescos regados por esteros. La hierba es más verde y los bosques más vivos; la vegetación parece salir poco a poco de su adormecimiento..., y la cadena de los Andes aparece de repente majestuosa en el horizonte. Luego, en un anfiteatro formado por los primeros contrafuertes del

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

sistema andino, un primoroso desorden de pequeñas casitas coquetas y risueñas, surge como por encanto. Es Mulchén, cuyo aspecto arrebatador vale de por sí el fastidioso viaje que acabo de hacer.

Esta ciudad, fundada hace apenas quince años en un territorio recientemente tomado a los indios, es una importante posición para el ejército chileno. Por éso, por todas partes se ven los cerros erizados de trabajos de fortificación, mientras que en el llano, bajo su potente protección, una legión de colonos trabaja con ardor al desarrollo de la ciudad y también al desbroce de los campos. Mulchén cuenta ya con anchas y hermosas calles, muy bonitas iglesias e importantes negocios. Un inmenso cuartel ocupa una de sus esquinas, probando que este lugar es realmente uno de los principales puntos de concentración de las fuerzas que Chile destina a la conquista del país de los indios. Casi enfrente, sobre un montículo que, haciendo resaltar un pintoresco convento, da la antítesis palpable: los conquistadores pacíficos de las almas han establecido ahí el estado mayor de sus admirables misiones.

Me dirijo derecho a este convento, donde recibo una acogida simple y franca, donde la hospitalidad más amplia me es ofrecida inmediatamente. No puedo menos que aceptar la amable invitación de los Padres Franciscanos... y mientras me llevan a través el dédalo de sus largos corredores en visita al convento, permanezco bajo el encanto de sus agradables maneras, de su simplicidad y del interés que presenta su conversación.

Esperando que sean las ocho (tal es la hora tardía fijada para la cena de la comunidad), voy al cuartel en donde presento la carta que llevo y que permite de introducirme inmediatamente en presencia del oficial de guardia. Salgo de esta corta visita absolutamente seducido por las atenciones de la autoridad militar de Chile y provisto para la ruta de un salvoconducto en regla, además de cartas de recomendación de las cuales pienso servirme a breve plazo. En seguida corro al domicilio del administrador Ottone, felizmente puesto al corriente de mi llegada y de mis proyectos por mi anfitrión de Colcura hace ya un tiempo. Don Ottone es un hombre bello y grande, cuya figura simpática me agrada a primera vista; es de aspecto resuelto y de mirada franca. Es un ciudadano italiano, pero habla el castellano y comprende el francés; mejor todavía, conoce

la región y ha visto los indios de cerca. Es él quien responde de sus hombres, del intérprete, de los caballos; y como el tiempo me apura, pasará la tarde y la noche si es necesario a organizar todo, a fin que la partida pueda llevarse a cabo al alba del día siguiente.

Nuestra caravana está formada; se compone de cinco caballos y marcha en el orden siguiente: Ottone y yo vamos a la cabeza; luego viene nuestro intérprete, un sólido mozo de tez morena y de trazos marcados, de ojo chispeante. Se dice que es intrépido, valiente, determinado y monta, haciendo alarde, un caballo no domado. Sin embargo este hombre me disgusta porque por más que me lo prohiba me parece falso; pienso que si tiene prestancia y destreza es un semisalvaje cuya extraña persona lanza por momentos como un reflejo de los instintos de la fiera y del indio. Para terminar, dos *peones* domésticos chilenos forman la retaguardia y están, como nosotros, convenientemente armados para poder defenderse o prestarnos ayuda en caso necesario.

Saliendo de Mulchén, nos elevamos primero sobre una muy alta planicie que nos permite una vista panorámica de las más hermosas cordilleras, bastante vecina en este lugar. He descrito suficientemente estas montañas de aspecto grandioso y sorprendente, para poder permitirme de dar sólo un detalle de este majestuoso cuadro. Quiero hablar de dos picos que sobrepasan largamente todos los otros, atraen la mirada sin cansarse de admirarlos. De una parte es el famoso volcán Antuco, que levanta hacia las nubes su cresta dentada; de la otra el Llaima, que provoca en Araucanía un temor supersticioso, diría casi el respeto de los indios. Esto se explica tanto mejor cuando se sabe que este volcán, cuyas nieves eternas cubren completamente su punta cónica de absoluta regularidad, es uno de los más inquietos de la cadena de los Andes, uno de aquéllos cuyas frecuentes erupciones ya no se cuentan. Así, luego de un mes de actividad seguido de un muy corto período de reposo, el Llaima alumbró de nuevo sus fuegos desde hace tres días; torbellinos de llamas y espesas fumarolas se escapan silbando de su ancho cráter. Este espectáculo nuevo para mí, no me interesa menos que la cercanía de la Frontera y la entrada de nuestra tropa en territorio araucano.

El país de los indios es el más notable rincón de la costa del Pacífico y su alta reputación no alcanza a sobrepasar la realidad. Es

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

un oasis verde en medio de los sorprendentes desiertos que lo rodean. Es una *tierra prometida* cuyo acceso ha despertado siempre las aspiraciones de Chile, como exita todavía sus apetencias. Es un pequeño Edén a la conquista del cual se cree lícito empeñar todos los esfuerzos, emplear todos los medios... Y de hecho, sólo de ver este hermoso rincón de tierra podría explicar, a falta de poder legitimarla, la guerra que se hace a sus agrestes poseedores. En efecto, a primera vista es difícil no tomar la Araucanía como el centro civilizado, mientras que se reputa como país salvaje las planicies que la rodean. El contraste es tan flagrante como extraño; y fue una gran causa de admiración para mí saber de la riqueza natural del suelo que se puede creer casi virgen todavía, habiendo sufrido en escasos lugares sólo un cultivo superficial. Juzguen sobre el hecho que todavía no hemos visto ninguna habitación, ninguna choza, nada, en fin, que pueda denotar la presencia del hombre..., y sin embargo hollamos tierras de primera clase; praderas naturales apenas entremezcladas aquí y allá de cardos, alfombran los valles y parecen llamar a gritos colonos y ganados. Dos soberbios ríos, que debemos vadear, prodigan sus aguas sin ningún beneficio. Uno de ellos, a algunos pasos del camino que seguimos forma, sin duda para no aburrirse, una caída de trescientos pies en un marco silvestre, atractivo y majestuoso. Esta cascada, llamada de Cullín, en cualquier otro lugar atraería un gentío enorme de visitantes; pero aquí, en su soledad, es todavía ignorada de todos y aunque está situada justo en el centro de una propiedad del señor Pérez, ex presidente de Chile, dudo que éste conozca su existencia. Por último, sobre los cerros que escalamos cada vez, como en las laderas de las más altas montañas de la cordillera, hasta el límite de las nieves, bosques vírgenes sembrados con las más ricas especies, mueren inexplorados o renacen de sus propios despojos en el caos del más absoluto abandono.

Acariciados por el soplo de brisas primaverales y bajo un sol esplendoroso nos entregamos a galopes embriagadores en las llanuras. Al mismo tiempo que es un placer, nos hace ganar el tiempo perdido en la travesía de los bosques. En efecto, dentro del bosque, incluso en los lugares que permitirían una marcha más viva, caminamos siempre al paso. Es una precaución que la más elemental

prudencia aconseja en el país de los indios. Porque el civilizado que atraviesa la Frontera no debe jamás perder de vista el hecho que está en país enemigo y que seres invisibles que han jurado su pérdida y aquélla del último de sus semejantes, están desde ya colgados a sus pasos y vigilan en la sombra el más pequeño de sus movimientos. Sabiéndole bien armado o viéndole acompañado, no se atreverían a atacarlo de frente, pero con maña y destreza a menudo tienen éxito; y aquél que, demasiado confiado atravesaría al galope los grandes bosques araucanos, no tendría que sorprenderse si detrás de algún espeso matorral recibiera una flecha envenenada o sintiera abatirse sobre él el nudo corredizo del terrible *lazo*.

Pero ya llegamos al techo hospitalario de la misión Esperanza. Simples, pero bien contruídos, los edificios de los Padres Franciscanos ocupan, a las orillas de un ancho río, el centro de un villorrio indio. Cuando pasábamos el río, la campana del humilde monasterio sonaba el *Angelus* de la tarde; y en este medio tan salvaje, en estos lugares tan llenos de misterio sus tañidos constituían una melodía capaz de conmover profundamente el corazón.

¿Tengo necesidad de extenderme sobre la acogida benevolente que nos prodigan los buenos Padres? Estas maneras simples y francas, esta amable cordialidad que en cada uno de sus establecimientos esperan y encantan al viajero, son tan particulares a esta comunidad que se les diría inscritas en su regla. Fue pues, una verdadera buena suerte para mí el poder, una vez más, reposar bajo el techo y sentarme a la mesa de estos oscuros, pero valerosos misioneros.

En el curso de las conversaciones de la velada supe una cantidad de cosas interesantes. Saben mucho, los buenos Padres, sobre las tribus salvajes en cuyo seno viven y no mezquinan, gracias a Dios, los detalles que se les pide sobre el tema.

Es verdad, me dicen, que la gran familia india posee numerosos y graves defectos; es víctima de vicios de índole diversa, que se desprenden en grado diferente de su carácter primitivo y bárbaro..., pero sus instintos reales no son los que se supone. Aunque desde siempre los indios hayan dado pruebas de sangre fría, bravura, audacia, en una palabra de todas las virtudes guerreras, son o mejor dicho, fueron antiguamente un pueblo de pastores de un natural ordinariamente apacible; y si hoy merecen el reproche de ser sanguinarios y

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

crueles, tanto como lo son en todos lados los bárbaros, es por culpa a lo que parece, de las actuaciones chilenas a su respecto. Esta guerra sin cuartel, sin reposo y sin fin que se les hace desde siempre y ello bajo pretexto de civilización, palabra estupenda que entre nosotros pareciera legitimar todo y todo decir, pero que para ellos es absolutamente ininteligible. Esta guerra no hace otra cosa que exasperarlos, devolviéndolos a sus instintos primitivos y sumergiéndolos cada vez más en esta barbarie de la cual se quisiera hacerlos salir. Se habría podido actuar mucho mejor con esos espíritus de tal naturaleza. Civilizar no es destruir... y se verá cuánto tiempo más todavía fracasar la fuerza brutal de las armas donde un poco de diplomacia, de habilidad y de suavidad, hubiera podido dar resultados concluyentes.

Tengo que decir que por mi parte estos indios me interesan más allá de lo que pudiera decirlo. Más que nunca tengo ansias de conocerlos, tengo prisa por verlos. Por éso, imagínense el entusiasmo que me invade al conocer la noticia que encuentro a la mesa de los Padres. Parece que llego a punto, que como se dice, caigo de maravillas. Los indios de la misión, que forman aquí una aldea bastante grande están, con otros grupos indios de la vecindad, convocados para mañana a un gran *parlamento*. Dicha reunión tendrá lugar a más o menos dos millas de distancia y el Padre Superior se ofrece para conducirnos.

Después de una noche espantosa en que los salvajes fueron los únicos que tuvieron el privilegio de ocupar mi sueño, tomamos una última y frugal comida en el convento, seguida inmediatamente por la botasilla; y guiada por el misionero, jinete consumado a quien apenas molestan los pliegues de su larga sotana, nuestra tropa se apresura a ganar la montaña, lugar de la cita. Atravesamos en primer lugar unos terrenos pantanosos, que se habían hecho difíciles a causa de una reciente crecida del río; después subimos largo tiempo a través de un bosque tan oscuro como espeso donde se amontonan los especímenes de una vegetación poco común y henos aquí desembocando de repente sobre los bajos de de un claro. El suelo está por todas parte alfombrado de verdura. Caballos ensillados pacen y se regalan formando *tropillas* bien curiosas, ya que las hierbas altas esconden las maneas, por lo que se diría reunidos libremente y

completamente abandonados por sus amos. Aquí está el campamento indio: de tanto en tanto se ven carpas, pero la mayoría están vacías y todo el movimiento parece concentrarse en el centro del claro. Ahí, protegido por un espeso tresbolillo compuesto de canelos sagrados, se levanta un inmenso cobertizo. Rebosa de gente y se pueden distinguir, ordenados alrededor, trofeos de armas y haces de lanzas. El padre nos exhorta a esconder bajo nuestras mantas de viaje nuestros cuchillos y revólveres; en seguida toma la cabeza, lanza un grito gutural y nos hace señas de seguirlo.

Nuestra llegada al medio de los indios provoca en sus filas un primer movimiento de muy grande sorpresa; pero el buen Padre les dirige algunas palabras, luego de lo cual se nos permite, a nosotros los profanos, penetrar bajo el cobertizo. Se encuentran ahí alineados por orden de prelación una docena de caciques de aspecto más o menos respetable. Sus mujeres los rodean en el más religioso silencio y un número aproximado de unos ciento cincuenta guerreros completa este grupo imponente. Lo que me impresiona más es que el sitio de honor es reservado a una vieja arpía que con seguridad frisa la centena y que, llena de melindres, pavoneándose de importancia, no para de echar párrafos y de sonreír a todo el mundo. Al lado de ella está un viejo cacique que, a juzgar por el respeto que inspira, debe ser el gran jefe de la asamblea de hoy.

Primero es a él, luego a sus compañeros y a sus treinta esposas, que me hago presentar con toda la ceremonia de uso en cuanto la vieja cotorra decide callarse. El Padre se encarga del asunto luego de lo cual se me da la palabra. Hago venir mi intérprete e inclinándome hacia toda la asamblea beatamente suspendida de mis labios, dirijo al viejo cacique algunas frases en castellano, que tan pronto pronunciadas le son traducidas en mapuche. A título de información doy más o menos el sentido: «En mi país soy el hijo de un poderoso cacique y yo mismo lo soy. Atravesé los mares e hice cinco mil leguas nada más que para verte y rendirte homenaje a tí y a tus hermanos. No quepo en mí de gozo y volveré con el recuerdo imperecedero de este encuentro. Estaría muy contento de conocer el objeto del parlamento que los reúne hoy. Por último desearía que no se cometa más ningún desorden en el país y que cada cual permanezca más que nunca fiel al Reverendo Padre; el verdadero

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

interés de las tribus es seguir sus consejos, que son inspirados a él y a los otros Padres de la misión que dirige por el Gran Espíritu».

El concierto de aprobación que siguió estas pocas palabras estuvo formado por gritos tan roncocos, tan extraños que me creí saludado por el más terrible abucheo, mientras que por el contrario estos gritos constituían, como me lo dejaron entender las felicitaciones del buen Padre, el summum de lo que una asamblea de este tipo puede dar como prueba de asentimiento a uno de sus oradores. Basta con comprenderse... y con la respuesta del viejo jefe supe a qué atenerme a este respecto.

Rojo de placer y sin embargo grave, imponente, solemne, el viejo cacique se levantó. Como parece que es uno de los potentados de la Frontera y que se encuentra en contacto casi continuo con los chilenos, comprende –según se me dijo– y habla corrientemente la lengua castellana. Habríamos, pues, podido prescindir del intérprete. Pero la etiqueta proscribía severamente esta licencia lo que no me pareció mal, puesto que me permitió el placer de escuchar pronunciar un gran discurso mapuche con todo el énfasis y acompañamiento mímico que comporta o que exige la lengua de los indios.

Esta lengua está formada casi por puras vocales, razón por la cual es dulce y armoniosa en exceso. El cacique hizo sonar largo tiempo en nuestros oídos esta música con notas suaves y su intérprete me traducía luego el sentido. He aquí lo que pude retener de su discurso:

«Con mucho gusto, él y los otros caciques deseaban acordarme, a mí como a los míos el honor de tomar parte a la presente reunión. Era pues, el bienvenido en medio de su fiesta, ya que esta vez el parlamento era sólo una ceremonia festiva. No tenía ningún fin político o guerrero; se había convocado nada más que para satisfacer la legítima aspiración de su vecina, una vieja y notable india (le hago la reverencia), que deseosa de hacerse una fama para la posteridad, antes de morir ofrecía a beber y ordenaba la música y las danzas. Me felicitaba de la buena ocurrencia que tuve de venir a verlo. Sólo lamentaba en realidad una cosa: es que yo no formara parte de los suyos. Me encontraba bello, corpulento y fuerte, digno en todo de ser mapuche y de destacarme a la cabeza de sus grandes tribus. Tendría en cuenta mis observaciones y recomendaría a todos

el orden y el buen comportamiento. Entretanto, quería que todo fuera puesto a mi disposición. Me pasaba la autoridad suprema: Sólo tenía que mandar..., yo sería obedecido».

Tan pronto como fue terminado el discurso se nos permitió, a mis compañeros y a mí, besar la mano del cacique; yo me senté a su lado. Los guerreros, pero sobre todo las mujeres indígenas, clavaban sobre mí sus grandes ojos escrutadores; sentí que sometían mi traje y mi persona a un examen que iba a los más íntimos detalles. Para mostrarme agradable a la compañía hice reparto de tabaco y de moneda menuda. Me desvalijaron de todos mis cigarrillos y sólo con grandes esfuerzos pude resistir a los ataques indiscretos de esas damas que querían apoderarse a toda costa de mis anillos y de mi reloj.

Aprovechando entonces de los poderes con que me había investido el cacique, ordené que los bailes recomenzaran.

Estos no son otra cosa que una serie de saltos más sacudidos que rítmicos. Aquéllos que los ejecutan hacen horribles muecas y se hacen aplaudir en las poses más grotescas. La música que los acompaña es lenta y monótona. Los instrumentos no son muy variados: una especie de viola, un tambor y una pequeña flauta de dos notas en bambú. Una vez que empiezan, instrumentistas y saltones, no se detienen sino difícilmente. Pero el número principal de estas diversiones es de lejos el gran paseo danzante al que toman parte hombres, mujeres y niños los que van uno tras otro en fila india (es el caso de decirlo), saltando, dando alaridos, gesticulando.

A estas danzas descabelladas suceden abundantes libaciones. En un rincón hay ánforas llenas de *aguardiente*, de *caña*, de *chicha*. Cada cual va a llenar un jarro y lo vacía de un golpe; cuando digo un jarro, es más bien un recipiente que les sirve para ello. Lo hacen de un gran zapallo o lo tallan en alguna *sandía*, calabaza o melón de agua.

En poco tiempo la fiesta degenera en orgía. Las danzas recomienzan, los caciques participan y vemos hasta la vieja octogenaria que se agita por su lado. Pero viene un movimiento coreográfico evidentemente no previsto que vuelca un ánfora todavía llena. Entre nosotros, es mi impresión, se la hubiera rápidamente puesto de pie para evitar que se derrame completamente; bien, ¡no!, aquí cada uno se precipita a tierra, raspa con su jarro el suelo, las hierbas y la arena y bebe su contenido con gran convicción.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

Para nosotros éso se convirtió en espectáculo lamentable porque estos seres, movidos por sus pasiones brutales descienden en poco tiempo al nivel de la bestia. Eran esos mismos hombres los que hace un momento estaban cubiertos de esa dignidad con la que abren siempre sus parlamentos, los que tenían un aspecto impresionante y dejaban escapar de sus ojos las llamas de una mirada noble y hasta inteligente. Y ahora se mezclaban, sin pudor ni asco aparentes, al escándalo ruidoso de la orgía, esas mujeres de caciques de cara melancólica, de cejas derechas, de ojo profundo, entre las cuales más de una me había llamado la atención, sobre todo aquélla de tipo de odalisca que, me dije en secreto, se habrían disputado aquí entre nosotros, en las esferas civilizadas.

Cabe preguntarse lo que pasa con los hijos en parecidas circunstancias. ¡Calmen, madres, calmen vuestras justas aprehensiones! Las jóvenes y los jovencuelos no son admitidos en los parlamentos. En cuanto a los niños de pecho que no se puede dejar solos en la casa, están envueltos en una pieza de tejido, luego amarrados en una corteza de árbol que les sirve de cuna. Este procedimiento permite a los padres depositarlos derechos o acostados en cualquier lado y transportarlos a caballo, sujetos a la montura como se haría con cualquier paquete. Ese día vi un buen número adosados a los árboles del bosque, de pie, como si jugaran el papel de pequeños centinelas acurrucados en sus garitas, por lo demás pareciendo estar satisfechos de su suerte.

Íbamos a retirarnos y huir esta reunión, que no solamente no presentaba ya ningún interés sino que podía, de un momento a otro, dado el estado de calentamiento extremo de las cabezas, hacerse peligrosa para nosotros; pero estaba escrito que asistiríamos todavía a un último espectáculo característico y feroz. En efecto una querella, que era de prever, acababa de levantarse entre dos guerreros vigorosos y de alta estatura. En caso parecido el asunto se liquida en el acto, los dos adversarios comienzan la *pelea*, lucha encarrozada, bestial y sanguinaria, seguida con interés por la galería; jamás se interviene para nada si no es para animar, excitar los luchadores. Una de las fases más curiosas de esta lucha cuerpo a cuerpo es aquélla en que los campeones se tiran por los cabellos, se revuelcan mutuamente en el suelo y ahí, de rodillas y la cabeza contra la

tierra, se propinan por debajo una profusión de puñetazos en la cara. Recordando al cacique sus compromisos de hace poco, hice cesar el combate, que comenzaba a tomar proporciones terribles y que casi siempre termina por hacer víctimas. Despidiéndonos rápidamente de nuestros nuevos conocidos, nos pusimos en camino para proseguir el viaje.

No haré más acopio de detalles descriptivos sobre los indios de la Araucanía ni de su territorio. Las páginas que preceden bastarán para que el lector se haga una idea de ellos. Paso entonces rápidamente sobre el resto de mi expedición en este país, lamentando mucho no haber podido visitar sino un rincón tan chiquito.

Así pues, luego de habernos despedido del excelente Padre, bajamos de nuevo a la llanura para seguir un valle estrecho donde profundamente encajonado entre rocas de granito o muros de pórfido, ruge el torrente del Malleco que actualmente sirve de línea fronteriza defendida por una serie de fuertes. En uno de esos fuertes, el pequeño pueblo conocido bajo el nombre de Collipulli, fue que pedimos hospitalidad por una noche. La carta de recomendación que me habían dado en Mulchén fue para mí un poderoso auxiliar, siendo objeto de las atenciones más esmeradas de la parte del oficial destacado a la jefatura del fuerte. Gracias a su gentileza pude conocer una serie de detalles interesantes.

La guerra chileno-mapuche está llena de sorpresas y sembrada de obstáculos que se diría infranqueables. Sin que nada lo deje suponer, el indio vigila de muy cerca los movimientos del enemigo, evita todo ataque, pero no se cansa de dejar sobre sus pasos emboscadas y trampas. Si a fuerza de audacia y perseverancia los soldados de la república han ganado terreno y empujado un poco más la frontera, no pueden sino con grandes dificultades conservar las posiciones adquiridas. Que una crisis gubernamental, una revolución, una guerra civil los llame hacia el interior, los araucanos destruyen en seguida las obras y todo debe recomenzar. Pero los peores obstáculos contra los cuales se estrella a cada paso la empresa chilena son los que la naturaleza le presenta. Ahí está el Malleco, estupendo torrente que de este lado presenta sus bordes rocosos inaccesibles y marca todo un pedazo de este pequeño territorio con su profunda desgarradura. Dios sabe que los chilenos llegaron hasta

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

este terrible obstáculo hace ya bastante tiempo. ¿Pasarán un día más allá de él? Ellos pretenden que sí, en tanto que yo lo ignoro.

Los indios araucanos dan prueba en la acción del más heroico coraje. A sus armas habituales que son el arco y la lanza, agregan la maza, con la cual dan golpes terribles; además se destacan en el lanzamiento de las *boleadoras* y a tirar el *lazo*. Todavía no se sirven de armas de fuego; pero parece que no les temen mucho, estos seres admirables, que cuando es necesario parecen poseer el secreto de hacerse invisibles. Sin duda los disparos y sobre todo la metralla han dejado ya más de uno sobre el polvo; pero es más difícil combatirlos con bolas de cañón. El oficial me decía que este tiro está en vías de ser suprimido por el motivo, a lo menos curioso, que paso a referir: En más de un punto de la línea fronteriza, los guerreros araucanos reunidos sobre los cerros que están frente a los fuertes, lanzan su grito de guerra y simulan movimientos de ataque que tienen por fin de hacer tirar sobre ellos. Si el fuerte les manda un proyectil, echan vientre a tierra sin dejar de ver dónde cayó; en seguida desaparecen. Pero a la caída de la noche es seguro que vendrán; arrastrándose se aproximan de la gran esfera de metal y luego se la llevan con gran cuidado hacia una destinación y para un uso desconocidos.

La mañana del día siguiente, que era un domingo, fue compartida entre el reposo, la visita del fuerte y los oficios. La humilde iglesia de Collipulli nos ofrece el agradable espectáculo de una gran misa militar; porque aquí, cada domingo, los soldados de la guarnición entera, no solamente asisten sino que también participan en los oficios. Las partes principales de la misa son señaladas con redobles de tambor, mientras que las clarinadas reemplazan las campanillas.

Estos soldados, como sucede en general con los de infantería y artillería en Chile, son franceses por la distinción del aspecto y la elegancia del traje. Esta reflexión, que han hecho ya muchos viajeros, resulta tanto más flagrante cuanto Chile, que desde siempre rinde pleitesía a la Francia, no solamente se inspiró del ejército francés en sus uniformes, su reglamento, su disciplina, sino que además tomó su aspecto. Es sin duda una gloria para nuestros vecinos de Francia que en sentido propio y figurado se diga en Chile de su joven ejército, que acaba de terminar una brillante campaña, lo que se dice entre los griegos de otro ejército, igualmente joven todavía y ya listo

para el combate: que todo, desde el quepis hasta el último botón de las polainas, está absolutamente calcado de los modelos franceses.

Algunas leguas a caballo por una carretera militar que sigue los bordes del Malleco, nos llevaron rápidamente al pueblo de Chihuaihue¹, primero y luego a la importante ciudad de Angol. El camino es sin duda bonito, pero sembrado de cruces que de distancia en distancia parecen recordar a los que lo recorren que no es tan seguro como se quisiera creer.

Angol es una ciudad de fundación reciente. Es la cabeza de la línea de fuertes del Malleco. Data de apenas veinte años y ya ha adquirido una gran importancia. Levantada en el centro mismo de una vasta planicie que está rodeada por un círculo de montañas, es susceptible de un gran desarrollo. Una vez terminada la conquista de la Araucanía, parece destinada a convertirse en su capital. Según se nos dice, sólo es cuestión de tiempo. Sea como fuere, actualmente al menos, el futuro de estas jóvenes ciudades no me parece que esté perfectamente asegurado.

Al dejar la ciudad de Angol se pasa el famoso Malleco por un vado; en seguida, por medio de un puente se atraviesa el río Vergara, que corre hacia Nacimiento. Se suben algunos hermosos *cerros*. A una distancia aproximada de unas seis leguas se atraviesa el soberbio puente de madera sobre el río Renaico. Ahí la ruta, que va acompañada por los alambres del telégrafo, sigue casi en línea recta hasta Nacimiento.

Ahí retomé el camino que lleva a la hacienda de Colcura y pocos días más tarde me embarqué en Lota, sobre el Océano Pacífico a bordo del vapor *The Chile* para volver a Valparaíso.

1. Se juzgará por este ejemplo de la extraordinaria suavidad de la lengua mapuche.



DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

XXIX

Cazas en las haciendas

Regreso del sur por mar.— La aduana republicana.— Las minas en Chile.— Propietario de una mina de plata.— La caza de zorzales y perdices.— El lago de Aculeu y la caza de patos.— La hacienda de Catemu.— Caza del cóndor.

El *Chile* es un magnífico vapor de la Compañía Inglesa del Pacífico, que hace el servicio de las costas del Sur, para lo cual recibe una subvención de cien mil piastras o quinientos mil francos que el gobierno chileno le asigna anualmente.

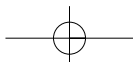
Embarcados a su bordo hacia las dos de la mañana con uno de los más gruesos tiempos que haya jamás sufrido, los pasajeros de Lota fueron rápidamente vencidos en la lucha que libraban por vencer sus estómagos. Los que venían de más lejos ya no tenían cara humana. Tuvimos viento en contra, tempestad, lluvia, granizos y tormenta; me di cuenta hasta qué punto el Pacífico puede mostrarse poco digno de su nombre.

Entre Lota y Valparaíso existen Talcahuano, Tomé y por último San Antonio, pequeños puertos donde el *Chile* hizo escala; pero estos puntos microscópicos tienen apenas una importancia secundaria, de vocación casi únicamente agrícola. Esperando el término de la construcción de la red de vías férreas chilenas, sirven para dar salida a los cereales producidos por las provincias que al Sur son bañadas por el Pacífico.

Felizmente, al tercer día de esta penosa travesía, el buen tiempo se hizo presente, lo que nos permitió de gozar plenamente del espectáculo majestuoso que ofrece la bahía de Valparaíso, cubierta por las claridades de un cielo resplandeciente.

No volveré sobre los detalles de este cuadro ni sobre la descripción de la ciudad, que ya di en otra ocasión. Pero quiero anotar aquí una pequeña aventura, que aunque muy personal y en realidad de poca importancia, tiene de curioso el hecho de revelar una vez más las diferentes maneras de practicar las costumbres republicanas.

Cosa verdaderamente extraña, aunque viniendo de un puerto chileno, al desembarcar aquí se es sometido a la minuciosa vista de aduana.



Como el resto de los viajeros que venían de más lejos, trayendo de otros países bultos complicados, yo me sentía satisfecho de mi pequeña valija y creí que como no había salido de Chile sería despachado entre los primeros. Era también la opinión del señor Sève, nuestro Cónsul General en Chile, que por una de esas gentilezas que le son propias, había viajado desde Santiago esa mañana para venir a recibirme sobre el mismo muelle. Al ver pues al jefe de los empleados de la Aduana: «¿Tendría usted la amabilidad –le dijo– de hacer revisar con prontitud el poco bagaje del Conde de Robiano, aquí presente? Es un europeo que vuelve de Lota de regreso de una excursión que hizo en el Sur». Su interlocutor se levantó inmediatamente e indignado respondió a nuestro Cónsul de manera brutal: «*¡A mí qué me importan los condes y príncipes de Europa que vienen aquí de paseo! ¡Yo soy republicano!*». Sobre lo cual se las arregló para hacerme pasar al último. El Cónsul no dijo una sola palabra, sacó su libreta, anotó el nombre del rabioso republicano y prometiéndole que tendría noticias de él, fue a quejarse al Ministro de Marina y al Intendente. Fui presentado en el acto a esos señores que acogieron calurosamente nuestra reclamación y queriendo probarnos que a pesar de todo la cortesía era una virtud chilena, nos dijeron que una falta de atención hacia un extranjero era cosa que siempre se castigaba severamente en el seno de sus subordinados. Se llamó al jefe de la Aduana quien, amonestado agriamente, se confundió en excusas y prometió enmendarse. Pero sus protestaciones, como las gestiones que el Cónsul y yo hicimos más tarde en su favor, no pudieron hacerle conservar su puesto... fue despedido.

De regreso en Santiago, lamenté deber renunciar por falta de tiempo a un interesante viaje que me había prometido hacer en el Norte, al importante distrito minero de Atacama. Allá, sobre una extensión verdaderamente considerable, pero sin bosques, sin habitantes, sin cultivos, bajo las arenas de un verdadero desierto, incalculables tesoros duermen ignorados. Algunos grandes establecimientos, que la falta de brazos obliga desgraciadamente a restringir su extensión necesaria, operan a pesar de todo en vastos yacimientos de cobre, de plata, de mercurio, con un éxito que se afirma y crece cada día. Pero, ¿qué pueden hacer diez o doce, donde podrían ser cien sin hacerse sombra? ¿Y qué esperan los colonos de todos los países, trabajadores que serían disputados allá a precio de oro?

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

Esta cuestión de tan alto interés es la que hubiera querido poder estudiar en el terreno, para en seguida dar cuenta detallada a fin de que los mismos interesados pudieran sacar las conclusiones prácticas. Pero debo limitarme a anotar de paso que la falta de brazos es actualmente la gran, la terrible, la única herida de estas regiones. Es lo que paraliza, entraba en su impulso las empresas que, de otra manera, serían de un éxito asegurado.

¿Quieren que apoye la aserción que precede con un ejemplo sacado de mi propia experiencia o si se prefiere, de mi inexperiencia? Es el que sigue: Entusiasmado con los estudios y trabajos preliminares de un ingeniero francés de gran talento que yo contaba entre mis nuevos amigos, me hice comprador a medias con él de una concesión de minas de plata en Chile. Algunos sondeos emprendidos inmediatamente demostraron hasta la evidencia que estábamos en posesión de un gigantesco yacimiento de mineral de plata, cuyos numerosos filones corrían en todos los sentidos y casi a flor de tierra. Era sin duda espléndido... ¡pero había además que explotar esos tesoros! Fue el instante en que pudimos convencernos que la falta de brazos, de utilería y de medios de transporte, obstáculos comunes a las explotaciones de este país, no permitirían jamás a pequeños capitales un trabajo remunerador. Fue necesario renunciar a nuestra idea primera y repusimos en venta la concesión que se nos había otorgado seis semanas antes. Hicimos un poco de publicidad; el ingeniero publicó un informe enfático de nuestros brillantes descubrimientos luego de lo cual tuvimos un interesado a un precio que creímos de buen gusto aceptar. Así se liquidó nuestra corta asociación que enriqueció cada uno de nosotros con un dividendo de seis piastras (treinta francos).

El poco de tiempo que me quedaba aún de estadía en Chile lo empleé en visitar algunas grandes propiedades rurales de los alrededores de Santiago, donde me llevaban también mis inclinaciones a la caza y el deseo de hacer un último adiós a amigos buenos y encantadores. Si es verdad que no tengo ninguna gana de contar en detalle los diversos incidentes producidos durante estos pequeños desplazamientos, por lo menos quisiera anotar, dicho sea de paso, lo que me parece pudiera interesar desde el punto de vista especial de la caza o de la propiedad local.

Las dos presas que el cazador persigue de ordinario aquí son la perdiz, que vive en las praderas, al borde de los bosques, a lo largo de los setos o de los arroyos; y el zorzal, que habita especialmente en las viñas.

El zorzal chileno es poco diferente del nuestro; su color es casi el mismo y su carne igualmente apreciada de los conocedores. Si es verdad que repletos de uvas sufren a menudo los efectos de la ebriedad al punto de poder cogerlos con la mano, de ordinario su vuelo rápido y caprichoso entre las altas estacas, hace el tiro muy difícil y por lo mismo muy entretenido.

La perdiz por el contrario, es fácil de matar, pero no de cazar, porque corre mucho y se levanta raramente. El placer de esta caza consiste pues, sobre todo en el trabajo del perro. La especie chilena es una suerte de perdiz roja que no se encarama jamás a los árboles, vive en parejas, vuela cerca del suelo en línea recta y se para muy cerca de donde inició su vuelo. Por el plumaje y las costumbres recuerda la codorniz nuestra y lanza al levantarse un trino de notas agudas, pero llenas de armonía.

Entre las otras cazas que ofrecen las cercanías inmediatas de Santiago existen especialmente dos, sobre las cuales quiero detenerme un instante. Entre aquellos lectores que no son apasionados por la caza como yo, habrá quizás algunos que tendrán por lo menos interés en seguirme a las dos haciendas más justamente célebres y mejor conocidas de Chile.

A cerca de diez leguas al Noreste de Santiago¹ se encuentra la hacienda de Aculeu, propiedad del señor Letelier. Tiene una superficie de veinte mil hectáreas. Ahí, en el marco de pintorescas montañas hay un gran lago de aspecto salvaje que cubre una superficie evaluada en mil quinientas hectáreas y la profundidad de sus aguas pasa los cien metros en varios lugares. Los vientos de la Cordillera soplan fuerte por momentos; entonces las aguas espuman y se mueven en este mar en miniatura y las olas van a romperse contra las

1. La laguna de Aculeo se encuentra al Suroeste de Santiago. O bien ella se desplazó desde entonces o bien la brújula de nuestro conde le jugó nuevamente una mala pasada (NdT).

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

paredes lisas de rocas verticales al frente de las cuales se ve una hermosa playa de arena. No es necesario decir que este lago de orillas deshabitadas, de difícil acceso, de marco eminentemente agreste, atrae toda suerte de aves acuáticas. Vienen en bandas apretadas, retozan en todas las épocas del año y sus gritos tan diversos son los únicos que rompen el silencio habitual de estos lugares, mientras que su presencia les da un poco de vida.

En parecidas condiciones, una partida de caza a la pieza de agua tenía que ser a la vez fructuosa y pintoresca. Es la razón por la cual algunos amigos y yo, la aceptamos con mucho gusto.

Una mañana pues, al alba, armados como se debe y montados en excelentes caballitos del país, dejamos la hacienda para dirigirnos al lago, que dista de unos cinco kilómetros.

Es una tradición entre los plantadores del Sur, como entre los grandes propietarios chilenos, de rodear el extranjero de todos los refinamientos de un fasto exagerado; pero este lujo teatral es acompañado por doquier de una simplicidad auténtica, de una familiaridad de pura ley que no permite pensar que pudiera ser en absoluto una cuestión de vanidad, de ostentación. Esta vez pues, nuestro anfitrión había echado la casa por la ventana. Íbamos escoltados por un respetable séquito de mozos de equipaje, ojeadores, gondoleros y remeros y de una carreta con bueyes que cargaba, además de los víveres de todo tipo, con el jefe de cocina que debería preparar, allá en una isla, un brillante almuerzo.

Mientras tanto, por lejana que hubiera aparecido ante nuestros ojos la extendida superficie del agua del lago, durmiendo tranquila al pie de sus roqueríos, teñidos en ese momento por los rayos del sol naciente, no pudimos retener un común grito de admiración. Pagado este tributo debido a la majestad del cuadro que la naturaleza salvaje nos ofrecía, descubrimos transportados que prometiéndonos una caza abundante, nuestro huésped no se había aventurado en nada. Había en el lago en efecto, a nuestros pies, quizá cinco mil patos y bandas apretadas de gansos y de cormoranes. Sobre las orillas había grandes pájaros pescadores, tales que espátulas rosadas, garzas, cigüeñas y flamencos, mientras que lago adentro, inmóviles y majestuosos, cisnes de cuello negro flotaban sobre las aguas. Estos últimos son bastante escasos en Chile todavía hoy y nuestro

CHILE

anfitrión nos había rogado de respetarlos, con la esperanza, que ha sido confirmada desde entonces, de aclimatarlos.

Apenas bajé del caballo se me invitó a abrir el fuego y fui feliz de hacerlo con éxito abatiendo, a más de cien metros, un espléndido flamenco. Se nos fijó nuestros puestos de combate, los ojeadores comenzaron su trabajo y numerosos patos de todo tamaño y de todo plumaje cayeron luego bajo nuestros tiros. Después, cuando las grandes bandadas ya bien raleadas terminaron por agarrar miedo y cedernos el dominio de las aguas, una trompa resonó y varios botes, saliendo de todos lados vinieron a buscarnos para llevarnos a la isla encantada.

Cuatro o cinco hectáreas de terreno cubierto de grandes cactus y plantado de pinos, terraza tenida sobre las aguas por cariátides de roca, tal era el lugar pintoresco que el amo eligió para ofrecernos el almuerzo. Debo decir en su honor que jamás comida campestre fue más brillantemente conducida y ordenada. Por éso qué de risas y cuánta alegría. Pero sucedió que a los postres nuestro anfitrión nos propuso una caza de conejos... y cada uno sonrió pensando a una broma, puesto que hasta entonces el conejo era desconocido en Chile. Sin embargo nos hizo apostarnos, cerner su isla y batir cactus y pinos. El tiroteo recomenzó, pues estábamos rodeados de tropas de conejos. Estos animales, de los cuales hizo venir de Europa algunos muestras, pululan ahora en la isla que les sirve de prisión. La fiesta seguía su curso cuando súbitamente se produjo en medio de nosotros un incidente muy singular: un disparo de fusil, tirado demasiado cerca de las hierbas secas, produjo un incendio en la isla. Un macizo de grandes cactus ardía y el incendio ganaba terreno rápidamente amenazando con destruir toda la vegetación de la isla y con ella los conejos; felizmente éramos numeroso y teníamos el agua al alcance de la mano. Así se terminó nuestra partida de caza en Aculeu; volvimos alegres y cargados de botín.

En el capítulo de mis viajes y cazas en las repúblicas de Argentina y Uruguay, hablé largamente del avestruz de América, que aunque puede ser considerado a causa de sus plumas como un artículo de comercio más o menos lucrativo, no tiene ni el porte y todavía menos el valor del de África.

Las grandes dimensiones de las corredoras de esta clase las hace pasar como los pájaros conocidos más grandes. Pero, ¿puede

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

considerarse verdaderamente como pájaros estos animales que son incapaces de volar y que no piden a sus cortas alas otra cosa que un poco de agilidad para la carrera?

Entre los verdaderos pájaros, aquéllos que su fuerza misma, la altura que alcanzan, la extensión y la potencia del vuelo hacen especialmente notables; aquéllos que, conocidos bajo los nombres de águilas y de buitres, parecen haber elegido para instalarse y propagar su especie la costa del Pacífico y por consiguiente Chile o por lo menos su Cordillera. El corifeo de estas enormes bandadas, el más grande, el más fuerte, el amo de todos es el cóndor.

Este pájaro, que su vuelo lleva a tal altura que a veces desaparece en el cielo sin nubes al ojo de un viajero que llega, como yo, a la cima de las más altas montañas accesibles, no es un pájaro cualquiera y merece que se le consagre algunas páginas. Lo haré con tanto más gusto que, habiéndome aproximado de él numerosas veces de cerca y habiéndolo cazado, como se verá, pude darme cuenta lo diferente que es en libertad del cóndor que se nos exhibe en el cautiverio de nuestros zoológicos. El motivo de esta diferencia es simple puesto que este pájaro, poco hecho para la jaula donde puede ser criado sólo desde joven, pierde en prisión lo mejor de sus cualidades, de su fuerza y de su crecimiento.

El cuello casi blanco, la cabeza plana, pero ornada de una cresta, el plumaje de un pardo sombrío, realizado en el macho de algunas plumas blancas, el cóndor, alto de más de un metro, alcanza sin dificultad hasta tres metros de envergadura. Sus plumas, entre las cuales algunas alcanzan más de dos pies, parecen tener las calidades de resistencia y de elasticidad del acero. Sus garras anchas y poderosas, su pico puntudo y encorvado, con fuerza para despanzurrar un buey de algunos picotazos son las armas terribles al servicio de los instintos sanguinarios de este majestuoso pájaro.

Aunque tengan sin lugar a dudas la talla para realizar las hazañas que se les atribuye, hay que poner en el anaquel de las fábulas esos raptos de niños, incluso de corderos que ciertos relatos les atribuyen. Admito que causan verdaderos estragos entre el ganado que padece abandonado en las montañas; pero atacan los individuos vivos cuando no pueden encontrar muertos y en tal caso tienen cuidado de elegir los más enclenques, a los cuales les revientan primero los

ojos y luego se reparten entre ellos, sea lo que descuartizan ahí mismo, sea lo que se llevan por pedazos. Pero la sola presencia del hombre, por pequeño que sea, los turba, los pone en fuga y la mayor parte del tiempo les impide de volver al mismo lugar; sólo al precio de mañas y de precauciones infinitas es que se logra atraerlos o más aún a sorprenderlos.

Sin embargo, el daño que ocasionan a los criadores de ganado les vale una persecución encarnizada. El gobierno chileno por su lado, como buen administrador decretó que se trataría el cóndor como enemigo de la república: puso precio a su cabeza, la cual según el distrito puede valer entre cinco y veinte francos.

El procedimiento más usado para la caza del cóndor consiste en esconderse de noche en las cercanías de un animal recientemente sacrificado o encontrado muerto. Así se puede tirar algunos disparos a la llegada de los pájaros al festín. El éxito no podrá ser posible si se está bajo el viento, demasiado cerca del cebo o un poco al descubierto. Los cóndores son en efecto desconfiados por naturaleza y al ojo de águila agregan un olfato que se la ganaría al más fino sabueso. Pero piensen un poco al efecto de una bala de largo alcance sobre esas alas de acero, esas caparazones de fierro y comprenderán cuán poco se logra destruir esos animales que se reproducen todos los años, mientras que nuestros eruditos no han podido establecer todavía a qué edad mueren!

Más práctica y más devastadora es la ingeniosa estratagema que de tiempo en tiempo emplean los *huasos* y los indios del país. Digo de tiempo en tiempo porque este medio no resulta dos veces seguidas en el mismo lugar y que uno solo de estos astutos pájaros que haya sido testigo de la trampa y con mayor razón por haber escapado a ella, impedirá por largo tiempo que las bandadas de los alrededores se dejen engañar a su vez.

Por lo demás, nada más simple: en algún valle encerrado al alcance de los roqueríos frecuentados por los cóndores, los colocadores de trampas del lugar van a elevar durante la noche, en el más absoluto silencio, un pequeño muro de tierra de un medio metro de alto que forma un estrecho recinto circular al centro del cual echan un cordero, un buey u otro animal muerto. Cuidadosamente escondidos a distancia respetable esperan que los cóndores lleguen al

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

alba. Éstos no demoran en abalanzarse sobre el cebo, alimentándose con toda la voracidad que les es propia. Es de notar que las aves de presa y sobre todo las de esta especie, no teniendo costumbre de comer diariamente, se repletan tan glotonamente de carne fresca cuando la ocasión se les presenta, que se quedan un buen momento estúpidos y torpes. Es entonces que armados de varas y lazos intervienen los cazadores, que se precipitan lanzando grandes clamores. Los inmensos pájaros, que para emprender el vuelo tienen necesidad de cierto espacio, no fuera sino que para desplegar sus grandes alas, extender el cuello y correr sobre el terreno para obtener el impulso indispensable, presentan entonces un aspecto lamentable. Asustados, al mismo tiempo que pesados y ahitos se empujan, se molestan unos a otros. Por todas partes se estrellan contra el pequeño muro de tierra y los garrotazos llueven sobre sus pobres alas, mientras que el lazo se abate sobre sus cuerpos. Es una razia completa; sólo escapan los que se encuentran todavía sobre el animal en el momento del ataque o bien haciendo de centinela sobre el muro.

Impaciente estaba, piénsenlo bien, de gozar a mi vez de atracción tan nueva para mí como la caza de cóndores; todavía conservo un vivo reconocimiento hacia el amable chileno que un día me permitió, a este efecto, de acompañarlo a sus tierras.

Verdadero tipo de hidalgo, el marqués de Huidobro, de rancia nobleza española, lleva una vida bastante retirada en su inmensa hacienda de Catemu. Esta propiedad tiene la fama bastante merecida de ser la más notable y también, según se me dijo, la más importante de Chile. Se podrá juzgar de las pocas palabras que de ella voy a decir.

La hacienda de Catemu, cuyas extendidas tierras forman la mayor parte de un distrito del Sur¹, se encuentra situada a proximidad de la línea férrea de Santa Rosa de los Andes y se extiende hasta las laderas de la gran cordillera. Para llegar a ella se atraviesa en vehículo un puente rústico sobre el río Aconcagua, este importante torrente del cual ya he descrito sus aguas poderosas cuando descendí de los Andes siguiendo su curso un largo trecho. Pronto se

1. De toda evidencia, el autor comete ciertos errores de orientación (NdT).

entra en un camino cubierto: una avenida formada de álamos seculares se despliega sobre una distancia de por lo menos ocho kilómetros, al cabo de los cuales se llega a las casas de la hacienda.

Estas son numerosas y variadas, puesto que fuera de una capilla pequeña y de una espaciosa casa señorial, existe todo lo necesario para el cultivo del trigo y el almacenamiento de los granos, el cultivo de la viña, la preparación de los vinos, la fabricación del *aguardiente*, para terminar por la crianza de ganado y la explotación de los bosques.

Es, como se puede ver, una pequeña aldea; la disposición, como el mantenimiento coqueto de esta serie de establecimientos, es encantadora desde la primera ojeada. Pero no es todo: sobre la colina de enfrente se encuentra una rica explotación de mineral de cobre y una fundición de este metal.

Esta inmensa propiedad cuyas solas alamedas contienen más de cien mil álamos, abunda de eucaliptos y está repleta de plantas y especies que parecen crecer sin esfuerzo y que con las viñas, las praderas, los grandes bosques hacen como un jardín parecido a los grandes parques ingleses.

En cuanto a sus dimensiones, a su importancia, se juzgará a partir de las cifras siguientes: su superficie es de veintiocho mil hectáreas, de las cuales ocho mil son terrenos planos para el cultivo o pastoreo y veinte mil de montañas...; la cantidad de trabajadores que ocupa diariamente es estimado en trescientos como término medio.

Recibí una acogida simple y cordial tal como lo soñaba; esta buena acogida americana que es la sola, la grande, la verdadera. Ya lo dije: desde el umbral de estas rústicas casonas se entra inmediatamente en la intimidad de la familia que momentos antes se desconocía completamente. Se siente que se forma parte de ella desde ese momento y que durante los pocos días que hemos proyectado de pasar en este nuevo hogar seremos el más mimado de los hijos de los propietarios.

Se dedicaron de inmediato a satisfacer mis gustos personales y las tertulias del crepúsculo versaron especialmente sobre relatos de caza, expediciones, viajes, usos y costumbres locales de estas interesantes regiones. Supe que los cóndores eran en Catemu especialmente numerosos y dañinos. Imposible de hacerse una idea correcta

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

del perjuicio que causaban al ganado; pero parece que estaba bien probado que si eran incapaces de dominar un animal sano y fuerte, por el contrario, un animal enfermo y lánguido les escapa difícilmente y que demasiado jóvenes para defenderse solos, los terneros de la hacienda que cometían la imprudencia de alejarse de la tropa, desaparecían en cantidad que aproximaba los cincuenta por año. A éso concluían graciosamente que al fin de cuentas me estarían reconocidos, puesto que yo venía a ayudar en la tarea de destruir estos pájaros tan malditos como temidos.

Entre tanto, se había preparado activamente la caza que debíamos hacer al día siguiente; preparativos por lo demás bastante importantes, aunque la mayor parte de ellos consisten en elegir el lugar conveniente. Éste varía según la estación, el estado del clima, la dirección de los vientos, como también dependerá del lugar de reunión de los cóndores y de sus hábitos en ese momento.

El lugar había sido elegido. Los indios cazadores de instinto maravilloso, lo declararon infalible; yo dormía apenas, esperando el momento en que al alba sonaría la botasilla y se daría la orden de marcha..., cuando se me vino a anunciar que la caza había sido pospuesta para el día siguiente. Esto porque el clima nos negó ese día una condición primordial; si el tiempo no está completamente despejado y calmo, el aire transparente, los grandes pájaros que se quiere atraer no descienden jamás porque no aperciben el cebo.

La postergación de la caza permitió una visita detallada de la hacienda. Había tanta cosa interesante que las horas pasaron sin dejarme el tiempo de contarlas.

¡Mala suerte! Al día siguiente fue la misma cosa: un cielo cubierto y gris. Para matar el tiempo el marqués me llevó a sus viñas, donde disparamos bonitamente contra los zorzales y las perdices. Una pequeña caza de montería ocupó la hora de la siesta. Yo montaba un caballo árabe listo, brillantemente despierto y pusimos ocho perros detrás de un zorro que levantamos a poco de buscar entre los matorrales. La caza prometía ser bastante divertida; pero como sucede casi fatalmente en este país, poco apropiado para este tipo de deporte, el animal no se demoró en cortar hacia la montaña, tomó unas laderas empinadas, se le persiguió, pero al fin de cuentas se perdió entre unas rocas inaccesibles.

Al día siguiente tuve un feliz despertar. La caza a los grandes pájaros tendría lugar por fin y los caballos esperaban ya ensillados. Tomamos nuestras carabinas de precisión Winchester y partimos en seguida.

La marcha iba guiada por dos seres curiosos que se habría dicho gemelos, tanto se parecían por la tez cobriza, cabeza gesticulante, torso rechoncho; tipo bastante bien logrado de los viejos cazadores indios. A algunos pasos de nosotros, *huasos* a caballo pertenecientes al personal de la hacienda, tiraban con ayuda de un lazo un novillo. Se adivina que es la víctima destinada a la comida de nuestras presas.

Al cabo de una hora de camino accidentado, llegamos a la entrada de un desfiladero profundo, de lo más encerrado por las empinadas vertientes cordilleranas. Este rinconcito salvaje, especie de alta tina con las paredes tapizadas de grandes masas rocosas entremezcladas de cactus y de ramos espinosos, con el fondo cubierto de plantas carnosas que crecen en la sedimentación de rocas molidas, ofrecía una vista sombría que contrastaba con las escapadas panorámicas sobre las altas cimas nevadas que el sol levante hacía precisamente en ese momento deslumbradoras.

Era el lugar elegido por nuestros indios. Ordenaron un silencio riguroso y la columna avanzó sin ruido, lentamente, a pasos cortos.

En medio de la garganta, donde grandes matorrales espinudos y plantas salvajes nos ofrecían la posibilidad de escondernos, hicimos un alto. El animal, reducido a la imposibilidad de mugir fue inmovilizado como se hace siempre en caso parecido, es decir, se lo mata, se lo descuera; luego abierto y sanguinolento se lo pone sobre el lomo para que las emanaciones de su carne se desparramen en el espacio y suban libremente por los aires.

Hecha esta tarea, los *huasos* tomaron nuestras cabalgaduras y se retiraron mientras que los indios se ocupaban de ubicar los cazadores con muchas precauciones. Después de haber reforzado mi refugio de un verdadero techo de musgo y hojarasca, uno de ellos se puso en cuclillas a mis pies, me hizo botar mi cigarro y rogándome de contener incluso mi respiración me hizo comprender que mis posibilidades dependían del grado de inmovilidad que yo podría conservar. De nada sirvió de hacer la objeción que no había apuro, tuve que obedecer bajo pena de hacer fracasar una caza que había sido organizada exclusivamente para mí.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

Confieso que en tal pose la espera me pareció larga y extremadamente fatigante. Cansado de escrutar las alturas paseaba mi mirada entre el indio de ojo fijo que apuntaba con obstinación hacia las alturas y mi carabina, perdiendo la esperanza de poder usarla.

La carabina de precisión Winchester es, a lo que me parece, el arma más perfecta que haya salido jamás de la invención americana. Es a un modestísimo armero de Nueva York que corresponde el honor de un descubrimiento que al hacer al mismo tiempo su fortuna y su renombre, dio rápidamente la vuelta al mundo. Porque todos conocen, incluso si jamás se han servido de ella, esta arma corta, precisa y en resumen muy liviana, capaz de tirar trece veces por minuto las municiones suministradas por un cañón falso que ha sido cargado previamente. Un solo movimiento de báscula elimina la cápsula disparada, mientras que el regreso del movimiento pone en posición el cartucho siguiente. Si el calibre es un poco chico para la caza de grandes piezas, por lo menos es bastante adecuado a la circunstancia presente.

Hacía ya más de una hora que con los miembros tiesos, todo el cuerpo adolorido, esperaba inmóvil la llegada de los cóndores; había agotado ya mis reservas de paciencia... cuando de los labios de mi indio salió súbitamente una exclamación sorda y breve: «¡ahí están!». Seguí su mirada, abrí desmesuradamente los ojos, interrogué el cielo... en vano; no podía ver nada. Sin embargo él había visto..., entonces más que nunca, como una estatua de bronce, mantenía su ojo abierto, desorbitado. No cabía duda que estaba contando los cóndores.

Puse por lo menos cinco minutos en apercibir algunos pequeños puntos negros que se paseaban en el cielo a alturas fantásticas. Suponiendo que fueran verdaderamente ellos, ¡qué ojo tienen estos pájaros y qué olfato!

Y bien, sí, eran los cóndores. Después de haber permanecido un momento inmóviles planeando sobre nuestras cabezas, comenzaron a dar vueltas aproximándose para operar el descenso. La banda contaba más o menos treinta individuos. Cada una de sus evoluciones los mostraba más grandes, haciéndonos ver sus cuerpos de más cerca; a partir de entonces, olvidando mis fatigas y mis penas, me absorbí en la contemplación de esos animales majestuosos.

Los tonos oscuros de sus plumajes se dibujaban con nitidez sobre las nieves. Se hubiera dicho que eran de madera, tanto sus alas se mantenían fijas al cuerpo y sus movimientos eran como el de un autó-mata que obedece a la ley del resorte. Los seguí con los ojos durante un cuarto de hora cuando, estrechando súbitamente el radio de sus circunferencias, entraron por fin a la garganta estrecha pero profunda.

Llegó para nosotros el momento solemne, el instante en que podíamos echar todo a perder pagando caro el movimiento más leve, el ínfimo error. Pero fue al mismo tiempo el momento bendito, esperado, el sabroso instante de emociones vivas y palpitantes. Porque pongo a todos los verdaderos cazadores por testigos de que el placer favorito contiene dos incentivos bien distintos. Uno de ellos que es el fin: disparar, matar o agarrar; el otro que es el medio, que comporta y trae consigo más o menos la serie complicada de emociones de todo género.

Entonces, ¿por qué no hacer aquí la confesión franca? La cabeza me quemaba, una especie de escalofrío recorrió todos mis miembros mientras sentía afluir la sangre hacia el corazón o golpear las sienes, en tanto que luchaba por contener los golpes precipitados de mi respiración acezante.

Más de una vez los cóndores descendieron bruscamente obligados por la estrechez del valle, pasaron cerca nuestro a corta distancia de nuestras cabezas. Se sienten ganas locas de comenzar el tiro-teo; sin embargo había órdenes estrictas de abstenerse. Era necesario que los cóndores llegaran al cebo y pudieran solazarse con él durante un tiempo previamente establecido, para que en la súbita retirada ofrecieran un mejor blanco a nuestros tiros.

Empleé este tiempo para gozar del espectáculo lamentable de una comida de animales, de la cual nuestros zoológicos dan una idea incompleta del carácter glotón y sanguinario. Trabajando activamente con las garras y el pico, los pájaros se disputaban los despojos del animal engullendo los trozos de carne que arrancaban, tirando unos a otros y empujándose. En fin, en algunos instantes el novillo fue reducido a un montón de carnes desparramadas y sanguinolentas.

Fue entonces que un disparo resonó para luego ser seguido de otros. El desconcierto reinó entre los animales. Varios fueron alcanzados y durante algún tiempo el fuego persiguió su retirada. Sin

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

embargo, ninguno aceptaba abandonar el cadáver y la verdad es que estos grandes pájaros, si ofrecen en vuelo una gran superficie al cazador, tienen en realidad un solo punto vulnerable y que si sus alas son de acero, sus cuerpos parecen ser de hierro. Para poder matarlos hay que atravesarles el cuello o reventarles la cabeza. Nuestras balas, entre las cuales un gran número se habían estrellado ruidosamente contra sus alas, no encontraron la juntura. Fue solamente después de la retirada, siguiendo su vuelo en los aires, que vimos dos de los heridos, entre los cuales uno me pertenecía, flaquear de sus alas y venirse abajo bruscamente sobre las crestas. ¡Una lástima!: cayeron en lugares absolutamente inaccesibles.

Termino este relato diciendo que al descender de regreso a caballo una empinada cuesta, pasé sobre el cuello de mi corcel, gracias a Dios sin hacerme daño. Quiero que no se vea como una hazaña lo que cuento sobre esta caza singular, sino más bien como algo que pudiera despertar el interés de mis lectores.

XXX

Estrecho de Magallanes, Senegal

Inmediaciones y travesía del estrecho.— Patagones y fueguinos.— Regreso por mar a Río.— Travesía del Atlántico del Brasil al Senegal.— La raza negra de África.— Visita al rey de Dakar.— Los pequeños morabitos.— Improvisación de un baile negro.— El pueblo de Dakar y las chozas de los negros.— Amuletos y gri-gris.— Regreso a Burdeos.

Con respecto a mi regreso a Europa quisiera ser tan conciso como me sea posible. La uniformidad monótona de una travesía de cerca de cuarenta días, donde la mayor parte del tiempo se navega entre mar y cielo, fuera de la vista de las costas, sólo reclama un vistazo resumido.

Pues bien, he aquí como se descompone este largo trayecto. De Valparaíso a Río, por el Estrecho de Magallanes, se cuentan dieciocho

días de mar, haciéndose una distancia de tres mil ochocientas veintidós millas marinas; de Río a Burdeos, por las islas del Cabo Verde, se hacen veinte días, cubriéndose cinco mil treinta y nueve millas, lo que da un total de treinta y ocho días de mar para una distancia de ocho mil ochocientas sesenta y una millas.

He descrito suficientemente en otro libro la hechicera bahía de Río de Janeiro para no tener que repetir aquí lo que dije sobre la extraordinaria maravilla del Océano Atlántico. Pero la imponente travesía del Estrecho de Magallanes y una escala de dos días en la costa de África, en Senegal, son dos temas nuevos que en algunas páginas harán los gastos de este último capítulo.

El hermoso vapor *Iberia*, sobre el cual me embarqué, es de lejos el más grande de la importante flota que ha lanzado en los mares del Sur la poderosa Compañía Inglesa del Pacífico. De construcción reciente —fue terminado en 1874— es un navío de una fuerza efectiva de ochocientos caballos vapor. Mide ciento treinta metros de largo, puede contener mil pasajeros y hace de ordinario sus catorce nudos por hora.

Al sexto día de mar —y mar muy gruesa—, llegamos en vista de una gran masa negra cuya cabeza elevada se pierde a menudo en las brumas. Es la puerta de Magallanes, el cabo Pilar, conocido también como el cabo de las Tempestades. Al frente, los acantilados de la Tierra de la Desolación y más lejos, las montañas de la Tierra del Fuego marcan la entrada del famoso estrecho llamado de Magallanes, en este lugar ancho de más de treinta millas pero que va apretándose a tal punto que al final forma un canal angosto y frecuentemente peligroso, en el cual los navíos están obligados a detenerse durante la noche.

Cabe hacer notar cuán atractivos son estos nombres de Cabo de Tempestades, Tierra del Fuego, Tierra de Desolación. Ellos pintan los aspectos salvajes de estas comarcas por lo demás casi completamente abandonadas. Pero el interés es grande para aquél que como yo está de paso; porque estos cuadros de la naturaleza, los más austeros, los más sorprendentes, no dejan de impresionar agradablemente a los que no están obligados a sufrirlos largo tiempo. Ahora bien, dos cortas jornadas bastan para atravesar el Estrecho y el sol, que casi nunca se levanta antes de las ocho, desaparece antes de las cuatro de la tarde.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

En este mes de junio, por lo demás estación que corresponde al invierno de nuestros climas, los hielos y las nieves que cargan los picos, echan un poco de claridad sobre el umbrío decorado de las orillas del Estrecho. En algunos de los pasajes más angostos, ahí donde las rocas casi verticales parecen ir al encuentro unas de otras, los glaciares de un azul vivo caen frecuentemente como cascadas hasta el nivel del mar. Inmensos campos de nieve dibujan las formas abruptas de los montes de la Tierra del Fuego o hacen que los árboles enclenques y esmirriados, que componen casi toda la vegetación de la baja Patagonia, parezcan manzanos en flor.

Se llama Patagonia a esta vasta extensión de tierra compuesta en su mayor parte de pampas, que de la República Argentina va hasta el Estrecho de Magallanes teniendo como límites naturales, al Oeste la Cordillera y al Este el Atlántico.

Actualmente es todavía un territorio casi desierto o por lo menos de una población extremadamente escasa y desparramada. El comercio de las pieles al que se entregan más o menos todos los naturales de la región les ha permitido a casi todos de entrar en contacto con los blancos y se les puede considerar como seres civilizados o poco faltaría para que lo sean. Además una colonia chilena cuya importancia crece cada día vino a implantarse entre ellos, al centro mismo del Estrecho. Es Punta Arenas, la escala obligada de todo vapor que se dirija, sea hacia el Atlántico, sea hacia el Pacífico. Es un lugar de reaprovisionamiento donde cada compañía posee su depósito de carbón. Se puede visitar un gran establecimiento penitenciario donde fue detenido antaño el Señor de la Araucanía, este intrigante francés que bajo el nombre de Orélie I exitaba las tribus araucanas contra los chilenos con el solo fin de captar así su confianza y conservar entre ellos el rango supremo que falaces promesas le habían permitido usurpar.

En Punta Arenas vi algunos ejemplares de patagones. Son, como se les describe, hombres de seis pies, llenos de vida, de salud y esculpidos como Hércules. El color de la piel es de un amarillo que tira a rojo, ojo vivo y el conjunto de sus trazos bastante armónico.

Aunque dotados de fuerza, de energía, de coraje, los patagones son de un natural suave y frío. La mayor parte del tiempo la pasan en cazar el huanaco. Este animal es la llama de la Patagonia del cual

comen la carne y visten la piel, teniendo cuidado de dejar el pelo hacia el interior, en contacto directo con el cuerpo, pues no portan otro vestido. Contra el trueque de sus pieles, que proponen en la colonia o a los pasajeros de los barcos, es el aguardiente y el tabaco que aceptan de preferencia.

Cosa curiosa, a despecho de la estrechez del canal y a pesar de la escasa distancia que los separa de sus vecinos de la Tierra del Fuego, no mantienen ninguna relación con ellos y sólo les testimonian el más absoluto desprecio.

Por su lado los fueguinos se muestran poco deseosos de viajar al exterior, viven confinados en sus islas y se mantienen al estado salvaje. Fue la razón por la cual me vi privado del placer de verlos, pero pude sin embargo recoger sobre ellos algunas informaciones.

Como los patagones son de alta estatura y de tez casi roja. Se les dice caníbales, lo que parece ser un profundo error puesto que los raros exploradores que han podido estudiarlos de cerca están de acuerdo de atribuirles un carácter tímido y maneras suaves. Pero gritemos fuerte que estos pobres inocentes han sido frecuentemente víctimas de crueldades de todo tipo inflingidas por los marineros bárbaros que han navegado bajo todos los pabellones, lo que excusablemente ha debido despertar entre ellos el legítimo sentimiento de venganza consecutivo a esas espantosas prácticas.

Los fueguinos son de costumbres absolutamente nómadas; viven exclusivamente del producto de la caza y acampan aquí o allá por pequeños grupos o por familias en el lugar donde aquélla los lleva. No poseen pues ni chozas ni villorrios y de ordinario se contentan de un hoyo profundo que cavan en el suelo, en el cual duermen en cuclillas apretados unos contra otros. La presa que persiguen y que sus flechas abaten de preferencia es también el *huana-co*, que se encuentra en abundancia en las islas. Su carne es, poco más o menos, su único alimento; su piel es su vestido. Es de notar sin embargo que, al contrario de los patagones, dejan el pelo hacia el exterior.

Con frecuencia se ve en el Estrecho una u otra de sus piraguas. Son largas canoas hechas de tallos trenzados y cubiertos de cuero o de cortezas de árbol. En el fondo se acuestan sus tripulantes. Con no menos audacia que destreza, con ayuda de un remo corto, los

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

aborígenes la maniobran con rapidez entre las rocas, los bancos de arena y las corrientes.

Habiéndome deleitado con un invierno pasado bajo los trópicos, con el encantador verano de las pampas y con el otoño chileno que hubiera podido pasar por una primavera, fue sin duda una muy mala preparación para atravesar en invierno las bajas latitudes del Cabo de Hornos y del Polo Sur.

Tengo que decir que sufría enormemente del frío y que la marcha del navío lo hacía igualmente sensible al resto de los pasajeros que la belleza del paisaje retenía sobre la cubierta. Se comprenderá entonces que nos hayamos disputado a bordo las pieles que vinieron a ofrecernos estos interesantes patagones. Las cosas llegaron a tal extremo que algunos de entre ellos debieron despojarse de las que llevaban encima del cuerpo y volverse ¡gran Dios! en un estado de desnudez chocante. De otro lado, cuando el *Iberia* prosiguió su marcha al día siguiente, se hubiera dicho que transportaba una banda de salvajes.

De Punta Arenas al Atlántico la ruta presenta un interés mediocre. El canal se ensancha, las montañas se hacen más bajas y las costas descienden también; no bordeamos otra cosa que islas estériles o playas de arena. La entrada del Atlántico puede constatarse por las sacudidas que da el navío. Luego no se tarda a tomar en el océano una línea, que al hacer perder de vista la costa, sumerge de nuevo el viajero en la monotonía ordinaria de la vida a bordo.

Al cabo de cinco veces veinticuatro horas llegamos a Montevideo, encantados de poder consagrar de nuevo a la capital del Uruguay los dos días de escala que hicimos. Luego de lo cual volvimos a tomar el mar bendiciendo el regreso de una temperatura más clemente; al cabo de cuatro días hicimos nuestra entrada en la bahía de Río de Janeiro.

El año que había pasado desde que la dejé para continuar mi viaje no había cambiado nada, como era de suponer; sin embargo todo me pareció revestido de una belleza nueva, a tal punto es cierto que para el viajero que busca antes que nada la naturaleza y el lado grandioso de sus diversas manifestaciones, Brasil es el país por excelencia; gana al ser conocido, profundizado, revisto.

Por éso fue que abandoné el *Iberia* alegremente para instalarme de nuevo durante un mes más en Río.

Para resumir, una vez transcurrido este tiempo, confié al vapor *Niger* el cuidado de repatriarme definitivamente.

Este buque navegaba bajo el pabellón muy conocido de las *Messageries Maritimes Françaises*. Tuve la ocasión de darme cuenta del grado de comodidad y de perfecto arreglo de los navíos que componen la flota de esta compañía. Pero al tomar esta línea de navegación encontré otra ventaja: la de tocar en la costa de África el Senegal, país interesante donde Francia posee una colonia poderosa y la compañía un depósito de carbón para sus transatlánticos de Burdeos.

El *Niger*, que es un navío imponente, es también un excelente andador. Nueve días después de la partida de Río nos llevaba a la vista de las islas del Cabo Verde, habiéndose franqueado en este corto lapso la distancia de dos mil setecientas millas marinas. Algunas horas después, a la caída de la tarde, entrábamos en la rada de Dakar.

Bonitos roqueríos decoran la entrada de la bahía. Alrededor, de distancia en distancia, se ven las chozas de la ciudad o más bien de la gran aldea negra, mientras que al centro mismo y pintorescamente instalada, una gran ciudad parece emerger de las aguas. Es Gorea, ciudad de blancos, europea y comercial y a este título mucho menos curiosa que Dakar, donde se encuentra aglomerada la población indígena.

Para estos representantes de la raza negra de África, la llegada del paquebote constituye cada vez un gran acontecimiento. Menos por el efecto de la curiosidad que en espera de encontrar algún provecho, desde lejos acechan el navío; apenas nos preparamos para echar el ancla lejos del puerto que ya llegan, casi desnudos y numerosos a bordo de sus piraguas. Rodearon la parte de atrás del *Niger* y llamaron nuestra atención por medio de los gritos más extraños y de gestos diversos. El interés era el principal móvil de sus solicitud puesto que parecían tener ojos sólo para evaluar a la vez el número y la calidad de los pasajeros de primera.

En primer término uno se siente impresionado de constatar hasta qué punto estos negros de África son diferentes de los de Brasil. Son mucho más negros, más esbeltos, más delgados, menos bien proporcionados aunque de trazos más agradables. Si las mujeres parecen

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

ser bastante bien hechas de cuerpo y nada de mal de cara (sin embargo, decir que son hermosas sería demasiado), los hombres son decididamente demasiado largos y demasiado flacos. Entre ellos los brazos sobre todo son de un largo admirable, caen tan bajo cerca del suelo que parecen pertenecer a algún tipo de cuadrúmano, queriendo dar razón a pesar de todo a las atrabiliarias teorías de Darwin.

Con mayor razón si se considera que son diestros y astutos como verdaderos simios. En efecto, veamos primero el espectáculo que no dejarán de ofrecer a los pasajeros de los vapores al ancla en Dakar. Se echa desde cubierta una moneda al mar: rápidamente zambullen y se les ve pelearse y disputarse la pieza bajo el agua, hasta que uno de ellos terminará siempre por atraparla. Pues bien, tienen que tomarla a la pasada o si no tendrían que descender por lo menos a veinte metros en este lugar. Pero lo que hace temblar por estos pobres negros es que la bahía abunda de tiburones, sabiéndose además que éstos tienen por costumbre de seguir y rodear los navíos.

Después de haber seleccionado un guía cuyos trazos parecían ser inteligentes y de aspecto casi conveniente, algunos pasajeros del *Niger*, en cuyo número me contaba yo, se dirigieron a tierra. Pero nuestro grupo apenas había desembarcado que tuvo que soportar el asalto de bandas numerosas de indígenas. Todos querían conducirnos o al menos ganar algún dinero. Por más que nuestro guía se aplicaba a reprimendarlos, se pegaban a nuestros pasos empujándose, gesticulando y hablando todos al mismo tiempo. Algunas palabras en francés, ¡y qué francés! (después de todo el único que han podido aprender, hecho de palabras sacadas del vocabulario de una mezcla de soldado y de marinero), eran en la boca de esos negros de un efecto cómico y extraño. Hasta el más pequeño negrito venía a enredarse entre nuestras piernas, mientras con la mano tendida nos apostrofaba: «Ya puh viejo camarada, dame dos centavos».

Luego de haber eliminado la mayor parte de este gentío parásito, precedidos por el guía hicimos la travesía de la aldea. No era nuestra intención de visitarla esa misma tarde y con razón puesto que la noche había caído ya sobre Dakar. Y este lugar, privado de todo sistema de alumbrado, no estaba en condiciones favorables. Pero teníamos el proyecto de consagrar nuestra velada a una visita oficial, yendo a presentar, apenas desembarcados, nuestros homenajes al rey de Dakar.

Caminamos largo tiempo por calles de arena a cuya vera podía verse aquí o allá alguna choza de aspecto miserable, cuando al fin penetramos un recinto vasto y sombrío, donde el guía nos detuvo bruscamente gritándonos «¡el Rey!». Y fue oportuno, porque un paso más y habríamos caminado sobre su mismísima Majestad negra.

En cuclillas sobre una estera, fumando una vieja pipa, se nos apareció de medio cuerpo acompañado de uno de sus grandes dignatarios; el rey puso para recibirnos una majestad muy poco en relación con lo que parecía prometer su persona y sus allegados. No habla francés o por lo menos hace creer que necesita intérprete.

Luego del intercambio de los cumplidos de circunstancia, le pedí que nos mostrara su cabaña. Pareció muy halagado y levantándose se puso a hacernos los honores de su morada. Es una pobre choza de a lo más veinte pies por quince. Al fondo hay una pequeña estera extendida sobre tres tablas. Este lecho real se levanta a algunos pies del suelo y comporta todo el amoblado del palacio. La decoración de los muros es felizmente menos escueta. Hay ahí armas curiosas, collares preciosos, talismanes de todo tipo, pero todo colgado sin orden, confusamente, con dejos de vestuario. Para iluminar la pieza, lujo supremo, un chambelán (sin duda) nos precede llevando un cabo de vela metido en el cogote de una botella.

El rey, que esa tarde estaba de un humor muy agradable, nos condujo en seguida a su jardín, luego a las chozas vecinas donde llevó su gentileza hasta a presentarnos sus mujeres, casi bonitas, eran unas quince. Entre todas destacaba la reina del momento, mujer de alta estatura y pareciendo maravillosamente dotada en todos los aspectos.

¡Extraña soberana! Mientras que yo la admiraba en respetuoso silencio, ella tendió hacia mí un brazo deliciosamente moldeado en mármol negro que del puño hasta el hombro estaba cubierto de brazaletes de plata enrollados en espiral o en entorchados. Puse un tiempo en comprender, naturalmente, que me rogaba de elegir uno en el acto, lo que hice sin demora. Fui recompensado primero con una sonrisa. Que se juzgue entonces cuál sería mi sorpresa cuando el guía, por instrucciones de la reina, me dijo: «¡Pague tal precio!». Tuve que hacerlo, dando a la soberana el valor de la pulsera la que me pareció bastante cara. Alertados por mi ejemplo mis compañeros se cuidaron

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

de no aceptar a su vez las ofrendas de la reina. Nos despedimos siguiendo la etiqueta de esta curiosa corte, es decir depositando cada uno a su turno, una moneda de dos francos en la mano tendida del monarca, tributo que según parece están obligados a pagar aquéllos que vienen a visitarlo y que constituye casi el único privilegio cívico que el gobierno francés reconoce a este soberano negro.

La escuela nocturna de los pequeños morabitos, que oficiaba al aire libre en las inmediaciones del palacio, recibió también nuestra visita. Ahí vimos encucillados en torno de una gran hoguera, único alumbrado para sus trabajos, una centena de negritos. Estaban desnudos en su mayor parte y todos llevaban el signo distintivo de su profesión futura: cabeza afeitada dejando solamente un delgado solideo de cabellos sobre la coronilla que les permite de hacer dos cortas trenzas derechas; sobre la nuca una, sobre la frente la otra. Ellas sirven, según piensan, para que después de la muerte el Profeta pueda asirlos y llevarlos al paraíso de Mahoma. Cada uno por turno aprende en este momento un versículo del Corán, inscrito en una corteza de árbol con signos cabalísticos de arriba a abajo. ¡Interesantes pequeños seres! Recitaban con todas las ganas y nuestra presencia cerca de ellos lejos de turbarlos en ningún momento logró distraerlos.

¿Qué otra cosa podían ver todavía en la oscuridad absoluta de la caliente noche de África los pasajeros del *Niger* de paseo en Dakar? Nada, sin duda e íbamos a dirigirnos al barco cuando surgió una idea que, tan pronto concebida, fue ejecutada.

En efecto, encender un gran fuego sobre la playa, instruir nuestro guía para procurarse en la aldea un número respetable de antorchas y de faroles, aumentar aún nuestra tropa numerosa; improvisar en fin un baile negro, la noche, en la arena africana, todo éso fue asunto de instantes.

Los negros se entusiasman rápidamente a la idea de danzar; el incentivo de una lluvia de monedas, de las cuales se mostraban muy interesados, los decidió esta vez muy prontamente. En cuanto a la orquesta, ella fue encontrada sin problemas puesto que no hay choza aquí que no albergue el dueño de un tambor, esta suerte de tronco ahuecado cubierto con cortezas de bambú. Lo golpean alternativamente con la mano y un palillo, bailando simultáneamente,

imprimiendo a los asistentes un ritmo lento al principio y que se va acelerando, se frena y se acelera de nuevo, redobla y pasa a un grado de frenesí próximo de la locura. Las danzas de conjunto son poco practicadas por los negros, pero comprenden esta diversión más bien de la manera siguiente: al centro de un círculo formado por los espectadores, uno o dos individuos bailan o más bien saltan, se mueven, hacen cabriolas, gesticulan y hacen muecas a porfía. Se animan gradualmente siguiendo su propia excitación, la de la música o aún la de la galería que, batiendo las manos, acompaña el motivo de lo lindo hasta la extenuación de los actores. Otros vienen a tomar su lugar y se suceden sin fin. Durante todo el tiempo del baile reina una animación y un tumulto extraordinarios, mientras que un perfume extraño, particular a la raza negra, se desprende de manera a pelar el gaznate.

Cuando por efecto de la curiosidad o el empuje de los espectadores el círculo se estrecha, no se andan con chicas para ensancharlo de nuevo. Un negro toma un látigo y corre en torno distribuyendo latigazos vigorosos sobre los pies de los más cercanos. Esta sumaria medida de policía parece a todos tan normal que uno de los nuestros, habiendo sido víctima a su vez, encontró grandes dificultades a hacer comprender que él no quería otra cosa que quedar fuera, por lo menos de esta parte del programa.

En resumen, estas danzas son curiosas quizá, pero estimo que son repelentes y escandalosas pues sin contar las mil poses de mal gusto, mil gestos indecentes, son verdaderos bailes de animales o al menos de gente ebria. Por éso media hora fue suficiente para declararnos satisfechos de este espectáculo asqueroso y estuvimos contentos de poder ganar nuestras cabinas a bordo del *Niger*, donde nos esperaban sueños felices de regreso y de patria.

Fuimos nuevamente a visitar Dakar la mañana siguiente. El jardín público es pequeño y por lo demás mal mantenido, pero contiene algunas curiosidades, especialmente muestras de *baobab*, este árbol gigantesco del África del cual hablan los viajeros. Tiene un follaje espeso que recuerda la encina y debe ser precioso en una región donde la sombra es muy apreciada; pero me pareció no merecer el calificativo de «gigante», salvo en su enorme tronco que se termina por ramas cortas repliegadas en torno de él.

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

La visita de las chozas ofrece un verdadero interés. Están frecuentemente agrupadas por seis u ocho, rodeadas de un cerco de mimbre. De curiosa construcción, se parecen mucho a esas colmenas de abejas, salvo el techo, hermosamente trenzado en forma de quitasol con una especie de totora dura, flexible y delgada. Son estrechas y se componen de una pieza única, sin embargo están repletas de habitantes. Ahí chapotean los chiquillos desnudos mientras que sus madres, apenas más vestidas que ellos muelen o tamizan harinas de diferentes tipos. Aquí es la mujer que hace todo o casi todo; el hombre, la mayor parte del tiempo ocioso, duerme o reposa.

Cada grupo de habitaciones es generalmente propiedad de un solo negro. Vive ahí con su familia que comprende sus niños, sus mujeres y sus esclavos; porque ¡cosa extraordinaria! hay aquí toda una categoría de pobres negros que por el precio de cien a trescientos francos, constituyen la propiedad, la cosa de otros negros a los cuales este triste lujo es permitido.

La industria del lugar se compone principalmente de chucherías y adornos en plata tales que pulseras y anillos, de los cuales a veces los hombres aunque sobre todo las mujeres, se cargan desmesuradamente las manos, los brazos y a menudo también las piernas y los pies. Se agrega a ello collares de perlas, de coral o de maderas perfumadas y semillas olorosas. Un pedacito de tela grosera completa sus atuendos.

Los hombres y los niños están cargados de amuletos o como ellos dicen, de *gri-gris*. Son talismanes que los marabitos les entregan y que, según los servicios que deben prestar, son vendidos a diferentes precios. Se pueden comprar desde algunos centavos hasta diez y quince luses, según si preservan simplemente de los tiburones o bien de las puñaladas, de las balas, del veneno o al mismo tiempo de todo lo que pueda amenazar de muerte violenta. Los llevan suspendidos al cuello y se les ve que penden por racimos a lo largo del cuerpo. Son saquitos cuidadosamente cerrados de los cuales ellos mismos ignoran el contenido. Se les está formalmente prohibido de abrirlos, de separarse de ellos, de cambiarlos o venderlos. Hay que ver la confianza sin límites, la fe profunda que estos objetos les inspiran.

Qué decir, para terminar, de la temperatura que los negros encontraban bastante fresca ese día y que sin embargo daba en término

CHILE

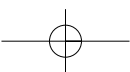
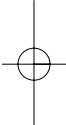
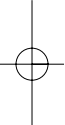
medio treinta y cinco grados centígrados a la sombra. Es habitual en Senegal. Pronto, la partida del *Niger* nos daría felizmente un poco de frescura.

Ocho días después hicimos una corta escala en Lisboa, donde a pesar que los papeles de a bordo eran excelentes, el servicio de salud nos retuvo en cuarentena sobre el Tajo.

Por fin, tres días más tarde nos encontrábamos a la entrada del río Gironda, en Pauillac, donde se nos transbordó a un vapor más chico y de menor calado que nos permitió de continuar la ruta hacia Burdeos.

Uno de mis mejores amigos de Bélgica, que sus funciones diplomáticas habían obligado a vivir largo tiempo en América del Sur, que más de una vez fue mi compañero de excursiones en esta región lejana, el conde Charles d'Ursel, termina con un pensamiento delicado su excelente libro titulado *Sud América*. Este pensamiento es tan justo, que no me hará reproche de tomarlo por mi cuenta y de decir con él, terminando este volumen de notas que resumen mis dieciocho meses de ausencia:

«Después de haber recorrido, desde el día en que dejé el país, más de diez mil leguas por tierra y por mar, reconozco que uno de los mejores momentos del viaje es siempre el del regreso».



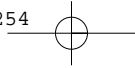
Sumario

Hernán Minder Pino	
Presentación a la presente edición	7
PRIMERA PARTE	11
Brasil, Uruguay, República Argentina, las Pampas y viaje a Chile por la Cordillera de los Andes.	
BRASIL	13
I – Río de Janeiro	13
Llegada a Río de Janeiro.– Primeras impresiones.– Panorama.– Desembarco.– Aspecto de Río.– Origen del nombre Río de Janeiro.– Vista del conjunto de la ciu- dad.– Vista en detalle: las casas, las calles.– Tílburies y tranvías.– Los hoteles, los teatros.– Artes, ciencias y letras.– Monumentos.– Jardines.– El Paseo Público.– Las afueras y sus quintas.– El jardín botánico.	
II – Los brasileños	22
Detalles de costumbres, escenas íntimas.– Llegada de un vapor a la rada de Río.– El cable transatlántico.– Un gran baile en el Casino.– Visita a S.M. don Pedro II.– El pala- cio de San Cristóbal.– Estilo de vida del Emperador, su simplicidad.– La religión católica en el Brasil.– Una gran ceremonia religiosa en Río.– Algunas palabras sobre la raza negra.	
III – Alrededores de Río	30
Nitheroy y sus alrededores.– Una caza en piragua.– Montañas célebres.– El Pan de Azúcar.– Una salida de sol en el Corcovado.– La Tijuca.– La pequeña ciudad de Petrópolis.	

DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

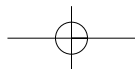
IV – El interior y las plantaciones de café	36
Riquezas y productos del interior.– El café.– <i>Fazendas y fazenderos</i> .– Plantación y cosecha del café.– Secado, selección, expedición del café.– Los esclavos.– Cómo se les trataba antiguamente y cómo se les trata hoy.– La danza de los negros.– La liberación de los esclavos en el Brasil.	
V – La vida de <i>fazenda</i>	43
Habitación del <i>fazendero</i> .– Hospitalidad, simplicidad del plantador.– Una caza de patos entre las cañas.– De las piezas de caza en general y de la caza en Brasil.– Las serpientes.– La selva virgen: sus maravillas y sus inconvenientes.– Perdido en la selva.– Conclusión.	
URUGUAY	53
VI – Montevideo	53
Adiós al Brasil: travesía.– El Uruguay, sus fronteras, sus diversos nombres.– Montevideo.– Aspecto general.– La ciudad, el puerto.– El <i>pampero</i> .– Origen del nombre de Montevideo.– Habitantes y tipos diversos.– Estudio de costumbres sobre los dos sexos.	
VII – Usos y costumbres en Montevideo	60
El carnaval.– Descripción del cortejo.– Las pomitas.– Máscaras.– La ceremonia llamada «El Entierro del carnaval».– Los bailes en Montevideo.	
VIII – Corridas de toros	63
La arena de Montevideo. Descripción y peripecias de una corrida de toros.– Pelea de gallos.	
IX – Instituciones	69
La policía.– Los serenos.– Asesinatos y robos.– Estafa a la lotería.– El ejército.– El reclutamiento.	
X – Religión	73
El catolicismo, religión de Estado.– La superstición.– La publicidad en Montevideo.	
LAS PAMPAS	75
XI – Aspecto general de las pampas	75
Origen de la palabra.– Lo que es la pampa.– Animales de crianza.– Postereros.– Estancias y estancieros.– Personal y distribución de una estancia.	

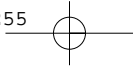
XII – Industria pastoral en la pampa	80
(a) El caballo.– Su utilidad, su tipo, sus cualidades.– Manadas y tropillas.– La domadura.– (b) El cordero.– Ventajas, inconvenientes.– (c) El ganado vacuno.– Su origen.– Su empleo.– Su precio.– Su rendimiento.	
XIII – Los <i>gauchos</i>	85
Retrato del gaucho.– Su traje.– Instrumentos de trabajo: el lazo, las bolas.– Hábitos y costumbres de los gauchos.– El mate.– Trabajo de los animales: el rodeo, la marca.– Carreras y juegos.– Los gauchos a caballo.– Su salario.	
XIV – Cazas en la pampa	93
La caza y la pesca.– Un pez entre mil.– Manera de cazar.– Diversas piezas de caza.– La caza a caballo y sus peripecias.– El avestruz y sus costumbres.– Caza del avestruz.– El ciervo de las praderas.– Caza del pequeño hipopótamo.– Un ocelote.– Los espejismos en la pampa.– Las luciérnagas.	
XV – Las langostas	101
Invasión de estos animales.– Sus costumbres y sus estra- gos.– Una ciudad sitiada por las langostas.– El bicho colorado.	
XVI – Los saladeros y la fábrica Liebig	104
Los troperos y su misión.– Industria de los saladeros.– Fray Bentos y el gran establecimiento fundado por el Barón Liebig.– En qué se convierte un buey en menos de cinco minutos.– El extracto Liebig y su fabricación.– Una palabra y algunas cifras sobre la célebre compañía.	
DEL ATLÁNTICO AL PACÍFICO	109
Por la República Argentina y la Cordillera de los Andes	
XVII – Buenos Aires y la República Argentina	109
Buenos Aires.– La ciudad.– El puerto.– La rada un día de pampero.– Nociones de historia.– La república, sus lími- tes, sus extensiones.– El bonito río Paraná.– Itinerario de viaje por tierra a Chile.– Partida.– El Tigre.– Rosario.	
XVIII – Travesía de las pampas argentinas	115
Villa María.– Los ríos numerados.– Río Cuarto.– Cinco días en silla de posta.– El Morro.– Primera noche al sere- no.– San Luis.– El Rancho de Totorá.– Primera vista de los Andes.– Una nube de langostas.– Santa Rosa.– Una tem- pestad de arena.– Cotorras y loros.– Llegada a Mendoza.	



DIECIOCHO MESES EN AMÉRICA DEL SUR

XIX – Mendoza	125
Aspecto de la ciudad.– El terremoto de 1860 y las ruinas de Mendoza.– Alrededores de Mendoza.– Las viñas.	
XX – Pasaje de la cordillera de los Andes	129
Preparativos de la partida.– Mi caravana.– Seis jornadas en mula.– Primera jornada: de la Chimba (Mendoza) a Villa Vicencia.– Segunda jornada: de Villa Vicencia a Uspallata.– Tercera jornada: de Uspallata a Punta de las Vacas.– Cuarta jornada: de Punta al pie de la Cordillera propiamente dicha.– Quinta jornada: del pie de la Cordillera a Los Hornos.– Travesía del Paso de la Cumbre.– Sexta jornada: de los Hornos a la ciudad de Santa Rosa de los Andes.– Ferrocarril de Los Andes a Santiago de Chile.	
SEGUNDA PARTE	147
Chile, la Araucanía, el Estrecho de Magallanes y regreso por el Senegal	
CHILE	149
XXI – Estado geográfico	149
Consideraciones generales.– Límites, configuración, extensión y población de Chile.– Sus diversas zonas de producción, su riqueza, su futuro.– Clima – Los chilenos.– Una palabra sobre la raza chilena.– Virtudes y defectos.	
XXII – Valparaíso	155
La ciudad y el puerto vistos desde el mar.– Volcanes, terremotos y maremotos en Chile.	
XXIII – Santiago	164
El ferrocarril de Valparaíso a Santiago.– Panorama, descripción de la ciudad.– El cerro.– El parque Cousiño.– Cómo los chilenos practican la hospitalidad.– De la propiedad rural en Chile.– Los baños de Apoquindo.– Algunas páginas detalladas sobre las costumbres de Santiago.	
XXIV – El interior del país	177
Viaje al sur.– Río Claro, Talca, Parral, Chillán y Concepción.– El gran río Biobío.– Coronel y Lota.– La fundición de cobre y las minas de carbón del gran establecimiento de Lota.– Una caza de cabras en vapor en el Océano Pacífico.	





SUMARIO

XXV – Una gran <i>hacienda</i>	185
La hacienda de Colcura.– Excursiones a caballo y en carreta.– En búsqueda de una cascada.– Sesenta y dos veces vadeo el mismo río.– Un tigre.– Episodios de caza.– Curiosidades geológicas de la hacienda.	
XXVI – La Araucanía	191
Extensión, configuración de la Araucanía.– La guerra que le hace Chile.– Sus riquezas agrícolas, forestales y mineras.– Estado y comercio del ganado.	
XXVII – Tribus indias de la Araucanía	197
Tribus y bandas.– Caciques y mocetones.– Los parlamentos indios.– Tipos, peinados, adornos y carácter de los indios.– Las mujeres y el matrimonio en Araucanía.– La muerte considerada en sus efectos desde el punto de vista indio.– Brujas y adivinos.– La tierra.– Ideas religiosas.– Bebidas y comidas.– Higiene: el baño del indio.– Los niños.	
XXVIII – Excursión en Araucanía	208
Mi plan de viaje.– De Colcura a Nacimiento.– Navegación en el río Biobío.– De Nacimiento a Mulchén.– Salida de Mulchén.– Mi caravana.– Tierra de indios.– Los padres franciscanos en la misión Esperanza.– Un parlamento indio.– Una noche en el fuerte de Collipulli.– Los indios desde el punto de vista guerrero.– Una gran misa militar.– Soldados chilenos.– De Collipulli a Angol y Nacimiento.– Regreso a la hacienda de Colcura.	
XXIX – Cazas en las <i>haciendas</i>	224
Regreso del sur por mar.– La aduana republicana.– Las minas en Chile.– Propietario de una mina de plata.– La caza de zorzales y perdices.– El lago de Aculeu y la caza de patos.– La hacienda de Catemu.– Caza del cóndor.	
XXX – Estrecho de Magallanes, Senegal	238
Inmediaciones y travesía del estrecho.– Patagones y fueguinos.– Regreso por mar a Río.– Travesía del Atlántico del Brasil al Senegal.– La raza negra de África.– Visita al rey de Dakar.– Los pequeños morabitos.– Improvisación de un baile negro.– El pueblo de Dakar y las chozas de los negros.– Amuletos y gris-gris.– Regreso a Burdeos.	

